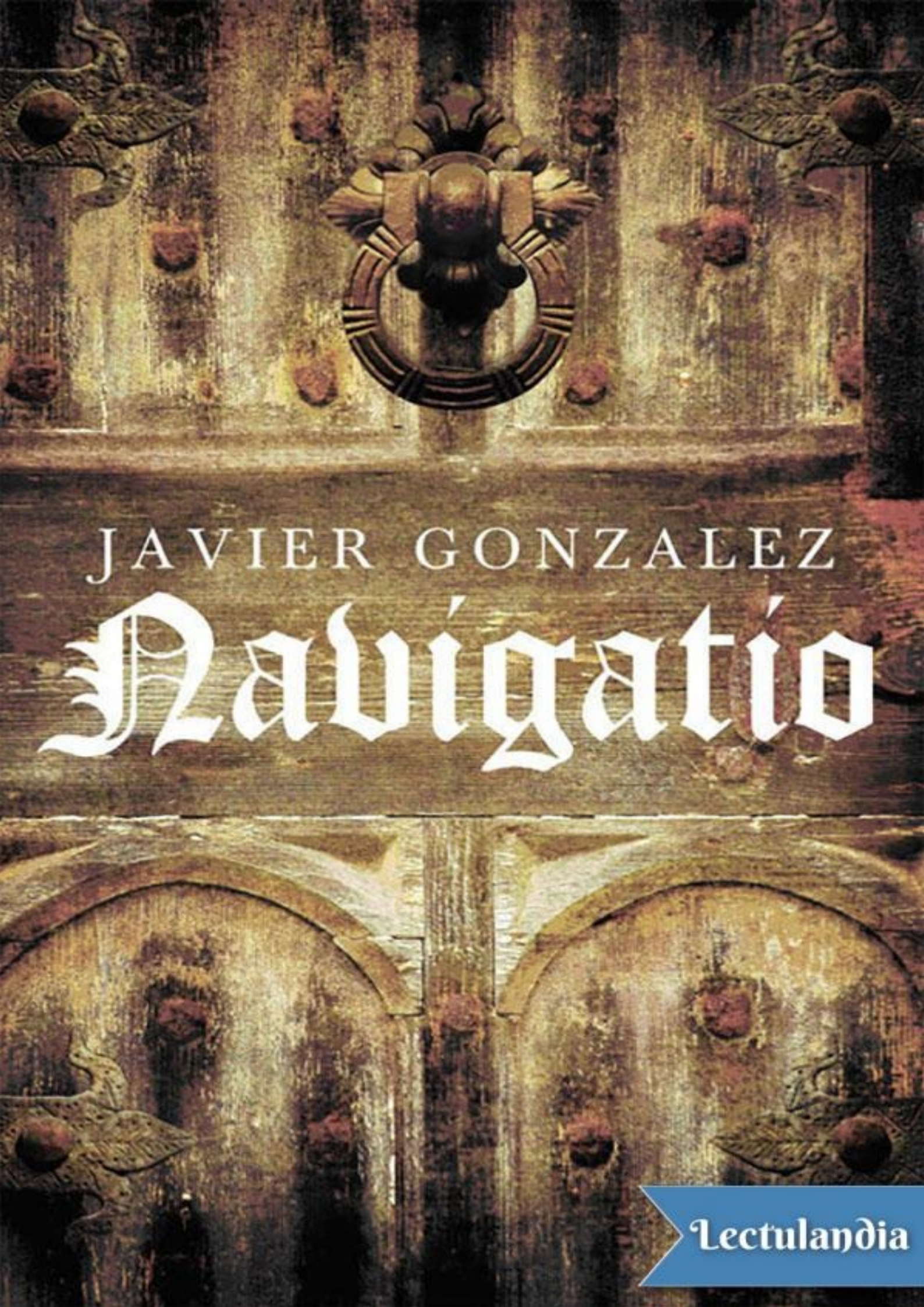


The background of the cover is a close-up photograph of an antique wooden door. The wood is dark and heavily textured, with visible grain and some reddish-brown staining or patina. A large, ornate metal knocker is centered in the upper half of the image. The knocker has a circular base with a ring and a decorative, possibly cast-iron, handle. Below the knocker, the door features two large, arched panels. Each panel has a decorative metal piece, possibly a handle or a latch, with a circular element. The overall aesthetic is historical and rustic.

JAVIER GONZALEZ

Navigatio

Lectulandia

Tras el falso muro de una iglesia en restauración en un pequeño pueblo de Castilla, aparecen la talla de una Virgen, un extraño manuscrito, los restos momificados de un monje y la presunta reliquia de la pluma de un ángel.

El estudio del manuscrito, una supuesta falsificación de un texto medieval del siglo VI, el «*Navigatio Sancti Brandani abbatis*», arroja conclusiones imposibles y el Vaticano no encuentra una explicación científica razonable para la hipotética reliquia. Alejandra Recasens, la doctora forense encargada de la autopsia de los restos del monje, y el historiador americano Sebastian Cameron, se verán involucrados en la investigación de estos extraños hallazgos.

Ambos están a punto de descubrir un secreto que cambiará la Historia de la Humanidad, el concepto que tenemos del tiempo y sus vidas para siempre. Para ello tendrán que repetir el legendario viaje que unos monjes realizaron hace más de mil quinientos años. Y descubrir que en mitad del océano, detrás de la niebla, desde hace siglos, les están esperando todas las respuestas.

En la Isla de Final del Tiempo.

Lectulandia

Javier González Rodríguez

Navigatio

ePub r1.0

Titivillus 19.01.18

Título original: *Navigatio*
Javier González Rodríguez, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Alodia, y para mis hijos
Javier, Antón, Joaquín y Alodia.
El lugar del que nunca me he ido
y el lugar al que siempre quiero volver.

La isla de San Borondón encantada vale más que diez San Borondones descubiertas.

MIGUEL DE CERVANTES

Capítulo I

COBISA, PROVINCIA DE TOLEDO, 6 DE JUNIO DE 2009

Capita I. Navigatio Sancti Brendoni abbatis. El monje Odran vuelve al monasterio de Conflert después de una ausencia de más de siete años. Da noticia al abad Brendanus de su extraordinario viaje y le pide que se reúna con el hermano Mernoc en la isla del Paraíso.

Cobisa era uno de esos pueblos pequeños y tranquilos de La Mancha, en donde nunca pasaba nada. Hasta que un día pasaba algo.

Y entonces, pasaba todo de golpe.

—Debería usted venir a ver lo que ha ocurrido en la iglesia, señor alcalde. —El secretario había entrado en su despacho, después de tocar dos veces con sus nudillos en el quicio de la puerta.

Ramón Sánchez, el alcalde, levantó la vista de sus papeles, las pruebas de color del folleto de las fiestas del pueblo para las que apenas quedaban unas semanas. Acuchilló con la mirada a su secretario. Era el único de su equipo municipal que le llamaba de usted, y el único que tenía los santos cojones de irrumpir en su despacho sin esperar el preceptivo «entre» que el alcalde daba a todo el mundo. Pensó que si no fuera tan condenadamente eficaz, ocuparía un puesto de privilegio en su primera crisis municipal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin descomponerse, que para eso llevaba tres legislaturas en el cargo, y esta última con mayoría absoluta, que siempre le deja a uno el cuerpo como muy templado para cuatro años.

—Un accidente en las obras de la iglesia, señor alcalde.

Ramón torció el gesto. Un accidente laboral en unas obras municipales nunca era una buena noticia, siempre traía preguntas de la oposición sobre seguridad, adjudicación de la contrata y esas zarandajas.

—Me lo cuentas por el camino —dijo, mientras se levantaba de la mesa.

Los obreros terminaron de desescombrar, retirando con cuidado los últimos cascotes que cubrían el cuerpo que descansaba en el fondo de la doble pared recién descubierta por la acción de la piqueta. Cuando los operarios se apartaron, Nuria Rubio, la inspectora de Patrimonio de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, trepó por los andamios con la agilidad que le daban sus treinta y tres años, y la costumbre de muchas obras a sus espaldas.

Cuando llegó a la plataforma superior, a tres metros del suelo, se inclinó por el hueco del derrumbe y enfocó su linterna sobre las oscuras tinieblas que inundaban la cámara recién descubierta entre el muro maestro de la iglesia y la falsa pared.

No había duda. Lo que descansaba en el fondo del vano era un cuerpo humano. Los restos esqueléticos de un monje, por el hábito con el que iba vestido. A su lado podía distinguir tres bultos, envueltos en viejas y polvorientas mantas.

Chasqueó la lengua un par de veces y apagó la linterna antes de volver a bajar de la estructura metálica del andamio. En el mejor de los casos, aquellos hallazgos paralizarían las obras unas cuantas semanas. Su agenda volvía a desmoronarse. Se estaba sacudiendo el polvo de las manos en sus recios pantalones tipo «cargo»; «a las obras y yacimientos nunca se va con faldas», consejo de las veteranas; cuando oyó a sus espaldas una voz familiar. La de Ramón Sánchez, el alcalde, que acababa de entrar con su secretario. Parecían discutir.

—Si no hay heridos no es un accidente, Luis —casi le pontificaba con paciencia —, como mucho es un «incidente», pero no un accidente, coño, a ver si aprendemos a utilizar el lenguaje, que no gana uno para sustos con vosotros.

Su enfado pareció desaparecer en cuanto distinguió a Nuria rodeada de obreros. Se acercó a ella con una franca sonrisa.

—Inspectora Rubio, es un placer volver a verla en nuestro pueblo.

—Lamento haberle hecho llamar, alcalde —Nuria le estrechó la mano que le tendía—, pero tenía que estar informado de lo sucedido.

—Lo importante es que no haya habido heridos entre los operarios —quiso asegurar la información que tenía.

—Oh, no. Ha sido un derrumbe parcial y hacia dentro del vano que se ha abierto. Sucedió cuando comenzábamos el saneamiento de la parte superior de esta pared —dijo señalando el tabique cubierto de andamios—. A «lo que» había dentro, los cascotes ya no han podido hacerle daño.

—Un cuerpo humano, al parecer.

—Sí. Por lo que he podido apreciar desde la plataforma superior, parece el cuerpo de una persona vestida con hábitos. Un monje, tal vez. Hasta que no saquemos el cadáver no podré asegurarlo. Junto al cuerpo hay tres bultos más. Desconocemos su contenido.

—¿Podrían ser restos humanos? —preguntó el alcalde con un rastro de inquietud.

—Demasiado pequeños para ser cuerpos enteros —le tranquilizó Nuria.

—Podrían ser cadáveres descuartizados, señor alcalde —apuntó el secretario.

Ramón se volvió hacia él y le fulminó con la mirada.

—Luis, te me vas a ir ahora mismo al ayuntamiento y me esperas allí, hasta que yo termine de hablar con la inspectora Rubio.

El secretario se dio la vuelta sobre sus talones y salió con paso ligero del templo. No era cuestión de tentar más la suerte. Cuando Ramón lo vio salir por la puerta, se volvió de nuevo hacia Nuria.

—Bueno, en una iglesia ya se sabe —quiso quitarle importancia el alcalde—, lo normal es encontrarse con restos de curas...

—No he dicho que fuera un cura, he dicho monje o fraile —puntualizó Nuria—.

Y lo que hemos encontrado no es un enterramiento, es un emparedamiento. No hay nada normal en todo esto, alcalde.

—Ya. ¿Han llamado a la Guardia Civil? ¿Y al juzgado? —Ramón prefirió salir del jardín en el que se había metido para comenzar a moverse por territorios que conocía mejor—. Habrá que levantar el cadáver —puntualizó.

—He podido escuchar cómo su secretario se ponía en contacto con el cuartelillo de Argés. También ha utilizado el móvil para llamar a los juzgados de Toledo. Un hombre con una imaginación desbocada, pero eficaz —quiso Nuria echarle un capote al atribulado funcionario.

—¿Y el cura? ¿Está don Simón enterado de todo esto? —volvió a preguntar. Porque Ramón, a pesar de ser socialista, y no haber vuelto a comulgar desde su primera comunión, había sabido mantener siempre una exquisita relación con la jerarquía eclesiástica del pueblo. La restauración de la iglesia de San Felipe y Santiago Apóstol era casi un proyecto personal suyo. Había logrado sacar adelante la subvención incluso contra la opinión de la Federación Socialista de Toledo, que hubiera preferido ampliar el polideportivo.

—Don Simón estaba con nosotros cuando se cayó la pared —le aclaró Nuria—. Ahora mismo está en su despacho de la sacristía hablando con el arzobispado.

—Bien, pues todo indica que vamos a tener un día movidito, y que Cobisa se va a llenar de gente. —Se sacó del bolsillo de los pantalones un Motorola de última generación y marcó un número de su memoria—: Luis —hablaba con el secretario—, que los municipales me acordonen la iglesia, quiero una patrulla aquí todo el día, que no pase nadie sin mi autorización, la de la inspectora o la del cura. Y sobre todo ningún periodista aquí dentro hasta que no preparemos una declaración. Anúlame la agenda de toda la semana y convoca un pleno para mañana. Ahora mismo voy para el ayuntamiento, no te muevas de ahí. —Y colgó.

Ramón se frotó las manos con un mal disimulado gesto de satisfacción. No estaba mal un poco de acción para un pueblo tan tranquilo y pequeño como el suyo. En realidad, crisis así tenían la capacidad de tonificarle y hasta rejuvenecerle.

—Inspectora —dijo dirigiéndose a ella con una brillante sonrisa tendrá que disculparme. Debo hacer unas llamadas y formar un pequeño comité para gestionar este «incidente». Cuento con su colaboración, por supuesto.

—Me temo que estoy obligada a ello, señor alcalde. —Ella también sabía sonreír como un político.

Fue una larga y dura jornada, pero a media noche el regidor municipal logró, por fin, un acuerdo que parecía satisfacer a todas las partes.

El falso muro había resultado ser finalmente una auténtica caja de sorpresas. De allí había salido el cuerpo momificado de un monje y tres bultos de contenido sorprendente. El mayor de ellos contenía una talla polícroma de la Virgen de las Angustias, la patrona del pueblo, que se creía perdida desde la guerra civil. En sí

misma tenía escaso valor, realizada a finales del XIX y donada a la parroquia por la marquesa de Sonseca, antigua terrateniente. Don Simón aportó, como prueba irrefutable de la autenticidad de la imagen, fotos antiguas del archivo de la parroquia. De su examen por la improvisada comisión, quedaron pocas dudas de que era la talla desaparecida. Se acordó por unanimidad que quedase en la iglesia de San Felipe y Santiago, presidiendo el altar de su capilla, como lo había hecho hasta el poco venturoso año de 1936.

Aparentemente, la pieza escultórica no había sufrido daño alguno en su encierro, ya que la doble pared había conseguido un efecto de cámara de aislamiento seco e inalterable durante aquellos setenta y dos años de obligada reclusión. Las labores mínimas de limpieza y restauración de la talla se llevarían a cabo en una sala especialmente habilitada para ello en la Biblioteca Municipal, y serían realizadas por técnicos de conservación del Patrimonio de la Comunidad. La inspectora Rubio estimaba que aquellos trabajos finalizarían coincidiendo con la terminación de la restauración de la iglesia en octubre o noviembre.

La reapertura de la iglesia en todo su esplendor, finalizadas las obras, tendría un broche inesperado con la reaparición al culto de la imagen perdida de la patrona del pueblo, como se encargó de señalar el alcalde a don Simón y al secretario del arzobispado, a los que se notaba visiblemente satisfechos por los acuerdos alcanzados.

El segundo bulto contenía un libro. En realidad un manuscrito: *Navigatio Sancti Brendani abbatis*, «La navegación del abad san Brendano». En su última página aparecía fechado en el año 555 d. J.C. Su estado era impecable, por lo que la inspectora de Patrimonio consideró, con aparente buen juicio, que la pieza tenía que ser una falsificación. El secretario del arzobispado, que parecía tener algunos conocimientos de paleontología, apoyó el veredicto de la funcionaria y perdió todo el interés por el manuscrito. Siguiendo indicaciones de Nuria Rubio, se decidió el traslado del libro a la Biblioteca Nacional de Madrid para su autenticación en sus laboratorios, que pasaban por ser los más avanzados y fiables de España.

Fuese cual fuese el resultado de sus análisis, el «*Navigatio*» regresaría al pueblo. La ubicación final para su exhibición se tomaría de común acuerdo entre la parroquia y el ayuntamiento.

El tercer hallazgo no era menos sorprendente. Una larga ampolla de cristal con una embocadura sellada por un tapón de plata que contenía una enorme y nivea pluma de ave y lo que parecía un finísimo cabello rubio. Un trozo de papiro con una inscripción en latín clásico detallaba el increíble contenido del receptáculo de vidrio. Decía así: «Pluma y cabello de ángel encontradas en la entrada del Santo Sepulcro, al tercer día de la resurrección y ascensión a los cielos de Nuestro Señor Jesucristo».

Nuria no pudo evitar sonreír al traducir el texto. De repente, sintió una enorme curiosidad por el monje. Si había tenido algo que ver con el contenido de aquellos tres bultos, le hubiese gustado conocerle en vida, porque debía de tener una buena

historia que contar. Con la pluma del ángel, el secretario del arzobispado se mostró inflexible. La presunta reliquia debía viajar a Roma para su análisis y autenticación. Se haría en los laboratorios vaticanos. Con la mayor discreción. A los medios se les comunicaría la aparición de una posible reliquia, pero no se les daría ningún detalle sobre su naturaleza.

—Bastantes vejaciones sufre la Iglesia por sus enemigos, como para que encima nosotros les pongamos una alfombra roja —razonó el secretario con el animoso apoyo de don Simón. Nadie se opuso.

El cuerpo del infortunado monje fue enviado al Instituto de Medicina Legal de Madrid, después de que un juez autorizase su levantamiento y traslado a la capital previendo una autopsia complicada y una identificación, en el mejor de los casos, compleja.

El alcalde intentó recabar alguna información del médico forense que había realizado la primera inspección del cadáver *in situ*.

—¿Cuánto tiempo cree usted que lleva muerto? ¿Fue muerte natural o violenta? —casi le acosó a preguntas el máximo dignatario municipal.

—Yo la bola de cristal la dejo siempre en el laboratorio. Ya le informarán —fue la única contestación desabrida que consiguió del forense.

Un imbécil el galeno, pensó Ramón. No había comprendido el alcance de sus preguntas. No eran preguntas gratuitas ni de barato, que él tenía un sexto sentido para aventar problemas aun cuando estaban germinando.

—Bien, señoras y señores —dijo el alcalde, elevando el tono de voz por encima de las conversaciones de los miembros del precipitado gabinete de crisis—. Parece que hemos llegado a un acuerdo de mínimos que satisface a todas las partes. Propongo que firmemos pues el acta, y que fijemos una rueda de prensa con los medios, para lo cual este ayuntamiento ofrece gustosamente el auditorio de la biblioteca municipal para mañana mismo.

Todos estuvieron de acuerdo. Se firmó el acta y se fijó para el día siguiente a las diez de la mañana la rueda de prensa, donde los miembros de la comisión responderían a todas las preguntas que quisieran hacerles los amables chicos de la prensa.

Ramón despidió a todos en la puerta del ayuntamiento con cálidos apretones de manos, mientras los *flashes* de los fotógrafos y los focos de las cámaras de televisión los iluminaban.

Todos los componentes de la comisión reflejaban el agotamiento y el cansancio de una larga jornada en sus rostros. Todos menos el alcalde, que parecía en plena forma, mientras leía un escueto comunicado convocando a los medios al día siguiente para darles amplia información de todo lo sucedido en una rueda de prensa.

Se guardó la cuartilla en un bolsillo de su chaqueta y les dedicó a todos una de sus mejores sonrisas. Les sonreía de verdad. Mañana, Cobisa, su pueblo, sería portada en todos los periódicos y abriría los boletines informativos de todas las emisoras y

canales de televisión. Cobisa estaría de actualidad en todo el país durante los próximos días. El pueblo, la iglesia de San Felipe y Santiago, el monje, la Virgen de las Angustias, el libraco ese y la pluma del ángel. Una pena que faltaran casi tres años para las próximas elecciones, pensó después de saludar por última vez a los medios y cerrar la puerta del ayuntamiento.

Capítulo II

EL PROFESOR SEBASTIAN CAMERON EN MADRID, 7 DE JULIO DE 2009

Capita II. N.S.B.a. Brendanus realiza siete días de ayuno, reúne a sus monjes y les comunica su decisión; saldrán de viaje a la búsqueda de la Terra Repromissionis Sanctorum.

La guardia de seguridad de la Biblioteca Nacional de Madrid chequeó el carnet de investigador que aquel hombre con aspecto de extranjero le había entregado para su identificación en el control de entrada. Sebastian Cameron Coe, pudo leer su nombre. Inglés o americano, apostó para sí misma. El tipo le sonrió. Americano, concluyó, los ingleses nunca intentan ligar tan descaradamente.

Miró la fotografía del pequeño carnet para confirmar que el tal Sebastian Cameron Coe era la misma persona que tenía delante de ella. Varón, cincuenta y pocos, vestido con chinos de color carriel, camisa impolutamente blanca que resaltaba su ligero bronceado, y una chaqueta azul marino de esas que llevan los pijos en verano.

Un americano muy europeizado, de los que viajan habitualmente al Viejo Continente. No estaba mal el tipo, le concedió mientras sacaba de un cajón su hoja engomada de control de visitas. Con cuidada liturgia, mientras escrutaba el rostro del visitante, comenzó a despegar la pegatina de color amarillo que le identificaría como lector dentro de las salas de la biblioteca. El americano todavía conservaba buena parte de su pelo, entreverado de canas, pero eso le daba un aspecto interesante. Tenía unos bonitos ojos azules, una mirada profunda y sabía sonreír a las mujeres.

No estaba gordo, parecía flexible y en buena forma. Estuvo tentada de coquetear con él. No estaba casado, los casados huelen a casados. Además nunca se lo había hecho con un tío de más de treinta y cinco. Pero mañana se iba de vacaciones a Grecia con la Yoli, y se había hecho la promesa a sí misma de nunca follar en la primera cita. Mala suerte, la vida era una partida de cartas muy rápida. Le entregó la pegatina con un mohín de contrariedad.

—Gracias —le dijo cortésmente el visitante mientras se ponía disciplinadamente la pegatina en la solapa de su teba. Estuvo tentado de coquetear con ella, pero algo en el brillo de los ojos de la muchacha le dijo que el instante de magia había pasado y que la chica había tomado ya su decisión. «Lo bueno y lo malo de tener cincuenta y cinco años», pensó, «es que uno es capaz de visualizar perfectamente los dos minutos siguientes de una escena de caza».

Sebastian Cameron subió las escalinatas de piedra del monumental *hall* de la Biblioteca Nacional en dirección a la Sala de Cartografía Antigua.

La confortable climatización del inmueble le devolvió de inmediato su buen

estado de ánimo.

Era agradable volver a estar en España, y en Madrid. Sobre todo cuando se era un hispanista de prestigio internacional, como él.

Había estado a punto de no aceptar el trabajo. Le había parecido ridículo y, hasta cierto punto, humillante. Él era doctor por Harvard en Historia de España, y catedrático de Filología Hispánica en Boston, donde residía la mayor parte del año. Tuvo unas irrefrenables ganas de colgar el teléfono a aquella señorita que le había llamado a su despacho de la universidad hacía casi un par de meses. Se llamaba Kelly Lamar, o Lamarca, creía recordar, y representaba a la Disney. Después de muchos «sería un honor», «su brillante carrera», «su dominio del siglo XVI», le hizo la oferta: asesor histórico del próximo éxito de la productora: *Piratas del Caribe 4*. Su dedo iba dirigido a la clavija, decidido a colgar, cuando la amabilísima ejecutiva deslizó la cifra de sus honorarios, doscientos mil dólares. «Gastos de viaje y dietas corren por nuestra cuenta, naturalmente». «Déjeme un par de días para pensarlo» fue su apresurada contestación, antes de sufrir un bloqueo cerebral.

—Papá, no puedes rechazarlo. —Su hija Bárbara, veintidós años, estudiante de último curso de Derecho en Boston, fría, pragmática y brillante como su madre.

—Pero Barby, cariño, son gente del cine, no tengo una reputación como la que tengo para arruinarla por una película de piratas vestidos de Carnaval de Río.

—La reputación no paga facturas, papá. Decenas de tus estirados colegas matarían por trabajar para una de las *majors*. ¡Son doscientos mil pavos, por el amor de Dios! ¡Podrás comprarte un Porsche como el de tu decano! ¡Y todavía te sobraría un montón de dinero para hacer un montón de locuras!

Tuvo que reconocer que el Porsche del decano fue un argumento de peso. Demoledor y definitivo.

—Papá, tienes cincuenta y cinco años, eres viudo, y te estás convirtiendo en un aburrido profesor universitario de la muy aburrida ciudad de Boston. *Coge* ese maldito trabajo, y diviértete por una vez en tu vida —sentenció—. Y no vuelvas a llamarme Barby, sabes que no lo soporto. —Y colgó.

Sonrió recordando la conversación con su hija, mientras tamborileaba sobre el tablero inclinado de su mesa con sus dedos cubiertos por unos finos guantes de algodón, como exigía el protocolo de consulta de la Sala de Cartografía Antigua de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Había hecho bien en aceptar el encargo de Disney. En realidad, unas maravillosas vacaciones pagadas en España. Le había pedido dos meses de trabajo de campo a la productora, julio y agosto, para no interrumpir sus clases en Boston. No había ningún problema. Esperaban su informe en septiembre.

Por su parte, los productores le habían enviado una extensa documentación sobre la película. Tenía el guión, además de un minucioso *shooting* con cuidadas viñetas a todo color de cada plano del filme, ilustraciones de todos los galeones españoles y barcos piratas involucrados en las escenas de acción, amén de los diseños de

vestuario de los principales actores. Su trabajo como consultor consistía, básicamente, en que la cinta no fuera una absoluta aberración histórica. Los críticos de Hollywood estaban especialmente sensibles con las patadas a la Historia que acostumbraban a dar las grandes productoras americanas en sus películas.

La primera lectura del guión no le había alarmado demasiado. Aparte de unos diálogos imposibles para el XVI, la acción transcurría con cierto respeto a la época en la que se desarrollaban los hechos. Las maquetas de los barcos en 3D deberían sufrir algunos retoques, y el vestuario tendría que ser replanteado totalmente. Tenía suficiente información en sus archivos en Boston como para haber desarrollado el trabajo en un par de semanas sin moverse de su despacho de la universidad.

Pero no pudo resistirse plantear un viaje a España, por puro placer y por justificar los costosísimos honorarios de su minuta. Además, la Disney parecía encantada con que desarrollase su trabajo de campo en el país que había dominado los mares del Caribe. En realidad, su estudio en España daría credibilidad al informe que tendría que hacerles llegar en septiembre.

Así que todos contentos.

El icono parpadeante que le anunciaba la entrada de un correo electrónico le hizo desviar la mirada a la pantalla de su portátil. Tecleó para descubrir la identidad del emisor. «Nuria Rubio», sonrió al ver el nombre. Dos semanas antes de su llegada a Madrid había desempolvado viejas direcciones de correo electrónico para ponerse en contacto con amigos y colegas en España. Nuria Rubio había sido alumna suya hacía diez años en Boston. Estaba allí con una beca Fullbright, recibiendo un curso para un doctorado en Historia del Imperio Español que él impartía. Era joven y brillante. La empatía había surgido rápidamente entre ellos hasta sedimentar una buena amistad. Habían sido todo lo amigos que les permitía la estricta moral bostoniana entre un profesor, que entonces tenía cuarenta y dos años, y una becaria de veintitrés.

No habían perdido el contacto desde entonces. La verdad es que Internet había sustituido con éxito y mayor eficacia las relaciones epistolares del pasado. Nuria volvió años más tarde a Estados Unidos ya casada, y estuvo hospedada en casa del entonces matrimonio Cameron durante unos días. Entre el profesor y la alumna se había establecido un firme y estable vínculo paterno-filial, sabían casi todo el uno del otro.

Abrió el correo.

I've a pirate treasure and I want to show you^[1], pudo leer. En una fracción de segundo se le ocurrieron mil contestaciones obscenas que desechó en el siguiente nanosegundo. Tecleó una rápida contestación en español: «Desconocía la existencia de un mar en Toledo, piratas de río, supongo».

—Sus mapas, profesor Cameron —dijo el hombre de bata blanca con voz queda, para no molestar a los demás lectores de la sala, mientras dejaba encima de la mesa tres cartas náuticas del siglo XVI protegidas por fundas de plástico.

Cameron se lo agradeció con una escueta sonrisa. El envío de respuesta parpadeó

en la pantalla. Abrió de nuevo el correo.

«Hoy a las 13.05 horas en la Biblioteca Nacional de Madrid. No tenemos mucho tiempo». Miró su reloj digital, las 13.04. Sonrió otra vez y tecleó de nuevo: «Estoy en la Biblioteca Nacional de Madrid. Date prisa o llegarás tarde». La respuesta no se hizo esperar: «Estoy a tu espalda».

Se volvió y vio la cabeza y la espléndida sonrisa de Nuria, tres pupitres más atrás, saliendo de la tapa abierta de su portátil mientras le saludaba alegremente con su mano izquierda.

Salieron de la biblioteca y encontraron acomodo entre las mesas sombreadas por los centenarios plátanos de una terraza de la Castellana. Él pidió vino, ella un Earl Grey con hielo, su té favorito.

—¿Por qué Toledo? —le preguntó mientras se servía la segunda copa de Rioja.

—Porque en Toledo gané mi oposición y porque es una ciudad maravillosa para vivir —le contestó componiendo otra vez una de sus sonrisas perfectas.

—Estás muy guapa —le reconoció—. ¿Tienes una aventura?

—Estoy embarazada. De dos meses. Todas las embarazadas estamos más guapas. Es como una luz interior —parecía divertirse con él.

—Oh, dioses, la realidad siempre nos aplasta —fingió estar desolado—. Envidio a tu marido.

—Yo también, gana el doble que yo y trabaja la mitad.

Los dos rieron.

—No intentes seducirme, doble C, tuviste tu oportunidad.

—Mujer del diablo, yo estaba todavía casado y tú prácticamente eras menor de edad. —Sonrió. Le gustaba que Nuria le llamase doble C, su viejo mote de la universidad, por sus dos apellidos que empezaban por la misma letra. Le hacía sentirse joven.

—Siempre has sido todo un caballero bostoniano —le dijo mientras levantaba su vaso largo de Earl Grey con hielo a modo de brindis.

—Sí, mi caballero bostoniano me persigue como un fantasma. Espantando damas.

—No vas a darme ninguna pena, profesor Cameron Coe. ¿Estás preparado para oír mi historia?

—Preparado y listo. Estoy impaciente. Debe ser muy buena.

—Puedes apostar por ello —le dijo apurando su té helado.

Cuando Nuria terminó de contarle todo lo sucedido en la iglesia de San Felipe y Santiago, Cameron dio por terminado su trasiego de Rioja, y pidió un café largo bien cargado.

—Asumo que todo lo que ha sucedido en ese minúsculo pueblecito a siete kilómetros de Toledo es cierto. Y lo hago porque no has probado el vino, eres exalumna mía y me debes un respeto.

—¿No lo has visto en Internet? Se dio una rueda de prensa al día siguiente, había

tantos periodistas como en un Madrid-Barcelona. —Cameron compuso un gesto extraño—. Una final de la Super Bowl —le aclaró Nuria y el profesor asintió comprendiendo entonces—. Se habló del cadáver encontrado, de la talla de la Virgen, del Navigatio y de una presunta reliquia sin concretar. El arzobispado prefirió obviar los detalles de la pluma y el cabello de ángel. La noticia del código ha estado en todos los foros universitarios. Por Dios, Sebastian, un Navigatio, aunque sea falso, no aparece todos los días.

—He viajado mucho el mes pasado. No he podido conectarme —mintió—. Y ya sabes que no tengo tiempo para leer periódicos. Los historiadores sólo leemos documentos antiguos, la actualidad no nos interesa hasta que es historia. Pero de cualquier forma, querida, ¿por qué me has contado todo esto? —le dijo mirándole a los ojos mientras removía con una cucharilla su bien cargado café.

—Porque esto es lo más extraño que me ha ocurrido en mi vida. Porque creo que nada ocurre por casualidad. Y porque sólo conozco a una persona en el mundo que me pueda explicar qué relación puede haber entre la momia de un monje, la Virgen de las Angustias, una falsificación del *Navigatio Sancti Brendani abbatis* y la pluma y el cabello de un ángel.

—Presumo que consideras que esa persona soy yo —dijo Cameron, en un tono casi apesadumbrado.

—Bingo.

—He de reconocer que parece más excitante que mi actual trabajo para la Disney y sus *Piratas del Caribe* no sé cuántos. —Bebió un sorbo de su café calmadamente—. La verdad es que he trabajado duro estos días y he conseguido adelantar mucha documentación —mintió una vez más sin pudor—. Podría dedicarme unos días a estudiar el contenido de tu almacén de momias, vírgenes, falsificaciones y plumas. Pero ya te adelanto que estoy convencido de que el resultado de mi investigación será decepcionante.

—¿Lo harás? —Sus ojos parecieron iluminarse de repente.

—Lo haría si supiera por dónde empezar.

Nuria sacó un bloc de notas de su abultado bolso y comenzó a escribir.

—Marta Larripa, directora de Autenticación y Conservación de libros antiguos de la Biblioteca Nacional: Es muy amiga mía, está esperando tu llamada en este teléfono. Tiene el Navigatio. Alejandra Recasens, subdirectora del Anatómico Forense: Es baja, gorda y fea, pero me adora porque le presenté a su último novio. Tiene a la momia; le he adelantado que te pondrías en contacto con ella. Don Simón, el párroco de Cobisa, ¿recuerdas? Tiene la talla de la Virgen y está deseando conocerte. La pluma del ángel está en el Vaticano. —Después, Nuria guardó silencio.

—No tienes contactos en Roma, nunca podremos juntar el rompecabezas. Fin de la historia —resumió Cameron.

—En Roma está tu hermano, el embajador. Él puede abrirte las puertas del Vaticano.

—Su misión termina este año —le contestó casi hosco. Nunca había podido soportar a su hermano, ni que las mujeres tuvieran respuestas para todo, como conejos en la chistera.

—Entonces tienes una buena excusa para viajar a Roma antes de que termine el año.

Había olvidado que las mujeres, además, siempre tenían la última palabra.

Cameron la llevó en su automóvil hasta la estación del AVE. La productora había puesto a su disposición un potente Audi A6 para sus desplazamientos.

—Confírmame el día que vienes a Cobisa. Ese día comes en casa. El «envidiado» está deseando volver a verte —le pidió antes de besarle para despedirse.

—Seré un invitado civilizado, os llevaré dulces de la región —le prometió.

Se despidieron en el *checking* del convoy. Cuando llegó al *parking* a retirar su vehículo, Cameron se molestó en quitar del parabrisas lo que le pareció un pasquín publicitario. Estaba a punto de arrojarlo a la papelera, cuando un círculo rojo pintado en el papel le llamó la atención y sucumbió a la llamada del *marketing*. Desarrugó el folio. En realidad, era una fotocopia de una página del diario ABC. Anuncios por palabras de la sección inmobiliaria. Leyó el texto enmarcado en una elipse de rotulador rojo: «Se alquila casa señorial e histórica en pleno centro. Perteneció a don Viriato Restrepo, inventor de la salsa de las patatas bravas. Sólo a caballeros muy caballeros. Se cobra por adelantado. Enseña (el piso): Mariló Serrano». Finalizaba con un teléfono de contacto.

Le hizo gracia. Era un anuncio extraño, dentro de un día lleno de historias extrañas. Se lo guardó en el bolsillo de la americana.

Capítulo III

EL NAVIGATIO

Capita III. N.S.B.a. Brendanus elige a catorce monjes; todos se retiran a orar durante cuarenta días a las montañas de Galway. Ayunan y se mortifican para preparar sus cuerpos y voluntades para la gran prueba que les espera.

El despacho de Marta Larripa, en la última planta de la Biblioteca Nacional, era un lugar agradable para trabajar. De techos altos como respondía al gusto de la época en que fue construido, bien iluminado por sus amplios ventanales y con muchas plantas, propio de las personas que tienen el ánimo sereno.

Además la titular del negociado obsequiaba a sus visitas con un café magnífico. Una curiosa mezcla de Colombia y turco que la propia Marta preparaba en un hornillo.

—Está prohibido. El hornillo —le aclaró—. El café todavía está permitido en un país donde cada vez nos permiten tener menos vicios. Este gobierno está empeñado en que acabemos dejando cadáveres exquisitos.

—No se mortifique. Toda Europa está copiando lo peor del *way of life* americano, no pretenda que sus gobernantes sean más originales que los demás.

Se cayeron bien en seguida. Hablaron de temas triviales y de política. Del agobiante calor de Madrid y del cambio climático. De lo hermoso que era el edificio donde trabajaba, aun reconociendo el invitado que cualquier piedra con más de cien años siempre sorprendía a un americano, y de su común amistad con Nuria.

—Se conocieron en América, ¿no?

—Fue alumna mía de beca Fullbright. Una de las mejores —reconoció con cierto orgullo.

—Vaya, y ahora han vuelto a verse en España y usted parece interesado en el Navigatio que apareció en ese diminuto pueblecito de Toledo.

—En realidad me considero un albacea del interés de su amiga —le contestó apurando su taza de café—. Pero si he de serle sincero, estoy dispuesto a reconocer que siento cierta curiosidad por todo este asunto. Su Navigatio me parece un elemento sorprendente dentro de una historia aparentemente sin mucho sentido. ¿Qué ha descubierto usted hasta ahora del manuscrito?

—Es una falsificación —le contestó sin atisbo de duda.

—Eso mismo pensaba nuestra común amiga. Me temo que no tenemos caso entonces. —De alguna manera lo lamentaba. No iba a darle tiempo a tomarse una segunda taza de aquel insuperable café.

—El código no tiene más de setenta u ochenta años a lo sumo. Muy lejos de los 1453 años que pretende la data de la última página.

—Una burda copia de algún Navigatio, hemos de suponer.

—Precisamente, ahí empiezan los problemas, profesor Cameron. Ni es burda, ni es copia.

—Quiero vislumbrar un resquicio para la aventura gracias a su último comentario —dijo sintiéndose feliz por ello—. Aceptaré otra taza de su memorable café, para seguir escuchándola sin perderme ni el más mínimo detalle.

Marta también parecía divertida con el americano.

—No es burda, porque la persona que falsificó el documento se tomó muchas molestias al hacerlo —continuó, mientras depositaba con cuidado la cafetera encima del hornillo después de servirle—. Y no es copia —dijo mirándole a los ojos— porque en nada se parece a ninguno de los Navigatios conocidos.

—Dosifíqueme la información, se lo ruego.

Marta, de un ágil salto, se sentó encima de la mesa de su despacho frente a él, cruzando graciosamente las piernas en sus ajustados vaqueros. Le gustaron sus sandalias, sus pies morenos y sus uñas pintadas de color vino oscuro. Intentó volver a concentrarse en la conversación.

—Comenzaremos por la estructura externa del libro. Sus cubiertas son de piel de ternero adulto, Angus Iris, la raza más antigua de Irlanda.

—San Brendanus o san Borondón, como ustedes le llaman, era irlandés —recordó en voz alta Cameron—. Todas las cubiertas de facsímiles del quinientos estaban confeccionadas en piel de animal adulto, para garantizar su rigidez y protección de las páginas interiores. Es todo un detalle que el falsificador utilizase cuero de un animal irlandés. Supongo que en algún momento planeó presentarlo como un códice primitivo, teniendo en cuenta que las primeras copias del Navigatio se escribieron en Irlanda. Un tipo cuidadoso, nuestro impostor.

—No se puede imaginar hasta qué punto —reconoció Larripa—. He pedido un análisis de la piel del ternero. Corresponde a un animal purísimo, un raro ejemplar de raza primigenia. Estoy pidiendo información al Ministerio de Agricultura irlandés, tratando de localizar rastros de una cabaña de estas características en su país. Todavía no he tenido respuesta.

—¿Qué productos químicos utilizó para su envejecimiento? —preguntó Cameron.

—Otra incongruencia para una pieza falsificada. No hay rastro de productos químicos. El documento no fue sometido a ningún tratamiento de envejecimiento artificial.

—¿Paginación?

—Piel de vitela, de animal muy joven. Angus Iris como en las tapas, y con la misma pureza genética. Todas las páginas están tratadas con un proceso artesanal, sumergidas en solución de cal, raspado minucioso del vellón por ambas caras, desgastadas con polvos de piedra pómez, cortadas, plegadas en *quatermiones* y cosidas al estilo romano.

—¿Escritura?

—Manuscrito, latín clásico, estilo caligráfico de la época. Es el trazo más rápido que he visto en una impostura. El tipo escribía con la destreza de un monje del siglo VI. Incluso sabemos que lo escribió con pluma de ganso por los restos microscópicos que hemos encontrado en las rasgaduras de la vitela.

—Supongo que el fallo estará en la tinta —aventuró Cameron, abrumado por tanta perfección.

—No es ningún tipo de tinta química industrial. —La conservadora negó con la cabeza—. Es una fórmula magistral de sales de hierro, agalla de nueces y resinas naturales. Tal como se fabricaba la tinta en Europa en el siglo VI.

—¿No cabe un posible error en los resultados de la datación? —El profesor empezaba a dudarlo.

—Tres pruebas de carbono catorce, en tres laboratorios distintos. Nuestro *Navigatio* no tiene más de ochenta años. Tuvo que ser confeccionado entre 1930 y 1940. Y estoy dando un margen de error muy amplio.

—¿En su opinión?

—Fue escrito entre 1935 y 1936. El tipo tardó casi un año en terminarlo, lo sé por las edades de secado de la tinta. El falsificador lo escribió tomándose el mismo tiempo que se hubiera tomado un monje del siglo VI para un documento de similar paginación.

Hubo un silencio entre los dos. Los segundos que necesitó Cameron para asimilar todo aquel torrente de información incongruente. Por su propio bien, desechó por el momento sacar consecuencias.

—1936 queda muy lejos del siglo VI —sintetizó su estupefacción—. Por todos los detalles que me está usted ofreciendo, he de admitir, como me advirtió al principio de su exposición, que no nos encontramos ante una burda falsificación de un *Navigatio*.

—También dije que no era una copia —le recordó con una resplandeciente sonrisa.

—Estoy preparado para que siga sorprendiéndome —dijo, aunque no estaba muy seguro de lo que manifestaba.

—El primer *Navigatio Sancti Brendani abbatis* conocido aparece en el siglo VIII, dos siglos después de la muerte de su presunto protagonista, san Borondón, san Brandan o san Brendanus, como prefiera. Con el tiempo, el *Navigatio* se convirtió en un verdadero *bestseller* de la Edad Media. Tres manuscritos fueron escritos en el siglo X, catorce en el XI, veintitrés en el XII, veintinueve en el XIII, diecinueve en el XIV y veintiocho en el XV. ¿Conoce la estructura original de la obra?

—Veintinueve *Capita*, en los que se narra el fantástico viaje del abad Brendanus con catorce de sus monjes, embarcados en una frágil *curragh*^[2] hasta la *terra repromissionis sanctorum*, el paraíso terrenal. —Cameron se había preparado también para la reunión con la alta funcionaría—. El *Navigatio* —prosiguió— aglutina tradiciones diversas, aunque en el texto domine la pervivencia de elementos célticos,

a veces contaminados por el cristianismo incipiente, y otras en estado más puro. Podríamos decir que, bajo una sutil pátina cristiana, el relato posee todavía una estructura esencialmente pagana. En definitiva, nos encontramos más ante un relato de aventuras que ante la narración de un viaje espiritual.

Cameron dio un sorbo de su taza de café, mientras la observaba con expresión divertida.

—Espero haberla impresionado.

—Lo ha hecho —reconoció Marta. De un ágil salto bajó de la mesa, abrió uno de sus grandes cajones, sacó un grueso documento encuadernado en espiral y se lo entregó a su invitado.

—Esto es una copia del *Navigatio* encontrado en Cobisa. Lo he hecho escanear e imprimir con calidad digital. Me gustaría que lo leyera íntegramente, y me sentiría muy honrada si después me comenta sus impresiones.

—Cuenta con ello, siempre que en nuestra próxima cita medie una de sus cafeteras.

Marta le acompañó hasta la salida. Se despidieron en el amplio *hall* de la entrada de la biblioteca, junto a la monumental estatua de Menéndez Pelayo, bañados por la cálida luz del atardecer que dejaba pasar la gran claraboya que se alzaba quince metros sobre sus cabezas.

—Quiero adelantarle que este *Navigatio* tiene muy poco que ver con el *Navigatio* que hasta ahora conocíamos.

—Estoy impaciente por comenzar su lectura. —No estaba muy seguro de ello, pero en aquel momento le pareció un buen cumplido para su anfitriona.

—Y también quiero adelantarle la última broma de nuestro falsificador: el relato está firmado por el presunto autor, en la última página. Lo firma *Mobi Broen Finn*.

—No conozco a ese autor —le reconoció Cameron.

—*Mobi Broen Finn* es el nombre irlandés auténtico de san Borondón.

Capítulo IV

LA MOMIA DEL MONJE

Capita N. N.S.B.a. Los ángeles ayudan a Brendanus a dibujar los planos de la nave, una curragh que se fabricará en los astilleros de Galway.

Cameron no había dormido bien la noche anterior. Agradeció el aire de la calle, aunque fuese el aire recalentado por el asfalto de una calle de Madrid en pleno mes de julio.

La reunión con Marta Larripa le había afectado más de lo que hubiese deseado. Había llegado a sentir cierta opresión en el despacho de la subdirectora de la sección de Libros Antiguos de la Biblioteca Nacional. No por Marta, que era una rubia encantadora con una relación impecable con sus vaqueros. Una lástima que, como todas las rubias encantadoras a las que le sentaban bien unos tejanos, tuviera novio. Quizá por ese motivo había rechazado su amable invitación a cenar.

Después de la reunión con la bibliotecaria, había llegado a dos conclusiones. La primera era que no podría seducirla ni tener una aventura con ella. La segunda era que empezaba a sentir cierto vértigo por toda aquella historia.

Su estómago y él tenían una extraña relación. Cuando quería avisarle de que algo malo estaba a punto de ocurrirle, sus vísceras se contraían. Nunca le había fallado. Era como un sexto sentido. Sintió la sensación de angustia en el estómago nada más salir de la Biblioteca Nacional. Había guardado la copia del Navigatio en la caja fuerte de la habitación de su hotel.

No pensaba leerla de momento. Aunque estaba deseando hacerlo. Parecía estar sumido en un absurdo conflicto interior, pero acababa de decidir que no acometería la lectura del manuscrito hasta que no tuviese más información del resto de los elementos encontrados en el falso muro de la iglesia de Cobisa.

Y seguir acumulando información pasaba por cumplimentar su segunda visita de la agenda que le había marcado Nuria. Tenía cita con la médico forense Alejandra Recasens. «Baja, gorda y fea», recordó la descripción de su antigua alumna. Casi lo agradeció dado el decaimiento absoluto de sus dotes de seducción.

Introdujo la dirección en el GPS de su Audi y rápidamente apareció su destino en el mapa de navegación. El Instituto Anatómico Forense estaba en la Ciudad Universitaria de Madrid, integrado en el complejo que formaba la Facultad de Medicina. Tan sólo tendría que seguir las instrucciones de la voz femenina encerrada en un micro-chip de silicio para llegar a su destino. Quince minutos más tarde, Cameron estaba aparcando su imponente Audi en el *parking* privado del instituto después de identificarse como una visita de la doctora Recasens, subdirectora de la entidad.

Le hicieron pasar a una impersonal sala de espera. Le pareció un lugar apropiado para una institución de medicina legal. Sin ningún detalle decorativo que acogiese sentimientos o emociones, como la materia prima con que trabajaban sus moradores.

Se distrajo hojeando las páginas de un manoseado número atrasado de *Hola*, cuando una mujer entró en la sala. No pudo evitar fijarse en ella. Treinta y pocos, morena, con un aspecto físico imponente. Una bonita sonrisa y unos preciosos ojos castaños que prometían conversaciones inteligentes. A Cameron también le pareció ver en el trasluz de su mirada la cola de un tigre.

Se levantó como un resorte al ver que le tendía la mano.

—El profesor Cameron, supongo —le dijo, jovial.

—Sí, estoy esperando ser recibido por la doctora Recasens —le contestó mientras la miraba fijamente. Cinco segundos más y dejaría de ser una mirada cortés.

—Pues ya le estoy recibiendo. Soy la doctora Alejandra Recasens Trueba. — Parecía divertida.

—¿Usted? —No pudo reprimir un gesto de sorpresa.

Los ojos de la doctora brillaron y su sonrisa perfecta pareció hacerse más grande.

—Ya. —Pareció descifrar la confusión de su visitante—. «Baja, gorda y fea». La descripción favorita de Nuria hacia mi persona. Debería hacerse psicoanalizar, esa broma esconde algún trauma infantil.

—No le hace ninguna justicia, realmente. —La mirada ya no era cortés.

—Si me devuelve la mano podríamos caminar de una manera mucho más natural hacia el lugar donde quiero que tengamos nuestra entrevista, profesor Cameron. — Seguía sonriéndole con naturalidad. La doctora Recasens debía estar acostumbrada a causar fuertes impresiones entre los ejemplares heterosexuales del sexo contrario.

—Oh, disculpe —dijo soltándole la mano como si hubiera recibido una corriente eléctrica—. Nuria siempre ha tenido un extraño sentido del humor. No esperaba...

—No se preocupe. A usted le describió como un viejo decrepito. Tampoco le ha hecho justicia. —Alejandra quiso sacarle del apuro.

—Es usted muy amable, pero me temo que mi descripción estaba mucho más cerca de la realidad que la suya. —Pensó con cierta angustia que debía estar a punto de sonrojarse como un colegial. Maldijo a la naturaleza por mantener niveles tan aceptables de testosterona en los varones a partir de los cincuenta.

La doctora cruzó graciosamente sus brazos, lo que realzó aún más su talle.

—¿Le parece que cerremos el capítulo de presentaciones y de piropos, y trabajemos un poco?

—Será lo más conveniente —respondió el profesor—. Soy hipertenso.

—Acompáñeme —dijo girando graciosamente sobre sus talones y comenzando a andar.

—¿Vamos a su despacho? —le preguntó mientras se ponía a su altura.

—No. Al laboratorio de Antropología Forense. He preparado un box para los tres.

—¿Los tres? —preguntó sin comprender.

—Usted, la momia y yo.

Tuvieron que cambiarse antes de entrar en el box. Batas blancas, fundas plásticas para los zapatos, gorros del mismo material para los cabellos y mascarillas. «Es una zona esterilizada, los cadáveres momificados son delicados», le explicó la doctora.

El box era un habitáculo panelable, amplio, bien iluminado y ventilado artificialmente. En una camilla de aluminio descansaba el cuerpo del monje desnudo.

—¿Lo encontraron así? —preguntó Cameron.

—No. Vestía un hábito de monje y calzaba sandalias. Le desnudamos para practicarle la autopsia. Nuestro fray ha resultado ser una auténtica caja de sorpresas.

—¿Qué quiere decir exactamente? —El profesor americano empezó a sentir una ligera sensación de *déjà vu*.

—¿Le importa que grabe esta conversación? —dijo sacándose una pequeña grabadora de su bata, mientras la manipulaba hasta encender un diminuto *led* de color rojo.

La doctora Recasens comenzó a hablar a la grabadora, dándose por autorizada para hacerlo, anunciando la fecha y la hora de la grabación. También identificó al profesor Cameron de la Universidad de Boston como testigo del informe. Mencionó la fecha de ingreso del cadáver en el instituto y su procedencia.

—Bien, ahora voy a relatarle, señor Cameron, todo lo que me ha contado este cuerpo, al que a partir de ahora llamaremos Cobisa uno.

Sebastian la observaba con atención.

—Varón, caucásico, 28 años, uno setenta y dos de estatura. En el momento de su muerte estaba por debajo de su peso para su complexión. De su análisis dental, óseo, muscular y de vísceras podemos concluir que no se encontraba en muy buena forma. A lo largo de su vida había sufrido severos ayunos y constantes privaciones. La escoliosis de su columna vertebral y su análisis de piel nos hablan de muchas noches y días vividos y dormidos al raso. En el interior de su antebrazo izquierdo observamos una especie de tatuaje...

—¿Un tatuaje? —le interrumpió Cameron.

—En realidad, está más cerca de ser una escarificación —le aclaró la doctora—. Pequeñas incisiones en la piel en las que se introdujo una mezcla de tinta y cenizas. Los grabados parecen formar palabras. Tomamos fotografías de esa parte del brazo, he tratado las imágenes y las he mandado a lingüística. ¿Quiere darles un vistazo?

Cameron asintió moviendo la cabeza. La doctora abrió un portátil que tenía en una mesa auxiliar a sus espaldas y con agilidad buscó la carpeta que contenía las imágenes del brazo tatuado. Le mostró en pantalla el resultado del último proceso de tratamiento fotográfico. En efecto, aquellas burdas escarificaciones en la apergaminada piel del monje ahora se habían convertido en nítidos trazos. Y aquellos dibujos parecían formar palabras y frases en una extraña lengua.

—Arameo —musitó el historiador sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Entiende usted el arameo? —La forense también parecía sorprendida.

—No —le reconoció—, pero puedo reconocer su grafía. Es arameo.

—Bien, si es una lengua conocida, mis expertos la traducirán. —La doctora había vuelto a recuperar su aplastante seguridad—. En unos días sabremos el significado de esas palabras.

—Un monje lleno de sorpresas —apostilló el americano.

—Era un tipo curioso en cualquier caso —reconoció la doctora.

—¿Por qué estaba momificado? —Quizá aquello fuera una pista.

—El falso muro de la iglesia creó una auténtica cámara de aislamiento. Durante todo su encierro, setenta y dos años, el cadáver soportó una atmósfera extremadamente seca y una temperatura constante. Las condiciones ideales para momificar un cuerpo.

—No hubo proceso químico, entonces.

—En absoluto. Su momificación fue absolutamente natural.

—¿Murió emparedado?

—No. Los que le colocaron en el vano de la pared lo depositaron ya cadáver.

El profesor americano compuso un gesto de incompreensión y de extrañeza.

—Sin embargo, no murió de muerte natural. Nuestro monje tuvo una muerte violenta. El alcalde de Cobisa ha estado muy interesado en este punto.

—¿Teme que haya asesinos nonagenarios en su pueblo?

—No creo. Pero parece preocupado con los protocolos de la reciente Ley de Memoria Histórica. No parece muy entusiasmado con la idea de que en su pueblo se encuentre el cadáver de un cura fusilado por la República durante la guerra civil. El año pasado se descubrió en Alcalá de Henares una fosa llena de seminaristas, beatas y suscriptores del ABC. Hasta se temió que entre los restos se encontrara el cadáver de Andreu Nin^[3]. Mi equipo y yo levantamos esos cadáveres —le dijo ahora mirándole a la cara— y no puede imaginarse las presiones que tuvimos que soportar por parte del ministro de entonces. Intentar manipular la Historia es siempre un juego arriesgado, nunca puedes borrar del todo la parte que no te gusta. Pero no quiero aburrirle con los detalles de nuestra cansina política nacional. —Y concluyó su comentario con un mohín de desagrado.

Cameron no dejaba de observarla, su instinto le decía que no le hubiera gustado estar en la piel del ministro hablando con aquella mujer.

—Me hablaba de dos personas. —Quiso retomar su hilo argumental.

—Sí —continuó—. Sabemos que dos personas intervinieron en la última manipulación del cadáver para dejarlo en el lugar donde lo encontramos setenta y dos años después. Dejaron sus rastros de ADN en las ropas y el cuerpo de nuestro monje. Eran dos varones, los hemos identificado como Cobisa dos y Cobisa tres.

—¿Cuándo murió?

—Alrededor de las veintitrés horas del 18 de julio de 1936.

—Parece usted muy segura.

—Tenemos uno de los mejores laboratorios de medicina legal de Europa, profesor Cameron —le contestó sin molestarle en disimular orgullo en su aseveración.

—En esas fechas comenzó a morir mucha gente en este país —reflexionó el americano—. ¿Murió realmente fusilado?

—Acérquese —le sugirió, mientras ella se colocaba en la cabecera de la mesa de autopsias—. ¿Ve este orificio por debajo del hombro izquierdo?

—¿Un disparo? —aventuró Cameron.

—Puede parecerlo a simple vista. Un disparo nos hubiera simplificado mucho el trabajo —reconoció—. Pero no, no fue un disparo lo que acabó con la vida de Cobisa uno. Es una herida inciso-punzante causada por un arma de hierro. La describiría como un tubo delgado de unos quince milímetros de diámetro con una punta muy afilada y de forma flamígera que lo atravesó de parte a parte. —Se volvió para coger una carpeta que había depositado en una mesa auxiliar, le entregó una impresión de ordenador que había en su interior—. Esto es una recreación virtual en 3D del objeto que mató a nuestro amigo. O para ser más exactos, de la parte del arma que recorrió el cuerpo del fraile, veintiocho centímetros de un tubo de hierro punzante. Fue un ataque muy violento, fuese lo que fuese se lo clavaron y desclavaron con fuerza. Tanto que la punta del arma chocó contra una pared de piedra rica en malaquita que la víctima debía de tener a sus espaldas. Hemos encontrado restos de ese mineral en la herida, dejados cuando el atacante retiró el arma.

Cameron escuchaba la explicación de la doctora mientras observaba la recreación del extraño objeto impreso en aquel folio que sostenía entre sus manos.

—¿Una flecha?

—Nunca se han construido flechas con la varilla de hierro, profesor. Además, la punta no es engarriada. Es un arma diseñada para atravesar y sacar rápidamente, por la forma que tiene la punta, casi un óvalo estrecho y limpio. Esto descarta también el arpón.

—¿Una lanza? —aventuró.

—Nuestra tecnología militar en 1936 no era muy sofisticada, tengo que reconocerlo. Pero hacía tiempo que no utilizábamos lanzas para combatir —le contestó con una socarrona sonrisa—. Me inclino por algún tipo de bayoneta. Estamos estudiándolo.

—Dijo usted hierro —le inquirió Cameron—, que el arma era de hierro. Creía que todas las bayonetas del siglo xx eran de acero.

—Le he dicho que estamos investigándolo, profesor.

Pero, por primera vez, él sintió un atisbo de inseguridad en el discurso de la doctora.

—¿Puedo quedarme la reproducción del arma?

—Por supuesto. Si llega a otra conclusión me encantará conocerla.

—¿Esto fue lo que le mató?

—Indudablemente fue la causa de su muerte. La bayoneta —notó la mirada

inquisidora de Cameron— o lo que diablos fuera —le concedió— le causó una fea herida. Si hubiera tenido atención médica de inmediato hubiera sobrevivido. Pero eso no ocurrió. Cobisa uno no dejó de moverse, probablemente intentaba escapar de su asesino, y murió desangrado casi dos horas después del ataque.

—¿Lo mataron los hombres que lo emparedaron?

—Es posible. Pero nunca podremos saberlo sin analizar el arma homicida y comprobar si sus huellas o restos de ADN coinciden con las halladas en la ropa y el cadáver del fraile... Y el arma desapareció hace setenta y dos años.

En su mirada, Cameron pudo leer: «Caso cerrado».

—¿Hay alguna relación entre el monje y los objetos encontrados en el interior del falso muro?

—El informe de mis compañeros de criminalística especifica que hay huellas de Cobisa uno en la reliquia y en el libro, que también están contaminadas por huellas de Cobisa dos y Cobisa tres. En la talla de la Virgen sólo hay huellas de Cobisa dos y Cobisa tres.

—¿Sabremos algún día qué pasó aquella noche en la iglesia de San Felipe y Santiago de Cobisa? —En la pregunta de Cameron había un tono casi lastimero, mientras miraba fijamente los restos del fraile, como queriendo encontrar una pista inadvertida que le llevase a desvelar su secreto.

—Puedo aventurarle una reconstrucción parcial de los hechos —la había simulado cien veces antes en su cerebro—, pero es sólo parcial y subjetiva —le reconoció la subdirectora—. Creo que el fraile era portador de la reliquia y el manuscrito. Fue atacado lejos de la iglesia, quizá a dos horas de marcha del pueblo. Recuerde que estuvo desangrándose y haciendo un gran esfuerzo físico durante ese tiempo. No sé si los dos hombres que le dieron sepultura eran sus asesinos que le perseguían, o fueron dos samaritanos que no pudieron hacer nada para salvarle, porque no llegaron a tiempo.

Cameron se apoyó con una mano en la mesa metálica. Con la otra se frotó las sienes.

—Conforme más información voy teniendo de este asunto, más confuso estoy. No tengo sangre de Sherlock Holmes corriéndome por las venas.

—No me escenifique un derrumbamiento. No tiene pinta de darse por vencido a la primera de cambio.

Si buscaba piedad en el futuro, Alejandra no sería una buena puerta a la que llamar.

—¿El hábito puede darnos alguna pista? —Ahora se apoyaba con las dos manos sobre la camilla, como el boxeador castigado que se agarra a las cuerdas antes de volver al centro del *ring*.

—El hábito nos está dando profundos dolores de cabeza —le reconoció—. Su confección es tan tosca y su corte tan primitivo que podría ser una copia de antiguos patrones benedictinos^[4]. Está hecho con lana de...

—De oveja irlandesa —le interrumpió Cameron.

—¿Cómo demonios lo sabe? —Su rostro era la máscara de la sorpresa.

—Yo también puedo aventurar reconstrucciones parciales de los hechos —le contestó divertido, orgulloso y finalmente, abrumado.

—Sí, el hábito es de lana irlandesa —le reconoció—. Sus sandalias —continuó mirándole de reojo— manufacturadas de forma absolutamente artesanal...

—Son de cuero de ternero irlandés adulto, Angus Iris —aventuró, sabiendo que aventuraba poco.

—Supongo que todo esto tiene una explicación. —La doctora volvió a cruzar los brazos, mientras le escrutaba entre divertida e intrigada.

—Reconozco que debería compartir con usted los datos de mis investigaciones. ¿Se dejaría invitar a cenar esta noche y continuar esta charla acompañados de una buena botella de vino?

—Acabo de iniciar una relación, profesor Cameron. Salgo con un sueco espectacular por el que soy envidiada por todas mis amigas, y del que creo que estoy enamorada. Sería más correcto almorzar juntos.

—Aceptaré ese almuerzo como un escenario digno, dentro de mi derrota. ¿Alguna sorpresa más proveniente de la vestimenta del monje?

—Sí. Y ésta, me temo que no podrá pisármela. Cobisa uno era un monje muy viajero. Hemos encontrado restos de polen de *Campanula virginalis* en su hábito.

—Nunca he sido bueno en botánica.

—La *Campanula virginalis* o Campanilla de la Virgen es una flor silvestre endémica de Israel. Sólo florece y poliniza en primavera. Piense en ello hasta la hora del almuerzo —le dijo con la mejor de sus sonrisas.

Se estrecharon la mano en el gran *hall* de la Escuela de Medicina, donde se albergaba la sede del Instituto Anatómico Forense.

—Dígame una cosa, Alejandra. —Le pudo la curiosidad—. ¿Por qué no es usted directora, en vez de subdirectora? Me parece usted una profesional brillante, y no se lo tome esta vez como un piropo, tómelo como un diagnóstico.

—Le haré una confidencia, Sebastian. Soy mujer, soy guapa y no soy tonta. Ésta es una combinación que aterra al noventa y nueve por ciento de los hombres, entre los que se incluye mi jefe. Es una historia injusta, pero muy vulgar.

—¿Cómo son el uno por ciento de los hombres que no le tienen miedo?

—Son suecos.

Cuando llegó al *parking* para retirar su automóvil, vio que un folleto publicitario descansaba entre los brazos del limpiaparabrisas. Una exposición. «Madrid Romano», en el Museo de Ciencias Naturales. Abrió el díptico con cierta curiosidad mientras se encaminaba a una papelería para depositarlo en ella.

Notó un golpe de adrenalina que aceleró su corazón, cuando distinguió el óvalo trazado con rotulador rojo que marcaba una de las secciones del programa:

«Armamento legionario».

Miró su reloj. Eran las doce. Tenía tiempo para visitar la exposición y volver a recoger a la doctora Recasens para el almuerzo.

Había apoyado el folio con la impresión en 3D del objeto que había acabado con la vida del monje sobre el cristal de la gran urna que guardaba la figura a tamaño natural del legionario romano. El soldado estaba en posición de descanso, perfectamente equipado para el combate con todo su armamento reglamentario. Comprobó la ilustración una y otra vez con el objeto que el legionario portaba en su mano derecha. No había duda. Ahora sabía con certeza con qué habían asesinado a Cobisa uno. Le habían atacado con un pilum^[5] romano.

Capítulo V

LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

Capita V. N.S.B.a. Tres nuevos monjes llegan peregrinando a la abadía. Le piden a Brendanus embarcarse; el abad se lo permite, aunque ya ha soñado su trágico destino.

Llegó a Toledo desde Madrid por la nueva y moderna autopista de peaje que unía las dos ciudades. Tuvo que admitir que España le sorprendía en cada viaje, en cada nueva estadía. El país avanzaba rápidamente. Para un estudioso de la historia de España como él, su progreso era sorprendente. Como nación habían tocado fondo a finales del XIX, con la liquidación de sus últimos restos imperiales a manos de sus compatriotas yanquis. Habían sido devastados por una guerra civil en los años treinta del siglo pasado. Habían sido aislados por una dictadura, y ahora, poco más de medio siglo después de lo que parecía el comienzo de su fin, estallaban como un país moderno y pujante.

Su red de carreteras podía compararse con las alemanas o italianas, y además eran gratuitas en su mayoría. Sus aeropuertos crecían y se modernizaban, la nueva terminal de Barajas le había sorprendido gratamente.

Esa misma mañana había estado a punto de viajar en un tren de alta velocidad a Toledo, opción que había desechado por no querer molestar a Nuria o tomar un taxi hasta el cercano pueblo de Cobisa. España, a ojos de un extranjero, era un país nuevo y en pleno crecimiento. A ojos de un historiador, un proceso de recuperación acelerado y sorprendente en el que otras naciones habrían invertido siglos, o simplemente habrían desaparecido. Sintió una punzada de envidia envuelta en barras y estrellas. En algunos aspectos, tuvo que reconocer, Estados Unidos estaba peor que su renovado anfitrión europeo.

Nuria había insistido en que viajase en AVE, «en veinte minutos estarás prácticamente a las puertas de la muralla», pero había declinado su ofrecimiento. Desde que había muerto su mujer, Cameron había hecho votos de no volver a depender nunca jamás de otro espécimen del sexo opuesto. Ni sentimentalmente, ni de ninguna otra forma. «Eso es inseguridad, mezclado con tu tradicional egoísmo», le había remarcado su hija.

Es posible que el diagnóstico resultase cierto.

Pero le importaba un bledo.

Se sentía bien solo. En realidad, estaba solo desde hacía mucho tiempo. Su matrimonio murió antes de que lo hiciese su mujer.

Su automóvil se deslizaba a ciento sesenta kilómetros por hora por el firme perfecto de la nueva autopista. «Si no están los paneles encendidos es que los radares

no están operativos, ni la Guardia Civil está dentro», le había dicho el operario de la cabina de peaje, a modo casi de confidencia. Eso era lo que le enamoraba del país, podrían disfrazarse de pujanza y desarrollo, pero en cada uno de sus habitantes siempre latía un ácrata dispuesto a romper las normas. Aunque sospechaba que esa actitud era la esencia de su progreso.

Mientras conducía entre inmensos campos de cereales a punto de ser segados, trató de recordar algún momento feliz de su matrimonio. No pudo porque no era capaz de fijar el rostro de Maggie en su memoria. Decidió no hacerse ningún reproche por ello. Las cosas habían rodado así y el pasado no se podía cambiar. Trató de insuflarse ánimos. Era todavía razonablemente joven, como acostumbraban a decir todos los de su quinta cuando se juntaban alrededor de varias botellas de cerveza, y todavía le quedaban unos años intensos por vivir. Y no pensaba desperdiciar ni uno solo de esos días.

Por eso, el vértigo que sentía desde su primera entrevista con Nuria, cuando le contó toda aquella historia de los extraños hallazgos de la iglesia de Cobisa, le parecía incluso estimulante. De alguna manera podía sentir que estaba comenzando a deslizarse lentamente por una pendiente a la que no le veía el final. Ni atisbaba siquiera a intuirlo, pero sabía que era imparable.

Además, se sentía manipulado en toda aquella historia: ¿Quién le dejaba notas rotuladas en el parabrisas? ¿Hacia dónde quería llevarle? ¿Qué le esperaba en aquel piso de alquiler «para caballeros, caballeros»?

Sintió otra vez el cosquilleo del estómago. Pero sabía que su necesidad de respuestas bloqueaba sus alarmas de peligros.

De momento, se había trazado su propio plan. Esto, al menos, le producía una sensación de control sobre los acontecimientos. Por ahora, no iría a ver el piso que se alquilaba en el centro. No seguiría a pies juntillas las instrucciones de quien había bautizado como «el director». Primero analizaría los cuatro hallazgos encontrados en el falso muro de la iglesia parroquial de Cobisa. Ya había tenido su primer contacto con el Navigatio, aunque su lectura seguía pendiente. También le había presentado sus respetos a la momia del monje, con resultados inquietantes. En unos minutos, sabría si la talla de la Virgen formaba parte del rompecabezas o era sólo una pista colateral que se extinguía en sí misma. Sólo le quedaba la «pluma del ángel». Pero había decidido llegar hasta el final. Mañana a primera hora tomaría un vuelo hacia Roma. Había vencido su inicial resistencia, y había llamado a su hermano Madoc.

—Hola Mac, soy Sebastian.

—Sebastian, santo cielo, hacía años que no sabía de ti. ¿Cómo te va, hermano? — Su voz siempre bien modulada, seductora y amable al otro lado del teléfono.

—Bien, todo en orden. —No recordaba haberle visto desde el funeral de Maggie, y de eso hacía cinco años—. Oye Mac, tengo que viajar a Roma. —Las conversaciones con su hermano siempre eran así, directas y sin circunloquios—. Sigues siendo diplomático allí, ¿verdad?

—Claro, Sebastian. Y estoy en el último año de misión, has tenido mucha suerte. ¿Cuándo tienes previsto llegar?

—Estaré allí dentro de dos días, el próximo miércoles.

—Suen a viaje rápido, ¿trabajo o placer?

—Trabajo, Mac. ¿Tienes contactos en la Santa Sede? —Siempre sin rodeos.

—¿Sigues siendo historiador o te has metido a espía? —Oyó la franca risa de Madoc al otro lado del teléfono, su hermano parecía estar siempre de buen humor.

—Estoy recopilando datos sobre la colección de reliquias de Felipe II para mi próximo libro —improvisó—. Estoy en España y he ido varias veces a El Escorial. Pero me gustaría conocer de primera mano los protocolos de la época para la autenticación de reliquias por parte del Vaticano.

—Eres un tipo con suerte, Sebastian. Soy íntimo de monseñor Grazzianni. —Siempre le había asombrado la capacidad social de su hermano, quizás por eso era diplomático—. Es un cardenal que parece tener todas las llaves del Vaticano. Estoy seguro de que es «tu hombre». Y me debe algunos pequeños favores.

—Eso suena muy bien, Mac, nos vemos el miércoles en Roma. Tengo que colgar, estoy conduciendo —volvió a improvisar.

—Mónica y las niñas estarán encantadas de verte de nuevo... —Le colgó.

—«A un kilómetro, primer desvío a la derecha» —le anunció la voz femenina del navegador del Audi, sacándole de sus pensamientos.

—¿Saldrás a cenar conmigo esta noche? —le preguntó a la máquina. No hubo respuesta.

Cinco minutos más tarde estaba en Cobisa.

Aparcó frente a la iglesia de San Felipe y Santiago. Miró su reloj de pulsera, faltaban cinco minutos para las doce, la hora acordada para la entrevista con don Simón, el párroco del pueblo. Salió del coche, y una oleada de calor seco acabó con el microclima fabricado por el climatizador del Audi, del que había disfrutado durante los escasos treinta minutos de viaje.

Don Simón y tres mujeres de mediana edad estaban frente al altar de la Virgen de las Angustias. Las luces del presbiterio se encendían y apagaban, mientras el párroco y sus correligionarias observaban las pruebas de iluminación con expresiones graves.

Don Simón, con el rabillo del ojo, observó al recién llegado que se acercaba al grupo, y salió a su encuentro.

—Debe ser usted el profesor Cameron —le dijo tendiéndole la mano y dibujando una afable sonrisa en su rostro.

—Confío en que haya llegado a esa conclusión porque a esta hora no esperaba otra visita. Lamentaría que mi aspecto de turista americano me delatase —le respondió haciendo una leve inclinación para besar su anillo sacerdotal, tic de una estricta educación católica.

—Caramba. —Su gesto no pasó desapercibido por don Simón—. Americano y

católico. Si además es usted casado y heterosexual, tiene todos los atributos para ser un auténtico provocador.

—Soy viudo, nunca he votado a Bush, mi heterosexualidad está garantizada por una aburridísima educación y no he sido un marido ejemplar —le reconoció de corrido y sin pudor—. Espero no decepcionarle demasiado.

—Su español es perfecto —observó el sacerdote ignorando su impostada provocación—, ¿dónde lo aprendió?

—Podríamos decir que me crié en brazos de una española. La hija de un profesor republicano exiliado en Boston. Fue mi *au-pair* desde los cuatro años. Creo que aprendí a hablar español antes que inglés.

—Una historia interesante. Ahora terminará de contármela. He preparado un pequeño refrigerio en la sacristía —dijo bajando la voz para que no le oyeran las mujeres.

—No tenía que haberse molestado —le contestó, mientras miraba hacia la talla—. ¿Es ésta la Virgen que apareció en el muro?

—Oh, sí —le contestó volviéndose hacia el altar—. Los técnicos terminaron su limpieza y restauración hace dos días, mucho antes de lo esperado. Esta misma mañana la han trasladado a la iglesia. Nos ha cogido usted preparando las pruebas de iluminación. Venga, acompáñeme.

Se acercaron al altar de la capilla de la Virgen y hasta el grupo de mujeres que no les había dejado de observar, despreocupándose de los efectos lumínicos.

—Señoras —les anunció el sacerdote—, les presento al profesor Cameron, de la Universidad de Boston. Ya les he hablado de él, y creo que doña Nuria Rubio también. Profesor, éstas son doña Marta, doña María y doña Sofía, tres damas del Capítulo del Desprendimiento, mis manos y mis brazos en la parroquia.

Cameron las saludó a todas con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Pues no es usted tan mayor —reconoció una de ellas.

—Sí, Nuria nos dijo que era usted un carcamal —dijo otra, con crudísima sinceridad.

—Son viejas rencillas del pasado —carraspeó Cameron—. La señorita Rubio nunca ha logrado olvidar del todo las consecuencias de aquel terrible accidente en Boston. Me temo que la descripción que siempre hace de mi persona es una especie de venganza inconsciente.

Las tres mujeres le observaban sin pestañear, esperando oír la historia completa. Cameron no pensaba decepcionarlas.

—Como ya sabrán, la inspectora Rubio fue mi alumna durante un año en Boston —las tres asintieron con la cabeza—, lo que no les habrá contado es que la atropellé en el *parking* de la facultad en una desgraciada maniobra, desaparcando mi automóvil, un anticuado y pesado Cadillac. —Las tres mujeres negaron con la cabeza—. Perdió su pierna izquierda. —Una de las mujeres se llevó la mano a la boca, ahogando un pequeño grito—. Desde entonces lleva una prótesis. Es una prótesis

magnífica, un prototipo que desarrollamos en el laboratorio de ortopedia de la Facultad de Medicina de Boston, especialmente diseñado para ella.

Hizo una pausa para observar el efecto de su relato en aquellas mujeres. Demoledor, como esperaba.

—Sé que Nuria me ha perdonado de corazón, porque seguimos siendo grandes amigos. Pero su pequeña venganza, como les he dicho antes, es describirme como un viejo decrépito. Nunca he tomado represalias por ello —admitió componiendo una expresión noble en su rostro, casi angelical.

Las tres mujeres cruzaron miradas cómplices entre ellas.

—Señoras —interrumpió el párroco—, al profesor Cameron y a mí nos gustaría tener unos instantes de privacidad para hablar sobre la talla y otros asuntos. Si son tan amables...

Las tres mujeres se dirigieron en grupo compacto hacia la puerta. Hablaban entre sí en un tono que pretendía ser confidencial.

—Sí, se le nota que cojea, que no os lo había querido yo comentar por mi natural prudente —alcanzó a oír Cameron, que no pudo evitar esbozar una sonrisa de profunda satisfacción.

Don Simón no pudo evitar exhalar un suspiro cuando las tres mujeres salieron por la puerta de la iglesia.

—¿Sabía que la inspectora se muda a Cobisa el mes que viene? Su historia va a dar mucho que hablar en el pueblo. Si quiere puedo confesarle antes de irse.

—No me vendría mal —reconoció el americano—, lo meditaré en el aperitivo.

Don Simón no había faltado a la verdad con respecto al refrigerio. En la sacristía les esperaban unas generosas fuentes de un excelente queso curado, jamón ibérico y unas deliciosas y todavía templadas croquetas. Todo preparado para ser regado con un notable vino de Rioja.

—La talla en sí misma carece de valor artístico —le reconoció el párroco bien mediado el improvisado *brunch*—. Su valor es sentimental para el pueblo, potenciado por su extraña desaparición y su no menos extraordinaria reaparición con sus enigmáticos compañeros de encierro. —Terminó de engullir una croqueta—. Le contaré todo lo que sé sobre la talla, si usted promete hacer lo mismo sobre el resto. Sé que ha estado investigando —le espetó el sacerdote.

—La discreción no parece ser uno de los rasgos definitorios de la personalidad de mi antigua alumna.

—No la culpe por ello. Si no me hubiera contado todo, usted no estaría hoy aquí comiendo croquetas conmigo —le reconoció don Simón.

—Comience usted, padre. Le aseguro que le iré correspondiendo.

Se limpió cuidadosamente las manos con una servilleta antes de comenzar a informarle.

—Según consta en el archivo parroquial, la talla ahora recuperada fue encargada

por la marquesa de Sonseca en 1890 a un artesano filipino. De ahí la explicación de los rasgos orientales que usted ya habrá detectado en la ejecución de la figura. Los marqueses de Sonseca vivían en Manila en aquella época. El marqués era prácticamente el dueño de la compañía de Tabacos de Filipinas y uno de los hombres más influyentes de la colonia. La marquesa, doña Elvira, era una mujer muy religiosa y devota. Tenía capilla con culto en su mansión, como era costumbre en aquellos tiempos entre las familias católicas de mucho abolengo. Nuestra Virgen de las Angustias entonces no había mudado su nombre originario. Era todavía la Virgen de los Remedios en Filipinas.

—¿A qué se debe su cambio de nombre, entonces? —preguntó intrigado Cameron, a que se le antojaba que ni lo más sencillo podía jactarse de ser normal en aquella enrevesada historia.

—A una anécdota, que si me permite la calificación, bordea la tragedia y el sainete. Le explico —quiso aclarar ante el gesto confuso de su invitado—. El marqués, además de millonario, sabía leer entre las líneas del presente lo que le depararía el futuro, quizá por esta facultad siempre fue millonario. Pronosticó con acierto que a la colonia le quedaba poco tiempo de vida. De vida española, entendámonos. Así que vendió todas sus acciones, negocios y propiedades en las islas, todavía a muy buen precio, y regresó a España en 1892^[6]. Iniciaron regreso a la metrópoli en el vapor *Magallanes*. Al parecer, la travesía estuvo llena de incidentes y peligros. Terribles tormentas estuvieron a punto de hacer naufragar el barco varias veces. Doña Elvira se pasaba los días y las noches encerrada en su camarote de primera clase rezando a su Virgen de los Remedios. Pasó tantas angustias en el viaje, tal como relataría más tarde, y estaba tan convencida de haber salvado su vida gracias a la intervención de aquella virgen, que decidió rebautizarla como «Virgen de las Angustias», en recuerdo de tan terrible viaje. Los marqueses compraron grandes propiedades en Toledo e hicieron construir el antiguo palacio de la Sisle, a pocos kilómetros del pueblo. La marquesa se encaprichó con Cobisa, hizo muchas obras de caridad para el pueblo, amplió la iglesia parroquial, que entonces era una humilde ermita, y acabó donando su Virgen de las Angustias para el culto de su nueva capilla.

»Y allí permaneció la imagen hasta aquella desventurada noche del 18 de julio de 1936. O al menos, esto es todo lo que puedo contarle, porque es todo cuanto sé.

Cameron cumplió su palabra. Sin entrar en grandes detalles le dio a conocer el resultado de sus pesquisas con el *Navigatio* y el cadáver del monje. Obvió el detalle del *pilum*, sintetizando la muerte del presunto religioso como un «ataque con arma blanca».

—En mi opinión, ese monje era un farsante, profesor Cameron. —El párroco quería hacerle saber lo que pensaba sobre tan oscuro asunto—. Y llego a esa conclusión por los objetos que portaba. Un *Navigatio* falso y una supuesta pluma de ángel, tan falsa como el libro. Probablemente, todo fuese robado, o algo peor.

—Debo entender que sospecha que el muerto no fuese ni siquiera un verdadero

monje —quiso acotar el americano.

—Por supuesto. Estoy seguro de que lo que hubo aquella noche en esta iglesia fue una reunión de ladrones. En aquellos tiempos se asaltaban y expoliaban las iglesias como hoy se revientan chalets. Aquellos hombres discutieron por el botín, y la pelea acabó muy mal para uno de ellos. Lo emparedaron con los objetos que pretendían robar con la intención de recuperarlos más tarde. Si no lo hicieron fue porque no pudieron. Confío en que la guerra se llevase por delante a ese par de asesinos al infierno.

Bebió un largo trago de vino, y engulló una croqueta mientras miraba fijamente a su invitado americano.

—Sí —apostilló finalmente—. Eso fue lo que realmente ocurrió en esta iglesia la noche del 18 de julio de 1936.

—¿Por qué vistieron de monje al muerto? —Cameron no renunciaba a encontrar flancos abiertos en el demoledor relato del prelado.

—Por si los descubrían antes de que les diera tiempo a emparedarlo. En el 36, matar a alguien que vestía hábitos no estaba muy mal visto por las autoridades. De hecho, las autoridades se hincharon a matar curas en los primeros meses de guerra, como usted debe saber por su condición de historiador —le contestó con mucha retranca.

—¿Qué sabe de la pluma del ángel? —Fue una pregunta hecha en un tono casi lastimero.

—Siguen analizándola en Roma. No he tenido respuesta del arzobispado. Y entre usted y yo, no espero volver a saber nada de esa paparruchada.

Se despidió de don Simón en la puerta de la iglesia. Acordaron seguir informándose si surgía alguna novedad.

Cameron inició el regreso a Madrid con una extraña e incómoda sensación de vacío. ¿Y si todo había ocurrido tan brutal y pragmáticamente como el sacerdote lo había reconstruido? Era una hipótesis sólida y coherente, tuvo que reconocer muy a su pesar. Tal vez el misterio sólo existía en su imaginación. Se sintió repentinamente deprimido, como un niño al que le arrancan de las manos su mejor juguete.

Llamó por el teléfono del Audi a Nuria y excusó su presencia en el almuerzo argumentando que tenía que coger el primer vuelo de la mañana del día siguiente para ir a Roma. Una excusa débil y poco sostenible.

En realidad, no estaba de humor para comer con nadie.

Capítulo VI

LA PLUMA DEL ÁNGEL

Capita VI. N.S.B.a. La curragh navega hacia el solsticio de verano. Llegan a la isla del Castillo Deshabitado. Uno de los monjes peregrinos juega con un diablillo etíope que le induce a robar un cáliz de oro.

El comandante Ignacio Ayuso anunció al pasaje el inmediato aterrizaje del Airbus A-310 de Iberia en el aeropuerto de Fiumicino por la megafonía interna de la aeronave. Cameron comenzó a salir de la ligera modorra que le había producido el vuelo gracias a la sonora y persistente alarma que le informaba de la obligatoriedad de abrocharse el cinturón, antes de que el aparato comenzase la maniobra de aterrizaje. Siempre se dormía. Y eso que no le gustaba volar. Dormirse era como un abandono consciente a su suerte.

Apoyó la cabeza en la ventanilla de su asiento, mientras el Airbus se inclinaba sobre su costado izquierdo iniciando el descenso sobre Fiumicino. Desde aquella altura, pudo distinguir el caótico crecimiento de Roma. El día era hermoso y claro, típico del verano romano. El reflejo del sol sobre el mar, le hizo despegar el rostro de la ventanilla, entrecerrando los ojos.

Abrió el diario *El País* que le había ofrecido al comienzo del vuelo una amable azafata, para intentar distraerse. No le gustaban los aterrizajes.

El moderno Airbus se deslizó con suavidad por la pista hasta alcanzar su *finger* y detenerse ante la terminal B del aeropuerto. Se felicitó por la habilidad del comandante en el aterrizaje, mientras volvía a escuchar su voz en la protocolaria despedida del pasaje. El joven piloto, sabía que era joven por su tono de voz, le estaba cayendo bien, hasta que le anunció la temperatura exterior que hacía en Roma. La máxima que se esperaba para el mediodía era cercana a los cuarenta grados. No quiso escuchar el porcentaje de humedad que sufriría la ciudad de Calígula, merecido regalo por su proximidad al Mediterráneo.

En ese momento fue consciente de que salía del infierno de Madrid para caer en el cocedero de Roma.

Arrastró disciplinadamente su *trolley* por los largos pasillo de la terminal B, pasajeros Schengen, para alcanzar la salida. Allí salió a su encuentro un hombre con corte de pelo militar y temo azul marino con banderita americana en la solapa.

Máximo Lanza, que así se llamaba el chófer de la embajada que le había sido asignado, le identificó gracias a la foto de carnet que tenía de Cameron y que rápidamente guardó en uno de los bolsillos de su americana.

—¿*Signore* Sebastian Cameron? —le preguntó, plantándose delante del profesor americano.

—Sí, soy yo —le contestó con sequedad.

Lanza dibujó en su rostro una amplia sonrisa, y le dio un fuerte apretón de manos, sujetándole el antebrazo con la mano izquierda. Cameron supuso que el mecánico había visto tantas veces saludar así a su jefe que imitaba el gesto como un comportamiento condicionado.

Si el chófer hubiese sido un pastor alemán, Pavlov habría estado encantado de conocerle.

—Soy Máximo Lanza, conductor de la embajada —se presentó, mientras le mostraba una identificación plastificada con el sello de la embajada de Estados Unidos—. Le ruego que compruebe mi identidad antes de acompañarme. Es un código de seguridad.

Cameron le echó un furtivo vistazo a la tarjeta que le mostraba.

—Es usted más atractivo al natural. La fotografía no le hace ninguna justicia:

—Oh, *grazie, professore*, mi novia piensa lo mismo —le contestó sonriente.

Le cayó bien el fornido Lanza. Un tipo desinhibido y alegre, con la seguridad que da la juventud y el haber sido entrenado por asesinos profesionales de los servicios de inteligencia americanos.

Cameron comprobó la hora de su reloj, mientras entraba en el Mercedes 500 SEK blindado del embajador americano; las 10.37 horas. Más de media hora de retraso sobre el horario previsto por una retención en la pista del aeropuerto de Madrid.

—Mi cita en el Vaticano es a las once y cuarto. ¿Cree usted que llegaremos? —le preguntó sin muchas esperanzas de recibir una respuesta positiva.

—*Professore, io so romano* —le contestó el chófer. En realidad, le había querido decir que él sabía conducir como un verdadero romano. Y que sí, que llegaría a su cita con tiempo de sobra incluso para tomarse un capuchino antes de entrar en el Vaticano.

Pudo comprobarlo en cuanto Máximo lanzó su Mercedes a más de ciento sesenta kilómetros por hora en el endiablado tráfico de la *autoestrada* Roma-Fiumicino. Con habilidad fue sorteando cuantos enemigos le salían al paso, porque así entendían los romanos el tráfico, como una batalla diaria, hasta frenar con suavidad frente a las puertas de la Basílica de San Pedro quince minutos más tarde.

Lanza le abrió solícito la puerta.

—Gracias Máximo. Ahora sé por qué se retiró Michael Schumacher, debió de conducir una vez a su lado —le dijo mientras intentaba recomponer el nudo de su corbata y desarrugar su liviana chaqueta de lino.

—*Grazie, professore* —le contestó con un punto de orgullo, al serle reconocida su habilidad al volante—. Tengo instrucciones del embajador en insistirle para que acepte la invitación que le ha hecho para alojarle en su casa. En caso contrario llevaré su equipaje al hotel.

—Reitérele mi agradecimiento al embajador, pero dormiré en mi hotel. Y no conduzca tan rápido esta vez, quiero ser capaz de encontrar mi cepillo de dientes en

la maleta —mientras le hablaba, Cameron se miraba en el cristal tintado del Mercedes; no estaba mal después de haber estado sometido a casi cinco G de fuerza en el habitáculo del automóvil.

—Le recogeré en este mismo lugar a las 13.00 horas, para acudir al almuerzo con el embajador.

—No se preocupe, tomaré un taxi. —Empezaba a estar harto por la obsesión clásica de su hermano de tenerlo todo bajo control.

—No será posible, señor. El protocolo de seguridad de la embajada no lo permite —le contestó con educación, pero con firmeza el conductor.

Cameron le miró con hostilidad de arriba abajo. Estuvo tentado de mandarle a tomar por culo allí mismo, y en italiano, para que no hubiera dudas. El recuerdo fugaz de la visión de la culata de su Beretta cuando se sentó en el asiento del conductor, le hizo desistir de su primer impulso.

—Está bien —le respondió en tono conciliador, tras exhalar un breve suspiro—, colaboraremos con el protocolo de seguridad de la embajada. Estaré aquí, como un buen chico, a las 13.00 horas. No se retrase, Máximo, no quiero ser secuestrado por un comando de muyahidines mientras doy de comer a las palomas.

—Pierda cuidado, *signore*. —Volvió a sonreírle y se dio media vuelta para introducirse de nuevo en el Mercedes.

Un capitán de la guardia suiza le acompañó, escoltado por un fornido alabardero, hasta el piso superior de la Torre de los Vientos, donde tenía su despacho el todopoderoso cardenal Raffaele Grazzianni, prefecto del Archivo Secreto Vaticano.

El secretario del cardenal le hizo pasar a un pequeño salón contiguo al despacho, y le comentó, con un hilo de voz, que sería recibido en diez minutos por Su Eminencia.

Mientras hojeaba el ejemplar del *Osservatore Romano* que le había ofrecido el funcionario, volvió a reconciliarse otra vez con su hermano. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que Madoc tenía adoración por él, en absoluto correspondida por su parte.

Madoc era su único hermano, y además, el pequeño. Pero siempre se había empeñado en protegerle. Quizá su conflicto había comenzado ahí, Mac siempre había tratado (y conseguido) de usurpar el papel que en realidad le pertenecía a él. Sebastian tenía que reconocer, sin embargo, que su hermano era lo más cercano a la perfección. En realidad, Madoc y perfección eran sinónimos. El pequeño de los Cameron siempre había sido un estudiante brillante en el instituto. Despuntaba tanto en los estudios como en el deporte. En Harvard, su rutilante y bífida progresión se había ensanchado y magnificado. Pasaba por ser uno de los estudiantes de derecho más prometedores, y durante los tres últimos cursos fue el mejor *quarterback* del equipo universitario.

Hasta probó con los Ram, que llegaron a hacerle una oferta que cualquier chico de diecinueve años hubiera firmado, aunque la letra pequeña del contrato le obligase

a volver a luchar él solo contra todo el Vietnam reunificado durante un año. Pero dijo no al *rugby*. Él quería ser abogado.

Fue el número uno de su promoción. Mac parecía haber nacido bajo el signo del uno.

Le contrató el bufete de moda en Nueva York, Benson & Bellami, que acababa de salvar de la silla eléctrica a una estrella negra del fútbol americano acusado del asesinato de su propia esposa. El tipo, del que ahora no recordaba su nombre, tenía más pruebas incriminatorias en su contra que las que pudiera recoger el pueblo judío contra Hitler.

Pero Madoc había trabajado como becario en el último año de carrera en el bufete, y había preparado la defensa del carnicero con casco y hombreras prácticamente a «escondidas». Porque le parecía «un caso práctico divertido», como le declaró en la sala de juntas del bufete al asombrado James Bellami, al que había tenido la osadía de mandarle por correo electrónico su «propuesta para la defensa de un caso perdido». La estructura técnica de su alegato era tan brillante, innovadora y demoledora, que el juez tuvo que declarar «no culpable», muy a su pesar, al delantero de color. Cuatro meses más tarde, fue de nuevo detenido por violar y estrangular a una prostituta en el West End. Para entonces, Mac ya trabajaba como abogado en el despacho. Bellami se colgó la medalla, pero también compró la fábrica de medallas. Sin embargo, esta vez el pequeño de los Cameron no quiso asumir la defensa. «Un hombre tiene el derecho a tener una segunda oportunidad. Si necesita una tercera es que es incapaz de aprender», le había respondido su hermano zanjando la cuestión, cuando Sebastian tuvo la ocasión de preguntarle en una comida familiar, no exenta de cierta tensión, por qué no sacaba otra vez a la calle a aquel hijo de puta.

El despacho le hizo socio en dos años. Todo un récord. La vida le sonreía, las chicas con prótesis mamarias y *piercing* en el ombligo le sonreían, los directores de las sucursales bancarias y los vendedores de coches alemanes de importación también le sonreían. El destino parecía haberle puesto al menor de los Cameron un cheque en blanco delante de sus narices... Entonces, volvió a sorprenderles de nuevo. Renunció a todo por servir al Estado. Alguien le había inoculado el veneno de la política, alguno de sus influyentes amigos. Quería ser embajador de Estados Unidos de América. Se puso a estudiar de nuevo y consiguió finalizar su carrera diplomática en sólo año y medio.

—Doble C. —Recordaba perfectamente su llamada telefónica rebosante de euforia—. Me han dado mi primer destino. Voy a Bogotá como secretario comercial de la embajada. ¿Qué te parece, hermano, no es maravilloso?

—Mac, lo que me parece fascinante es que después de tantos años y de ser hermanos biológicos, no logre entenderte. —Él siempre vitriólico.

—¿Qué?

—Eres la única persona en el mundo que conozco que ha renunciado dos veces a ser millonario. Tienes treinta años, por Dios, si hubieras fichado por los Ram cuando

tenías diecinueve, ahora estarías a punto de jubilarte y te pasarías el día leyendo catálogos de Ferrari. Si te hubieras quedado en el despacho de Benson & Bellami, estarías...

—Benson & Bellami & Cameron —le corrigió.

—... Estarías jugando al golf en Barbados —continuó, conteniendo su creciente ira— mientras una jauría de recién licenciados estaría trabajando catorce horas diarias para preparar tu próximo caso bajo un metro de nieve en Nueva York.

Se hizo un silencio entre los dos. Sebastian sólo oía la estática de la conferencia.

—Mónica está encantada, cree que Colombia será un magnífico lugar para empezar nuestra familia. —Su buen humor parecía inquebrantable.

—Mac, con un funcionario en la familia bastaba, tú eras el triunfador, ¿recuerdas? —Odiaba que todo lo mezclara con Mónica. Quizá era sólo envidia.

—Tú y yo somos triunfadores, Sebastian. —Su voz bien modulada y hermosa, al otro lado del teléfono—. Porque los dos estamos haciendo lo que queremos y para lo que servimos. —Le habría golpeado si lo hubiera tenido delante—. En cuanto estemos instalados en Bogotá, Maggie y tú tenéis que venir a vernos. Colombia es un país fascinante. No fue a verle a Colombia, ni a Berlín en el 98. Le había dicho: «Tienes que venir a conocer Berlín ahora, aquí va a empezar a cambiar el mundo». Ni a Karachi, en Pakistán, su último destino antes de Roma, en 2001.

El secretario del cardenal le sacó de sus recuerdos.

—Ya puede pasar —le anunció—. Su Eminencia le recibirá ahora. Cameron se levantó con dificultad del blando sofá de la pequeña sala de visitas y entró en el despacho de su anfitrión.

—Acabo de perder contacto con nuestra baliza, señor.

—No se preocupe, eso sólo puede significar que acaba de entrar en el despacho de Grazzianni —contestó alguien al otro lado del teléfono móvil mientras oía, de ruido de fondo, el chasquido inconfundible de una madera al impactar en una pelota de golf.

El cardenal estaba de espaldas junto a un gran ventanal, sus cortinas descorridas descubrían una magnífica vista sobre Roma. Se volvió al oír las pisadas de su visitante sobre la tarima de roble napolitano del suelo de su despacho.

—*Professore* Cameron —avanzó hacia él con una sonrisa perfecta y afable, ofreciéndole el dorso de su mano derecha, con su resplandeciente anillo cardenalicio.

—Eminencia —le saludó cumpliendo el protocolo católico.

—Es un placer conocer al hermano de nuestro *carísimo amico* el embajador americano. —Retuvo entre sus manos un instante la suya—. Estoy a su entera disposición.

Grazzianni hablaba un inglés magnífico. Calculó que quizá fuera un poco mayor que él, pero no debía de haber cumplido los sesenta. De una planta imponente, con una altura que le permitía disimular con dignidad su sobrepeso. Su cabello todavía abundante, corto y pulcramente peinado, tenía un color inmaculadamente blanco. Lucía un saludable y discreto bronceado. Y sus ojos, de un azul casi líquido, tenían el brillo de una aguda inteligencia. Le pareció estar en presencia de un noble patricio romano.

—Sentémonos aquí —le dijo señalándole una pequeña mesa circular, rodeada por tres cómodos butacones—. Voy a pedirle un café. Tengo entendido que no puede usted resistirse a un buen café, y el que hace Pancho, nuestro cocinero, es realmente excepcional. —Se inclinó un poco hacia él—. Pancho es colombiano —le dijo en un tono casi confidencial, a modo de explicación, revelando en parte su secreto.

—Le agradezco la gentileza del café. Es una droga de la que todavía no he logrado desengancharme. Tiene usted un despacho con unas vistas envidiables —reconoció observando el gran ventanal, que era un auténtico balcón sobre la ciudad y que a aquella hora dejaba pasar con generosidad la luz del mediodía romano, iluminando la amplia estancia donde estaban reunidos.

—Es bien cierto. La Torre de los Vientos, donde nos encontramos, fue construida en su origen para efectuar estudios astronómicos. Esta sala cumplía la función de observatorio. Tendría que estar usted aquí en plena noche. A pesar de la contaminación lumínica, el cielo de Roma sigue siendo asombroso.

—Supongo que en el siglo XVI, cuando Moscherino la proyectó y se construyó la torre, no existía ese problema.

—Bravo, *professore*, veo que es usted un hombre cultivado. O al menos, ha preparado esta reunión. —Cameron notó su mirada penetrante.

El secretario golpeó dos veces con los nudillos en la puerta, antes de entrar y depositar en la pequeña mesa un servicio de café completo, acompañado por unos deliciosos dulces.

—*Grazie, Lucca* —le agradeció el cardenal—. *Non passa alcuna chiamata me fino a che non abbiamo ricinito la riunione.*

El secretario abandonó el despacho tan silenciosamente como había entrado.

—Así que está usted escribiendo un libro sobre Felipe II y su colección de reliquias —comenzó Grazzianni mientras le servía la primera taza de espeso y humeante café—. Un ensayo, supongo. Un tema realmente fascinante el de la colección del rey español. Visité El Escorial hace tres años, con motivo de mi último viaje a España. Todavía sigo impresionado por esos dos altares que hizo construir el rey junto al altar mayor. —Entrecerró los ojos y gesticuló con las manos, como queriendo proporcionar y abarcar las medidas de los retablos—. Como sabrá, los hizo levantar para colocar las piezas más importantes de su colección. Recuerdo nítidamente los ochenta relicarios de plata que forman el conjunto. Los bustos parlantes de Juan de Arfe^[7] son absolutamente impresionantes.

Cameron apuró su primera taza de café mientras observaba a su interlocutor, y decidió en ese momento que no iba a mentirle. Estaba convencido de que Grazzianni tardaría en descubrirle el mismo tiempo que él utilizaba en detectar a los alumnos que tenían la firme intención de copiar antes de empezar un examen. No más de treinta segundos. Al fin y al cabo, tenían oficios parecidos. Los dos observaban y cuidaban a sus rebaños.

—En realidad, la colección de reliquias de Felipe II no es exactamente el motivo de mi visita, Eminencia —le dijo mientras depositaba cuidadosamente la taza de café en la mesa.

Hubo una pausa en la conversación de los dos hombres.

—¿Y cree que podré ayudarle, a pesar de esto? —Su mirada era ahora fría y dura, al contrario de su todavía cálida sonrisa.

—Eso sólo depende de usted. —Llevar el juego al límite era siempre una opción.

—Explíquese, *professore*. —A pesar de todo no parecía incómodo, muchos años de *romanità* dejaban un magnífico entrenamiento para camuflar sensaciones.

—¿Conoce el caso de la pluma del ángel encontrada en el falso muro de una iglesia española? —Decidió no tentar más la suerte. O tentarla del todo.

Grazzianni no respondió de inmediato. Siguió observándole mientras evaluaba su respuesta, entreteniéndose en la liturgia de degustar su café.

—Algo he oído. Me hubiera hecho mucha ilusión haberle dado un vistazo al cuerpo del monje y al resto de objetos encontrados junto a la supuesta reliquia. No estoy muy satisfecho con la actuación de nuestro arzobispado de Toledo en todo este asunto —le respondió finalmente. Y Cameron supo entonces que el cardenal se estaba encargando personalmente del caso.

—Me gustaría conocer todos los detalles que pudiera revelarme sobre la presunta reliquia. —Se sentía como lord Cardigan cargando con sus seiscientos por el Valle de la Muerte: casi podía ver la boca de los cañones, pero ya no había vuelta atrás.

—Supongo que es usted perfectamente consciente de que sigue en este despacho por consideración a la magnífica relación que tengo con su hermano.

Se produjo de nuevo otro incómodo silencio. Cameron sabía que Grazzianni dudaba en ese momento si disparar o no disparar los cañones, dando así por concluida la carga y la entrevista. Un ligero brillo en su mirada le hizo aventurar que todavía tenía una pequeña oportunidad.

—Madoc Cameron es un gran negociador —continuó el cardenal—, veremos de qué pasta está usted hecho, *professore*.

El hispanista supo entonces que la partida había comenzado, y que sería él quien tendría que comenzar a enseñar sus cartas.

Le contó todo lo que sabía, y el cardenal le escuchó atentamente, interrumpiéndole tan sólo cuando quería acotar alguna parte del relato o profundizar en algún aspecto que Cameron pretendía pasar por alto. Cuando terminó la narración de los resultados de sus investigaciones, Grazzianni respetó su silencio por unos

instantes.

—Una historia realmente singular —reconoció mientras apoyaba la espalda en el respaldo de su asiento y cruzaba las manos sobre su mentón.

—¿La reliquia puede aclararnos algo? —le inquirió su invitado.

—Me temo que la presunta reliquia compromete aún más la historia que acaba de contarme.

—¿Es también falsa, monseñor?

—Ésta es una pregunta difícil de responder —admitió—. Y quizá no exista jamás una respuesta.

—Pero usted debe de tener una opinión... —No pensaba dejarle zafarse así como así.

—Le contaré lo que sé. Quizá más tarde le diré lo que pienso. —Su mirada le decía que no era una persona acostumbrada a sentir presión—. Analizamos el continente y el contenido de la supuesta reliquia. Tenemos el contenedor, una ampolla de cristal con tapón de plata. Tenemos el contenido, un trozo de papiro con una inscripción latina, una pluma y un cabello.

—¿Le importa que me sirva una segunda taza de café? —le preguntó Cameron, imposibilitado de controlar su adicción a la cafeína. El cardenal le instó a hacerlo con un gesto de la mano.

—Los análisis efectuados en el recipiente de cristal han determinado que en su momento la ampolla contuvo una mezcla de mirra y áloe. El contenedor y los restos de esa mixtura tienen una datación que no supera los ochenta años.

—¿Mirra y áloe? —le preguntó extrañado.

El cardenal carraspeó suavemente antes de continuar.

—La mirra y el áloe se utilizan desde hace más de dos mil años en medicina, profesor. Mirra y aloe tienen propiedades antisépticas, analgésicas, cicatrizantes y antiinflamatorias.

El purpurado guardó silencio por unos instantes. Prefirió obviar a su interlocutor que la mirra y el áloe se utilizaban también para lavar, acondicionar y perfumar cadáveres antes de ser amortajados y enterrados en la antigüedad. Tampoco le pareció oportuno informarle de que la Sábana Santa, el sudario de Cristo, estaba totalmente impregnada de una mezcla de esas sustancias. O que se habían encontrado restos de mirra y áloe en enterramientos cristianos muy antiguos en Oriente Medio.

—La datación del papiro y la grafía latina es todavía más reciente —continuó Grazzianni—. Prácticamente coincidente con el año en el que se produjo el emparedamiento. Hablamos de 1936, hace setenta y dos años.

—¿La tinta?

—Artesanal, como en el caso del Navigatio. Recuerde que se ha comprometido a mandarme un par de copias de páginas del documento que usted guarda. Serán suficientes para hacer un examen grafológico del documento, con el que podamos determinar si la persona que falsificó el código es la misma que escribió la nota en el

papiro.

—Será lo primero que haga en cuanto regrese a Madrid —le aseguró—. ¿Y qué hay de la pluma?

El cardenal dejó escapar un profundo suspiro mientras se recostaba de nuevo sobre el respaldo de su sillón. Por unos segundos fijó su mirada en el techo, como buscando una respuesta o una señal. Se reincorporó y clavó sus ojos azules en los de Cameron.

—Lo que voy a contarle ahora, *professore*, es absolutamente confidencial. En realidad, podríamos decir, que es un secreto de Estado, porque el Vaticano, aunque sea pequeño, no deja de ser un Estado. —Y muy poderoso a pesar de ocupar tan sólo una superficie de 0,44 kilómetros cuadrados, pensó el americano—. Mi despacho —continuó el cardenal—, está dotado de todo tipo de medidas electrónicas antiespionaje, y están activadas desde que usted entró por la puerta. Así que esta conversación quedará estrictamente entre nosotros. Y jamás reconoceré que ha tenido lugar. No sé hasta dónde llegarán nuestras investigaciones sobre la hipotética reliquia, y si algún día conseguirá el *autenticae*^[8]. Ahora mismo, el *dossier* está en manos del Santo Padre. La decisión sólo depende de su infalible criterio. Recuerde nuestro trato, Cameron, información por información.

—Será un placer trabajar en equipo con usted Eminencia. —No mentía, Grazzianni era un gran socio en aquel momento del partido.

—Por alguna extraña razón, voy a fiarme de usted. Quizá por la tranquilidad que me da el saber que lo que voy a contarle siempre quedará entre los dos. Y nadie va a creerle fuera de estos muros.

—¿No puede haber ningún error? —le inquirió otra vez el cardenal Grazzianni, después de leer las conclusiones redactadas en la última página del documento que acababa de leer en presencia del padre Giovannezza.

—No hay ningún error en ese informe, Eminencia —le respondió con absoluta seguridad el joven sacerdote.

Cario Giovannezza, el director del laboratorio de Investigación y Autenticación del Archivo Secreto Vaticano, había logrado controlar el nerviosismo de los primeros minutos de su entrevista con Grazzianni. Ahora se sentía más sereno y seguro de sí mismo. Él y su equipo habían hecho bien su trabajo. Tenía tan sólo veintisiete años, era sacerdote desde hacía sólo un año, pero seguía siendo uno de los biólogos más prometedores del mundo. Él lo sabía. Y el cardenal también.

—Suscribiría por tanto cada una de las conclusiones de este informe —le quiso acorralar el purpurado.

—Mi firma está en la última página del documento —le contestó, casi retador.

—Me gustaría conocer sus conclusiones personales, sacerdote Giovannezza. —Aquello era una manera cruda de recordarle el escalafón.

—La pluma es una remera secundaria, en un principio la confundimos con la

pluma de un cóndor...

—Tenía entendido que los cóndores eran pájaros negros —le interrumpió—, y esta pluma es blanca como la nieve.

—En efecto, el cóndor andino^[9] es de plumaje más oscuro, casi negro. El cóndor de las Rocosas, algo más pequeño, es pardo —puntualizó Giovannezza—. En un principio pensamos en un cóndor albino, en una extraña mutación, o que la pluma estuviera fraudulentamente tintada.

—Su pigmentación es natural. Y no es una pluma de cóndor.

—¿Por qué está tan seguro de su diagnóstico?

El director estaba constatando que Grazzianni parecía profundamente irritado por los resultados de los análisis y pruebas de su laboratorio. No había otra razón para exigir su presencia a primera hora de la mañana en su despacho.

—Las mediciones y pruebas de la pluma —continuó— han demostrado que es una remera secundaria que dobla el tamaño de una pluma de la misma clase del ave más grande conocida en el mundo. La estructura de la pluma, analizada con un microscopio electrónico, nos dice que estamos ante una clase de cálamo único y desconocido. El cañón de la pluma es mucho más grueso, resistente, flexible y liviano que el de la pluma de un cóndor. A las barbas de ambos lados del raquis les ocurre lo mismo. Hemos sometido la pluma a la prueba del viento, su aerodinámica es perfecta y me atrevería a decir que inteligente.

—No estoy para juegos de ingenio esta mañana, padre —le contestó con sequedad.

—Trataré de explicárselo. La morfología de la pluma en sí misma es extraordinaria, y en nada se parece a la de ningún ave conocida, como ya le he dicho antes. No encontramos rastros de grasa entre las barbas, como si el ave a la que supuestamente pertenecía no tuviese glándula uropigial^[10]. Pero en las simulaciones de vuelo descubrimos que con la fuerza del viento las barbas producen una microvibración capaz de crear una película de aire que repele la lluvia.

Grazzianni abrió el documento por una página que tenía marcada.

—¿Qué significa esto de un extraño sonido detectado en el túnel del viento?

El director tragó saliva antes de acometer la siguiente explicación.

—Hemos grabado el comportamiento sónico de la pluma, Eminencia. La reverberación que producen las barbas, además de provocar una perturbación del aire que las protege de la lluvia, también produce un extraño sonido. —Guardó silencio. La mirada inquisitiva del cardenal le obligó a continuar—. Recuerda a una nota musical, Eminencia. Si tuviéramos el ala entera me atrevería a asegurar que...

—No tenemos el ala entera, Giovannezza —le cortó el cardenal—, y en el Archivo que dirijo es costumbre el no «suponer» nunca nada. Sólo trabajamos con certezas y hechos comprobados y comprobables.

El cardenal se levantó pesadamente de su asiento y se dirigió al gran ventanal de su despacho, dándole la espalda al director del laboratorio. La vista sobre la ciudad de

Roma era espectacular en aquel día tan luminoso y despejado. Además, aquel paisaje urbano tenía siempre efectos relajantes sobre su ánimo.

—¿Qué envergadura tenía el pájaro dueño de nuestra pluma, padre? —le preguntó mientras fijaba su vista en la cúpula de San Pedro.

—La simulación del ordenador nos señala una envergadura alar de prácticamente cuatro metros, Eminencia.

Grazzianni recordó que en el documento que acababa de leer se mencionaba que el cóndor, el ave más poderosa de la tierra, tan sólo alcanzaba los 3,30 metros de plano máximo de ala en los ejemplares más grandes. Guardó un instante de silencio antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Qué peso podrían levantar esas alas, padre?

—Si el resto del plumaje replicase las condiciones estructurales y aerodinámicas de la remera secundaria que obra en nuestro poder, esas alas podrían hacer volar sin dificultad a un individuo de hasta ochenta kilos de peso.

De nuevo el silencio rodeó a los dos hombres.

—Usted es un científico, un hombre de ciencia —dijo por fin el cardenal, que seguía dándole la espalda al padre Giovannezza—. ¿Por qué se hizo sacerdote?

—Por cosas como ésta, Eminencia —le contestó automáticamente, sin un atisbo de duda en sus palabras.

Y por primera vez en muchas jornadas Grazzianni sonrió, y su rostro se iluminó mientras contemplaba el maravilloso paisaje romano desde el gran ventanal de su despacho.

Cameron notó que se hundía unos centímetros en el sillón en el que estaba sentado. El cardenal también apreció en su invitado el efecto de sus palabras.

—El caso, como ya le he dicho antes, está ahora en manos de Su Santidad. Él decidirá lo que hay que hacer —le dijo lacónicamente.

—¿Cree usted que alguna vez será declarada como reliquia, Eminencia?

Grazzianni emitió un profundo suspiro, mientras entrelazaba sus fuertes manos.

—Hace mucho tiempo que el hombre superó la edad de la inocencia, profesor Cameron —le dijo a modo de introducción—. ¿Sabía que en la actualidad se encuentran guardados más de sesenta dedos de san Juan Bautista repartidos entre decenas de iglesias y conventos? ¿O que se veneran tres prepucios de Nuestro Señor Jesucristo, en Amberes, Hildesheim y Santiago de Compostela? Aquí en el Vaticano tenemos lentejas y pan sobrante de la Última Cena. Esta tarde puede acercarse a San Marcelo y contemplar un pañal del Niño Dios. Yo mismo he tenido en mis manos una botella que decía contener el estornudo del Espíritu Santo, que se veneraba en San Trontino.

—La iglesia no tiene por qué culparse de ello. —Cameron le interrumpió casi molesto por el agrisado discurso del cardenal—. Las reliquias cumplieron su función histórica para el cristianismo.

—Usted ha conjugado el tiempo gramatical perfectamente. En pretérito. Las reliquias cumplieron su misión en el pasado. «Objetos expuestos para su veneración que sirven para incentivar las creencias del Pueblo de Cristo». Creo que las definíamos así en el último Concilio. —Hizo una pausa y sonrió, como recordando tiempos mejores—. Entonces la gente quería creer, *professore*. Ahora la fe cotiza a la baja. —Le miró a los ojos—. Hoy nadie cree en los ángeles.

Los dos hombres guardaron silencio. Cameron pensó que quizá Grazzianni tenía razón, que la reliquia de la pluma de un ángel no tenía ningún sentido en el mundo que le había tocado vivir.

—¿Y el cabello? —preguntó de repente. Casi lo había olvidado. Quería saber si había una remota posibilidad de relacionarlo con la pluma.

—La analítica del cabello nos dice que pertenecía a un varón. De unos veintiún años, extremadamente sano y fuerte. El poseedor del cabello jamás fumó, no consumía alcohol, tenía una dieta libre de metales pesados y oxidantes... Un muchacho modélico. Sin embargo, su análisis de cariotipo nos deparaba una sorpresa, su cromosoma 21 estaba triplicado.

Cameron compuso un gesto de extrañeza.

—Los médicos lo llaman Trisomía 21 —intentó explicarle—. Síndrome de Down. El joven que perdió el cabello tenía síndrome de Down.

—¿Hay alguna posible relación entre el cabello y la pluma?

Grazzianni sonrió condescendiente.

—Parece usted más empeñado en encontrar un milagro que la propia Iglesia, *professore* Cameron. Su interés le honra como buen cristiano. Pero recuerde que lo que tenemos es una pluma de ave. Las plumas son estructuras muertas —le concretó—. Una vez que crecen no reciben ningún aporte del cuerpo, aparte del anclaje físico.

—Una pluma de ave desconocida —casi murmuró el invitado.

—Le concedo eso Cameron —le reconoció el purpurado cuyo comentario no le había pasado inadvertido—. Pero una pluma de ave, al fin y al cabo —quiso zanjar la cuestión.

Alguien golpeó dos veces con los nudillos en la puerta del despacho, como en una señal convenida.

Grazzianni miró su reloj de pulsera.

—Nuestro tiempo ha terminado —le comunicó el cardenal—. Aunque no lo crea tengo una agenda muy apretada. —Se levantó de su sillón, haciéndole ver con ese gesto que la reunión había concluido—. Le acompañaré hasta la salida —añadió, amable.

Salieron de la Biblioteca Vaticana, sede del Archivo, atravesando el edificio de los Museos Vaticanos. En el trayecto, Grazzianni se mostró interesado en la opinión de su invitado sobre el estado de salud del catolicismo en Estados Unidos. Cameron le aclaró, como tenía por costumbre hacer en presencia de cualquier representante del

clero, que él mismo se consideraba un católico laxo y nada ejemplarizante. Pero que estaba convencido de representar el estándar del católico medio americano. Y le añadió que salvo en la colonia irlandesa, no creía que pudiera encontrarse un católico medianamente presentable en su país.

—Debería usted rezar más, Cameron, eso le haría perder esa pátina tan poco creíble de cinismo de la que hace gala —le amonestó el cardenal.

—Lo intento, Eminencia.

—Pues deje de intentarlo y hágalo. La oración es la mejor vitamina para la fe. Y para dejar de decir gilipolleces —le resumió, abrupto.

En el futuro el americano hizo votos para cambiar su discurso ante el clero.

Hablaron también de política, de la crisis económica y del cambio climático, lugares recurrentes cuando los temas de conversación se agotan.

Grazzianni se despidió del visitante al pie de la espectacular escalera diseñada por Giuseppe Momo.

—Es magnífica —le reconoció el americano mientras admiraba el maravilloso y extravagante diseño de la escalera en espiral del arquitecto italiano.

—Reconozco que no nos quedó mal, a pesar de ser tan moderna^[11] —concedió el cardenal.

—El labrado de la baranda es muy hermoso. —Cameron sentía debilidad por la arquitectura.

—El artista quiso representar una enredadera, plantas y flores... supongo.

Entonces, Cameron sintió como un destello de luz en su cerebro. En la retina de sus ojos se congeló la imagen de las flores de piedra labradas en la escalera. E hizo la pregunta.

—¿Había rastros de polen en la pluma del ángel? —Una pareja de sacerdotes jóvenes que comenzaban a subir se le quedaron mirando un instante. Cameron casi había gritado la pregunta.

—¿Cómo dice? —Grazzianni clavó la mirada en los sacerdotes, que de inmediato continuaron su camino.

—Encontraron restos de polen en la pluma del ángel, ¿verdad?

Los dos hombres permanecieron en silencio, mirándose fijamente el uno al otro, un instante eterno, como las piedras que les rodeaban.

—He hablado demasiado con usted esta mañana —dijo por fin el cardenal—. Y he de recordarle que ya no estamos en mi despacho. —Le tendió la mano para despedirse—. Si me permite un consejo, visite San Ignacio, disfrute de los frescos de Andrea Pazzo y no deje de rezar ante el altar mayor. Suele tener uno de los mejores adornos florales de Roma. Espero que tenga un buen día en nuestra ciudad, salude de mi parte a su hermano y dígame que nuestro saldo vuelve a estar a cero. *Arrivederci*.

Cameron salió a la calle. Se dirigía al punto donde había acordado ser recogido por Lanza, cuando vio doblar la esquina al Mercedes negro de la embajada, que se detuvo

con suavidad a su altura. El profesor entró en el automóvil antes de que el chófer pudiera descender para abrirle la puerta.

—A San Ignacio. Puede volar otra vez si es necesario —le permitió.

—No hará ninguna falta, *signore*. El restaurante donde ha reservado mesa el embajador está muy cerca de San Ignacio. Si su visita es rápida, no habrá problema.

—Confío en que sea una visita muy rápida. —O al menos eso esperaba.

Atravesó con grandes zancadas la nave central del templo. No hizo ningún caso del consejo de su Eminencia y no miró ni una sola vez al techo de la iglesia de San Ignacio, como en ese momento hacía un grupo de disciplinados turistas japoneses, por lo que no pudo disfrutar del soberbio fresco de Andrea Pazzo.

Se arrodilló en el primer banco del altar mayor y sus ojos se llenaron del amarillo de las maravillosas flores que adornaban el altar. Se sintió extrañamente sereno. Como si de repente comprendiera todo, sin entender nada.

—*Sono bei, veritá?*

Cameron dio un respingo, no había notado la proximidad del anciano sacerdote que le miraba con los ojos húmedos y dibujando en su rostro una amable sonrisa.

—¿Se refiere a las flores, padre?

—Sí. Las flores. Son muy bonitas. A la Virgen le encantan estas flores —contestó con seguridad mirando al altar.

—¿Qué clase de flores son, padre? —le preguntó, aunque creía saber la respuesta.

—*Campanulas virginalis*, Campanillas de la Virgen. Sólo crecen en Tierra Santa, en Jerusalén. Nos las hacen traer todos los años gracias al cardenal Grazzianni. Un regalo para la Virgen de San Ignacio. Son hermosas, ¿verdad?

El restaurante se llamaba Da Patricia e Roberto del Paneta Terra en via Arco del Monte, en el distrito de Campo di Fiori. Según acababa de descubrirle su hermano, «el restaurante más divertido, moderno y *trendy* del momento. Pero con la mejor carta tradicional de Roma». Conociendo los gustos de Madoc podría apostar que también de los más caros de la Ciudad Eterna.

Allí estaban sentados los dos, frente a frente, todavía sin discutir. A sus padres les hubiera encantado aquella escena.

El mayor de los Cameron tuvo que reconocer que el aspecto de su hermano era magnífico. Había adelgazado desde la última vez que se habían visto. De eso hacía cinco años, así que podía haber adelgazado y engordado tantas veces, que debía tener el culo lleno de estrías, pensó casi con malicia Sebastian. Tenía un ligero bronceado, que le daba un aspecto saludable al rostro, y el pelo mojado.

—Tienes el pelo todavía húmedo. —No pudo resistirlo—. Si Mónica se entera de que tienes una aventura en Roma, tu matrimonio será pasto de los leones, como los antiguos cristianos en el circo.

Madoc soltó una sonora carcajada. No era fingida. Se le veía feliz de estar con él.

—Sebastian, Sebastian. Siempre tan observador. Acabo de jugar al golf y me

acabo de duchar en el gimnasio del club. Pero tampoco se lo cuentes a Mónica, arruinaría mi reputación. Está convencida de que trabajo catorce horas diarias.

—¿Los señores han decidido? —El *maître* se había cuadrado ante su mesa. Pelo negro ensortijado y aceitado. Pobladas cejas, generoso mostacho con las guías ligeramente levantadas y una dentadura perfecta.

—Déjate guiar por mí, hermano, y no olvidarás esta comida en mucho tiempo —casi le ordenó Madoc mientras abría la gran carta del restaurante con el *maître* a sus espaldas—. El señor y yo comenzaremos compartiendo el *antipasto* de la casa. Mario, sea usted generoso con los pulpos, las anchoas, los corazones de alcachofa y las aceitunas negras —le pidió al jefe de sala que apuntaba solícito la comanda—. También probaremos una ración de *suppli*. —Apartó el rostro de la carta para mirar a su hermano—. Son unas croquetas de arroz frito rellenas de *mozzarella* que nunca pido cuando almuerzo con Grazianni para no alargar su estancia en el purgatorio —le aclaró a modo de explicación, guiñándole un ojo.

—¿*Code a la vaccianara* de segundo, *signore* embajador? —se le adelantó el *maître*.

—Por supuesto. Mi hermano no puede irse de Roma sin probar la especialidad de la casa. Rabo de buey con tomate. Patricia y Roberto, los dueños del restaurante, dicen que por esto se pierde el jubileo, pero merece la pena. —Llegó a enternecerle su hermano, parecía verdaderamente feliz de estar con él, casi hasta la euforia—. Y hazte un hueco para el postre, Doble C, tienes que probar un trozo de *Costra di Ricotta*. El rey de los postres de Roma, tarta de queso rellena de ricotta, marsala y limón.

—¿Su chianti y un poco de bruschetta^[12]? —seguía sugiriendo sin piedad el *maître*.

—Sí, sí, Mario. Bravo, una botella de ese magnífico chianti y romperemos el régimen con un poco de pan. La gula es el último pecado que nos queda a dos viejos gladiadores como mi hermano y yo —le contestó mientras cogía la mano de Sebastian y la apretaba con fuerza.

Cameron pensó que debía de ser la magia de Roma lo que a él también le hacía sonreír casi porque le apetecía. En otras circunstancias hubiera vomitado ante tantas muestras de ternura por parte de su hermano.

—Tienes un aspecto fabuloso, Sebastian —dijo mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y lo dejaba encima de la mesa—. ¿Llevas móvil? —le preguntó.

—Sí. Soy un bruto anticuado, pero llevo móvil.

—Déjame verlo —le pidió.

Sebastian se lo entregó depositándolo en la palma de su mano. Su docilidad le estaba sorprendiendo profundamente. No había empezado a beber. ¿Algún tipo de droga en aerosol en el aire acondicionado? Madoc hizo una señal al *maître* que acudió como un perrillo entrenado.

—Guárdelos, Mario. Nos los devuelve a la salida. No quiero ningún tipo de interrupción en esta comida con mi hermano.

El jefe de sala se llevó los dos teléfonos con una sonrisa y una ligera inclinación.

—Mac, esto es ridículo, con apagarlos hubiera bastado...

—A la mierda la tecnología invasiva —dijo vehemente—, nada interrumpirá nuestro reencuentro. —Y levantó una copa de chianti, que el sumiller acababa de servirles, a modo de brindis.

El almuerzo transcurrió apacible y luminoso. Sebastian luego recordaría que hasta se había reído dos veces. Su hermano había cambiado. Tuvo que reconocer que era un conversador admirable, chispeante y seductor. ¿O quizá siempre había sido así? No recordaba haberle prestado tanta atención a Madoc desde que le operaron de apendicitis cuando tenía siete años. Y eso porque llegó a creer que podría heredar su bicicleta y su bate de béisbol.

Incluso en algún momento del almuerzo llegó a notar una punción en la garganta, a la altura de la nuez, y que sus ojos se humedecían. Puso el dorso de la mano sobre la copa cuando el camarero intentó llenársela por enésima vez. No pudo evitar que su hermano pagase la cuenta. Ni que Patricia y Roberto, los dueños, un matrimonio encantador, se sentaran a la mesa a compartir con ellos un espléndido café y una botella de Grappa que acabó destruyendo el último resquicio de actividad neuronal que había en su cerebro.

No pudo evitar comprometerse a cenar con él, Mónica y las niñas en su casa, mientras viajaba en el asiento trasero del Mercedes blindado rumbo a su hotel. «Necesito una siesta si quieres que sea persona esta noche en la cena, Mac».

Se tiró en la cama sin quitarse los zapatos. Tuvo extraños sueños con monjes, ángeles y flores amarillas.

Máximo Lanza le dejó a la mañana siguiente en la terminal internacional de Fiumicino. Se despidió de él como lo había recibido, estrechándole la mano derecha, y con su izquierda sujetándole el antebrazo. A Cameron le volvió a divertir el gesto del chófer. Quizá porque no se había dado cuenta de que mientras le estrechaba la mano, también le estaba quitando una minúscula baliza GPS que le había puesto hacía casi veinticuatro horas antes, con el mismo gesto, al recogerle del aeropuerto.

Su teléfono vibró cuando la amable azafata de Alitalia le entregaba su tarjeta de embarque. Cameron sonrió dos veces, una a la bellísima auxiliar italiana y otra a la pantalla de su móvil al reconocer el número de la doctora Recasens.

—Reconózcalo, no puede vivir sin mí. No se avergüence por ello, suelo producir este tipo de dependencia en todas las mujeres que conozco —le dijo 4 modo de saludo.

—Tengo la traducción del tatuaje del monje —le espetó casi cortante, pero en su voz Cameron pudo detectar una nota de nerviosismo.

—Estoy preparado para casi todo, dispare. —Alejandra iba a ser un hueso duro de roer.

—Tenía usted razón, era arameo —le reconoció—. Un arameo muy antiguo. Pero mis expertos han podido traducirlo —otra vez su tono triunfal y seguro.

—Un hombre culto, nuestro monje, y no renunciaba a ningún sacrificio para llevar adelante sus imposturas —admitió—. ¿Y qué dice el mensaje que nos traía debajo del brazo?, ¿amor de madre?, ¿Dios salva?, o algo así.

—Me temo que es un mensaje nada convencional y yo lo definiría como poco tranquilizador. —Hizo una estudiada pausa, ella también sabía dramatizar situaciones si se lo proponía—. La traducción de las frases escarificadas dice lo siguiente: «El Fin del Mundo, en el Quinto Diluvio, desde la Cabeza del Diablo, dos veces mil y trece».

Cameron guardó silencio. Si necesitaba una pieza más en aquel complicado rompecabezas, el significado del tatuaje era un magnífico final de fiesta.

—Estoy en el aeropuerto de Fiumicino a punto de embarcar. Me gustaría reflexionar sobre este último acertijo con usted en Madrid —le propuso.

—Yo soy la médico forense, usted es el investigador. Que tenga un buen vuelo —colgó.

El historiador embarcó veinte minutos más tarde. Se sentó en su amplio asiento de clase *business*, y se quedó dormido antes de despegar. Esta vez no soñó con nada. Los ansiolíticos suelen proponer sueños vacíos.

Capítulo VII

AQUELLA NOCHE DEL 36 EN LA IGLESIA DE SAN FELIPE Y SANTIAGO

Capita VII. N.S.B.a. Exorcismo y muerte del monje ladrón, tentado y poseído por Satanás. Los viajeros le dan sepultura en la Isla, cumpliéndose así uno de los sueños premonitorios de Brendanus.

—Dejaron esto para usted aquí en recepción, señor Cameron. —La recepcionista del Palace le entregó un sobre de plástico con el logotipo de la mensajería MRW que iba dirigido a su atención.

—Gracias —le dijo mientras recogía con su mano libre el paquete; hacía unos segundos que había impedido que un botones arrastrase su *trolley*—. ¿Cuándo lo trajeron?

—Ayer, mientras usted estaba de viaje en Roma. —La chica era amable y tenía una sonrisa perfecta.

Cameron sopesó el sobre en su mano. Parecía contener un estuche pequeño y delgado. Supuso que sería de la productora. Les había pedido fotografías o un vídeo de las localizaciones que estaban realizando. Sintió una punzada de mala conciencia. Le regaló también una sonrisa a la recepcionista y se dirigió hacia los ascensores haciendo deslizar el *trolley* por la tupida moqueta del *hall* del hotel.

Entró en su habitación y se descalzó. Se sintió liberado, y con esa placentera sensación que da llegar al hogar, aunque el placebo fuese la habitación de un hotel. Sonó el móvil.

—¿Detective Camarón? —La voz amiga y burlona de Alejandra. Parecía mucho más relajada que el día anterior.

—Doctora, es un placer volver a oírla. Por un momento temí que no volvería a ponerme en contacto conmigo antes del fin del mundo.

—Discúlpeme, ayer no estuve especialmente amable con usted por teléfono. Tuve un día de trabajo horrible para terminarlo con la traducción de un mensaje esquizofrénico. —Aquél, desde luego, parecía un tono más amable y cálido.

—No se preocupe, su voz es siempre música celestial para mí, independientemente de su estado de ánimo. Yo tampoco le he dado ninguna importancia al mensaje del monje. —Mintió en las dos oraciones—. Aquel tipo no debía de ser más que otro pobre loco iluminado capaz de autolesionarse para dejar citas apocalípticas. No debemos darle mayor importancia —quiso resumir con falsa seguridad.

—Ya. Tengo más resultados, esta vez de los análisis grafológicos que me pidió sobre los mensajes del hombre del rotulador rojo.

—No me diga que fue Batman quien me dejaba los mensajes —le contestó.

Oyó su risa al otro lado del teléfono. Él también rió mientras comenzaba un sordo combate con el sobre plastificado de MRW, intentando abrirlo.

—La fotocopia del *ABC* de los anuncios por palabras y el folleto de la exposición «Madrid romano» fueron subrayados por el mismo rotulador —le informó. Cameron logró romper el sobre plastificado y sacó el contenido, otro sobre, más pequeño y de papel encerado que parecía contener algo en su interior—. El rotulador fue utilizado en las dos ocasiones —prosiguió Alejandra—, por la misma persona, un hombre, con una tasa de fiabilidad del noventa y ocho por ciento.

Cameron sacó el estuche del DVD que había dentro del sobre. La carátula de papel tenía un mensaje: «No tenemos mucho tiempo». Estaba escrito con rotulador rojo.

—¿Podría usted escaparse de su trabajo esta mañana para disfrutar de una sesión de cine conmigo? —le preguntó el profesor, mientras comprobaba que dentro del estuche había un DVD—. Me temo que nos invita nuestro amigo del rotulador rojo.

—¿Cuándo lo recibió? —le preguntó Alejandra, sentada con las piernas cruzadas sobre la cama doble frente a la televisión de plasma de la *suite* de Cameron. El vídeo estaba conectado y la pantalla llena de nieve.

—Me lo entregaron en recepción esta mañana. Llegó mientras yo estaba en Roma —le contestó mientras terminaba de secarse la cabeza con una toalla después de haberse duchado unos minutos antes de que llegase la doctora.

—¿Todavía no lo ha visionado?

—No. Quería ir al estreno con usted.

—¿Cómo le fue en Roma?

—Se lo contaré en el almuerzo. ¿Damos comienzo a la sesión? —dijo mientras se sentaba junto a ella, a una distancia correcta, blandiendo el mando del vídeo.

—Por favor —le contestó sonriendo.

Cameron accionó el mando a distancia. La nieve desapareció y en pantalla apareció la figura de un hombre muy mayor. Estaba sentado en una silla de ruedas, mirando a cámara. Tenía conectado un gotero en su brazo derecho, una mascarilla de oxígeno colgaba por debajo de su barbilla. Estaba vestido con un cómodo batín de seda, debajo parecía llevar un pijama. El entorno no parecía ser la habitación de un hospital. La grabación estaba hecha en un inquietante plano fijo, mal iluminado, obra de un videoaficionado. La cámara parecía descansar en un trípode. En la esquina inferior izquierda del fotograma aparecía, en sobreimpresión de color anaranjado, la fecha, 20 de mayo de 2007. Había sido grabado hacía poco más de un año.

—Me llamo Germinal Sánchez Saavedra. —Hablaba con dificultad, carraspeó un par de veces para aclararse la voz—. Yo estuve la noche del 18 de julio de 1936 en la iglesia de San Felipe y Santiago, en Cobisa.

El eco de la todavía lejana tormenta reverberaba entre los muros de piedra de la

iglesia.

El hombre de más edad seguía dando vueltas con la paleta de albañil a la mezcla de arena y cemento que estaba a punto de fraguar. Germinal, su joven acompañante, terminaba de apilar los ladrillos con los que levantarían el falso muro. Sudaba copiosamente, no sabía si por el esfuerzo de acarrear las briquetas, por el miedo o por ambas cosas a la vez. Miró de reojo el bulto envuelto por una manta que protegía la talla de la Virgen. Lo acababan de depositar en el vano de lo que sería el falso muro; preparada y lista para ser emparedada.

Sonrió para sí. En un principio no le había gustado el plan del cura. Aquello de emparedar a una Virgen se le hacía casi como un pecado. Y eso que él, como buen falangista, no era precisamente un meapilas. Pero luego entendió que era la única forma de proteger a la patraña del pueblo. Hacía dos meses que el alcalde había prohibido el culto, después de un intento de incendiar la iglesia. «Para evitar males mayores», como le había argumentado al párroco el asustado primer edil, un buen hombre, afiliado a Izquierda Republicana, pero superado por los acontecimientos.

Germinal ahora reconocía que ayudar a don Nicolás, el cura, había sido una buena idea. Estaba bien aquello de esconder la figura de la patrona. «A la Virgen de su pueblo no iban a hacerla astillas los rojos», sentenció en su pensamiento.

—Esto ya está —dijo con voz queda don Nicolás cuando notó que la mezcla del mortero había ligado—. Podemos empezar cuando quieras, Germinal.

Entonces, la puerta de la iglesia pareció querer quebrarse por el impacto de un golpe seco y tremendo, que resonó con estrépito entre las paredes del templo en el silencio de la noche.

Germinal sintió que el corazón se le salía por la boca, pero aun así se llevó la mano derecha con rapidez al cinto, para sacar la Astra corta que llevaba oculta entre la camisa y el pantalón. Si venían a por ellos, el cura y él no se iban a ir solos. Don Nicolás parecía sin embargo más templado, que para algo había sido capellán castrense en África. Y además, se le antojó a Germinal que los curas tenían más interiorizado eso de ser mártires, y lo del matarile lo llevaban, la mayoría, con mucha dignidad.

El sacerdote, que no dejaba de mirar a la puerta, le hizo a su ayudante una rápida señal con la mano, para que no terminase de desenfundar. Y con el dedo índice, llevándoselo a la boca, le indicó silencio. Pasaron unos segundos eternos. El sacerdote y el joven falangista esperaban la segunda investida contra la puerta, la que haría saltar el cerrojo entre astillas y permitiría la entrada de una horda de hombres armados.

Pero nada sucedió.

Tan sólo el eco de la tormenta, que parecía acercarse, sonaba fuera de los muros de la iglesia. Germinal volvió su mirada nerviosa hacia la sacristía. Quizá estaban rodeando el edificio y pretendían entrar por la pequeña puerta trasera, más frágil y endeble.

Pero el interior del templo permanecía en silencio. Y la calle también. Pasaron los minutos.

—Voy a ver qué ha sucedido en la puerta. Escóndete en el confesionario —ordenó el sacerdote.

El joven entró en el confesionario a hurtadillas. Sacó la pistola y quitó el seguro.

—¡Germinal! —le llamó urgiéndole don Nicolás, que por un momento había perdido toda precaución y le gritaba desde la puerta—. ¡Ven, hay un hombre herido!

El hombre, vestido de monje, estaba acurrucado en el zaguán de la puerta. Aturdido, parecía emitir unos quedos gemidos. Entre los dos cargaron con el fraile y lo introdujeron en la iglesia. Don Nicolás, mientras Germinal volvía a sellar el templo, acomodó al herido sobre una manta vieja, frente al altar mayor. A continuación pidió al joven que encendiera unos cirios para inspeccionar mejor la herida.

—Debió de desmayarse sobre la puerta, de ahí el golpazo que hemos sentido —concluyó Germinal.

El religioso inspeccionaba la herida abriéndole con cuidado el hábito. Tenía un corte muy feo por debajo de la clavícula. A don Nicolás le pareció un bayonetazo, había perdido mucha sangre. Al palpárselo, el monje abrió los ojos y compuso un gesto de dolor.

—*Aqua... aqua* —pidió con ansiedad el herido.

—Hermano, hermano, ¿podéis oírme? —El tonsurado intentaba que no volviese a perder la conciencia.

—*Aqua* —volvió a pedir.

Germinal trajo un vaso de agua del diminuto lavabo que había en la sacristía. El herido lo bebió a grandes sorbos y la herida volvió a sangrar. Entonces, don Nicolás, que había dado la extremaunción a muchos soldados en tierras de África, supo que aquel hombre iba a morir.

—¿Quién le atacó? —le preguntó el sacerdote.

El monje no le contestó, sus ojos se entrecerraban.

—*Quis eum agredit?*^[13] —volvió a preguntarle, esta vez en latín. Temía que sus atacantes fuesen pistoleros incontrolados o milicianos, tanto daba en aquellas circunstancias, y que estuvieran buscándole para rematarle.

El herido abrió los ojos entonces, les miró sin verles, como espantado.

—*Custodiate librum angelique pennam*^[14] —dijo entre profundos jadeos, mientras agarraba con fuerza el humilde y abultado zurrón de piel vuelta que portaba—. *Debeo est me revertare in celum. Insula venturi saeculi*^[15].

—Pero ¿qué está diciendo? —preguntó Germinal con un punto de angustia.

—*Qui inpetum lecerum eum hinc prope sunt? Eum secutus sunt?*^[16] —Don Nicolás se preocupaba ahora por su vida y por la de su joven ayudante, ya que por la del infortunado monje poco podía hacer ya.

El fraile fijó sus ojos en el artesonado del techo de madera de la iglesia. Su rostro

se iluminó de repente y en su boca se dibujó una dulce sonrisa.

—*Domine...* —susurró, y su mirada se vidrió con el velo de la muerte. El zurrón, liberado de la presión de sus manos, se deslizó suavemente sobre su costado. El párroco le dio una rápida extremaunción y le cerró los párpados con suavidad. El semblante del monje estaba lleno de paz.

—Agárralo por las piernas —le dijo a Germinal, mientras se incorporaba.

—¿Qué decía y qué vamos a hacer con este hombre? —El joven tenía la sensación de que todo estaba saliendo condenadamente mal.

—Deliraba, la gente cuando delira dice cualquier cosa —hablaba la voz de la experiencia—, vamos a meterle en el hueco de la pared —le contestó decidido.

Depositaron el cuerpo del monje junto al bulto que contenía la imagen de la Virgen de las Angustias.

—No puede estar en mejor compañía —razonó el sacerdote.

Germinal pensó que el cura tenía razón. Poco más podían hacer por aquel desdichado, amén de dejarle descansar en sagrado junto a la patrona del pueblo. Cuando acabase todo ya lo sacarían de allí y lo enterrarían como Dios manda. Aunque del sepulcro que le habían improvisado, el fray no podía tener queja: recordaba él por sus estudios que en sagrado sólo descansaban reyes, nobles, cardenales y obispos. Así que el monje, al final, había corrido bien el escalafón.

Revisaron el zurrón del monje, que Germinal se quedó como recuerdo. En su interior estaba el libro que había mencionado el moribundo. Don Nicolás leyó su título en latín: *Navigatio Sancti Brendani abbatis*. No tenía muchos conocimientos de paleontología, pero por su aspecto le pareció un libro antiguo, era desde luego un códice. Entre las brumas de su memoria le vinieron recuerdos del seminario de Teruel. El *Navigatio* era un texto escrito por monjes, concluyó. Lo había estudiado muy por encima. A él siempre le había gustado mucho más san Juan de la Cruz. Se sintió incapaz de sacar más conclusiones de sus recuerdos. En cualquier caso era un libro religioso y en latín. El pasaporte perfecto para acabar lleno de plomo en una cuneta si les paraba o les registraba cualquier grupo de milicianos.

Le entregó el códice al joven falangista pidiéndole que lo envolviera en una manta y que lo dejara junto al cuerpo de su legítimo dueño. O al menos de su legítimo portador. Mientras su ayudante envolvía cuidadosamente el libro, el sacerdote contemplaba la ampolla de cristal y su curioso contenido: una pluma y lo que parecía ser un cabello rubio, más una nota escrita en latín: «Pluma y cabello de ángel encontrada junto al Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo al tercer día de su resurrección y ascensión a los Cielos», tradujo el sacerdote, mientras leía el texto que parecía escrito en un trozo de papiro.

Trató de recordar qué monasterio había en las cercanías de Cobisa. Aquel monje tenía que haber huido por fuerza de algún convento cercano portando aquellas reliquias para protegerlas.

—¿Y eso, *pater*? ¿Qué hacemos con el frasco y la pluma? —le preguntó

Germinal con un punto de nerviosismo, puesto que les quedaba mucha tarea por delante antes de que amaneciera, y el monje y todo su equipaje les estaban retrasando.

—Con el fraile también —le contestó lacónicamente sin querer hacer juicios de valor sobre el comentario del joven ayudante. Hubiera dado un brazo por conservar la pluma del ángel consigo, pero hubiera supuesto el mismo riesgo que el libro. Además, el monje les había pedido en trance de muerte que guardasen el libro y la reliquia. Y en esos momentos no se le ocurría mejor escondite que aquel falso muro que estaban a punto de construir en la iglesia de Cobisa.

A las seis de la mañana habían terminado de levantar y enfoscar el muro. Corrieron los largos cortinajes burdeos que habían preparado para el efecto y la falsa pared quedó oculta a los ojos de cualquier curioso.

Tras las gruesas cortinas, la pared iría fraguando y secándose. En unos días formaría parte del paisaje de la iglesia.

La Virgen, el libro, la pluma y el monje estarían seguros hasta que llegasen días menos convulsos. Entonces podrían rescatarlos de su provisional y bien intencionado encierro.

La tormenta seguía acercándose. Limpiaron a conciencia los restos de la obra, los rastros de sangre, y dejaron el templo sin señal alguna de lo que había pasado en aquella ajetreada noche. Estaban agotados. Pero habían logrado realizar el trabajo que se habían propuesto: salvar la talla de la patrona de la furia iconoclasta que parecía crecer en España en aquellos tiempos revueltos. Quizá, pensó don Nicolás, el levantamiento militar del que habían tenido noticias aquella misma mañana hiciese volver las aguas a su cauce y serenase los ánimos de una clase política enloquecida. Aunque no estaba muy seguro de sus predicciones.

—Debemos irnos, don Nicolás —razonó el muchacho sacándole de sus graves cavilaciones.

—Sí. Deberíamos marcharnos. Todavía nos queda un buen paseo hasta Toledo —le contestó el sacerdote dando un último vistazo al templo para comprobar que todo quedaba en orden.

Germinal se colgó alegre el morral del monje en el hombro. Si todo salía bien, mañana estaría en Madrid con su centuria, dispuesto a entrar en acción.

Entre los dos apagaron los últimos cirios que les habían estado iluminando en su trabajo. Ya en la puerta, el religioso cerró la llave eléctrica apagando las mortecinas bombillas del altar mayor, abrió el cerrojo y se dispusieron a escabullirse entre las últimas penumbras de la noche. Cuando se disponían a atravesar el arco de la puerta, la culebrina de un rayo iluminó la plaza del pueblo, seguida de un estampido seco y horrísono. Y allí delante de ellos, entre las columnas del soportal del templo, se recortó nítidamente, por el contraluz lechoso del rayo, la figura oscura y colosal de un monje.

Don Nicolás se quedó clavado ante la repentina y fantasmal aparición, y Germinal

estuvo a punto de caer sobre sus nalgas al dar un paso atrás y trastabillarse con el zaguán de la puerta.

—¿Dónde está el fraile? —preguntó el gigante recién llegado con voz ronca y profunda.

Alejandra y Cameron estaban sentados bajo la fresca sombra de un parasol del café de Oriente, junto a la plaza del mismo nombre, frente al Palacio Real. Ella había pedido una limonada, él un café con hielo. La doctora había empezado a leer el informe que había preparado en la pantalla de su ordenador portátil.

—Germinal Sánchez Saavedra, falangista de primera hornada, tenía efectivamente dieciséis años en 1936. Estuvo entre los primeros defensores del Alcázar, así que su coartada de la noche de Cobisa es sostenible. ¿Sabía que el padre del chico era anarquista?

—Entonces, el muchacho salió tan rebelde como el padre. Generacionalmente coherente —asumió el americano, mientras rompía un trozo de hielo con los dientes.

—Salió con vida del asedio de la Academia de Artillería toledana. Como don Nicolás Carrera Olmedo. Hemos comprobado que fue párroco de Cobisa desde 1931 hasta 1936. Estuvo también con los sitiados del Alcázar, lo que también hace verosímil la historia de Germinal.

—¿Qué pasó después con nuestra extraña pareja?

—Siguieron juntos durante los primeros meses de la guerra. Sus destinos se separarían definitivamente pocos meses después. Según mis informes, en la primera batalla de Teruel... —Alejandra pareció dudar.

Cameron la miró y frunció el ceño bajo sus gafas de sol.

—Teruel tuvo dos batallas. En la primera fue tomada por los republicanos, y en la segunda, pocas semanas después, fue recuperada definitivamente por los nacionales —le aclaró a la doctora—. Deberían ustedes refrescar su historia. Más que nada para no repetirla.

—Muchas gracias, señor historiador —le contestó cortante—: ¿puedo continuar?

—Disculpe, a veces hago gala de un deplorable sentido del humor sueco.

Notó la mirada gélida de Alejandra por encima de sus gafas de sol. Quizá no debería volver a tentar su suerte. Se relajó dando un nuevo sorbo a su café helado.

—Los dos, el sacerdote y el falangista, se enrolaron en el Ejército Rebelde, después de la liberación del Alcázar —continuó la doctora—. Don Nicolás fue nombrado capellán castrense de la 52.^a División acantonada en Teruel y Germinal consiguió la estrella de alférez por méritos de guerra. La casualidad les hizo volver a juntarse en Teruel bajo el mando del coronel Domingo Rey D'Harcourt, nombrado gobernador militar de la plaza por el gobierno de Burgos.

—Nuestros dos amigos tenían una insana inclinación por los asedios.

—Si —reconoció la doctora—, aunque el cerco de Teruel terminó peor para ellos que el del Alcázar. Las escasas fuerza de D'Harcourt no pudieron resistir la masiva

ofensiva del ejército de la República. La 52.^a División fue masacrada. El cura murió en el reducto del Seminario. ¿Sabía que don Nicolás comenzó a cursar sus estudios sacerdotales en ese seminario? —le preguntó alzando la vista de la pantalla de ordenador.

—La vida está llena de paradojas y de círculos que se cierran —le contestó Cameron, levantando la mano para atraer la atención de un camarero ocioso. Era el momento de un segundo café helado.

—Germinal fue más duro de pelar, resistió con los últimos defensores de Teruel en el reducto del convento de Santa Clara. Allí cayó prisionero. No fue liberado hasta la entrada de las tropas de Franco en Barcelona, prácticamente en el final de la guerra. Se dio de baja en el ejército dos años más tarde. Consiguió una plaza de funcionario en el Ministerio de Hacienda... y su pista se pierde hasta principios de los ochenta.

—¿Cómo?

—En 1982, con sesenta y dos años, pide una prejubilación en el Ministerio, y de repente se hace millonario. Se convierte en un mago de la bolsa y de la especulación inmobiliaria, con casi setenta años. Estuvo muy cerca del poder en aquella época. Incluso mis chicos recibieron una llamada del CIS cuando investigaban y cotejaban ciertas pistas. Germinal es todavía un asunto clasificado, ¿qué le parece?

—Empiezo a perder mi capacidad de sorpresa en todo este asunto —le reconoció el historiador—. ¿No es posible que estemos ante un montaje? ¿Que la grabación esté manipulada o algo por el estilo?

—Mis técnicos me han asegurado que es una grabación original. La fecha que aparece en la pantalla es real, no hay rastro de manipulación.

—¿Cómo podemos estar seguros que el Germinal que aparece en la filmación es realmente nuestro Germinal?

Alejandra tecleó algo en su ordenador y le dio la vuelta, mostrándole la pantalla a Cameron.

—La foto de la derecha es una foto de Germinal en 1939, cortesía del Archivo del Ministerio de Defensa.

Cameron pudo observar el rostro juvenil y lleno de vida de un joven de uniforme, un alférez de diecinueve años.

—Ahora verá una secuencia de siete fotos —continuó la forense—. El rostro de nuestro testigo ha sido sometido a una proyección de envejecimiento mediante un programa informático desarrollado por mi instituto. Cada foto simula un envejecimiento de diez años en el rostro de Germinal. —La secuencia de fotogramas fue pasando ante los ojos de Cameron. Pudo comprobar cómo el juvenil rostro del soldado se endurecía, maduraba, perdía cabello y finalmente se marchitaba—. Mis técnicos no conocían la película que usted y yo visionamos, así que desconocían el aspecto real de nuestro amigo con ochenta y siete años. ¿Tiene usted el último fotograma en pantalla, el de Germinal con el aspecto que hubiese tenido con ochenta

y nueve años?

Cameron asintió con la cabeza.

—Pulse el tabulador, por favor —le pidió la doctora.

Junto a la fotografía de simulación de envejecimiento, apareció congelado un plano del vídeo que habían visionado hacía una semana en la habitación del hotel. Un primer plano del anciano Germinal. Eran dos gotas de agua.

—Asombroso —reconoció Cameron casi en un murmullo, con su vista fija en la pantalla.

—Hemos confirmado que Germinal Sánchez Saavedra murió a finales de julio de 2007, apenas un mes después de realizar la grabación del vídeo de su testimonio.

—¿Cómo murió? —Quizá la última pista.

—Insuficiencia respiratoria y colapso generalizado de todo su sistema vital. Muerte natural. Nuestro misterioso testigo murió de viejo.

—Quizá deberíamos poner el caso en manos de la policía —admitió.

—Está en manos de la policía desde que especifiqué como causa del fallecimiento del presunto monje «herida por agresión con objeto inciso punzante». Todas las muertes violentas se investigan de oficio por la policía.

—¿Han llegado ellos a alguna conclusión a la que nosotros no hayamos llegado?

—Negativo. Las huellas de la momia no han permitido su identificación. Hemos localizado a los familiares de tres religiosos desaparecidos sin dejar rastro en 1936, y que por su edad podían coincidir con nuestro fraile. Sus analíticas de ADN no coinciden con la de nuestro monje. Sin embargo, hemos comprobado que las huellas dactilares del difunto Germinal Sánchez Saavedra son las huellas de Cobisa tres. El tipo estuvo allí esa noche.

—¿Y si nos miente? ¿Y si todo su testimonio ha sido una ristra de patrañas?

—Nuestros expertos han analizado y tratado la grabación centenares de veces. Por el lenguaje corporal de Germinal y por los movimientos de su pupila, sabemos que no mentía.

—¿Por qué no desveló antes el misterio que escondía ese muro?

—Quizá por miedo a que le acusaran de un crimen que no cometió —la doctora se encogió de hombros—, pero no creo que tengamos nunca una respuesta a esa pregunta.

Los dos se quedaron en silencio.

—Sólo sé que no sé nada —parafraseó Cameron al filósofo griego.

—En mi opinión estamos algo mejor que antes —le dijo sonriendo Alejandra—. Tenemos identificados a dos de las personas que estuvieron en la iglesia de Cobisa aquella noche. Sabemos lo que pasó aquella noche en el templo. Y sabemos que finalmente interviene un segundo monje que busca al primero.

—Será usted una perfecta madre de familia numerosa con ese optimismo, doctora. Convierte los problemas en oportunidades. —Volvió a tomar un largo sorbo de café—. ¿Cree que la investigación de la policía podrá llegar más lejos? —Un

desesperado intento por avanzar en alguna dirección.

—Técnicamente, el caso está cerrado, Sebastian —reconoció Alejandra—. Nunca sabremos quién atacó al monje ni por qué lo hizo. Lo más probable es que nunca conozcamos la identidad de ninguno de los frailes involucrados en el caso. —Hizo una pausa, y pareció mirarle fijamente detrás de sus gafas de sol—. A no ser que...

—¿A no ser que qué? —le espetó impaciente.

—Que su amigo, el misterioso hombre del rotulador rojo, quiera seguir dándole pistas.

—¿Cree usted que puede ser el asesino? —era algo que le venía rondando la cabeza desde hacía días.

—El asesino, si todavía vive, podría ser un nonagenario. El trazo del rotulador responde al pulso de un hombre más joven.

—¿Y cree que volverá a ponerse en contacto conmigo?

—Mi intuición femenina me dice que sí. —Su rostro se iluminó con una sonrisa—. Y usted, ¿qué planes tiene, profesor Cameron?

—Tenía pensado secuestrar y descuartizar a un ciudadano sueco esta tarde. Como plan alternativo, mañana podría ir a visitar el piso «para caballeros, muy caballeros», que hace días me sugirió el hombre del rotulador rojo. ¿Qué le parece?

—Que es usted un hombre tenaz —le contestó sin perder la sonrisa—. De momento, me parece infinitamente más excitante su plan alternativo. —Cameron pensó que era una pena que las gafas de Alejandra ocultaran la intención de su mirada.

Capítulo VIII

LA CASA DE VIRIATO

Capita VIII. N.S.B.a. Perdidos en el mar sin rumbo. Un joven lleno de luz abastece la nave y les da indicaciones para continuar el viaje.

Le acabó de despertar el ruido del agua al caer en la ducha. Le pareció que la chica tarareaba una canción. Se dio media vuelta en la cama y miró la esfera de su reloj de pulsera en la mesilla. Las 9.30 de la mañana. Tenía tiempo. La cita con la señorita Mariló era a las once. Para ver el piso «de caballeros, muy caballeros». Cerró los ojos de nuevo, quizá podría volver a dormirse.

Alguien golpeó la puerta de su *suite*.

No podría volver a dormirse.

—Cariño, he pedido desayuno para dos —la chica bajo la lluvia tenía un oído muy fino—. ¿Podrías abrir la puerta?

Cameron se puso los pantalones del pijama, abrió la puerta y se hizo con el carrito del desayuno sin dejar traspasar al chico de servicio del umbral de la habitación. Le dio cincuenta euros de propina. Había que ser generoso cuando el destino era generoso. Cerró la puerta mientras se sonreían los dos. Corrió hacia la caja de seguridad oculta en el fondo de su armario. Engulló la viagra con el zumo de naranja mientras oía que el agua de la ducha se cortaba.

Kelly Lamar, o Lamarca, salió esplendorosamente desnuda del cuarto de baño. Instantes después se secaba entre las sábanas de su cama.

Dejó el coche en un *parking* cercano a la dirección de la fotocopia del recorte de periódico. No le costó encontrar el inmueble. Era una corrala. Una de esas antiguas edificaciones del Madrid de los Austrias, donde la vida del edificio y la comunidad giraban en torno a un gran patio. Un raro eslabón perdido arquitectónico de un Madrid que había desaparecido hacía mucho tiempo.

Le gustó. Tuvo la sensación de que al edificio también le gustaba él.

La señorita Mariló le esperaba en la puerta del inmueble.

—La señorita Mariló, supongo.

—Señora. Que soy casada, y con tres hijos, dos que me tienen de los nervios, como mi marido, y el tercero que va a ser futbolista. Usted no está casado, ¿verdad?

—No, en realidad soy...

—No, si se le nota porque sonríe mucho.

Le cayó bien Mariló. Asumió que mantener una conversación medianamente coherente con ella sería difícil, pero le cayó bien.

—Mi tarjeta —le dijo blandiéndola como un cuchillo—, que a mí me gusta hacer

las cosas con seriedad.

Cameron cogió la tarjeta, casi con la intención de desarmarla, y la leyó rápidamente: «Mariló Serrano. Agente Inmobiliario. Decoradora. Presidenta de la Comunidad».

—Que sepa que le recibo porque efectivamente tiene usted pinta de profesor universitario, como me ha dicho por teléfono. Y porque ahora que le miro bien, tiene aspecto de caballero. En esta comunidad no aceptamos a cualquiera. —Le miraba fijamente—. Si le miro mucho no se me venga para arriba, es que soy miope.

Cameron intentó retomar la iniciativa de la conversación. Le llamó la atención una vieja cruz de hierro que había encastrada en la pared, a la altura de la cintura de un hombre.

—¿La finca fue un antiguo convento? —preguntó señalando la cruz.

—¿Lo dice por la cruz? No. Es que aquí orinaba don Francisco de Quevedo —le respondió ella.

—¿Perdón?

—Es una leyenda. Esta casa está llena de leyendas. Claro que como usted es americano de leyendas debe andar flojito. Se la cuento mientras le enseño la finca, que también tiene tela. La casa está completamente restaurada y saneada desde hace dos años —le aclaró la agente inmobiliaria multidisciplinar, mientras subían un corto tramo de escalera que daba al primer piso—. El edificio lo vaciaron y lo volvieron a llenar por orden del señor alcalde. Tenemos un alcalde que cada cuatro años tira y levanta Madrid de nuevo. Por lo de los votos. ¿En Nueva York pasa lo mismo?

—Yo vivo en Boston.

—Ya. ¿Tienen ustedes corralas en Nueva York?

Además de guapa, Mariló le pareció imprevisible, como la corrala, y tuvo la extraña sensación de que aquella mujer parecía formar parte de la finca. A veces, las casas y sus habitantes son indisolubles, forman un todo.

No le pasaron por alto los detalles de la reforma. Se había hecho a conciencia. Se había saneado completamente el edificio. Sus cimientos debían haber sido sustituidos por una gran caja de hormigón, después de haber desescombrado el antiguo lecho de mortero. Su antigua estructura de vigas de madera, podridas y cansadas después de haber sostenido la corrala durante más de cuatrocientos años, había sido reemplazada por traviesas de acero. Se había respetado el diseño arquitectónico original, pero ahora las viviendas se habían reconstruido con materiales nuevos y aislantes inimaginables en la época en que Quevedo orinaba en la calle.

Entraron traspasando la gran puerta de madera directamente al gran patio de la corrala. Fue un espectáculo de luz y de vida para sus ojos. Cuatro pisos, con sus paredes blancas, sus ventanas y sus puertas ribeteadas de verde dando a largos pasillos descubiertos que servían de distribuidores a las viviendas. Las barandillas de madera que colgaban sobre el patio, cuajadas de tiestos y maceteros de todos los tamaños llenos de plantas, geranios, jazmines y petunias. De algunas cuerdas que

atravesaban el impluvio, colgaban coladas. Allí olía a flores, a ropa fresca y limpia, y a vida.

Mariló se paró resuelta ante una de las viviendas, la que estaba identificada con un baldosín de cerámica con el número catorce.

—Y ésta es la casa de don Viriato —le dijo abriéndole la puerta acorazada, que sin embargo tenía un revestimiento de madera con molduras, toda pintada de verde botella, como el resto de los elementos de carpintería que daban al cenador, imitando a los originales de las antiguas corralas.

Era un piso amplio y bien iluminado, ya que recibía luz por las ventanas que daban a la calle y por las que daban al patio de la corrala. Tenía dos grandes dormitorios, un amplio salón, y una pequeña, pero bien amueblada cocina.

—Pues lo de la cruz fue porque en el siglo XVI esta casa tenía en frente la Taberna del León, donde Quevedo se reunía con sus amigos hasta altas horas de la noche. En aquella época la gente era muy cochina y cuando cerraban las tabernas de madrugada, los hombres se aliviaban en las paredes antes de irse a casa. Madrid era una peste a orines. Así que el alcalde de la época tuvo la buena idea de plantar cruces de hierro como la que conservamos en la puerta, confiando en que la presencia de un símbolo sagrado retrajese a los incontinentes de hacer aguas menores en las paredes más castigadas de la Villa. La cosa pareció funcionar en todas las cruces, menos en la nuestra. Todas las noches aparecía con una mancha de orín debajo de ella. Dicen que el alcalde, indignado, escribió con un carboncillo al lado de la cruz el siguiente texto: «Donde hay una cruz no se mea». A la mañana siguiente volvió a aparecer la mancha enorme de la micción y a su lado la siguiente inscripción: «Donde se mea no se pone una cruz. Francisco de Quevedo». ¿Qué le parece?

—Una leyenda excepcional. —Intentó memorizarla para contarla en su próxima conferencia.

—No, la casa. Son casi cien metros de vivienda. Don Viriato era un hombre con posibles y unió dos pisos. Ganó mucho dinero con la patente de la salsa de patatas bravas, pero eso se lo cuento otro día, que hoy tengo pádel.

—Bueno, todas las estancias parecerían más espaciosas si no tuvieran una decoración tan abigarrada —le contestó Cameron.

La casa estaba repleta de los objetos más inimaginables. Había armas y efectos militares de diferentes épocas, libros antiguos, bustos de Napoleón y Julio César, hasta pudo distinguir lo que parecía la recreación de un pájaro Dodo disecado. De la pared del salón colgaba la silla de montar de un dragón francés, y a su lado, un óleo rectangular que quería imitar en su estilo a un Velázquez. La casa de Viriato era un extraordinario híbrido de museo, almacén de chamarilero y depósito de un coleccionista de atrezo cinematográfico.

—Don Viriato viajaba mucho y le gustaba traer recuerdos de todos sus viajes. Mire, estos pendientes me los trajo de Egipto —le dijo entre coqueta y orgullosa, mostrándole el lóbulo de su oreja izquierda, donde colgaba un pendiente dorado que

pretendía ser de la Primera Dinastía, comprado en cualquier tenderete para turistas de El Cairo.

—Un hombre de gustos exquisitos —le regaló los oídos.

—Un caballero. De los que ya no quedan. O quedaban, porque el pobre hombre está criando malvas desde hace un año.

—¿Murió?

Por toda respuesta la presidenta de la comunidad le señaló un recorte de periódico enmarcado tras un cristal que colgaba en una pared cuajada de marcos de todos los tamaños. «Vuela una manzana por una explosión de gas», rezaba el titular. La fotografía recogía una estampa dantesca de un edificio en ruinas.

—Debió de ser terrible —reconoció Cameron.

—Por suerte acababan de abrir el bar. Sólo estaban don Viriato y el operario de la compañía de gas que estaba abriendo la zanja. El que se encendió el canuto. Ya ve usted, para que luego digan que la droga no mata. El edificio estaba vacío. Por reforma. Era muy antiguo. ¿Le he dicho que don Viriato tenía un bar?

Entonces le vio. Estaba en una estantería. Una foto medio ladeada. Dos monjes de pie, mirando a la cámara y sonriendo. Cameron cogió el marco entre sus manos.

—Don Viriato es el de la derecha —le indicó la decoradora, a la que no le había pasado inadvertido su gesto—. Disfrazado de monje. Qué ocurrencias tenía este hombre.

—¿Y el otro? —La arena bajo sus pies era oscura, de espaldas a ellos un cañaveral. El hombre vestido de monje que estaba a su lado llevaba un zurrón de piel vuelta a modo de bandolera.

—A saber. Cualquier turista del que se habría hecho amigo. Las fiestas de disfraces tienen esas cosas, que unen mucho. Él era muy campechano, hacía amigos en todas partes.

—¿Cuánto pide por el alquiler del piso?

Esa misma tarde estaba instalado en la casa que había sido de don Viriato Restrepo, el inventor de la salsa de las patatas bravas. Había tenido que pagar la renta de un año entero por adelantado. Aun así, mucho menos de lo que hubiera pagado de haber seguido ocupando durante cinco semanas su *suite* en el Palace. Cinco semanas, el tiempo que le quedaba para regresar a Boston y dar por terminado su trabajo de campo en España.

Por eso había sentido como un vértigo al encontrarse en el *hall* del hotel a Kelly Lamar, o Lamarca. Había sentido vértigo porque Kelly era una rubia espectacular y neumática, dos veces divorciada y tan liberal como la Marsellesa, como le demostraría pocas horas más tarde. Por eso y porque le había recordado el verdadero motivo de su estancia en Madrid.

«El trabajo va viento en popa, como los rápidos veleros piratas que cazaban galeones españoles en el Caribe», le había asegurado sin rubor durante la cena que

habían tenido en el Lando. Para los postres, la ejecutiva de la Disney se había descalzado de sus bonitas sandalias de pedrería, y estaba explorando las ingles del historiador.

Con el café, mientras un titánico combate de pies se desarrollaba bajo la mesa, le propuso el cambio del hotel a la corrala. Le argumentó que en aquella fase final del trabajo necesitaba cierto recogimiento ajeno a la ajetreada vida del cosmopolita hotel. La casa en alquiler era una auténtica vivienda del Siglo de Oro español, la época en la que se desarrollaba la trama de la película, lo que impregnaría de una química especial a su trabajo.

Lo que convenció a la ejecutiva fue el precio. El cambio suponía un ahorro para la productora, y Cameron estaba resultando la única partida a la baja de un presupuesto que se había desbocado. Lo vendería como un éxito en la central.

Al final, Kelly regresó a Los Ángeles convencida de que había merecido la pena su viaje sorpresa a España para supervisar el trabajo del historiador. Incluso le prometió que regresaría a finales de agosto, esta vez para dos o tres días, y dar el visto bueno a los «trabajos finales». Había pluralizado.

Cameron se tumbó en la amplia cama del dormitorio de Viriato. Cruzó las manos sobre la nuca y se quedó mirando al techo. En realidad, no sabía por dónde empezar, aunque estaba seguro de que aquella casa sería un nuevo centro de información. Y un nuevo enigma.

Sonó el móvil.

Casi lo agradeció, fuese quien fuese quien lo llamase.

Una tregua para dar descanso a una cabeza que no dejaba de maquinar ideas absurdas.

—¿Sí?

—Hola —una voz de mujer joven, muy joven—. Le llamo por la habitación que alquila.

—¿Disculpe?

—Sí. Alguien dejó en el buzón del piso que comparto con otras tres chicas una nota a mi nombre. «Alquilo cuarto a estudiante de historia, limpio y económico». Yo soy la estudiante de historia, ¿usted es limpio y económico?

—Señorita, debe de haber algún error, yo no alquilo ninguna habitación. —Una estudiante aburrida con ganas de broma. Eran iguales en cualquier parte del mundo. Le colgó.

Cogió de nuevo la fotografía de los frailes, que había trasladado desde la estantería del salón a su mesilla de noche. Comenzó a observarla de nuevo con detenimiento. De repente, la dejó de nuevo sobre el mueble auxiliar con un golpe seco. Abrió su Nokia y buscó desesperadamente la última llamada. Afortunadamente no era un teléfono oculto.

Escuchó de nuevo la voz de la chica. Había reconocido su teléfono en la pantalla.

—Vaya, ¿se ha arrepentido ya de su mala educación?

—¿Qué está usted estudiando? —le urgió.

—Soy estudiante de historia, ya se lo he dicho. En realidad, terminé el año pasado, estoy preparando mi tesis.

—¿Cómo encontró mi teléfono?

—¿Ha escuchado algo de lo que le he dicho? Alguien dejó una nota en nuestro buzón —la chica parecía comenzar a enfadarse.

—¿Cómo era el mensaje? —Se sorprendió él mismo de su agresividad.

—Oiga, disculpe si le he molestado... —La chica empezaba a asustarse. Iba a colgar.

—No, no me ha molestado. Discúlpeme. —Intentó controlar su impaciencia, su tono se hizo más amable—. Acabo de alquilar esta casa, y estoy sorprendido por su llamada, eso es todo. No he sido muy educado en la forma de hacerle las preguntas. Pero sí, podría estar interesado en alquilar una habitación a una estudiante de historia. —Ahora su voz se había serenado.

—Bueno, la nota en mi buzón a mí también me ha sorprendido. —Volvía a tener un tono confiado—. Parecía estar hecha a mi medida. —Casi la notó sonreír a través del teléfono.

—¿Estaba escrita con impresora?

—La tengo en mi bolsillo. —Pareció desarrugar un papel—. Está escrita a mano. Con rotulador rojo.

Cameron notó que el corazón había dejado de bombearle sangre.

—Oiga, ¿sigue usted ahí?

—Discúlpeme. —Volvió a tomar conciencia de la conversación—. A veces pierdo la señal. ¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Si me rebaja el precio de la habitación, sí. —Parecía una chica simpática. Y lista.

—Le costará creerlo, pero soy profesor de Historia de España en Boston, mi especialidad es el Siglo de Oro español. ¿Sobre qué trata su tesis?

—No me estará tomando el pelo, ¿verdad?

—Nunca en mi vida he hablado más en serio, señorita. —Su voz sonó completamente sincera.

Hubo unos momentos de silencio. Cameron comenzó a angustiarse.

—Entonces incluso podría ayudarme en mi tesis. —Su voz volvió a sonar alegre y confiada—. Estoy trabajando sobre la historia de la isla de San Borondón^[17]. ¿Conoce la historia de San Borondón?

Capítulo IX

LOLA, ESTUDIANTE DE HISTORIA

Capita IX. N.S.B.a. Llegada a la Isla de Las Ovejas Gigantes. Los monjes están agotados, Brendanus les permite descansar hasta el sábado de Pascua.

—¿Le gusta? —preguntó Cameron después de su visita guiada a la casa.

—Es muy flipante —le contestó ella con aquel vocabulario sintético con el que se expresaban los jóvenes de cualquier lugar del mundo—. Tiene algo de museo esquizofrénico, pero tiene buenas vibraciones —extendió un poco más su juicio.

—Es diferente —concedió el subarrendador.

—Pero no sé si podré pagarlo —reconoció ella, y una sombra de tristeza nubló por un instante la mirada de sus hermosos ojos verdes.

—Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo razonable. —No tenía ninguna intención de dejarla escapar, al menos hasta que supiera exactamente por qué tenían que conocerse según el criterio del hombre del rotulador rojo. Además, podían existir razones de índole práctica para consolidar aquella «unión temporal de empresas»—. Verá, Lola, si usted se compromete a cocinar para los dos durante la semana, la habitación le saldrá gratis. La limpieza de la vivienda corre de mi cuenta, he contratado una asistenta. —Llevaba cuatro semanas desayunando, comiendo y cenando en restaurantes. Su estómago necesitaba urgentemente una tregua.

—¿Por qué da por hecho que sé cocinar? —le preguntó entrecerrando los ojos.

—Me dijo que lleva toda su carrera compartiendo piso con otras compañeras. Supongo que se turnarían en las tareas de la casa. Alguna noción de cocina de supervivencia deberá tener usted. No voy a pedirle más.

La licenciada en Historia siguió escrutándole en silencio durante algunos segundos.

—No pienso acostarme con usted —le dijo con semblante muy serio.

—No pensaba proponérselo a menos que fuera estrictamente necesario —le contestó con una expresión igualmente seria.

—Tengo un novio que sabe kárate —le remachó—. Bueno, en realidad va de vez en cuando a un gimnasio y hace bicicleta estática —reconoció—. Y no sé si acabaremos siendo novios...

—Puede traerle a comer, cenar y desayunar cuantas veces quiera.

Ella volvió a mirarle con sus grandes ojos verdes de arriba abajo.

—¿No será un loco, un perverso o algo así?

—Lo primero y lo segundo no, lo tercero no podría asegurárselo.

Lola sonrió por primera vez en toda la entrevista. No era una mala oferta. Llevaba cuatro años pagando un alquiler, limpiando y cocinando para cuatro. Ahora sólo

tendría que cocinar para ella y para el profesor. Tan fácil como añadir un puñado de espaguetis al puchero de agua hirviendo. Oportunidades así no se encontraban todos los días. Le tendió la mano, y se la estrecharon en señal de acuerdo.

—Me quedaré un mes. A prueba. No estoy muy convencida de que le guste mi cocina.

Lola acabó de organizar su cuarto. El más grande y luminoso que había tenido desde que comenzó a estudiar la carrera en Madrid.

Dejó la foto de su familia, sus padres y sus cuatro hermanos, en la estantería ya cuajada de libros. La de Carlitos, su hermano pequeño, en la mesilla, como siempre. Le gustaba verlo en cuanto abría los ojos.

Sonrió satisfecha y feliz. Ya estaba instalada en su nuevo hogar. El escenario perfecto para acabar su tesis. Sin molestas compañeras de piso. Sin ruidos, sin broncas, y en una auténtica corrala del siglo XVI. El sueño de cualquier historiadora. Por no hablar del precio del alquiler. ¡Gratis total! Podría hasta ahorrar. Incluso librar de su trabajo de camarera algún fin de semana en el bar de Santi. No quería ni pellizcarse.

Golpearon dos veces en la puerta con suavidad.

—Pase.

Cameron introdujo su cabeza con cierta timidez entre la hoja y el marco de la puerta. A ella le gustó el gesto, en el lenguaje corporal aquello significaba que el profesor era un tipo de fiar.

—¿Ha terminado?

—Sí, sí. Todo está en orden —le contestó con una espléndida sonrisa.

El bostoniano entró y le dio una rápida ojeada al cuarto.

—Confío en que esté cómoda. —Le gustaba el orden y el toque femenino que Lola había logrado en aquella estancia.

—Dios mío, este dormitorio es más grande que cualquiera de los salones de todas las casas en las que he vivido hasta ahora —le contestó, sonriendo con los brazos en jarras sobre las caderas y recorriendo con sus ojos las cuatro paredes de su habitación. No le mentía.

—Había pensado invitarla a comer para celebrar nuestro trato. Luego, si quiere, podríamos ir a hacer la compra y llenar nuestra despensa y el frigorífico. ¿Qué le parece?

—Me parece magnífico —otra vez su sonrisa luminosa.

Cameron reparó en la foto de la estantería.

—Su familia, supongo —le dijo señalándosela.

—Sí. Mis padres y mis cuatro hermanos. Nos sacamos una foto todos los años, en las vacaciones de verano. Mi madre dice que es para que nunca me olvide de cómo vamos creciendo —hizo una pausa—. No crea, a veces es duro vivir fuera de casa.

—Son ustedes una familia numerosa. —No pudo evitar una punzada de envidia.

A él siempre le hubiera gustado formar una familia numerosa, pero Maggie nunca le demostró ningún interés por seguir expandiendo el apellido Cameron después del «experimento» de Bárbara. Sus ojos se dirigieron a la mesilla de noche.

—Es Carlitos, mi hermano pequeño. —Su mirada no le había pasado desapercibida. Cogió el marco con la foto, y se la pasó a Cameron—. Es guapo, ¿verdad? A él le pareció que ella era la hermana más orgullosa del mundo de poder mostrar a su hermano.

Cameron sostuvo la foto entre sus manos y se quedó mirándola detenidamente. Carlitos debía tener siete años. El pelo rubio y lacio le caía graciosamente sobre su frente; sus ojos achinados y claros, con los párpados un poco abultados, miraban con confianza a la cámara. Tenía una sonrisa franca y tranquila, parecía morderse la punta de la lengua entre los dientes. Había mucho amor en aquella foto. Carlitos tenía todos los rasgos de un niño con síndrome de Down.

—Es mi hermano favorito. Mi madre dice que es un ángel.

Cameron se le quedó mirando fijamente.

—¿Cómo ha dicho? —le preguntó.

—Mi madre opina que cuando Dios quiere hacer el bien a una familia, les manda un ángel como Carlitos. —También ella le miraba y él tuvo la impresión de que sus ojos se humedecían y brillaban—. Y creo que tiene razón. Carlitos es capaz de sacar lo mejor de las personas que tiene alrededor. Es como el pegamento que une a mi familia. Mire, en esa foto tenía diez años, ahora tiene dieciocho y está a punto de entrar como sobrecargo en Iberia. Mamá dice que no puede haber trabajo mejor para un ángel, se pasará el día en el cielo.

Cameron le seguía mirando. Volvió a sentir una especie de punción en la boca de la tráquea, y que los ojos le picaban. Sin quererlo, sus pensamientos se llenaron de recuerdos de su viaje a Roma, se vio en el restaurante donde había comido con su hermano. Y en el despacho del cardenal Grazzianni, hablando de plumas y de cabellos de ángeles. Sintió de nuevo ese vértigo que se le agarraba al estómago, pero esta vez supo que era buena señal, lo que lo llenó de un inusual sentimiento de paz y serenidad.

—No sabe cuánta razón tiene su madre —le dijo mientras devolvía el marco con la foto de Carlitos, su ángel.

Capítulo X

LA TESIS DE LOLA (Primera parte)

Capita X. N.S.B.a. Los monjes desembarcan, tras varios días de navegación, en una isla desierta, a la cuál llaman «Iasconus». Hacen fuego bajo una marmita para comer. La tierra comienza a temblar, y descubren que la isla, en realidad, es un enorme pez.

Tenía entre sus manos el primer borrador de la tesis de Lola. Un grueso documento de más de seiscientas páginas titulado *San Borondón. La verdadera historia de la isla evanescente*.

—¿Por qué San Borondón? —recordaba que le había preguntado en la comida, una agradable velada en la terraza-jardín del restaurante Sacha.

—Porque es la historia más fascinante que me he encontrado nunca —le contestó con ese brillo en los ojos que se les pone a las personas apasionadas cuando alguien les pregunta por el motivo de su pasión.

Cameron tenía una ligera conciencia de la legendaria isla. Pero nunca había entrado en profundidad en su estudio. Era un historiador demasiado pragmático para detener su atención en leyendas.

Había leído el preámbulo de la tesis de Lola, y muy a su pesar tenía que reconocer que la leyenda de la isla había comenzado a inquietarle.

—¿Sabía que es la leyenda más documentada del mundo? —recordaba las palabras de la joven licenciada.

Ahora sí lo sabía. Gracias a la extensa información que Lola había ido recopilando en los últimos meses. El sumario, de veintinueve capítulos, se abría con las primeras crónicas de la isla recogidas por el navegante fenicio Hannon de Cartago, en el siglo VI a. J.C., con la descripción de sus viajes por las Islas Afortunadas.

El índice se cerraba con las conclusiones de la historiadora, apoyadas en la más moderna prueba documental de la existencia de la isla: las inquietantes fotografías realizadas por Manuel Rodríguez de Quinto, publicadas por ABC el 10 de agosto de 1958.

Como le había adelantado Lola, tuvo que reconocer que la leyenda de la isla de San Borondón era una leyenda extensamente documentada.

En realidad, no sabía por dónde empezar la voluminosa tesis. Eligió al azar un capítulo que le sugirió garantías de veracidad, el que rezaba «Actas Notariales de la Real Audiencia de Canarias, en las que se recoge el testimonio del marinero Antón Carrasco de la carabela portuguesa *Santísima Trinidad*, que afirma haber hecho aguada en la isla de San Borondón».

La lectura de aquel relato le pareció una buena forma de pasar la tarde.

EN LOS CALABOZOS DEL PUERTO DE LA PALMA (1 DE ABRIL DE 1570)

El prisionero se llevó la jarra de peltre a la boca y vació su contenido en sonoros y rápidos tragos. Se limpió con la manga diestra de su camisa, que alguna vez debió de tener algún color distinto de la mugre, mientras observaba a sus inquisidores.

Mucha gente, y muy principal, la que había reunida en aquel sórdido, húmedo y estrecho calabozo para escuchar el testimonio de un marinero de una nao portuguesa, al menos eso pensó para sí Antón Carrasco, que tal era la gracia y primer apellido del reo. Barcos lusitanos y de otras naciones atracaban todos los días en La Palma, y aquello poco tenía de extraordinario. Pero una Carabela que decía venir de hacer visita en la isla de San Borondón ya era harina de otro costal.

A Carrasco no se le antojaba otra razón para que estuviera allí rindiéndole honores tan larga embajada. A saber, dos corchetes, el escribano público don Juan Márquez, el justicia mayor de la isla don Alfredo Sauquillo, don Fernando Villalobos, regidor de La Palma, y el doctor Hernán Pérez de Grado, regente de la Real Audiencia de Canarias. También podía haber otra razón, convino Carrasco, y es que la nao hubiera atracado echando en falta a su capitán y a otro miembro de la tripulación. Pero, en estos casos, bien lo tenía él interiorizado, las cosas se arreglaban con potro y se terminaban en cuerda, sin tanto desfile de personalidades.

Pero ya se maliciaba Carrasco que, por escuchar su relato de la visita a la isla, aquella gente tan principal quería tenerle entero y sereno. Que en el potro el personal siempre acaba cantando fuera del repertorio, y la jota que le pide el dominico. El prisionero dejó la jarra de peltre en la mesa haciendo sonar sus grillettes.

—Muy clara y muy fresca el agua —apuntó Carrasco—, se les agradece a Sus Excelencias, aunque hubiera preferido un buen cuartillo de vino de mi tierra —reconoció finalmente.

—Si esto acaba en cuerda —le contestó el regente—, como es intención de nuestro justicia mayor, el cabildo tiene por costumbre invitar a vino a sus condenados. Si por el contrario, con vuestro testimonio y buen juicio, lográis convencernos de que sois inocente de los cargos que se os han leído, salvando el cuello y la honra, yo mismo prometo invitaros a un cuartillo de vino canario, que va a ser la tierra donde vais a volver a nacer. Así que no os apuréis, porque como estáis comprobando, pase lo que pase, al final hay vino.

Carrasco miró con cierto rencor al justicia que con mucho engolamiento le había leído los cargos, que no eran menudos, porque eran de asesinato. Del capitán y del grumete de la *Santísima Trinidad* a manos del resto de la tripulación. Como el resto de la tripulación se había dado aire nada más pisar los adoquines del puerto, de resto, sólo quedaba él. Y bien sabía Carrasco que estar de resto con la Justicia sin buena coartada era como estar de resto en las cartas sin buenos reyes. Tenía que jugar con tiento aquella partida, que le iba mucho en el envite y el único rey que llevaba era la

verdad, que en España nunca había cotizado mucho ni en los tribunales ni en el juego.

Aun así se notaba entero y con ganas de jugar la mano, que era soldado viejo, y si no le había descompuesto ni una carga de la caballería francesa, no iba a hacer pucheros por tres metros de cáñamo.

—¿Por dónde iba? —preguntó calmoso el marinero.

—El barco se hundía —le apuntó el justicia, casi entre dientes, soportando mal el aparente temple del acusado.

—Sí —pareció recordar entonces el reo—. Yo estaba en la bodega con otros compañeros intentando estibar la carga antes de que un golpe de mar nos hiciera zozobrar con un baile de bultos. Estaba terminando de encinchar unos barriles de brea, cuando pude oír la *crujía* del palo mayor. No sé si sus mercedes estarán al cabo de la calle de las cosas de la mar, pero cuando a un barco se le estropea el árbol principal en mitad de una galerna, las cosas se le ponen a uno «muy malamente, de lo peor, lo más malo», que diría mi compadre Curro *él Chinas*, y que lo seguiría diciendo el hombre si estuviese vivo. Pero cuando te meten dos palmos de puñal en la caja del pecho, por un quítame allá esos naipes, se te acaban al pronto las ganas de hablar. Y si la estocada ha sido buena, y la que le dieron a *mi hermano*, de tan mala que era, era de las mejores, las ganas de hablar se te van para siempre.

A Carrasco, el recuerdo de la muerte de su amigo le silenció el parlamento, y por un instante le nubló el humor. La verdad es que las cosas no le habían ido bien desde que dejó el Tercio.

—Se me está usted yendo por las ramas, Carrasco. Y no tenemos todo el día —le urgió seco y desabrido el justicia mayor.

Carrasco le miró mal. Aquel hijoperra tenía toda la pinta de ser de los que te daban la patada al taburete sin darte tiempo a terminar el padrenuestro.

—Déjelo, déjelo, Sauquillo —terció el regente, que por ser doctor al acusado se le antojó que debía tener más sesera y criterio, amén de educación que el resto del grupo—. Ya le he dicho que me interesa todo el relato. Hasta los ornamentos.

El prisionero se recompuso, confortado por el cuartel que le otorgaba el principal de sus inquisidores.

—Como les decía a sus ilustrísimas, al oír que nos desarbolábamos salí a escape de la bodega. Que en un barco que acaba de perder el gobierno, sus tripas son lugar ya sólo para que se ahoguen las ratas.

La cubierta era el infierno. El viento aullaba entre las jarcias y la lluvia fina y fría parecía acuchillarte el rostro.

—¡Español! —le gritó Pedro Velo, el capitán de la nao en trance de convertirse en pecio—. ¡Coge un hacha y comienza a cortar cabos, o nos vamos todos con Neptuno!

Y era una orden sensata. El palo mayor se había quebrado de cuajo, con mucho despeluche de astillas, y yacía caído sobre la cubierta medio saliendo por la banda de babor, con la antena y toda la vela mayor metida en el agua. El árbol y la ropa se

hundían lentamente, enredados al casco por un amasijo de cabos, cables y jarcias, escorando la carabela poco a poco por la zurda.

«O nos libramos de él o nos vamos con él», pensó Carrasco mientras cortaba frenéticamente, como hacía el resto de sus compañeros, todo aquello que les unía al palo mayor y todos sus adornos.

La nao se inclinaba peligrosamente por su banda de babor, los cabos se tensaban cada vez más, y cuando los cortaban, saltaban con chasquidos secos, como latigazos. Cada golpe de mar ya entraba franco por la cubierta humillada, y almacenaba un poco más de agua en la bodega.

El barco crujía y parecía quejarse como un animal herido, «que a ningún barco le gusta hundirse, que ellos también tienen miedo y lo pasan mal en esos trances», pensó Carrasco.

El español cortaba y rezaba con más fervor que un apóstol, como los demás marineros; cuánto de verdad hay en ese dicho que dice que el mar ha hecho más por la religión que todos los papas de Roma juntos.

Y debió de ser que rezaron bien, o que cortaron mejor, o que el de los cuernos no quiso recibirlos en un día como aquél, pero acertaron a deshacerse del último cable. Y el palo y la vela mayor se hundieron con estrépito en las profundidades del mar, con aquel amasijo de cabestrantes y cabos cortados que se retorcían entre los espumarajos de las olas como si fueran serpientes de la cabeza de la Medusa.

Y el barco recuperó su posición medio gallarda justo cuando llegaba rugiendo un golpe de mar violentísimo que les hubiera mandado a todos con Neptuno, de haber seguido escorados por el peso del palo y de la ropa que acababan de mandar al mismísimo infierno. La tripulación aulló de alegría por encima de la tormenta, por que la primera mano era suya, y que encularan a su negro destino, que, de momento, ellos seguían pidiendo cartas.

Carrasco alzó el hacha en señal de triunfo hacia su capitán, que le respondió con el mismo gesto, y, dibujando una gran sonrisa en su rostro, empezaba a recomponerse. Mas no duró mucho la embriaguez de victoria, menos que una alegría en la casa de un pobre, porque el capitán desapareció al punto. Desapareció el barco y desapareció hasta el suelo de la cubierta donde pisaba Carrasco.

—¡Banco de niebla! —gritó alguien.

El español no había visto una niebla así en su vida. Que por no ver no alcanzaba ni a verse sus propias manos de lo espesa que era.

—¡Mantened el rumbo! —Oyó que ordenaba el capitán.

Una vez más, no era una mala orden. Porque conforme más se adentraban en la nube, más parecía el mar irse calmando. Y la *Santísima Trinidad*, o como realmente se llamase aquel barco, ya no estaba para mucho combate.

Fue entonces cuando la mar se calmó, como si le hubieran vertido aceite, y los vientos de la galerna se convirtieron en una suave brisa.

La tripulación se afanó en ordenar como pudo la cubierta, que pareciese que la

hubiera asaltado el turco, despejándola de los destrozos de la tronchada del palo mayor.

La niebla parecía aclararse un poco, lo que animó al capitán a izar lo que quedaba de ropa, que la llevaba el barco en latina, confiando en cazar vientos y cruzar el banco siempre navegando hacia Oriente, buscando la derrota de La Palma.

Allí estuvieron, dentro de aquel celaje, tripulantes y nao, no menos de un par de horas. Rodeados de un extraño silencio, que ni el chapoteo del agua contra las cuadernas se oía. Cuando de repente la boira pareció iluminarse, y tal como vino desapareció. Como quien alza el telón de una obra de teatro. Y entonces, delante de los ojos de los nautas de la *Santísima Trinidad*, apareció la isla.

—¡Echad el ancla! —ordenó el capitán después de comprobar la última medición de la sonda.

Los marineros, todos en cubierta, observaron la cala, hermosa y tranquila, en la que estaban ancorando. En ella bien podían aparejarse catorce barcos y de mucho más tamaño que el de su carabela.

Tenía la ensenada forma de media luna, y en su centro podían distinguir la desembocadura de un río, o bien la entrada de una ría, que de esto no tendrían certeza hasta que lo comprobaran pie a tierra. Sus arenas eran negras como de lava antigua de volcán, muy corriente por otra parte en todas las islas de las Canarias. La vegetación que alcanzaban a ver parecía de altos cañaverales muy en la orilla, y en sus adentros, árboles de mucho porte y bien hermosos.

El perfil era muy agreste y bravo, distinguiéndose dos grandes riscos o montañas separadas por una gran degollada en la mitad.

Los marinos cruzaban apuestas sobre el alma de la isla. Unos opinaban que estaban en La Palma, otros que en El Hierro, incluso uno se aventuró a darla por la de La Gomera. Razonando que por la derrota que seguían antes de que estallara la tormenta, alguna de aquéllas tenía que ser. No había otra posibilidad.

Carrasco observó con el rabillo del ojo que el capitán no paraba de moverse a sus espaldas, y que con un catalejo barría una y otra vez el perfil de la costa, como buscando un hito que finalmente le bautizara la isla.

De vez en cuando se acercaba a su piloto, el moreno Roque Hernández, y desenrollaban hasta tres cartas de navegar, hablaban de algo, pero Roque siempre movía la cabeza negando.

Antón Carrasco era un hombre observador, y la «observancia», como él decía, era la ciencia que mejor se manejaba. Más de una vez sus asertos en sus contemplaciones le habían salvado el pellejo.

Fruto de su análisis, supo entonces que su capitán Pedro Velo no estaba tranquilo. No sabía Carrasco ni de compases ni de agujas de navegar, pero sabía leer el alma de los hombres cuando estaban en la vigilia de víspera de algo importante.

Aquel capitán conocía su oficio, que bien se lo había demostrado en la galerna,

que es donde se conoce a los hombres que se hunden y a los que flotan. Y algo le decía que aquella isla no era La Palma, ni La Gomera ni El Hierro. Y a saber si aquello era realmente una isla.

Pedro Velo guardó finalmente el catalejo en su faltriquera y mandó echar al agua el chinchorro. Ordenó también que se prepararan las piezas de artillería de la carabela, la media culebrina del castillo de popa y el falconete de la casa de proa. Los hizo cebar con mucha tornillería y hojas de milán por si se las tenían que ver con algún disturbio en la playa. Gritó los nombres de los cuatro marineros que bajarían con él a tierra. Les ordenó que fueran bien pertrechados de armas, de las blancas y de las de chispa. Al piloto de pluma y libro, para dar fe de todo cuanto ocurriese. A Carrasco le gustó oír su nombre entre los cuatro de revista, que él era el menos marinero de los once de la nao, y el que más a gusto estaba en tierra. Aunque se malició que más que contar con la simpatía del capitán, lo que sumaba era su soltura en el manejo de la espada, que bien sabía Velo que el español había sido soldado del Tercio Viejo de Sicilia. Y de los buenos.

La quilla de la lancha se hundió con suavidad en la fina arena de la playa. Pedro Velo saltó a tierra el primero, como ansioso por tomar posesión de ella. Dio unos pasos, sacó un viejo sable y lo clavó en la arena.

—Tomo posesión de esta ínsula en nombre de su católica majestad el rey de España don Felipe II —dijo grave, casi solemne.

—¿Por qué en nombre del rey de España? ¡Somos portugueses! —reclamó indignado Barbosa, uno de los cuatro de la fama.

El español apoyó con disimulo la diestra sobre la empuñadura de su fierro, que la pasada milicia le había enseñado mucho de motines y rebeliones. El capitán se volvió calmo hacia Barbosa y le miró sopesando si debía responderle o descerrajarle dos tiros en la cara con las dos pistolas de abordaje francesas que llevaba cruzadas en el fajín. Finalmente, decidió economizar pólvora por si la necesitaban más adelante.

—Tomo estas tierras en nombre de España —le contestó mirándole a los ojos— porque su rey paga infinitamente mejor las descubiertas que el rey de Portugal. Y lo que necesitamos nosotros es hacer dinero, no hacer patria. —Terminó su reflexión lanzando un esputo al suelo.

Barbosa se encogió de hombros, como aceptando el razonamiento, que en sí mismo no era del todo malo, sobre todo en sus consecuencias.

—Pero ¿no estamos en La Palma, mi capitán? —preguntó todavía el otro marino, Mendes, más realista, barruntando de nuevo la fortuna esquiva.

—Imposible —aseguró Velo—. Cuando nos sorprendió la tormenta acababa de verificar nuestra derrota. Estábamos a muchas millas de La Palma o de La Gomera. Esas dos islas están mucho más a Oriente de esta posición.

Miró el capitán en derredor, inspirando profundamente la suave brisa marina; ahora, hasta el aire que se respiraba era suyo. Había oído historias sobre nativos sin

cristianizar que recibían de muy mala manera a los conquistadores. Para tranquilizarse tocó la culata de una de sus pistolas y miró de reojo a Carrasco, que también parecía con todos los sentidos a punto.

—Esta isla es nuestra —dijo por fin con tono seguro. Y sonrió con gesto feliz.

—Bien sabe Dios que no quiero entrar de nuevo en polémicas con Vuestra Excelencia —intentó Villalobos llevar de nuevo la conversación a otros parámetros de cordura —, pero San Borondón es tan sólo una leyenda...

—Quizás —convino el regente—. También era una quimera el camino hacia las Indias por Occidente. Leyendas de navegantes, ¿recordáis? —Villalobos frunció el ceño rememorando la fama de iluminado que acompañó durante casi toda su vida a Cristóbal Colón—. Bendita sea la leyenda que nos haga ricos.

Villalobos miró inquieto a don Hernán. ¿Qué le estaba rondando realmente por la cabeza? Para él no había caso. La tripulación de la *Santísima Trinidad* se había deshecho del capitán y del grumete en alta mar. Los motivos por los que los habían asesinado eran intrascendentes.

Podía llegar a admitir que el desdichado Carrasco no hubiera llegado ni a intervenir en el crimen. Pero era el único tripulante al que habían echado el guante. Mala suerte, estas cosas ocurrían así. Pero el regente estaba incurriendo en una peligrosa irresponsabilidad si estaba valorando la posibilidad de dejar sin cuerda al sospechoso.

El hecho cierto es que desde el 27 de marzo tenía atracada en su puerto una nao portuguesa que no había dado razón ni de su capitán ni de su grumete. Que su tripulación había sido citada por el justicia mayor de la isla para tomarles declaración y confiscarles el libro de bitácora al día siguiente. Que la tripulación se había esfumado sin dejar rastro, posiblemente se habían embarcado la misma noche de su llegada a La Palma en cualquier barco portugués, y ya estaban en Madeira, costeando África o incluso en Portugal.

Eran tiempos difíciles para las islas, siempre bajo la amenaza de piratas y corsarios berberiscos por Oriente; y piratas y corsarios ingleses, holandeses o de cualquier otra nación enemiga de España por Occidente.

No eran buenos tiempos para demostrar debilidad. Un crimen como el de la *Santísima Trinidad* no podía quedar impune, aunque rodase la cabeza de un inocente.

Casi estaba totalmente de acuerdo con el pensamiento de su justicia mayor, que le había hecho en un aparte antes de comenzar el interrogatorio del único sospechoso, por ser el único detenido. «Un ahorcamiento es siempre un espectáculo bien recibido por la ciudadanía. Imprime respeto a las autoridades y moralmente es ejemplarizante para los más jóvenes». Eso sin contar con los beneficios que le reportaría a la isla la ejecución, cuando llegase a oídos de los piratas que infestaban sus aguas. En La Palma imperaba la ley, ése sería el mensaje.

—¿Sabéis que San Borondón aparece ya en las primeras cartografías que se conocen? —Don Hernán le sacó de sus grandes cavilaciones—. Jacques Vitry ya dibujó la isla en su mapamundi hace más de dos siglos. El francés Robert d'Auxerre describe la ínsula en su *Imago Mundi* de 1265. Vuelve a aparecer en el *Planisferio* de Hereford hacia finales del siglo XIII. En el planisferio alemán de Ebstorf la dibujan con la inquietante descripción que dice: «Isla perdida. San Borondón la descubrió pero nadie la ha encontrado desde entonces». Hay otra mención en la carta de Piciano. La isla está en los mapas del genovés Beccari y del mallorquín Dulcert; en el anconitario de Weimer o en la más reciente cartografía de fray Muro, en 1457. Convendréis conmigo —dijo, cerrando el portadocumentos donde había leído toda aquella información— en que la leyenda de la isla de San Borondón es una leyenda muy bien documentada.

Villalobos frunció el entrecejo; definitivamente no iba a ser muy fácil ponerle la corbata de cáñamo al marinero detenido, a pesar del abrupto final que había tenido el interrogatorio.

—Parecéis haberos informado muy bien sobre la isla —tuvo que reconocer.

—Como me documenté y estudié la ampliación del puerto que vos me planteasteis recién llegado a las islas. Ampliación que como sabéis tengo intención de aprobar y autorizar. Obras que aumentan vuestra jurisdicción y vuestro poder. Y a mí me harán ganar unas merecidas rentas. Suelo documentarme muy bien cuando huelo dinero. Y si encontramos esa maldita y escurridiza isla, aquí puede haber mucho dinero.

Como queriendo confirmar sus reflexiones, deslizó su mano dentro del bolsillo de su levita hasta tocar con sus dedos las dos monedas de plata requisadas al prisionero. Dos primorosas falsificaciones de sestercios romanos de la época de Tiberio.

El capitán mandó cortar y traer mucha hoja verde para hacer fuego en la playa y que desprendiera mucho humo en una aparatosa columna blanca, señalando así la visita.

—Si la isla está habitada quiero que nos vean, que las sorpresas y los encuentros con los nativos, si éstos no están avisados, no es difícil que acaben en riña.

Aquellas prudencias le parecieron bien a Carrasco, que de hombres arrojados y con finales desportillados, como el de su compadre Curro el *Chinas*, ya estaba él más que harto. El capitán les hizo estar dos horas de acampada en la playa, hasta que se consumió el fuego. «Por si aparecen los naturales, que no presientan que venimos en plan de conquista; que venimos, pero que no lo parezca».

Antón Carrasco aprovechó la espera para tumbarse y amodorrarse en la fina arena oscura de la playa como el resto de sus compañeros, agotados por el trajín de la galerna. No hubo, sin embargo, ocio para el capitán. Como buen conquistador, parecía en vigilia constante. Dando paseos de punta a punta de la cala, oteando siempre el perfil de la isla. Unas veces con los brazos a la espalda y cabizbajo, con aspecto grave, como sopesando la importancia de las jornadas que le estaban tocando

vivir. Otras veces se paraba, ponía los brazos en desafiantes jarras con aspecto de bravo, por si algún indígena emboscado le estuviera observando.

Carrasco sonrió para sí. Le estaba cogiendo aprecio al portugués. Al fin y al cabo le había salvado el pellejo. Por un precio. Pero había cumplido. El español tuvo que reconocer, a fuerza de hacer examen de conciencia, que las cosas últimamente no le iban extraordinarias.

Se había licenciado con honores del Tercio de Sicilia un mes después de la batalla de Jemmingen, en mayo del 68. Después de catorce años de milicias, y haber guerreado por media Europa incluyendo el Mediterráneo con sus dos riberas, la cristiana y la mora. Con pocas cicatrices para haberle sacado la lengua tantas veces a la guadaña, y con el oficio de alférez. Que no era poca cosa, cuando se entra con catorce años en el ejército, sin ser hidalgo y de mochilero. Hasta su coronel le había pedido que se reenganchase. «La capitania la tienes al punto, Carrasco —recordaba las palabras del oficial—. Aguantadme una batalla más y tenéis el despacho, os lo juro por la cruz de Santiago que llevo en el pecho». Ahora, tirado en aquella playa de aquella isla sin nombre, y con su reciente currículum, pensó que en mala hora no le había hecho caso a su coronel.

Escupió en el suelo desechando ese mal pensamiento. La vida hay que jugarla, qué coño, y él ya había tirado los dados. Volvió a España de miles *gloriosus*, como volvían todos los compañeros que estaban enteros o no estaban abonando campos de amapolas, que antes habían sido de batalla. Y de España eligió Sevilla, que era la ciudad más importante de la nación más importante del mundo. Sevilla era la puerta de América por un lado de la hoja, y por el otro, la de Europa. Y se le antojó que allí se cocía todo lo que podía merecer la pena de vivir, de ganar y de holgar.

En Sevilla fue feliz, al menos los meses que le duró la bolsa. Pero bien gastada estuvo, en putas y en las mejores mesas, las de yantar y las de juego. Que al fin y al cabo, éste era siempre el destino de la bolsa de un soldado, desde los tiempos de Alejandro, ese que llamaban el Magno. En su hermosa decadencia conoció a Curro *el Chinas*. No había mejor jugador de naipes en Sevilla. Si hubiera manejado la mano con la temeraria como la manejaba con la desencuadernada, a general de los ejércitos de España hubiera llegado, amén de salvar su vida en la jornada negra de Lisboa. Durante meses formaron pareja inseparable en la ciudad del río. Pero por desgracia, lo que se suele ganar en una mesa de juego, sobre todo cuando los naipes están bautizados, hace que la ganancia se convierta en deuda con la Justicia. Su compadre no quería nada con los de negro y estoque, «que siempre te acaban llevando delante de otro de negro y golilla. Que siempre te encuentran culpable de algo, de lo que has hecho y de lo que no. Para acabar por mandarte a un pudridero de hombres que llaman cárcel». Y él, de penales, ya tenía lo suyo. De los de papel, que ya debía de tener unas cuantas resmas, y de los otros, de los de piedra con ventanas llenas de hierros. Que más de una pared llevaba escrita su nombre. Y siempre por la parte que no daba a la calle, cochina era su suerte.

Así que decidieron cambiar de aires, antes de que los corchetes se los cortaran. Se hicieron con dos buenos caballos en un descuido de sus dueños, y a pura uña salieron de Sevilla para tres jornadas más tarde darse los buenos días en Lisboa.

—Ya verás, compadre, qué bien nos va a ir aquí. Que esto es tan bonito como Sevilla, y los portugueses tienen muy floja la mano con las cartas y las bolsas muy gordas con el tráfico de morenos.

Hay que ver, Currito, siempre tan optimista. Aquella misma mañana vendieron los caballos prestados, y con las ganancias se regalaron unos buenos platos de bacalao bien regados de vino, que las dos cosas las tienen sobresalientes los portugueses.

—Prosiga relatando el acusado las razones que le llevaron a enrolarse en la tripulación de la *Santísima Trinidad* en el puerto de Lisboa —le espetó seco el justicia mayor, mientras el escribano volvía a pedir más tinta a su ayudante.

Carrasco se aclaró la voz carraspeando sonoramente, mientras ganaba tiempo para poner en orden sus recuerdos. O más bien, la parte de sus recuerdos que podía contar.

—Como les decía a vuestas mercedes, mi socio, que en gloria esté, y un servidor, estábamos en Lisboa de viaje de negocios.

—Hubiera apostado por ello —musitó Villalobos componiendo media sonrisa lobuna.

Carrasco obvió el comentario y continuó su relato.

—Pero todos los hombres por muy rectos que sean, y *el Chinas* y yo lo somos, bueno mi compadre en pretérito —se corrigió—. Como les decía, no hay hombres sin mácula desde que el buen Dios expulsó del Paraíso a nuestros primeros padres. Mi compadre y yo teníamos nuestra falta: nos gustaban los naipes.

—¡Voto a Lucifer! —estalló el justicia mayor dando un fuerte golpe con el puño sobre la mesa—. ¡Que nunca he tenido un interrogatorio como éste ante un canalla como tal!

—Me tenéis en ascuas —terció don Hernán dirigiéndose a Carrasco—, y al justicia mayor, nervioso. Proseguid y aclaradnos las consecuencias de vuestro defectillo. Ya sin interrupciones —dijo esto mirando, y no era mirada de premio, a Sauquillo.

—Nosotros éramos jugadores de salón —continuó Carrasco como si nada hubiera pasado—. Virtuosos con las cartas hasta casi el espectáculo. Así que mi socio hizo correr la voz de que habían llegado a Lisboa los dos mejores pares de manos de Sevilla, y aquella misma noche retábamos a quien quisiera aprender algo del juego de naipes, a asistir a unas clases en la O Degollada, que así se llamaba el garito donde íbamos a impartir el curso y repartir diplomas. Como ya sabrán vuestas mercedes, aunque sea de oídas, hay que calentar el ambiente de una partida. Las bravuconadas atraen como la luz del candil a las polillas, a los que llevan oros, sotas, picas y bastos corriéndoles por las venas.

»Y aquella misma noche tuvimos la timba en la mencionada O Degollada, un

local de mucho respeto de los muelles de Lisboa, que me gustó en gran manera porque estaba muy disfrazado de cortinajes y cretonas. Con velones gordos como muslos de caballos percherones que daban muy buena luz. Y a las putas, que estaba lleno, siempre les ha sentado bien la luz de las velas, que les tapan los reboques y les enaltecen los afeites. En las mesas se jugaba al martinete, que es un juego portugués muy parecido a nuestra brisca y que mi compadre y yo conocíamos tan de corrido como las siete y media.

Carrasco interrumpió su relato para beber otra vez de la jarra de peltre y recuperar resuello.

—Empezamos desplumando —continuó— a dos capitanes de barco que se las daban de imbatibles y nos duraron lo que quisimos que nos duraran, dándoles cuartelillo para calentar a la audiencia. Porque la partida que nosotros queríamos jugar ya había entrado por la puerta. Dos pisaverdes muy acicalados, uno con pinta de valentón y el otro más blando, que todavía estaban reconociendo el terreno. Los dos lindos debían ser gente bien principal y con posibles, porque venían guardados por una temeraria de alquiler. El que venía mirándoles las espaldas a los finos era un boquirrubio bien alto. Al principio le confundí con un tudesco, se le notaba hombre de armas y con redaños. Le tuve en seguida por soldado, que un militar distingue rápido a otro militar, y cuando cruzamos nuestras miradas nos entendimos. ¿Les he contado a vuestas mercedes que he servido durante catorce años en el Tercio Viejo de Sicilia? Los «sacristanes^[18]» nos llamaban, porque andábamos día sí y día también repartiendo extremaunciones.

—Si os parece, dejaremos el capítulo de vuestra milicia para mejor ocasión, continuad con el lance de naipes, que confío nos lleve al buen entendimiento de vuestra historia —le respondió casi divertido el regente, mientras el justicia mayor apretaba los puños sobre la mesa hasta dejarse en blanco los nudillos.

—Continúo pues, para entrar en la segunda partida de la noche que fue contra unos tratantes de ganado. Aunque yo creo que mintieron, porque para mí eran negreros. Éstos apostaban más fuerte que los marinos, y la mesa se calentó de veras. Mi compadre estuvo soberbio, llevando las jugadas al límite, perdiendo las batallas y ganando la guerra.

»Uno de los lindos no nos quitaba los ojos de encima, el que venía disfrazado de bravo. El muy bujarra nos estaba mirando y memorizando nuestros fallos y muletas. Se le notaba el vicio en la sangre. Cuando terminamos la partida con los negreros, el pisaverde ya estaba convencido de que podía vencernos, y eso era exactamente lo que mi compadre y yo queríamos. Entraron como jilgueros a la liga y se sentaron de inmediato en las sillas que todavía tenían el calor de las ancas de los «mercaderes».

»—Será un placer jugar la última partida de la noche con vuestas mercedes, pero aquí se juega sin hierros —les dijo sonriente Curro, abriéndose el colete y mostrándoles que iba desarmado.

»Los finos se desprendieron de sus armas. El que parecía más afeminado entregó

al guardaespaldas un estoque lleno de adornos, como de paseo. El que iba de bravo se deshizo de una espada más recia y de una vizcaína.

»—Parece que vais a la guerra, señor, más que a jugar a las cartas —observó el sevillano ante tanta armería.

»—Con españoles nunca se sabe —contestó el portugués con mucha intención.

»Yo creo que aquella contestación le tocó mucho los cojones a mi compadre, que los españoles cuando estamos en casa nos cagamos todos los días en la Corona y nos limpiamos el culo con el armiño de la reina, pero fuera, que nos entredigan a España, es peor que nos mienten a la madre.

—No recoja esto último el señor escribano —ordenó don Hernán.

—Así que Currito se empleó a fondo aquella noche. Le calentó la mano al portugués a base de bien, dejándole entrar y salir en la partida a su gusto y dominio. Recogiendo ganancias y quitando celos.

»Pero, a medianoche, el maestro comenzó a cambiarle todas las cartas. Una tras otra fue rompiéndole las bazas, quitándoles las manos y zampándose los postres. Sin piedad. El *Chinas* estaba disfrutando despellejando al par de zuritos. Sin embargo, yo no podía regocijarme como mi camarada. Me rondaba algo. Lo de la observancia que ya les he comentado. Al valentón se le estaba poniendo muy mala cara, y ya me barruntaba yo que también muy mala sangre. Al cabo de una hora de remonte, los portugueses ya no tenían ni una sola moneda detrás de las cartas. El del estoque de paseo se levantó de la mesa.

»—Yo ya he tenido suficiente naípe por esta noche. ¿Me acompañas, Hernando?

»—Me quedo. Quiero echar una última mano —dijo a su compañero sin mirarle, porque a quien miraba sin perder ripio era a Curro el *Chinas*.

»—Me temo, señor, que esto no va a ser posible. Vuestra bolsa no da más de sí, al parecer —le contestó con mucha retranca el sevillano.

»El portugués se agachó y yo me temí lo peor —continuó Carrasco con el relato de la partida—. Metí las palmas de las manos con disimulo por el borde del tablero de la mesa para levantarla si el lindo hacía un gesto raro y salir de allí a puñadas. Que es como suelen terminar las partidas cuando el que pierde no sabe terminarlas con cierto decoro y agradeciendo las enseñanzas.

»Pero el tal Hernando se incorporó y dejó sobre la mesa una espuela de plata que se acababa de quitar de la bota. La espuela de plata más ricamente labrada que haya visto en mi vida. Y espuelas de plata he visto un rato, que yo he puesto picas secas a la caballería francesa.

»También me levanté.

»—Con pesar dejo la mesa señores, que este juego de cartas no es como el juego del amor, no admite tríos.

»Ni al bravo ni a mi compadre pareció importarles que me levantara. Ya estaban bien engallados y entre ellos sólo quedaban la mesa, las cartas, una espuela y el montón de dinero que les habíamos aligerado a los portugueses. Jugaron otra mano, y

ya no había otra partida que mereciese la pena en la O Degollada. Todos los parroquianos del garito habían rodeado la mesa de juego.

»Yo, disimuladamente, me puse codo con codo con el boquirrubio, que lo último que quería en ese momento era tener al tudesco a mis espaldas.

»El lindo, como era de esperar, perdió la espuela. La gente, como era de esperar, rompió a murmurar. Y hasta a alguno se le escapó una risa.

»Yo notaba cómo la nuca del portugués se estaba poniendo del color de la grana.

»—Os queda la otra espuela, señor, si todavía queréis seguir jugando —le desafió el de Triana.

»El portugués le miraba con los ojos inyectados en sangre. Durante un instante pareció dudar. Pero dejó caer su mano sobre su pierna buscando la bota, sin dejar de mirar a los ojos a su contrincante de juego. Fue rápido como el rayo. De la bota no se sacó la espuela, se sacó una daga de tres palmos que llevaba oculta y echándose sobre la mesa se la clavó en el pecho a Curro, el que llamaban *el Chinas*.

»—De mí no se ríe ningún español, hijo de...

Carrasco no le dejó terminar de mentar a la madre, porque le acababa de desnucar hincándole un cuchillo de montero en la testuz, como a los toros. Que él también había sabido guardarse un hierro, por si éstas o por si las otras. Una fracción de segundo antes, había derribado al guardaespaldas con un codazo y una zancadilla, que él llevaba ya mucha riña de taberna encima. Y se había echado sobre el portugués, que todavía tenía el brazo enhiesto, cruzando el tablero de la mesa, sujetando la empuñadura de la vizcaína que le había hundido a su amigo hasta la marca de la forja.

Con un crujido húmedo y siniestro desincrustó el cuchillo de doble hoja de las vértebras del lindo finiquitado, y se dispuso al segundo acto que se le antojaba más incómodo que el primero. Buscó con la espalda la pared y se preparó para repeler el ataque del matador a sueldo. El gigantón rubio ya se había levantado, y también había sido rápido. Tenía su espada en la diestra, y la vizcaína sin funda en la siniestra. Carrasco supo entonces que allí iba a ser. Que en aquel tugurio de Lisboa se le acababa la mecha, y se dispuso a bien morir. O sea, a morir dando guerra. Buscó los ojos de su contrincante esperando ver esa mirada acerada y vacía que se le pone a un hombre cuando está en trance de despachar a otro. Intentó una finta, pero el gigante le cortó el paso. Se movía bien el *hidepu*; había tenido que ser un buen soldado antes de poner en alquiler su espada.

—¿Dónde habéis servido? —le sorprendió el boquirrubio con un español profundo y gutural.

—Alférez Antón Carrasco, de la primera compañía de arcabuceros del Tercio Viejo de Sicilia, bajo el mando de don Julián Romero de Ibarrola, al que Dios guarde muchos años.

Había coletillas y respuestas automáticas que un soldado no olvida en la vida.

—Un «sacristán», entonces.

—Un «sacristán» soy. Y voto al de los cuernos que pronto vais a entender mi mote.

El gigantón seguía observándole, en postura de combate, guardando y midiendo las distancias para el ataque final.

—¿Estuvisteis en la batalla de Jemmingen^[19]? —volvió a preguntarle.

—Claro que estuve en la batalla de Jemmingen, y allí le tiré el mondongo al suelo a cientos de holandeses, junto al río Ems. ¿Y a qué tanta cháchara? —le respondió con un punto de hartura—. Charla o multa, pero las dos cosas no, señor alguacil.

—Yo también estuve en Jemmingen —le contestó con calma, mientras le lanzaba una estocada defensiva para desviarle un golpe de cuchillo.

—¿Sois holandés acaso? Pues siento que os librais con vida de aquella jornada. Pero todavía estamos a tiempo de remediarlo.

—Valón. Sargento Frans Hogenberg, del Regimiento de Hierges al mando de Gilles de Belaymont. Ese día vuestro Tercio me salvó la vida en el río Ems.

Había que chingarse, pensó Carrasco. Así que el boquirrubio no era tudesco, era un jodido valón católico de los del Regimiento de Hierges que lucharon codo con codo junto a los españoles en la batalla de Jemmingen. Y en otras. Carrasco no salía de su asombro. Ahora se acordaba perfectamente. Los valones habían adelantado mucho su línea y se habían quedado solos ante los rebeldes holandeses que les habían acabado por embolsar. Los de las Siete Provincias estaban encajonados junto al río, al agua o la espada. Y se defendían como ratas acorraladas. Nuestros camaradas en la milicia y en la verdadera fe se habían confiado en una victoria que ya se nos daba franca, y desobedeciendo las señales y banderas de los oficiales españoles habían roto la línea para meterse en cuña en la masa de desesperados holandeses. Y lo estaban pagando caro, porque los rebeldes los estaban escabechando a base de bien. Que los que son primos se matan con más ganas que los que no son familia.

En esto llegó el Tercio Viejo de Sicilia, más bonito que un San Luis, o como dijo Pierre de Bordielle en sus memorias: «arrogantes como príncipes, y tan apuestos que todos parecían capitanes». El sargento mayor se había percatado del apuro de los valones e hizo moverse a una coronelía entera con dos compañías de arcabuceros y dos de piqueros por el flanco izquierdo de los holandeses.

Allí se colocaron las cuatro compañías en línea formando en cuadros, con los piqueros en el centro y los arcabuceros en las mangas. Los rebeldes no parecían haberse percatado de la presencia de los españoles, de tan entretenidos que estaban escabechando valones.

Idiaquez, el sargento mayor, se acercó a caballo hasta el centro de la coronelía, primorosamente formada como para pasar revista. Hizo detener a su caballo frente al grupo de capitanes.

—Parece que no van a venir —informó al grupo de oficiales, viendo que el flanco enemigo no se movía.

—Están muy en lo suyo, mi sargento —le respondió el capitán más veterano.

—Pues habrá que ir a verlos antes de que nos dejen sin valones —pareció reflexionar—. En dos cuadros señores, con los arcabuceros embuchados. A tres picas^[20], y rompiéndoles por el centro —ordenó finalmente.

Las órdenes corrieron por la cadena de mando. Los arcabuceros formaron en el interior de los dos cuadros de piqueros, con las mechas de sus arcabuces y mosquetes humeando. Se oyó el redoble de la caja del tambor, y como un solo hombre, los mil infantes españoles comenzaron a avanzar hacia el enemigo. En absoluto silencio, como mandaba la real ordenanza, que sólo se oía el ruido de los mil pares de botas pisando el suelo de Flandes y el entrechocar de alguna pica, de tan cerrada que iba la formación.

La coronelía marchaba al centro de la batalla, enfrentándose a un enemigo que le quintuplicaba en número, «a más moros más ganancia», que siempre se había dicho, porque al Tercio, hasta el final de sus días, le habían dado una higa las matemáticas. A treinta pasos del enemigo, que ya se había percatado de lo que se le venía encima y había formado en posición de combate, se oyó el último redoble de tambor. Los arcabuceros salieron del cuadro y clavaron sus horquillas. Al grito de «¡Santiago!» se escuchó el estampido seco de quinientas bocas de fuego. Entre nubes de humo blanco y el olor penetrante del salitre, vieron cómo caía entera la primera fila del flanco holandés. Luego la degollina. Aquel día diez mil calvinistas no volvieron a casa.

Carrasco no podría olvidar nunca esa jornada. Ni los abrazos que les daban sus compañeros valones por haberles salvado el pellejo. Cosas de la milicia.

Pero volviendo a lo que estaba, con la espalda pegada a aquella pared de la taberna de la O Degollada. Sintió cierto encogimiento de ánimo. No porque le fueran a trinchar por última vez, que eso ya lo tenía descontado, sino por la pesadumbre que le daba el sentirse finiquitado por un antiguo compañero de armas. Las vueltas que daba la cochina vida, pensó.

Todavía estuvieron unos segundos observándose. Hasta que, de repente, el valón deshizo la postura de combate y se empezó a enfundar los hierros.

—Idos, señor^[21] soldado —dijo con la tranquilidad del que se pide una pinta de cerveza—. Que el portugués, a la postre, no pagaba tanto como para despenar a un compañero del Tercio. Y además, aunque el lance me parece fácil, no llevo hoy un día fino. Y a ver si vuesa merced me lo va a enredar aún más, y todavía me acuesto esta noche con una mojada.

Y sin más, se puso los guantes, se abrochó el capote y se caló el sombrero de ala ancha y pluma. Con una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida, le dijo con voz tranquila y cálida de viejo camarada:

—¡España!

—¡España! —le devolvió Carrasco.

«España» y «Santiago», los viejos gritos de guerra de los Tercios.

—Y así acabó el episodio de la partida de naipes en Lisboa. Y allí se quedó mi compadre, Currito *el Chinas*, laureado en el juego, que todavía se debe comentar esa

partida en Lisboa, pero con dos palmos de vizcaína portuguesa entre pecho y espalda —concluyó Carrasco.

—Se me han quemado los espaguetis —dijo Lola con el rostro desencajado, entrando en su habitación como un tornado.

Cameron levantó la vista del documento. Desapareció el campo de batalla de Jemmingen, las grandes banderas albas con las cruces de San Andrés bordadas en sangre de los Tercios, la taberna de Lisboa, Antón Carrasco y el veterano soldado boquirrubio valón.

Bien sabía el americano que el matrimonio da mucha milicia para estos casos, que frases como «se me han quemado los espaguetis» o «se me ha estropeado la lavadora» eran dos catástrofes de envergadura cósmica para cualquier mujer.

Y él era un hombre que todavía no había perdido ciertas sensibilidades.

Comieron en uno de los restaurantes favoritos del historiador. El Caciquito, en la madrileña calle de Padre Damián. Su sombreada terraza era un magnífico refugio en el tórrido verano capitalino.

Comida italo-suiza sin complicaciones, con una carta breve pero ejecutada con absoluta honestidad.

Tomaron los dos un notable gazpacho de primero. Una sopa fría de tomate que Cameron siempre añoraba con los primeros calores en Boston. De segundo, lasaña de carne para él, una de las mejores que había probado en Madrid, y ella se dejó aconsejar sin demasiadas reticencias por la especialidad de la casa, la hamburguesa.

El historiador le aseguró, para ganarse definitivamente la confianza de su pupila, que los jóvenes dueños del restaurante hurtaban la carne con las que hacían las hamburguesas a su padre, el dueño de El Cacique. Una de las mejores parrillas argentinas de la ciudad, colindante con El Caciquito, donde los hijos habían crecido detrás de los fogones y atendiendo a su fiel clientela bajo el ojo experto de su maestro y progenitor.

El drama de los espaguetis se minimizó hasta extinguirse y Cameron se sintió satisfecho de sus reflejos y de su todavía convincente puesta en escena.

—Está buenísima. ¿De verdad que no quiere probarla? —le preguntó ella mientras enterraba en una montaña de *ketchup* sus patatas fritas.

—Quiero probarla, pero sé que esto es incompatible con mantener mi dignidad en una piscina. Ahogaré mi ansiedad con tinto de verano, gracias —le contestó.

Cuando les sirvieron los cafés, Lola se levantó para saludar a una pareja de amigos que acababan de llegar a la terraza.

Cameron aprovechó para hojear el periódico del día que todavía no había podido leer.

La noticia no ocupaba mucho espacio en una de las páginas de internacional, pero sus ojos se clavaron en ella: «Aumentan los nacimientos de bebés con síndrome de Down». Lo recortó y se lo guardó en uno de los bolsillos de su liviana americana de

verano. Pensó que le gustaría comentarlo más tarde con la doctora Recasens.

Capítulo XI

LA TESIS DE LOLA (Segunda parte)

Capita XI. N.S.B.a. Los navegantes llegan a la Isla de los Pájaros cuando su nave está a punto de hundirse. Cantan salmos para dar gradas a Dios. Un coro de ángeles, que más tarde les ayudarán a reparar la curragh, se les unen en sus cantos.

Cameron volvió esa misma noche a los sombríos calabozos del puerto de La Palma. No le costó en absoluto retomar el hilo del relato, de hecho lo estaba deseando.

—Y entonces, después de aquel *incidente* en la taberna de Lisboa, se enroló en la *Santísima Trinidad* —afirmó el justicia mayor, continuando el interrogatorio y deseando saltarse capítulos.

—Al día siguiente —convino el acusado—. ¿Podrían darme vuestas mercedes un poco de beber? Aunque sea agua.

Sauquillo, con un suspiro, le pasó de nuevo la jarra de peltre.

—¿Por qué en un barco negrero? —le inquirió don Hernán, mientras Carrasco bebía.

—Yo no sabía que era negrero, Excelencia —dijo sin ningún tono de excusa—. Aunque de haberlo sabido tampoco le hubiera hecho ascos. Yo era un hombre con un muerto fresco a las espaldas, y un muerto importante por la cantidad de guindillas que tomaron el puerto.

El capitán Pedro Velo lo vio subir por la pasarela. Iba con el sombrero calado hasta las cejas y medio embozado. Aquel rufián era la viva estampa de un perseguido por la justicia. Estaba teniendo suerte de que los dos alguaciles que estaban a menos de cincuenta metros de su nao estuvieran tirándole los trastos a una moza que portaba una canasta de sardinas.

—A la paz de Dios, almirante —saludó Carrasco al capitán, mirando de reojo por encima de sus hombros.

—Tenéis suerte de que me gusten menos los alguaciles que los españoles —le contestó, mientras le miraba de arriba abajo calibrando la más que probable insensatez que estaba a punto de cometer—. Pasad a mi camarote antes de que os echen el guante encima los guardias, que parece que les va quedando poca conversación con la de las sardinas.

Carrasco acompañó al marino hasta su camarote. Allí el capitán cerró la puerta con llave. Le ofreció asiento y se sentó frente a él. La cabina era una auténtica pocilga, de olor agrio, como mal ventilada, donde reinaba el caos, la molicie y la suciedad. Sin embargo, ninguno parecía sentirse incómodo; para el antiguo militar

esto era un paisaje al que estaba bien acostumbrado, y para Velo, su hábitat natural.

—Bienvenido —saludó cordial, como oficializando el acto el patrón—. Estáis a bordo del, del... —Pareció dudar, y echó mano de uno de los cuatro libros de bitácora, el que parecía de menos uso de los que tenía amontonados encima de la mesa. Después de hojearlo continuó más seguro—. Sí, eso es. Hoy somos el *Santísima Trinidad*. No hemos tenido tiempo de presentarnos en cubierta. Soy el capitán de esta carabela. Me llamo Pedro Velo, y para no andarnos por las ramas, os diré que he percibido en vos cierta urgencia por abandonar Lisboa. Decidme si yerro en mi diagnóstico —le espetó mirándole a los ojos.

—Hacéis un pleno, capitán —admitió Carrasco.

—Hoy puede ser vuestro día de suerte. Estamos a punto de zarpar, ando algo corto de tripulación y no me importaría enrolar un, un...

—He servido en las galeras de su majestad el rey de España, pero siempre como soldado —aclaró—. Que los callos que tengo en las manos son de aguantar espadas, picas y arcabuces, no remos con la chusma.

—Siempre he querido enrolar en mi barco un consultor militar. Sí, una nao sin un consultor militar en estos tiempos que corren es siempre un barco incompleto.

—¿Cuánto me va a costar, señor capitán? Lo pregunto porque parece que los dos nos andamos con prisas.

—La mitad de lo que lleváis en la bolsa. De la que lleváis en la faltriquera y de la escondida en la bota. Y os recomiendo que no os hagáis cuentas. Si os echo a patadas de mi barco, vais a perder mucho más que el contenido de vuestras bolsas en cuanto los alguaciles os pongan la mano encima. Decidme otra vez si yerro en mi diagnóstico.

—Sois un gran conocedor del espíritu humano, señor capitán.

—Sí —reconoció el marino—, sobre todo cuando el espíritu del que tengo enfrente se parece tanto al mío.

—En el fondo, el capitán no era una mala persona, y a su manera un tipo de palabra —continuó Carrasco con su comparecencia—. Me cobró lo acordado, una pequeña fortuna, pero jamás intentó robarme el resto. Y puedo asegurarles a vuestas mercedes que con la tripulación que gastaba el barco no era una empresa difícil.

—¿Cómo se llama en realidad vuestro barco? —preguntó Villalobos.

—No lo sé. Debía de tener tantos nombres como travesías en sus cuadernas. En cuanto perdimos de vista Lisboa, el capitán ordenó arrojar al mar toda la carga que llevábamos en la bodega. La teníamos declarada como algodón, pero en realidad era forraje barato para acémilas. Velo me confesó esa noche que necesitaba las bodegas vacías porque el *Santísima Trinidad* no iba a la isla de Madeira, como declaraba su flete. Nuestro destino era Cabo Verde. Allí cargaríamos esclavos para luego venderlos de vuelta a Lisboa. Bueno, no exactamente en Lisboa —reconoció—. A los morenos pensaban desembarcarlos en una playa cercana a la capital, para evitarse las tasas e

impuestos del puerto. Aquella gente traficaba en un mercado paralelo. De lo miserable, lo más miserable, ya ven vuesas mercedes.

—¿Pensabais volver a Lisboa con la misma identidad del buque? —preguntó Sauquillo, ansioso por sumar delitos.

—No. Velo me dijo que en Cabo Verde abriríamos otro cuaderno de bitácora. Hasta me dejó elegir el nuevo nombre de la nao. Iba a llamarla *Virgen de Atocha*, que siempre he tenido yo mucha devoción por esa virgen.

—Todo un detalle, Carrasco. Pero volvamos a la isla, os lo ruego —le pidió el regente de la Audiencia.

—No me gusta nada esta isla, señor Carrasco —masculló a sus espaldas el piloto de la *Santísima Trinidad* Roque Hernández, un negro liberto, mientras se abrían paso a machetazos en el cañaveral que rodeaba el delta del río.

—Mejor aquí que en el fondo del mar, Roque —le contestó el español sin demasiada convicción.

—He oído historias de marinos, señor Carrasco, esta isla tiene que ser por fuerza San Borondón.

—¿San Borondón? Nunca he oído hablar de tal ínsula —le contestó con sinceridad, mientras a manotazos intentaba apartar una nube de mosquitos de los que infestaban el cañaveral.

—Nunca habéis oído hablar de San Borondón porque sois más de tierra que las liebres. Pero cualquier marino que ha navegado en estas latitudes sabe que San Borondón es una isla encantada. Ésta es una isla encantada —le contestó mientras se santiguaba.

—¿Qué queréis decir con encantada, Roque?

—Que esta isla aparece y desaparece, señor Carrasco. Las islas son como las personas, si aparecen y desaparecen, es porque algo malo tienen que ocultar.

—¡Guardad silencio ahí atrás! —rugió Velo desde la cabecera del abigarrado y minúsculo grupo expedicionario—. ¡Los nativos pueden oírnos!

Finalmente, los hombres de la *Santísima Trinidad* salieron del cañaveral. Ante sus ojos, se elevaban dos grandes riscos, aprendices de montañas separadas por una larga garganta o degollada, por donde transcurría el río que iban siguiendo por su margen izquierda.

El lugar era bien hermoso, ante sus pies se extendía una pradera de hierba verde y jugosa, rodeada por árboles robustos y de mucho porte.

En sus ramas trinaban los pájaros y la brisa era suave y fresca. Por primera vez en mucho tiempo, a Carrasco le inundó una extraña calma, y era distinta y más placentera que la que le inundaba el cuerpo en la vigilia del combate, que ésa la conocía bien. ¿Y si en vez de una isla encantada aquello era el Paraíso? Que el Paraíso también les era esquivo a los hombres. Sobre todo a hombres como él, cargado con todos los pecados, por no hablar de la compañía que le rodeaba.

—¡Español! —le gritó el capitán, sacándole de sus placenteras cavilaciones. Carrasco se le acercó a la carrera, que la disciplina del Tercio todavía no se le había gastado y la cadena de mando era la cadena de mando.

—Ordene usted, señor capitán.

—¿Qué sugerís? No sé si estamos bien protegidos en esta campa de un posible ataque del enemigo —dijo mientras escrutaba los árboles próximos.

El acusado continuó su relato.

—El capitán había hecho desembarcar a toda la tripulación como «fuerza de conquista», como él decía. Una fuerza bien menguada, porque en total contábamos once. Había hecho bajar de la carabela dos barriles vacíos para llenarlos de tesoros, si los encontrábamos. O de agua dulce, como mal menor. En un cofre llevábamos todas las baratijas que se habían encargado para obsequiar a los negreros bereberes. Que a éstos les gustan como detalle de cortesía, pero que no te perdonan ni una moneda chica de cobre cuando cierran el trato. Decía Velo que las baratijas eran para mercadear con los indígenas. El capitán había oído muchas historias de las Américas y de los rendimientos que les sacaban los conquistadores a los collares de cuentas de cristal, a la bisutería y a los espejuelos. Aunque el portugués era un hombre dado a agotar primero las vías diplomáticas, no descartaba el arte militar. No fuera a ser que a los indios se les hiciera poco el ajuar que les ofrecíamos por su oro y se nos pusieran mohínos, y después bravos, que las malas caras suelen llevar a los malos gestos. Así que el capitán se hizo bajar a tierra todo su arsenal: picas y medias picas, mosquetes y toda la cuchillería; que los barcos negreros, por si no lo sabían vuestas mercedes, van armados como los de los piratas de Berbería. Por si a los morenos se les corre el pensamiento de sublevarse en plena travesía. Que no sería la primera vez y hay que repartir estopa. Total, que no nos faltaba detalle. A todo lo más un cura para cristianar salvajes.

Carrasco hizo una pausa, como tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Bien sabe Dios —continuó con un ligero encogimiento de hombros— que empecé a sospechar que Roque, el piloto, tenía razón. Que aquélla era en realidad una isla encantada, y que todos acabaríamos perdiendo la cabeza. Como el capitán había perdido la suya, que más que Pedro Velo diríase que se creía el mismísimo Cortés conquistando México.

—¿Llegaron a medir la isla? —Don Hernán parecía más interesado por los detalles de enjundia práctica que por los desvaríos del capitán portugués.

—No era más pequeña que la isla que ahora pisamos, me aseguró Roque. Todo está apuntado en el libro de bitácora.

—No es una isla pequeña —pensó en voz alta don Hernán Pérez de Grado, y sus ojos brillaron alegres.

—No señor, no lo es —reconoció Carrasco, casi con una punta de orgullo—. Más grande que La Palma y doblando a la de El Hierro, voto al de los cuernos que

habíamos descubierto una buena isla para España y para la cristiandad.

—Ya. ¿Y qué más descubristeis, Carrasco, en vuestro asombroso viaje? —siguió interrogándole Villalobos.

—¿Qué sugerís? —volvió a preguntar el capitán Velo—. Vos sois hombre de armas y se supone que sabéis de la ciencia para elegir el mejor campo de batalla.

—Debemos continuar hasta la falda del risco y vivaquear allí. Teniendo las espaldas cubiertas por la pared de la montaña —le contestó más por calmar su incipiente angustia que por escribir una página de tratado militar.

Roque se había adelantado al grupo, bien porque quería estar solo para comerse sus miedos, bien porque quería llegar cuanto antes a un lugar que él considerara seguro. Caminaba por la ancha playa que formaba la rivera del río hasta que, de repente, se quedó clavado en la arena, y miraba al suelo como asombrado mientras se llevaba las manos a la cabeza. Carrasco se llegó hasta él en una corta carrera.

—¿Y ahora qué es lo que pasa, Roque?

—¡Miradlo vos mismo! —exclamó señalando con mal pulso al suelo—. ¡¿Veis como tenía razón?! ¡Estamos en San Borondón, y ninguno vamos a salir vivos de aquí! —El piloto parecía aterrorizado.

El español se agachó para comprobar qué era aquello que quebraba el ánimo de su compañero. Eran huellas de pies humanos, perfectamente holladas y definidas. Pero doblaban el tamaño del pie más grande que hubiera conocido.

Todo el grupo les rodeó. Habían venido a la carrera, porque ellos también se habían percatado de que algo raro estaba ocurriendo.

—¡Huellas de gigantes! —les chilló Roque—. ¡Estamos en una isla encantada! ¡Vamos a mo...!

No pudo terminar porque el capitán le abofeteó dos veces, con mucho ruido de palmas, que es como mejor quedan las bofetadas. A Carrasco le pareció que ahí Velo estuvo bien, porque dos bofetadas a tiempo, lo mismo enderezan a un hijo pubescente, que le quitan la histeria a un marino adulto.

El piloto se calló como un muerto. A medias, porque si en ese momento le pinchaban no salía sangre, y en parte porque no quería que le llenasen otra vez la cara de aplausos, que no es plato de gusto para ningún hombre, y humilla mucho. Velo, ya recompuesto, se inclinó junto a Carrasco, que estaba a cuatro patas en el suelo palpando y examinando las huellas de los gigantes.

—Son falsas, mi capitán —le informó Carrasco con voz queda, pero con aplomo.

—¿Estáis seguro, Carrasco? —le inquirió con un punto de angustia.

—He sido explorador en el Tercio, antes que arcabucero. No sabe vuesa merced lo que puede llegar a inventar el enemigo, sobre todo si no cree en Dios, para confundir a un buen cristiano. Son todas iguales —dijo señalándolas con la mano—. La presión es la misma en todo el contorno. Están hechas con plantillas —le confirmó poniendo punto final a su peritaje.

Los dos se levantaron sacudiéndose las rodillas de arena.

—Son falsas —dijo levantando la voz el capitán, y dirigiéndose a todos sus hombres que esperaban un veredicto con ansiedad—. Una burda impostura de los indígenas para asustarnos y apartarnos de sus tesoros. No hay nada que temer.

Para Carrasco no todo eran buenas noticias. En la isla no había gigantes, pero estaba habitada. Y el que quiere asustar no quiere visitas. Aun así, quiso quitarle hierro al asunto, que no era momento de miedos sino de seguridades y fortaleza del grupo.

—Marqués —el español se dirigió al ebanista del barco—. Si me dejas tu mesa de carpintero, mañana llenaré la playa de huellas de lobos gigantes —le dijo bien humorado.

Algunos rieron la ocurrencia de Carrasco, que la risa siempre tiene la virtud de serenar los ánimos.

—Continuamos la descubierta, nos queda mucho por hacer en nuestra isla antes de que se acabe el día —el capitán palmeó el hombro de Carrasco un par de veces. Era su forma de darle las gracias.

El grupo parecía haber recompuesto el ánimo e inició de nuevo la marcha entre bromas y chanzas al piloto. Incluso alguno se animó a cantar. Como eran portugueses, al antiguo alférez no pareció preocuparle, que bien sabía él que «cuando un español canta o está jodido o poco le falta», pero como éstos eran de otra nación, la superstición no debía correrles. Velo se le acercó disimuladamente mientras caminaban.

—Cuando lleguemos a la base del risco necesito que me hagáis un favor, Carrasco.

—Contad con ello, mi capitán.

—Quiero que subáis y toméis medidas de la isla. Os acompañará Roque, tiene la bitácora para apuntar y los instrumentos de medir. Es importante documentar la isla. Para el rey de España, ya sabéis.

—Se harán las mediciones entonces —le aseguró Carrasco.

Velo asintió con la cabeza, satisfecho.

—¿Cuánto tiempo vamos a permanecer en la isla, si me permitís preguntároslo? —No era cuestión baladí, y a Velo pareció sorprenderle.

—Necesito pensarlo —le reconoció—. Os contestaré esta noche, Carrasco, cuando acabe el día.

El español escupió en la arena, que no era descortesía, sino señal para alejar a los malos espíritus.

—¿Y cuándo acabará el día en esta isla? —Lanzó una breve mirada al cielo azul y despejado—. En este cielo desde hace horas no hay sol, capitán. Tenemos luz, pero no hay sol.

El capitán se detuvo y se le quedó mirando a los ojos con una viva intensidad.

—Será la «panza de burro» la que no nos deja ver el sol, Carrasco —le contestó

con el rostro perlado de sudor por el esfuerzo de la caminata, con aquella barba cerrada donde le brillaban los cristales de sal, salpicaduras de la pasada galerna. Sus ojos tenían una extraña luz, la que da la determinación del hombre que se sabe a punto de realizar su sueño después de una vida de frustraciones y fracasos. Un cielo sin sol ya no era motivo suficiente para renunciar a nada.

—Será la «panza de burro», mi capitán —le contestó al cabo.

Los once hombres siguieron avanzando por la margen izquierda del río, en dirección a las dos montañas y la degollada que formaban.

Carrasco fue memorizando todo lo que veía a su paso. Apuntó mentalmente detalles de la vegetación, exuberante y frondosa. Distinguió mucha leña, campos cubiertos de amapolas, malvas, cenizos y algún barbusano. Había también muchos pinos y otros árboles, que por desconocidos, se le antojaban del trópico. Abundaban los pájaros canoros. Las gaviotas, garzas, cagairas y alcaudones dejaban de verse según se iban metiendo a tierra. Entonces oyeron el mugir de reses y decidieron tomar precauciones, porque donde hay ganado suele haber pastores. Carrasco los organizó para avanzar en media luna, que ésta era táctica de «encamisada^[22]» en Flandes, y que si servía para despearner luteranos debía valer lo mismo para acogotar vaqueros.

Avanzaron sigilosos hacia donde se suponían las bestias y con las cosas de pinchar bien dispuestas. E iban gallardos y medio bravos, que aunque no habían sido soldados, la mar no era mala milicia. En un claro del bosque de sauces encontraron no menos de veinte reses. Mansas como perrillos de damas entretenidas, que no mostraron temor a su cercanía, y hasta tocarse dejaron. Las había blancas, negras, castañas y pintadas. Como si su vaquero, que no estaba, hubiera hecho colección de bestias. No tenían marca de hierro alguno.

Se hicieron planes para llevarse un ternero al barco, pero se dejó su ejecutoria para el regreso.

El marinero Andréu, que se había alejado del grupo en busca de más ganado, dio voces, y a la carrera todos se acercaron a él. Estaba al lado de un brezo, al que junto a su tronco habían clavado una cruz. Era una cruz bien hermosa, de no menos de metro y medio de alto por otro medio que alargaban sus brazos. A los pies de la cruz había una olla de barro sellada, como puchero con el que cocinan las mujeres. Había también piedras quemadas, haciendo corrillos, como de fogatas. Muchas cascarras de lapas y restos de carcasas de otros mariscos, como de haber habido allí un gran festín.

Pedro Velo rompió el precinto ante el silencio expectante de la tripulación, y metió la mano en el puchero con decisión. Sacó un rollo de pergamino sin lacrar, intentó leerlo pero no entendió su lengua y se lo pasó al contramaestre. Barbosa era el más viejo de todos y como había sido seminarista entendía latines.

—¿Qué dice el papiro? —le urgió.

Barbosa intentaba centrar su atención a las letras, que antes tenía que ser capaz de enfocarlas para después leerlas. Sonrió al reconocer el idioma, porque le trajo

recuerdos de juventud y sus tiempos de corso en Bretaña.

—Es parla francesa —sentenció despaciosamente y ganó tiempo con ello.

Se oyó una retahíla de maldiciones y juramentos contra el rey francés, contra los gabachos, la puta que los alumbró a todos y votos a tales sobre sus muertos más frescos.

—¡Silencio! —rugió el capitán. Cuando el coro calló ante su mirada fiera, se dirigió de nuevo a Barbosa, al que con una inclinación de cabeza le conminó a leer, y al tiempo se dirigió a otro de los marinos para decirle lacónicamente—: Andréu, hazme lumbre.

El anciano marino tradujo como pudo el documento, y le vino a contar a su audiencia que aquella epístola era la prueba de que otro barco, el *Indomitable*, de bandera francesa, había estado allí después de romper el palo de la mayor en parecidas circunstancias a las suyas. Que estuvieron el tiempo que ellos consideraron de un día, y que dejaban la isla muy a su pesar, porque aquel lugar se les antojaba el Paraíso. Al parecer, un fuerte terral se había levantado en el interior del arrecife. Sus fuertes vientos parecían querer desarbolar de nuevo la nave y amenazaban con dejarles allí para siempre, porque de gentes y otros auxilios en la ínsula no habían tenido noticia. La firma del capitán era ilegible y la cédula estaba fechada el 12 de mayo del año del Señor de 1560.

Andréu había terminado de prender unas ramas secas en el círculo de piedras de las antiguas hogueras, y allí fue a parar el acta notarial del franchute.

Aquella escena le trajo a Carrasco memorias de la milicia. Concretamente del saco de Amberes, que allí la furia española se hizo más furia que nunca, por llevar sin cobrar tantos meses. Estaban quemando en una plaza la biblioteca del rebelde conde Guillermo D'Orange. Entre humos, libros que volaban al fuego y pavesas con bordes incandescentes, oyó la voz profunda y ronca de su coronel que les decía: «Tomen nota, señores soldados, que a veces cambiar la historia es tan fácil como quemar una biblioteca. Que hoy aquí, no sólo arden libros, también se consume la memoria».

Aquel día, San Borondón, o lo que fuera aquella isla encantada, había dejado de ser francesa.

A continuación, Velo rompió el cántaro de barro contra el suelo, que el portugués le estaba cogiendo el gusto a lo expedito, y contó entre los restos treinta primorosas monedas de plata. Se quedó con diez, y dio a cada uno de sus hombres un par.

—A partir de ahora —y quiso parecer solemne—, todo el botín que encontremos en esta tierra lo repartiremos en esta proporción. Y ya haré yo cuentas con el rey nuestro señor don Felipe de España, del que desde ahora nos declaramos fidelísimos vasallos suyos.

El reparto debió de parecer justo al resto de conquistadores, porque ninguno puso objeción. A perder la patria de pronto tampoco, porque, aunque los más se decían portugueses, si no tenían claros los padres, cómo iban a tener certeza en el origen. Y sin más, siguió el grupo su adelantada hacia los riscos. Todavía se encontraron con

rebaños de cabras y ovejas, de las que contaron más de doscientas cabezas. También éstas sin marcar, y sin asomo de pastores. Se detuvo el grupo ante el bosque de laurisilvas que daba entrada a la degollada.

El capitán tuvo a bien dar descanso a los hombres, y ofrecerles pitanza, para lo que lancearon a tres cabritos, que la gazuza ya les encendía las tripas después de tantas horas de desembarco. El ambiente del grupo era bueno, que se entendían los conquistadores en tierra de promisión, con ricos pastos, abundante agua, ganado como para alimentar a un ejército y frutales cargados de postres.

No podía haber en el mundo mejor tierra que aquélla. Y era toda para ellos, por derecho de conquista, sin haber derramado una gota de sangre más que las de los tres cabritos.

Que alguno ya se hubiera percatado de que en el cielo no colgaba el sol, no era motivo de inquietud para el resto, que las ventajas estaban ganando de largo a los inconvenientes.

No hubo siesta para Carrasco y el piloto, que tuvieron que hacer la digestión subiéndolo al risco cargados con sextantes, agujas de marear y el libro de bitácora para tomar las mediciones que les había pedido el capitán. El espectáculo desde la cima era majestuoso. La vista alcanzaba a toda la isla, que era en verdad hermosa. Podía distinguir cadenas de montañas, bosques, algunos medio ocultos por jirones de brumas, caudalosos ríos y saltos de agua. Buscó una piedra en la que recostarse, mientras Roque tomaba sus apuntes y entonces vio la extraña inscripción en la roca. Parecían tres nombres, uno debajo de otro: Mernoc, Odran y Mobi Broen Finn.

—Más grande que La Palma —sentenció a sus espaldas el piloto.

Carrasco dejó sus divagaciones sobre los petroglifos para coger el catalejo que le ofrecía su compañero, y así reconocer el perfil de la isla. Aquel detalle y otros coleccionados a lo largo de la jornada eran los que no dejaban de inquietarle. ¿Cómo una isla de ese porte, tan cerca de las Canarias, estaba tan mal descubierta? ¿Dónde se ocultaban sus esquivos habitantes?

—Ya está —dijo triunfal Roque, haciendo su última anotación en el cuaderno de bitácora—. Pesada y medida la isla. Podemos volver a bajar.

Comenzaron el descenso; a Carrasco se le adelantó el piloto que iba ligero por la carga de la prisa. Tan ligeros llevaba los pies, que el español temió que se descalabrara, y al poco se quedó solo bajando. Fue al rodear una peña cuando el veterano soldado se dio de bruces con el susto de su vida que iba vestido de monje y era alto como una montaña.

—¡Voto a tal! —acertó a exclamar, echándose presto la mano a la cazoleta de la larga.

—No juréis que llevo hábitos —le contestó el monje, enseñándole las palmas de las manos, pidiéndole cuartel.

—Rediós que habéis conseguido asustarme, hermano.

—¿En qué año estamos? —le preguntó el monje.

—¿Tanto tiempo lleváis aquí que habéis perdido la cuenta del gregoriano?

—Decidme la data —le urgió—. No nos queda mucho tiempo.

—1569.

—1569 —repitió, como queriendo memorizar la fecha—. Así que habéis llegado a la isla en barco —dijo a modo de conclusión.

—¿Cómo si no? —Carrasco comenzaba a pensar que el eremita había perdido la cabeza después de mucho tiempo de soledad.

—Debéis volver a vuestro barco y abandonar la isla cuanto antes.

—Pero ¿quién sois y qué hacéis aquí? —Él también tenía preguntas que hacer.

—¡No hay tiempo! ¡La tormenta va a estallar! ¡Abandonad la isla! —Y sin decir más, el monje se dio media vuelta, dio un salto y desapareció entre la maleza.

No hizo amago de perseguirle. Tan estupefacto había quedado que no sabía distinguir si el monje había sido una visión real o producto de un sueño.

Lo que sí fue real fue el estampido que sonó encima de su cabeza, y que le hizo instintivamente agacharse. Cuando se repuso, miró al cielo buscando el motivo de aquella horrorosa detonación. Vio cómo se oscurecía rápidamente, y que el terral comenzaba a soplar con fuerza. Bajó lo que le quedaba del risco a grandes zancadas.

Sus compañeros estaban reunidos alrededor de los restos de las hogueras, con el fuego apagado por el viento y los espetones donde habían asado a las cabras tirados por el suelo. Parecían todos asustados. Que aquello que se asemejaba al Paraíso parecía trocarse por momentos en el infierno.

Velo parecía desencajado.

—¡Debemos volver al barco, capitán! —le gritó para hacerse escuchar por encima del bramido del viento. Y sin querer recordó la advertencia del monje.

—¡Al barco! —gritó alguien a sus espaldas, porque le pareció juiciosa la idea de Carrasco, y porque en verdad no parecía haber alternativa mejor.

Se produjo la desbandada en vergonzoso desorden, y los conquistadores deshicieron lo andado a la carrera, dejando tras de sí los barriles de agua, el cofre de las baratijas, picas, alabardas y mosquetes, y todo lo que embarazaba para correr. Porque corrían como almas que se sabían perseguidas por el diablo. O algo peor.

Llegaron por fin a la playa, con el cielo ya negro y furioso, iluminado por culebrinas eléctricas, y sonorizado por estampidos de truenos secos. El terral era ya franco huracán. La *Santísima Trinidad* garreaba y amenazaba con romper el cable del ancla.

Los conquistadores, que eran ya sólo un grupo de náufragos asustados, embarcaron de manera atropellada en el chinchorro. Cuando echaron los remos al agua, Carrasco echó en falta a su capitán.

Permanecía en la playa, con las piernas abiertas para que no lo derribara la galerna, y mirándoles sin verlos.

—¡Suba a bordo capitán, tenemos que irnos!

Carrasco hubiera jurado que don Pedro Velo le miró entonces. Con cara de loco, o

con cara de no haber estado más cuerdo en su vida, que en los instantes supremos de un hombre nunca hay certeza ni de lo uno ni de lo otro.

—¡No puedo, Carrasco! ¡Ésta es mi isla! —le contestó. Y sin más se dio la vuelta y salió corriendo hacia el interior, tierra adentro.

Carrasco quiso saltar en busca de su capitán, resabios de la milicia, que a un oficial no se le abandona a su suerte. Sobre todo, si el oficial ha sido de los buenos; y Velo malo no había sido. Pero el primer golpe de remos en el agua le hizo trastabillarse y caer entre los bancos. Y así, encajado entre los cuerpos de otros compañeros, llegaron a uno de los costados de la nao. Y en menos de lo que se reza un credo estaban todos a bordo.

No hizo falta desanclar, porque, antes de que pudieran hacerlo, el cable se partió. La carabela cabeceó con violencia, y entonces se dieron cuenta que a sus espaldas avanzaba un enorme frente de niebla que le engulló en unos segundos. Los vientos de la isla corrían hacia la nube, alejando la nao de la isla, como rechazándolos y dando la visita por terminada.

Y rodeados por la niebla estuvieron luchando otra vez contra la galerna, no menos de media jornada hasta que el viento amainó, se calmaron las aguas y la nube que les cubría se deshizo, quedando el mar como un plato. El cielo azul y el sol otra vez sobre sus cabezas.

Pero la isla ya no estaba.

—Y todo lo que les acabo de relatar a vuestras mercedes es lo que verdaderamente ocurrió en aquella jornada de San Borondón, o como se llamase aquella maldita ínsula —dijo Carrasco, dando por terminado su relato.

Hubo un silencio sólo roto por el rasgar de la pluma de ganso del escribano Márquez, que reseñaba las últimas palabras del imputado.

—¿No regresasteis a por vuestro capitán? ¿Le abandonasteis a su suerte en aquella isla desierta? —preguntó el justicia, queriendo incoar delitos para asegurar la sogá.

—Ya os he dicho que el capitán decidió su suerte, se quedó en la isla por su propio grado. Y claro que volvimos a buscarle. A él y al grumete Pereira, que cuando amainó la tormenta también le echamos en falta.

—Vaya —dijo satisfecho el justicia, componiendo una media sonrisa sanguinaria—. No os contentáis con asesinar a vuestro propio capitán, sino que también degollasteis a un indefenso grumete —le acusó.

Carrasco era un hombre de aguante, que lo había demostrado en sus catorce años de Tercio con muy pocos arrestos y calabozos. Pero todo tenía su frontera, y el de negro se la estaba buscando desde que le había puesto el guante encima, con muy pocas cortesías en el puerto, hacía tres días. Al antiguo alférez no le asustaba que le contaran los muertos en detalle, que unos cuantos tenía, pero que le hicieran un muerto gratis no se lo iba a consentir ni al mismísimo duque de Alba.

Y como barruntaba que la sogá se la iban a dar de sí y de también, decidió, en ese

momento, que al jefe de corchetes le iba a dejar un recuerdo que no se lo iba a arreglar ni el mejor barbero de las islas.

El cabezazo fue brutal, por lo inesperado y violento del ataque. Que Carrasco se había levantado como un resorte midiendo bien la distancia de sus hierros, y estampado su cabeza contra los hocicos del señor justicia mayor de la isla de La Palma. Crujiéndole limpiamente la nariz, abriéndole una cuarta el labio de llevar el bigote, y bajándole al suelo la mitad de la boca.

—Vaya su señoría a faltarle el respeto a su puta madre —le escupió, mientras Sauquillo yacía inerte en el suelo, con los ojos en blanco y manándole mucha sangre por la nariz y por la boca—. Y recójalo si le place al señor escribano, como final y rúbrica de mi testimonio —añadió mirando al plumilla, que no osó hacer grafía de aquello.

Uno de los alguaciles hizo amago de acuchillarlo allí mismo, pero don Hernán desaprobó la acción levantando una mano.

—Daremos por terminado el interrogatorio —dijo calmoso, pero levantando la voz para que todos pudieran oírle—. Llevad al justicia al cirujano. Y procurad que no se vuelva a tropezar.

La última frase hizo levantar una ceja a Villalobos, pero no quiso apostillarla.

Y aquella última plática de don Hernán fue lo que transcribió el escriba público, don Juan Márquez. Preparando así el escrito para la rúbrica del regente de la Real Audiencia de Canarias, don Hernán Pérez de Grado. Cerró Márquez el pliego con su coetilla habitual: «Con esto tengo dado fin a la descripción de la isla, que el reo llama de San Borondón, no a mi deseo, no por parecerme estar con el aseo que yo quisiera. El cuerdo supla las faltas. En La Palma, primero día del mes de abril de mil quinientos setenta años».

Capítulo XII

EL VIAJE DE BRENDANUS (Primera parte)

Capita XII. N.S.B.a. Tres meses de navegación sin ver tierra. Desembarcan en la isla de la comunidad de Ailbe. Los isleños les muestran la Fuente Clara y la Fuente Turbia, y prenden lámparas en el suelo que nunca se apagan.

La lectura de aquel capítulo de la tesis de Lola, el acta de la Audiencia de Canarias donde se recogía la «relación de la isla de San Borondón», no había dejado indiferente a Cameron.

Sin embargo, era consciente de que cada nueva pista, prueba o aporte de información, le introducía en un enigma cada vez más complejo.

Ya no tenía ninguna duda de que la isla jugaba un papel importante en aquel endiablado rompecabezas. ¿Pero qué clase de protagonismo podía tener una isla que no existía? ¿Una ínsula que no era más que una leyenda?

Su mente, disciplinada durante años para la racionalidad, se negaba a deambular por territorios fantásticos.

Había leído en dos agotadoras jornadas el borrador de la tesis de la joven historiadora. Había tomado apuntes y cotejado datos. Tenía que reconocer que era un trabajo de investigación excelente. Además, Lola no había tomado partido, algo tan difícil en un historiador, y se había limitado a exponer los datos fruto de sus pesquisas.

Lola tenía razón: «San Borondón era la leyenda más documentada del mundo». Le había gustado la cita que abría su tesis: «La isla de San Borondón encantada vale más que diez San Borondones descubiertas». Tal vez Miguel de Cervantes, el autor de la misma, tuviera razón. Quizá los hombres perseguían siempre, inútilmente, encontrar una respuesta a todos sus sueños, fantasías y miedos. Sin darse cuenta que la resolución del enigma era la destrucción del mismo. Sin misterio no hay magia, y sin magia, la vida es un lugar muy yermo para sobrevivir.

Cameron repasó sus propias notas, como el explorador perdido en el corazón de la jungla que busca un sendero para proseguir su viaje. La isla aparecía y desaparecía a lo largo de la historia. Sin embargo, parecían existir algunas pautas comunes en todos los testimonios de los navegantes que aseguraban haber hollado la Non Trubada. Era como una secuencia que se repetía: nieblas cerradas que parecen ocultar el arrecife, desembarco en condiciones calamitosas, experiencias placenteras rodeadas de un paisaje paradisíaco, dificultades para medir el tiempo de la estancia, tormenta interior que obliga a abandonar la isla, niebla y desaparición de la ínsula.

Los desfases temporales habían llamado especialmente la atención del historiador en un par de crónicas.

En el relato de la carabela portuguesa parecía haber un incomprensible error en el acta de la Audiencia. La bitácora de la *Santísima Trinidad* señalaba que la nao había llegado al puerto de La Palma el 27 de marzo de 1569, lo que era perfectamente coherente con su derrota desde la salida de Lisboa el 20 de marzo de ese mismo año. Sin embargo, la autoridad portuaria de La Palma marcaba como fecha de atraque también un 27 de marzo. Pero de 1570. O la *Santísima Trinidad* estuvo perdida un año, o había un error en su cuaderno de bitácora, o alguien lo falseó. Pero Cameron, en este último caso, no alcanzaba a entender el motivo.

En el capítulo dedicado al fantástico viaje a San Borondón en el siglo VI, también aparecían reseñados significativos desfases temporales. El santo irlandés pensaba que su viaje por la Macaronesia, desde la remota Irlanda, le había ocupado varios meses. Sin embargo, cuando vuelve a su monasterio de Conflert, descubre apesadumbrado que los monjes de mayor edad han muerto, y parece estupefacto cuando le comunican que han pasado quince años desde que inició su viaje de evangelización.

Aunque a Cameron, la recopilación de crónicas medievales siempre le había ofrecido muy pocas garantías de veracidad sobre los hechos reseñados, aquella repetición de pautas no le dejaba indiferente. Siguió repasando sus notas.

Según los datos recogidos por la concienzuda historiadora, hasta siete expediciones lograron desembarcar en la isla.

Abría la lista de afortunados nautas el fenicio Hannon de Cartago en el siglo VI a. J.C. Le seguía el rey títere impuesto por Roma Juba el Menor de Mauritania, cien años antes del comienzo de la era cristiana. En realidad, las expediciones del bereber estaban destinadas a escoltar convoyes de reos hasta la isla-penal de Capraria^[23]. Pero una tormenta le apartó de su ruta para hacerle llegar a las playas de San Borondón, entonces Aprositus o Inaccesible, como la citaba Ptolomeo.

En el año 555 d. J.C, desembarca en la Non Trubada el abad Brendanus de Conflert, que acabaría dando su nombre a la isla tal como hoy la conocemos, San Borondón. Lola señalaba que la isla había sido descubierta con anterioridad por otra expedición de monjes irlandeses encabezada por los místicos Mernoc y Odran. Estos monjes son los que propiciarían, en su opinión, el viaje de Brendanus.

En 1525 desembarca la tripulación de un barco portugués sin identificar.

En 1554 se tienen noticias de la estancia en la isla de un tal Ceballos, perseguido por la Justicia. La autora de la tesis sostenía que Ceballos era, en realidad, un lugarteniente del pirata Hawkins. Cameron tuvo que reconocer que Lola no daba puntada sin hilo. El pirata inglés había llegado incluso a tener residencia en las islas, por donde pasaba por ser un ciudadano ejemplar. Sus fechorías las cometía en el Caribe español, las Canarias se convirtieron en una buena tapadera y una inmejorable base logística. Hawkins se jactó de haber estado varias veces en San Borondón después de haber sorteado sus *peligrosas corrientes*. En 1560, el *Indomitable*, con bandera francesa, dejaba prueba de su estancia en la isla con una cruz, una carta y unas monedas de plata.

Cuatro años más tarde, en 1564, se recogía el testimonio del capitán Marcos Verde. Este militar, volviendo de la incursión del Peñón de Vélez, se «abocó con una isla cuya situación no correspondía con ninguna de las del mapa, en la que desembarcó y se adelantó con sus hombres en dos grupos, separándose hasta no verse ni oírse. Mas como se avecinaba la noche y no le pareciese hora de descubrir, volvieron a la nao al tiempo que una tempestad y fuerte temporal de viento desamarraba el barco de sus anclas y lo empujaba a alta mar, sin que la isla volviese a aparecer».

En 1604 lo intentan Gaspar Pérez de Acosta y fray Lorenzo de Pinedo, que dicen que vieron «una acumulación de nubes y celajes en el Occidente, pero que se les echó la noche y al día siguiente nada había». La isla otra vez esquiva.

Sería la Real Audiencia de Canarias, en 1570, la que dejaría constancia de la más completa crónica de un desembarco en la isla de San Borondón. La singular odisea del capitán portugués Pedro Velo y sus hombres, cuya lectura tanto había impresionado a Cameron.

Había también capítulos de la tesis de Lola que recogían relatos de los viajes infructuosos a la búsqueda de la Non Trubada, como el del bereber Ben Ferrouckh en el siglo x. O la expedición de Fernando de Troya y de Francisco de Álvarez en 1526, animados por el supuesto desembarco de una nao portuguesa el año anterior.

La historiadora no pasó por alto las dos expediciones que desencadenaron el proceso e interrogatorio del marinero Antón Carrasco de la *Santísima Trinidad*. El 3 de abril de 1570, el Regente de las Canarias don Hernán Pérez de Grado fletó un barco, comandado por él mismo, en busca de la escurridiza isla. Semanas más tarde de su fracasada búsqueda, lo intentaría de nuevo su «socio» don Fernando Villalobos, con los mismos y decepcionantes resultados.

Habría todavía dos intentos más de encontrar el arrecife. En 1721 lo protagonizaría el capitán general de Canarias, don Juan de Mur y Aguirre, que embarcaría hasta «una fuerza de guerra para tomar posesión de la isla que llaman de San Borondón», y que vuelve sin hacer un disparo ni tener noticia de ella.

La última expedición documentada sería la del capitán don Gaspar Domínguez, vecino de Santa Cruz de Tenerife. Navegaría varios días hacia el imaginario vértice occidental del triángulo formado por las islas de La Palma y El Hierro con su balandra *San Telmo*, sin hallar más que mar.

La minuciosa relación de la historiadora recogía hasta los avistamientos del atolón que estaban registrados oficialmente, como los documentados por el cronista Viera y Clavijo en 1714. Uno, protagonizado por el coronel don Roberto Rivas navegando en el *Águila Dorada*; y otro, de don Francisco Patricio, capitán del mercante *La Sambumbia*.

En el cerebro de Cameron bullían decenas de preguntas sin respuestas. Quizá por eso aquella misma mañana había decidido no demorar más la lectura de la copia del

Navigatio que le había entregado la encantadora bibliotecaria Marta Larripa.

Se hizo con un voluminoso diccionario de latín y una buena cafetera que le había preparado primorosamente Lola, y abrió la primera página. Por entonces ya sabía, porque así se lo había comunicado Grazzianni, que el autor de la nota de la pluma del ángel y el de aquel códice que ahora comenzaba a leer no eran la misma persona.

Aquel primero de abril del año 555, el cielo y la noche parecían querer desplomarse sobre el condado de Galway, en Irlanda. No había parado de llover en los últimos tres días, pero ahora, aquella fortísima tormenta eléctrica parecía querer poner el broche de oro a una de las peores galernas de la temporada.

El abad Brendanus podía oír el eco de la tempestad desde su celda. Pero estaba tranquilo, los muros de piedra de su monasterio estaban preparados para resistir aquella borrasca, y cien más que les mandara Satanás. El monasterio de Conflert estaba hecho para resistir hasta el día del Juicio Final.

Un horrísono estampido en el cielo le hizo encogerse de hombros como en un espasmo. Se santiguó y confió que el Buen Dios no hubiera elegido la noche del 1 de abril del año 555 como la fecha del Final de los Tiempos.

Intentó concentrarse de nuevo en sus oraciones, y lo hubiera conseguido de no ser por el ruido de la alocada carrera de un novicio por el pasillo de la galería que daba a su celda.

Apretó los puños y en su rostro se dibujó un gesto de enfado. En su monasterio no se corría por los pasillos, pero algunos novicios parecían tener las entendederas tan duras como las piedras de las canteras de Galway. Desechó ese pensamiento de su cabeza con una íntima sonrisa, hasta la piedra de granito más recia tenía una forma de valor en su interior.

Si no, ¿cómo hubiera podido construir un convento tan hermoso como el de Conflert? Él era el cantero, y sus novicios los bloques de piedra, tan sólo tenía que tener paciencia, destreza y mucho amor para tallarlos.

Grillo entró en su celda como un remedo de la galerna que había en el exterior. Grillo, su novicio favorito. La piedra más dura de su cantera.

—¡Abad! —exclamó con sus grandes ojos muy abiertos—. ¡Tenéis que bajar al refectorio! ¡El hermano Odran ha vuelto!

Brendanus entró en el refectorio seguido del novicio. En efecto, allí estaba Odran, despachándose unas humeantes gachas que le acababa de preparar el hermano Kevin, cocinero de Conflert.

El sollastre tenía una sonrisa bobalicona dibujada en la cara, era feliz por un doble motivo. Odran, el monje más querido y carismático de la abadía, había vuelto y demostraba el buen apetito de siempre.

—Por todos los santos que están en los cielos —exclamó Brendanus—. ¡Has vuelto!

Odran levantó la cabeza del cuenco de gachas, se apartó con la mano izquierda del rostro su indomable melena, entrecalada ahora de canas, y miró fijamente al abad.

—¡Mobi, que todos los diablos me lleven! —le contestó sonriendo, dejando que algunos trozos de pan de las gachas resbalaran por su poblada barba mientras observaba al abad de Conflert. Levantó su enorme corpachón de más de 1,90 de estatura. Odran *el Gigante*. Y en dos rápidas zancadas se acercó a él para abrazarle haciéndole crujir todas las vértebras de la espalda—. ¡Abrázame, primo! —le dijo mientras le atenazaba, como si a Brendanus le quedara otra alternativa—. ¡Me creías perdido y he vuelto! —prosiguió estrujándole, con la alegría de un oso que acaba de encontrar un panal abandonado, mientras parafraseaba la parábola del hijo pródigo. Le estampó dos sonoros besos en las mejillas, dejando un rastro de untuosas gachas.

El gigante Odran se separó de él. Se colocó en jarras y miró a Brendanus de arriba abajo con expresión de felicidad. De repente, torció el gesto.

—Has envejecido, primo.

—Odran —le dijo en tono confidencial, mientras daba un paso hacia él—. Aquí, en Conflert soy tu hermano. Y soy tu abad —le remarcó—. Y no me llames Mobi; mi nombre es Brendanus —le dijo casi entre dientes.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera, primo? —le preguntó rascándose su enmarañada cabellera.

—Siete años. Supongo que tendrás muchas cosas que contarme. ¿Qué te ha pasado en el ojo? —le preguntó alarmado. Ahora, al verle el rostro iluminado por las velas que había hecho encender Kevin en el refectorio, se fijó en que una cinta negra cruzaba su frente y un parche del mismo color tapaba su ojo derecho.

—Ah, el parche —dijo palpándose la cara—. Una promesa que hice si lograba volver a Irlanda.

Se lo quitó, descubriendo el ojo perfectamente sano. Una excentricidad más de Odran, pensó el abad.

—Siete años... —dijo casi murmurando, como queriendo comprender algo que no estaba en orden.

—Sentémonos —le sugirió Brendanus—. ¿Cuándo has llegado? —Su hábito estaba totalmente seco, a pesar del aguacero que caía en el exterior.

Los dos tomaron asiento, el uno frente al otro, en la larga mesa del refectorio ante la atenta mirada del cocinero y del novicio.

—Acabo de llegar. —Parecía todavía ensimismado en sus pensamientos—. Siete años... —volvió a repetir.

—Y Mernoc, ¿dónde está? —Odran y Mernoc habían partido de Conflert hacía siete años en viaje de evangelización, siguiendo la mejor tradición monacal irlandesa, junto con otros once monjes.

—Oh, Mernoc y los chicos están bien. —El gigante volvió a mirarle, y pareció salir de sus cavilaciones—. Haciendo nuevos cristianos sin parar —sonrió—. Sí, primo, nuestro Mernoc se ha convertido en una máquina de hacer nuevos creyentes.

¿Sabías que a los bárbaros les encanta el rito del bautismo? —Buscó con la mirada al marmitón—. ¡Kevin de Glendelough, maldito fornicador que te metiste a fraile para escapar de las tres mujeres con las que te habías casado! ¡Ponnos una jarra de buen vino, del que guardas bajo tu cama, no del vinagre que le das al abad para celebrar misa! —Estalló en una sonora carcajada. Kevin también rió mientras iba a buscar el vino. Brendanus movió la cabeza de un lado a otro con resignación, nada podría hacer cambiar a Odran. El gigante volvió a fijar su mirada en el abad.

—Me alegra volver a verte, primo. A veces pensé que nunca volvería a casa, muchacho. —Sus palabras estaban llenas de calor y de sinceridad.

—Pero ¿por qué nunca os pusisteis en contacto con nosotros? ¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

Odran le miró en silencio unos instantes y, sin perder su sonrisa, le dijo:

—Hemos estado en el Paraíso, Mobi. Hemos estado en el Paraíso.



Capítulo XIII

EL VIAJE DE BRENDANUS (Segunda parte)

Capita XIII. N.S.B.a. Continúan navegando hasta el tiempo de Cuaresma. Desembarcan en la isla de la Fuente del Sueño. Se bañan y beben en sus manantiales, cayendo en un profundo sopor durante tres días.

La barbacoa había sido idea de Alejandra. «Es domingo y 4 de agosto, los pocos restaurantes que quedan abiertos en Madrid hoy estarán cerrados. Mis padres están en la playa y yo tengo las llaves de su chalet de la sierra. Me encantaría oír tu historia al borde de la pileta, como diría mi chico. Y tráete a Lola, será un placer conocerla y así no seremos impares».

A Lola también le pareció una buena idea el plan combinado de barbacoa y piscina. «El novio de Alejandra es *stripper*, te encantará», le comentó para reafirmar su decisión. No hizo ninguna falta, Lola se había autoimpuesto tan sólo una semana de vacaciones, a finales de agosto, para repasar su tesis. Cualquier escapada de Madrid, aunque sólo fueran unos kilómetros, le parecía un plan fascinante y exótico.

—Barbacoa con piscina, ¡genial! —Fue la respuesta a su propuesta. Los jóvenes de veintitrés años siempre expresaban sus pensamientos en pocas palabras. Era la cultura de los mensajes por telefonía móvil. Su vida giraba en torno a criterios economicistas.

Cameron conoció aquella mañana a Gunnar Larsson, el novio de Alejandra, al que ella cariñosamente llamaba «Gus». Gunnar, p Gus, hablaba un perfecto castellano con resabios porteños fruto de una larga estancia en Argentina, en la central bonaerense del Deutsche Bank. Por eso decía pileta en vez de piscina, y nunca decía «coger» en presencia de Alejandra.

Muy a su pesar, Gus le cayó bien. Estaba muy en el registro de alto ejecutivo de banca internacional, pero debía de ser una de esas personas que son lo que parecen ser a primera vista, un buen tipo.

Se arrepintió de la broma que le había gastado a Lola por la mañana, en cuanto el chico se deshizo de su amplia camiseta. Si no estuviera trabajando en un banco, Gus podría ganarse perfectamente la vida como *stripper*.

—Joder con el sueco —le comentó Lola entre dientes—, está que se rompe de bueno.

Cameron tuvo que reconocer que Gus era un tratado de musculatura con un *slip* ajustado. Si Fidias estuviera bañándose con ellos, le estaría esculpiendo en ese instante en una de las gruesas columnas de granito macizo que sujetaban la pérgola que sombreaba la piscina. No era de extrañar que aquel ejemplar fuese la envidia de todas las amigas de la doctora.

Entre Lola y Gunnar se produjo empatía rápidamente.

La sangre joven llama a la sangre todavía más joven. Los dos estaban en la cocina, en el interior de la casa, charlando y riendo mientras preparaban la carne para la barbacoa.

Alejandra abrió dos botellas de cerveza helada y se puso al lado de Cameron sentada en el borde de la piscina. Estaba espléndida con su pareo corto y con aquel bikini que muy pocas féminas podrían permitirse. El americano pensó que las mujeres tenían un luminoso renacimiento antes de alcanzar los cuarenta, una especie de madurez serena y brillante.

Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para concentrar su atención tan sólo en sus ojos cuando ella comenzó a hablarle.

—¿Qué te ha parecido?

—Señorial y decadente, la piscina magnífica. Se nota que eres una niña bien.

—Gus.

—Tiene conversación y es un joven atlético y bien parecido, no cabe duda. Firmaré mi rendición sin perder mi honra. Ha sido un adversario digno de mí, magnífico.

Alejandra le sonrió casi con dulzura. Y le besó en la mejilla.

Cameron no pudo evitar mirar por el rabillo del ojo a su magnífico oponente que en ese momento se subía al pequeño trampolín de la piscina y, en un alarde de exhibicionismo casi infantil, flexionaba sus rodillas antes de saltar. Sin quererlo se fijó en las runas que tenía tatuadas en sus poderosos brazos. No eran tatuajes de perfecta manufactura como los que ahora lucían los jóvenes. Pero esa imperfección le confería una apariencia casi salvaje y primitiva, como la de un joven vikingo. Si existía la reencarnación, en su otra vida, Gunnar bien podría haber sido un guerrero nórdico de los que devastaban a bordo de sus rápidos *drakars* las costas de Europa.

Por un momento, el historiador se sintió repentinamente inquieto al recordar el tatuaje del monje y su mensaje.

Bebió un profundo trago de su botella de cerveza helada para diluir aquellos malos pensamientos. Pensó que Odín habría hecho lo mismo.

La barbacoa fue perfecta. En realidad fue un asado argentino, porque Gus tomó las riendas de la parrilla desde el primer momento. La anfitriona había preparado café para la sobremesa. Lola y Gunnar parecían enzarzados en una apasionante conversación sobre Buenos Aires, ciudad que la joven historiadora también conocía, y la doctora y Cameron encontraron su momento para reanudar su plática sobre el *Navigatio de Cobisa*.

El profesor ya le había contado los sorprendentes pormenores del retorno de Odran a Conflert.

—En realidad, Odran vino a buscar a Brendanus. Mernoc y sus monjes parecían perfectamente instalados en la isla de Achinet^[24], la isla de Tenerife en la lengua

guanche —le aclaró—. Mantenían, al parecer, excelentes relaciones con el caudillo local, Tinerfe el Grande, que estaba muy agradecido a los monjes irlandeses por la milagrosa curación de su única hija, la princesa Tegueste. Además, estaban consiguiendo conversiones, según el testimonio de Odran, y las familias guanches acudían a los monjes para que les bautizaran. Todo parecía ir viento en popa a la pequeña congregación, pero Mernoc quería a Brendanus junto a él.

—No alcanzo a ver la razón —le dijo Alejandra, mientras le servía la primera taza de humeante café.

—Mernoc era un místico. Estoy convencido que entre el abad y él había una particular relación. —Cameron hizo una pausa. Hasta él mismo se estaba sorprendiendo de la poderosa influencia que la impostura de aquel texto estaba ejerciendo sobre él. Se esforzó en continuar con registros más objetivos—. Mernoc no sólo quería «expandir la verdadera fe», como el resto de los monjes irlandeses de su época. Su viaje tenía un objetivo mucho más pragmático y a la vez quimérico e imposible. Él quería encontrar la Terra Repromissionis Sanctorum, el paraíso terrenal.

—La Edad Media estaba llena de iluminados. Buscaban griaes, vellocinos de oro o fuentes de la eterna juventud —aseveró Alejandra.

—No pienso rebatírtelo. Pero mi Mernoc era un iluminado muy bien informado. Su travesía desde Irlanda hasta las Canarias fue digna de un marino experto y pragmático. Parecía conocer el camino perfectamente, y puedo asegurarte que en el siglo VI las Afortunadas no eran unas islas muy frecuentadas ni conocidas.

—En su opinión, ¿a qué se debía esa seguridad en la ruta a seguir?

—En su escrito, el autor sostenía que Mernoc tuvo la revelación de un ángel —comenzó a saborear su café.

—Vaya, volvemos a tener la visita de ángeles en nuestro relato.

—Odran traía ese mensaje de su ahijado para su padrino, Brendanus.

—¿Eran todos familia en esa comunidad de frailes?

—No eran raros los lazos de consanguinidad entre las primeras congregaciones cristianas de aquella época. Los prioratos eran pequeños y normalmente su entorno solía ser hostil. Necesitaban fuertes lazos de confianza entre sus miembros, confianza que se traducía en seguridad para todos. ¿Conoce alguna institución que genere más confianza y seguridad que la familia, mi querida doctora?

—Prosigue, Sebastian, no vas a engatusarme. —Ella también le dio un sorbo a su café.

—Lo cierto es que el relato de Odran sobre el viaje de Mernoc dejó tan impresionado al abad de Conflert, que al día siguiente propuso a Grillo y a catorce de sus discípulos emprender viaje en busca de la Tierra Prometida. Durante cuarenta días se prepararon con espíritu espartano para las penalidades del viaje, ayunando un día de cada tres. El superior de la abadía encargó al mejor astillero de Galway la construcción de una sólida y marinera *curragh*. Almacenaron provisiones para cuarenta días de navegación, así como pieles para reemplazar las que cubrían el casco

de la nave. Brendanus también hizo embarcar libros piadosos para instruir a los nuevos creyentes, así como pliegos de vitela y útiles de escritura suficientes para redactar la gran crónica de su viaje. Cuando terminaron su nao, la bautizaron en el astillero con un nombre que también le traerá recuerdos y le sugerirá coincidencias, la *curragh* se llamaba Trinidad. ¿Qué le parece?

Los dos permanecieron unos instantes en silencio, observándose.

—Todo esto te está afectando más de lo que crees, Sebastian. —Había un tono de cierta gravedad en su voz—. Estamos hablando de un manuscrito falsificado y escrito hace poco más de setenta años, no de una crónica medieval.

Cameron cambió de postura, incómodo en su hamaca. Alejandra le había devuelto con una bofetada a la realidad. Ésta solía ser una curiosa habilidad que desarrollaban las mujeres que se encontraban cerca de él.

—Hay datos que me hacen pensar que el manuscrito hallado en Cobisa no es sino una copia reciente de un códice original, mantenido en secreto durante siglos. —Le maravillaba su capacidad de improvisación, con los años había hecho de ella un verdadero arte—. Si me dejas terminar mi relato tal vez tú también compartas mis conclusiones.

Alejandra se abstuvo de hacer un comentario jocosos. Muy a su pesar le estaba cogiendo cariño a aquel incalificable profesor americano. Además, la seguridad con la que había expuesto su réplica le dejaba un margen de duda.

—Está bien, cuéntame cómo atravesaron el Atlántico tus bizarros monjes en una barcaza forrada de piel de vaca.

—Las *curraghs* eran naves muy marineras, pero efectivamente ninguna hubiera resistido una travesía por el Atlántico ni en los meses más dulces del verano. —Ella había bajado la guardia—. Brendanus, Odran y compañía siguieron la pauta de navegación que en su día fijó Mernoc. En ningún momento perdieron de vista la costa.

Cameron le explicó pormenorizadamente a Alejandra cómo los expedicionarios cruzaron de Irlanda a la vecina isla de Britania. Desde allí atravesaron el Canal de la Mancha hasta la costa francesa. Descendieron bordeando la costa bretona hasta el Cantábrico, repitiendo ese modo de navegación hasta Finisterre. Desde allí continuaron su singladura siempre hacia el sur sin perder la referencia de la costa portuguesa.

Pasaron a la costa africana por el estrecho de Gibraltar. Siguieron bogando sin perder de vista la costa de Berbería hasta el cabo Boj ador. Desde ese punto navegaron en dirección sudoeste para llegar a la no muy distante isla de Chenech, hoy Tenerife.

—Llegaron exactamente el 1 de agosto del año 555, desembarcaron en un paraje conocido como Hocico del Perro, en la costa sudoccidental de la isla.

—¿El Paraíso? —preguntó Alejandra con un punto de incredulidad.

—Una isla hermosa y con un clima afortunado. Pero no era el Jardín del Edén. Al

menos no el de Mernoc.

Era un grupo numeroso de guanches, probablemente unas quinientas almas. Iban todos ataviados con sus mejores galas, que no pasaban de ser unos humildes taparrabos de pieles de cabra y de oveja. Algunos llevaban flores y plumas de colores que les adornaban la cabeza, las orejas y el cuello. Casi todos llevaban el rostro con algún dibujo pintado en azul turquesa. El mencey estaba rodeado por su Corte, los que más adornos portaban, y protegidos por el sol por una compleja sombrilla de flores y plumas, porteada por dos hombres altos, rubios y bien parecidos.

A Brendanus le pareció que algunos, los más fornidos, portaban toscas lanzas, pero eran pocos, apenas una guardia de corps del mencey.

El abad fue el primero en saltar a la playa, y entonces comenzó una algarabía de pífanos y tambores. Los guanches gritaban y aplaudían alborozados. Mernoc y sus frailes ya avanzaban hacia ellos sonrientes, a buen paso.

Las dos expediciones se abrazaron en la playa, mientras el griterío, los timbales y la música de los primitivos guanches arreciaban.

Brendanus no pudo evitar que las lágrimas descubrieran la emoción del encuentro con el más querido de sus discípulos.

El mencey y su escolta se acercaron a los dos hombres que todavía se abrazaban sin articular palabra. El que parecía su camarlengo comenzó lo que debía de ser un discurso de bienvenida, pronunciado en la gutural lengua guanche.

Mernoc se separó de su maestro y comenzó a traducirle.

—El mencey Tinerfe el Grande, rey y señor de Achinet, hijo del rey Sunta, el unificador de la isla y padre de los nueve príncipes, sus hijos, Bentinerfe, Aceymo, Atguaxoña —mientras recitaba los nombres vio con el rabillo del ojo cómo todos le saludaban con una ligera inclinación de cabeza, según les iban nombrando—, Benebaro, Tegueste, Rumen, Chinicanairo, Cocanaimo y Atbitocazpe os dan la bienvenida en su nombre y en el de su pueblo. Y dan gracias a Jesús, el que vosotros llamáis Dios de dioses, por haberos traído con bien desde el otro confín del mundo.

—Decidle —dijo dirigiéndose a Mernoc—, que mis monjes y yo le agradecemos su calurosa bienvenida, su hospitalidad y sus bendiciones. —Bajó la voz—. He traído regalos para el rey, ¿es ahora el momento...?

—No, no. Espera a la noche. En el banquete de bienvenida. A ellos les gusta el protocolo.

Tinerfe les observaba con gesto de extrañeza, al no entender su lengua.

A Mernoc no le pasó inadvertida su momentánea incomodidad, y le tradujo rápidamente las palabras del abad.

El rey compuso una sonrisa sincera y feliz. Se dio media vuelta y se retiró con su numeroso séquito. El primer acto había terminado.

—¿Aquí soy un mencey? —le preguntó casi divertido a Mernoc, mientras el cortejo real se retiraba de la playa.

—Bueno, eres el abad de Conflert, así que aquí puedes considerarte un mencey. Además, a los reyes les gusta hablar con reyes, como en cualquier parte del mundo —le contestó sonriendo, sin apartar tampoco la vista de la comitiva del jefe guanche—. Creo que les has gustado —dijo a modo de resumen final.

—«Dios de dioses». —Se volvió hacia Mernoc recordando esa parte de la traducción del discurso de bienvenida de Tinerfe, ahora no sonreía—. Me gustaría saber cómo estás enseñando la palabra de Dios a estos bárbaros.

Sintió un par de fuertes palmadas en la espalda. Era Odran, que se había acercado a ellos y había oído la última parte de la conversación.

—No quieras saberlo todo, primo —le dijo con un punto de despreocupada ironía.

—Les enseño la verdadera palabra de Dios, Brendanus —le respondió con calma Mernoc—, lo que ellos son capaces de entender ahora. Lo que mis oídos escuchan cuando Jesucristo o sus ángeles tienen la bondad de hablarme.

Brendanus quiso rebatirle, pero la serena expresión de su monje viajero le hizo desistir de su primer impulso.

Se recordó entonces, muy joven, casi un niño de catorce años, llevando de la mano al pequeño Mernoc de tan sólo siete años ante la pila bautismal de la pequeña iglesia de Gartan. Allí les esperaba el abad Adomnan el Venerable, del que decían había sido discípulo del propio San Patricio, para ungir con las aguas de la Nueva Vida al pequeño Mernoc. Brendanus recordó cómo le había pedido a la Virgen, con toda la poderosa y limpia fe de un muchacho de catorce años, que acogiera a su ahijado Mernoc bajo su manto y su tutela protectora. Porque Mernoc, ya por entonces, había dado señales de ser un niño especial. Decían de él que tenía largos silencios, casi como trances, que se emocionaba hasta el llanto con el canto de los pájaros o que podía hablar con los árboles. En aquellas circunstancias sólo Dios y la señal de la cruz podían proteger a su ahijado. Porque, aunque Brendanus era joven, no era estúpido y no se le escapaba que en su católica, pero también oscurantista Irlanda, se despeñaba o se quemaba a la gente viva por asuntos tan nimios como mantener una conversación con un enebro o hacerte un colgante con las alas de un cuervo.

Así que Brendanus ofreció con fervor aquel niño pelirrojo y pecoso a Dios, en el día de su bautismo. Para que hiciese de él y de sus extraordinarias cualidades una herramienta de su voluntad celestial en la Tierra.

El buen abad de Conflert pensaba ahora que a veces hay que tener cuidado con lo que se desea y se pide con fervor. Porque, a veces, se cumple.

—Hermano Mernoc, deberíamos enseñar al abad nuestro «monasterio», y desembarcar todo nuestro equipaje —dijo Odran a sus espaldas sacándole de sus profundas reflexiones.

—¿Monasterio? —preguntó felizmente sorprendido Brendanus.

—Bueno, no es Conflert, pero es nuestro monasterio de Adeje, el mejor convento de la isla de Achinet, y yo me atrevería a decir que de toda la Macaronesia^[25] —le

contestó sin disimular su orgullo Odran.

Mientras el grupo de monjes avanzaba por un sendero de guijarros hacia el interior de la isla, Brendanus se percató de que todos los monjes de Mernoc, excepto él, vestían hábitos confeccionados con pieles de cabras.

—¿Qué hay de las vestimentas que ordena nuestra regla, por qué tan sólo vos lleváis hábito de lana? —le preguntó a Mernoc, que caminaba junto a él.

—En siete años se pudrieron los antiguos hábitos. Aquí no hay telares de lana. Nos hemos adaptado a los que nos ofrece la isla.

Iba a preguntarle de nuevo, cuando el grupo se paró en un claro del frondoso bosque que estaban atravesando. Frente a ellos se elevaba majestuosa una ladera de piedra volcánica, cortada en forma de media luna.

—Nuestro «monasterio», que ahora es el tuyo —dijo con suavidad Mernoc.

Brendanus dejó caer el morral que colgaba de su hombro, dio unos pasos asombrado por el espectáculo natural que le ofrecía aquel acantilado de lava petrificada en mitad de la selva.

Pudo distinguir en la pared cinco grutas, en realidad tubos volcánicos. Las entradas a las cuevas estaban conectadas entre sí por rudimentarias escaleras y pasarelas de madera que recorrían la pared de piedra. En medio de la explanada que dominaba las cavernas había una gran cruz, realizada con dos grandes troncos de laurel. Frente a la cruz dos hileras de bancos de barbusano, protegidos del ardiente sol por unos bastos sombrajos de hoja de palma trenzada.

Mernoc se acercó hasta él.

—¿Os gusta? —le preguntó.

—¿Esto es todo lo que habéis hecho en siete años? ¿Ésta es vuestra obra, Mernoc? —Intentaba controlar su furia—. ¿Habéis venido desde Irlanda para vestir a nuestros monjes como salvajes, para que vivan en cuevas como alimañas?

Mernoc guardaba silencio. Miraba el acantilado con gesto sereno y ausente.

—Venimos de la civilización, Mernoc. —Ahora se había puesto frente a él—. Y traemos la verdadera fe, la fe del hombre nuevo, la fe del progreso. La fe que levantará grandes ciudades como los romanos. La fe que construirá un mundo más justo gracias al florecimiento de una nueva era. ¿Cómo quieres que estos bárbaros crean en nuestro Dios si no les demostramos que somos mejores que ellos?

—Es que no estoy convencido de que seamos mejores que ellos —le contestó súbitamente, mirándole con firmeza a los ojos.

—Mernoc, Mernoc —le dijo comenzando a sonrojarse, y agitando su dedo índice cerca de su rostro—. El sol ha debido reblandecerte el cerebro. Tus dudas rayan en la blasfemia. ¡Cómo no vamos a ser mejores nosotros, cristianos irlandeses, que este hatajo de salvajes que apenas tapan sus vergüenzas con pieles mal curtidas y viven como osos en cuevas!

Sintió la manaza de Odran de nuevo posándose en su hombro.

—Primo, deberías calmarte, todo...

Se zafó del gigante con una sacudida violenta.

—¡No soy tu primo, maldito bastardo! —Estaba loco de ira—. ¡Soy tu abad! ¡Y esto...!

El gigante le derribó de un puñetazo. Y la isla, las copas de los árboles y el trinar de los pájaros desaparecieron en un fundido negro.

Cuando el velo oscuro desapareció, y abrió los ojos, vio el techo de piedra de una gruta. Estaba tumbado en un jergón relleno de lana, en la entrada de una de las cuevas. La luz del atardecer de la isla le pareció hermosa.

—¿Os encontráis bien, abad? —La voz de Grillo.

Se volvió hacia donde provenía el sonido. El novicio estaba sentado junto a él.

—No. —Se palpó el dolorido mentón—. Creí que todo había sido un mal sueño y estaba otra vez en Conflert —le contestó con sequedad.

—El hermano Odran dice que lamenta mucho haberos golpeado y quiere que le perdonéis en confesión.

Sintió una punzada de vergüenza al recordar cómo le había insultado. El peor desprecio que le podía hacer a Odran. Él mismo se había humillado al hacerlo.

—Perdí los estribos. Por mí, está olvidado —mintió.

—Dice también que volverá a golpearos si le gritáis de nuevo.

El abad quiso sonreír, pero el dolor de su maltratada mandíbula se lo impidió. Grillo frunció la frente y permaneció unos instantes en silencio, como intentando ordenar todos los mensajes para no dejar en el olvido ninguno.

—¿Siempre ha sido así Odran? —le preguntó con verdadera curiosidad el novicio.

—Teníais que haberle conocido en la batalla de Lough Gartun, luchando contra el clan de Uí Nelly, aquel día supe que éramos primos —volvió a mentir a medias y empezó a pensar en el hermano que mejor pudiera confesarle.

—También ha hablado conmigo el hermano Mernoc. Confía en que Odran no os haya hecho mucho daño. Dice que dentro de unos días volveremos a navegar. Esta vez hacia el oeste, en busca de la verdadera Tierra de Promisión. Y que entonces lo comprenderéis todo.

—¿Comprender esta anarquía y este disparate que llaman misión? Supongo que oísteis mis gritos. Perdí las formas, lo reconozco, y estoy avergonzado por ello, pero no desbarraba. ¿Cómo vamos a ganarnos las mentes y las almas de los bárbaros si no demostramos que somos mejores que ellos? ¿Tan difícil es esto de entender, Grillo? —dijo humedeciéndose el mentón con una cataplasma mojada en una infusión de hierbas que su fiel novicio acababa de darle.

—Yo os entiendo, padre —le contestó con sinceridad—. Y me parece que el hermano Mernoc percibe que yo lo creo así, porque me ha dicho que estoy destinado a ser la primera piedra de la Iglesia en esta isla. Y que el recuerdo de mi obra no se

olvidará en el corazón de los guanches hasta el final de sus días. Él nunca les llama bárbaros —reflexionó.

—¿Ah, sí? ¿Y que más te ha contado el hermano Mernoc? —le preguntó interesado, mientras se incorporaba en el jergón, frotándose su dolorida barbilla.

—El hermano Mernoc cuenta cosas muy extrañas, pero las cuenta de un modo muy hermoso. —Sus ojos no le miraban ahora, parecían perdidos en algún punto de la cueva, su gesto era de ensoñación—. Me ha dicho que su espíritu viaja en el tiempo, y que ha estado aquí de nuevo, casi mil años después de nuestra estancia. Dice que ha visto cómo hombres de hierro se maravillaban de ver cómo los guanches seguían bautizando a sus hijos, tal como nosotros les habíamos enseñado^[26].

—Ahora eres tú el que desbarras, Grillo —le interrumpió—. Eres todavía muy joven e impresionable. Conozco muy bien al hermano Mernoc, es capaz de volvernos a todos locos con sus quimeras y ensoñaciones. Anda, ayúdame a levantarme...

El novicio le sujetó de ambos brazos para ayudarlo a incorporarse. En ese momento, Odran entró en la gruta y se acercó hasta ellos.

—¿Me has perdonado, Mobi? —Se plantó ante él. Parecía realmente preocupado.

—¿Me has perdonado tú a mí, primo? —le respondió.

Grillo pensó más tarde que un oso adulto no podría estrujar a un ser humano con más fuerza de la que había utilizado Odran para abrazar al abad de Conflert.

La noche iba a ser una fiesta. Vino a recogerles una comitiva de cien vírgenes, lo que a Brendanus no le pareció en absoluto adecuado. Pero había hecho votos para no dejarse dominar de nuevo por la ira, así que respiró profundamente varias veces y se puso a la cabeza del cortejo de monjes junto a Mernoc, que le sonreía otra vez con dulzura, como si nada hubiese pasado entre ellos.

Las muchachas portaban antorchas con las que iluminaban el sendero en la noche, llevaban grandes adornos florales en la cabeza, y eran tan púberes, que a algunas no les habían crecido todavía los pechos, lo que serenó el agitado ánimo del abad. Algunas reían nerviosamente y cuchicheaban entre sí en su extraña lengua, mientras lanzaban miradas furtivas a los novicios más jóvenes, que también les regalaban escondidas miradas y sonrisas. Como el abad marchaba a la cabeza, se perdió estos gestos, y por tanto las ganas de azotar desnudos a sus novicios atados a los gigantes barbusanos que parecían escoltar el sendero.

Llegaron pronto a la ciudad de Adeje, puesto que el «monasterio» estaba en su alfoz, y allí Brendanus se sintió realmente sorprendido por la grandiosidad de aquella ciudad megalítica.

Adeje, en realidad, era un descomunal farallón de piedra volcánica, trufado de decenas de bocas de grutas que lo agujereaban como carcoma a la madera. Había tubos que se abrían a más de quince metros del suelo, pero todos estaban unidos entre sí por barandas, andamiajes y escalas de madera que formaban corredores y pasillos que parecían unir todas las cuevas entre sí en una laberíntica red de comunicación.

Todas las entradas de las grutas parecían iluminadas por antorchas. En los andamios y escaleras también habían colocado teas y hachones encendidos, al igual que en la gran explanada de la ciudad de piedra. Todo aquello confería al ciclópeo escenario una atmósfera mágica e irreal. Con los tililantes reflejos dorados de aquella iluminación flamígera sobre la oscura y brillante pared de lava apagada, en la cerrazón de la noche.

Sonaron los tambores y los pífanos atronando el crepúsculo, y las más de cinco mil almas allí congregadas, venidas de todos los rincones de la isla, comenzaron a gritar, a aplaudir y a silbar con algarabía.

El rey les recibió en el centro del semicírculo, rodeado de nuevo de sus hijos los príncipes y del resto de la corte. Junto a ellos también estaban representantes de la nobleza de la isla, los achimenceys de las principales ciudades.

Todo se había dispuesto con gran pompa y mucho adorno, pues Tinerfe el Grande quería demostrar al recién llegado mencey de ultramar que su nación era patria poderosa, avanzada y acogedora. Y que su «Dios de dioses» y sus ministros eran bien recibidos y se les tenía, desde ese momento, por hijos de la isla.

A lo largo de aquella hipnótica noche y de los días posteriores, Brendanus tomó conciencia de que en verdad estaba en un país y en una civilización bien diferente a todo lo que había conocido.

Era un pueblo lleno de contrastes, con un desarrollo tecnológico pobre, en contraposición a un desarrollo cultural en algunos aspectos muy avanzado. El abad observó y anotó en aquellos luminosos días de feliz estancia en Achinet que la nación guanche era realmente primitiva y estaba anclada en el neolítico.

No había rastro alguno de metalurgia, ni en sus escasas construcciones, rudimentarias cabañas de piedra o madera, ni en sus útiles domésticos o de trabajo, todos elaborados a partir de madera o de piedra volcánica.

Su tecnología militar era aún más primitiva. No conocían el arco ni la espada. Luchaban sin ninguna protección, sin el más rudimentario escudo, coraza o yelmo. Sus únicas armas eran toscas lanzas, que ellos llamaban *ñepas*; en realidad, pértigas cortas terminadas en afiladas puntas de piedras de lava. Utilizaban también las ondas, para la caza o la guerra y con gran maestría.

Su lengua no parecía tener mucha riqueza de vocablos. Y una sola palabra podía definir muchas cosas, dependiendo del contexto de la conversación. Se dio cuenta que en muchos casos los silbidos sustituían las pláticas como vehículo de información. Y esto no le pareció mala cosa, porque en una isla con orografía tan adversa y accidentada, el agudo silbido era un buen mensajero, si sabía interpretarse.

No parecían tener conocimiento matemático alguno, y su economía se basaba en el trueque. Su riqueza se medía por cabras, de tal modo que Tinerfe el Grande, además de rey, era el ganadero más importante de la isla.

Sus adornos corporales consistían en sencillos collares y pulseras elaborados siempre con piel, tendones, huesos o piedras semipreciosas. También gustaban de

pintarse el cuerpo con tintes y dibujos. Siempre en tonos azules para las fiestas y ceremonias religiosas, y en rojo y negro para la guerra. Algunos guerreros lucían escarificaciones en el pecho. Pequeñas rayas horizontales. Una por cada enemigo que habían matado. Pero el monje irlandés vio muchos torsos lampiños y limpios de cicatrices, por los que determinó que el pueblo guanche era un pueblo pacífico.

Le sorprendió también el hecho de que, a pesar de ser isleños, desconocieran totalmente el arte de navegar. Eran por tanto un pueblo aislado y parecían felices en esta condición.

La noche de la fiesta de bienvenida, Brendanus tuvo también su primer contacto con la gastronomía autóctona de la isla. Acostumbraban a comer sentados, sobre esterillas de piel de cabra o de hojas de palmera trenzadas, con las que también cubrían los suelos de sus cuevas. Solían apoyarse en cojines de diversos tamaños y caprichosas formas, hechos con cueros de ovejas recientes y rellenos de borra de lana, lo que los hacía muy cómodos.

Comían con las manos de grandes fuentes, y el alimento se servía troceado y tajado para que los comensales se ahorraran esa tarea. Siempre sentados en círculo, que ésta era costumbre antigua, de sus primeros antepasados, cuando un viento del sol los trajo de África.

Recordaba ahora, como una anécdota extraordinaria, que en sí misma decía mucho de los guanches, cómo su regalo de protocolo había servido para enriquecer la dieta canaria.

Con gran ceremonia había entregado a Tinerfe el Grande una primorosa biblia hecha en vitela finísima de ternera. En realidad, casi un libro de horas, con bellísimas ilustraciones polícromas para facilitar su entendimiento. Una pequeña obra de arte que había terminado poco antes de emprender su viaje hacia el Paraíso. El mencey lo había aceptado con una gran sonrisa de satisfacción. Había levantado el libro con sus dos manos para que su pueblo lo contemplara y aprobase el regalo de los visitantes. A continuación, se había acercado a una gran marmita donde parecía cocer un aromático potaje, y con gran solemnidad, arrancó cuatro o cinco páginas de vitela y las arrojó a la olla.

—Le encanta el punto de sabor que les da la vitela de ternera y la tinta a su «potaje de berros». También se comieron mi biblia —le aclaró Mernoc, que estaba a su lado, quizá con la intención de aliviarle.

Para entonces, el abad de Conflert ya había degustado un par de cuencos de un fuerte vino que se destilaba en la región de Taraconte, y sus efectos le otorgaron una permisividad hacia las costumbres autóctonas hasta entonces desconocida.

—Devoran nuestra fe, ¿eh, primo? —le dijo con un codazo el hermano Odran, quien también llevaba muy avanzada la libación.

Amén de la anécdota de la biblia, Brendanus tardó poco en descubrir que la base de la dieta guanche era el gofio, una harina de cebada salvaje previamente tostada, amasada con miel de palma y servida en forma de tortas. Tuvo que reconocer que era

un magnífico sustitutivo del pan. Gustaban también los indígenas de sazonar sus platos con salsas picantes, que llamaban mojo. Le plăció especialmente una que estaba condimentada con cilantro.

Las legumbres también tenían un lugar preponderante en su cocina. El famoso potaje de berros, que, además de berros, llevaba en sus ingredientes representaciones de toda la huerta del arrecife, le pareció delicioso. No eran navegantes, pero se daban muy buena maña con las redes en las playas de su isla. Y preparaban muy buenos platos con el marisco que encontraban en sus bravos acantilados o con los pescados costeros que ellos llamaban chernas, samas y cabrillas.

No despreciaban la carne de cabra, oveja y conejo en sus asados. Elaboraban buenos quesos, como el blanco de cabra y aceptables vinos, como el ya mencionado de Taraconte.

Mernoc le había contado que aprendieron a destilar el fruto de la uva de los romanos, quienes tuvieron un breve asentamiento en la isla hacía más de trescientos años. Fueron también los romanos los que importaron las higueras y los primeros esquejes de olivo.

La organización social era sencilla. En el vértice de la pirámide estaba el mencey, el rey. Tras él, sus hijos, los nueve príncipes. Por debajo de ellos, los achimenceys, los nobles. El pueblo llano, los villanos eran los llamados achicaxnas, dedicados en su mayoría al pastoreo o a una agricultura muy básica y rudimentaria. Existía también una reducida casta de guerreros, los eichiciquios que no eran sino los jóvenes más dotados físicamente y los más diestros en el manejo de la onda.

Brendanus se interesó en seguida por sus creencias religiosas. Como todos los principios que regían la vida guanche, era una religión sencilla y pragmática.

Como los cristianos, eran monoteístas. Su único dios era el Sol, al que llamaban Magec. Tenían dos deidades menores, Acheman el dios «bueno», el portador de la buena suerte, la lluvia y las buenas cosechas. Su contrapunto era Guayota, el diablo que habitaba en el fuego del corazón de la Tierra. Los guanches situaban la entrada a los infiernos muy cerca de casa, concretamente en la cima del Teide. A esta montaña volcánica no solían acercarse mucho ya que sus leyendas decían que Guayota era muy aficionado a raptar los cuerpos y las almas de los que acarreaban faltas. Un rito de pubertad consistía en trepar por la ladera del volcán hasta Hegar a tocar la nieve de la cumbre. Después de esto, los guanches adultos no volvían a acercarse a la montaña de fuego. «Que se consideraban a sí mismos nobles y por lo general buenos, pero cumplidos los catorce, uno ya empieza a acumular yerros y no es cuestión de tentar la suerte poniéndose a tiro fácil del diablo», como le había razonado más tarde Tinerfe el Grande.

No había casta sacerdotal alguna, lo que había facilitado en gran manera la labor pastoral de los frailes irlandeses. El portavoz e intérprete de la voluntad de Magec era el rey.

Brendanus llegó a intimar con el mencey en los días que estuvo en la isla. Y

básicamente le pareció un hombre lleno de bondad y sabiduría.

«El Sol es bueno con los hombres, nos da calor y nos da vida. Tu dios Jesús sólo hizo el bien para los hombres el tiempo que los hombres le dejaron vivir. Yo creo, como dice tu achimencey Mernoc, que vuestro Jesús es el hijo del Sol, el hijo de la luz. Y os estaré por siempre agradecido por haberme traído su mensaje».

En un principio, le dieron ganas de estrangular a Mernoc por aquella pintoresca explicación teológica. Con el tiempo, comprendió que aquél era un rebaño diferente y que el pastor debía darle un cuidado distinto.

Después del galante recibimiento de la primera noche, los días transcurrieron tranquilos y plácidos en la isla. Los guanches se mostraron tan hospitalarios con la segunda expedición como lo habían sido con los monjes de Mernoc.

Sin embargo, Brendanus no estaba dispuesto a llevarse por la molición, ni la dulce inercia que imprimía la isla a todos los que habitaban en ella. No podía perder el tiempo como lo habían hecho Mernoc y Odran. Debían construir un verdadero monasterio. Una construcción que engrandeciera al Señor y que fuese la primera llama de un auténtico incendio de fe que calcinase la isla.

—No lo toméis como excusa —le respondió Mernoc ante su larga lista de agravios producidos por su actitud laxa y sus dejaciones—, pero tampoco llevo tanto tiempo aquí como para haber acometido tantas obras como echáis en falta.

—Siete años no me parecen unas cortas vacaciones, hermano Mernoc —le replicó su abad.

—No creo que haya estado más de tres meses en Achinet.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde habéis estado el resto del tiempo? ¿Habéis estado encantado? ¿Convertido en uno de estos barbusanos que nos rodean?

Mernoc sonrió.

—Cuando abandoné Irlanda hace siete años ya os comuniqué mi objetivo: encontrar la «terra repromissionis sanctorum», la tierra prometida por el Señor, el Paraíso.

—¿Y dónde está tu misterioso Paraíso, hermano Mernoc? ¿Dónde está, que tan esquivo es para mostrarse?

Mernoc le miró fijamente a los ojos. Con esa mirada serena que a Brendanus le descomponía y le desarmaba.

—Está a dos días de navegación de aquí. Siempre hacia el oeste. Partiremos mañana, antes de que veamos en el cielo las lágrimas de san Lorenzo. Y tú me acompañarás al Paraíso, porque ésa es la voluntad de Dios.

Esta vez, Brendanus no le respondió. Porque Mernoc se levantó y le abrazó. Sus impetuosas muestras de cariño tenían la virtud de dejarle siempre sin palabras. Estaba loco. Pero era el loco que más quería en el mundo.

Cameron se sirvió la última taza de café. El sol empezaba a ocultarse tras las

estribaciones de la sierra madrileña, y el jardín y la piscina comenzaban a teñirse de los reflejos dorados del atardecer.

—Brendanus, Mernoc, Odran y otros once monjes llegaron a San Borondón el día 10 de agosto de 555, festividad de san Lorenzo. El reflejo de una lluvia de estrellas iluminó en la noche el banco de niebla que ocultaba la isla. Debió de ser impresionante —concluyó el bostoniano.

—Grillo, el discípulo favorito de Brendanus, ¿no les acompañó? —preguntó Alejandra con gesto de extrañeza.

—El novicio quedó en Tenerife, era la primera piedra del nuevo proyecto evangélico, ¿recuerdas?

La doctora juntó sus piernas sujetándolas con los brazos, apoyó la barbilla en sus rodillas mirando fijamente a Cameron.

—¿Cree una sola palabra de esta historia, Sebastian?

—No hay evidencias históricas suficientes que sostengan el relato del supuesto Navigatio que he estudiado. Aunque hay indicios que pueden provocar dudas razonables. En cualquier caso, no tomo partido, tan sólo le estoy contando lo que he leído.

—¿Qué pasó en San Borondón?

—Ahí el relato empieza a ser errático. Es como si el autor de la impostura entrara en un estado de desequilibrio o de trance. La crónica ya no tiene sujeciones temporales. No hay fechas. La estancia en la isla es indefinida. Los monjes inician la construcción de un monasterio. Mernoc aparece y desaparece en largas ausencias. La crónica termina abruptamente tras la descripción del encuentro que tiene Brendanus con un hombre que se encuentra vagando por la isla.

—¿Quién era el misterioso caballero? —le preguntó intrigada.

—Me costó dormirme la noche que lo leí —le reconoció Cameron—. El naufrago se identificó como Pedro Velo, capitán de la carabela portuguesa *Santísima Trinidad*.

Cuando volvían a Madrid por la carretera de Burgos, Cameron conectó de nuevo su móvil. Tenía varias llamadas perdidas. Todas de Marta Larripa. Por un momento, pensó que Acheman, el dios de la buena suerte guanche, se había apiadado de él nublando el entendimiento de la bibliotecaria haciéndola correr hacia sus brazos. Cuando terminó de escuchar su mensaje, supo que Acheman le ignoraba, y que más bien Guayote, el dios de las malas noticias, le hacía objeto de sus preferencias. En la agitada grabación, Marta primero le reprendía por permanecer con el teléfono apagado desde el viernes, para luego contarle que un enviado del arzobispado de Madrid había retirado el manuscrito de Cobisa el pasado jueves de la Biblioteca Nacional. Tenía todas las autorizaciones del Ministerio de Cultura. Al parecer, un importante cardenal del Vaticano, un tal Raffaele Grazzianni, estaba muy interesado en su lectura.

Capítulo XIV

PROYECTO TRINIDAD. SELVA DE LACANDONA, MÉXICO. 4 DE AGOSTO DE 2009

Capita XIV. N.S.B.a. La nave de los monjes queda atrapada en un mar inmóvil, el «Mar Coagulado». Los monjes cubren sus cabezas con cenizas y hacen penitencia por sus pecados.

El Black Hawk cabeceó a babor para corregir la derrota hacia su objetivo, Base Trinidad, en el interior de la todavía lejana selva de Lacandona. Cuando el piloto hubo estabilizado su vuelo y la altura, sobrevolando las brillantes aguas del Golfo de México, pidió a su segundo máxima potencia. Los poderosos turbo-ejes gemelos T700 de General Electric, que conferían al helicóptero una fuerza conjunta de casi dos mil caballos, proyectaron en el aire la nave, como si hubiera sido lanzada por una invisible y gigantesca catapulta. El Black Hawk, con sus nueve toneladas de peso, alcanzó en pocos segundos una velocidad de crucero de trescientos kilómetros por hora.

Madoc Cameron Coe, embutido en su liviano mono de vuelo, sonrió beatíficamente al notar el hormigueo de su estómago producido por la brutal aceleración.

Podía oír, aunque fuese muy atenuado por su casco acolchado de tripulante, el rugir de los motores y podía sentir la increíble fuerza de la máquina.

Aquel vuelo le estaba rejuveneciendo.

A su memoria acudieron los recuerdos de sus primeras experiencias con los «pájaros» en los ochenta, durante sus primeras misiones en la selva colombiana.

Él llegaba siempre con la segunda oleada de UH-60, los Black Hawk. Antes, los chicos de operaciones especiales habían estado haciendo su trabajo, después de que el grupo de infiltración en tierra, tras muchos días en la selva, hubiera marcado la zona.

La operativa era sencilla. Se rociaba la cuadrícula donde se había localizado el laboratorio de coca, con bombas de napalm y con misiles Hellfire. Cada helicóptero llevaba dieciséis cohetes, y siempre eran escuadrillas de cuatro «pájaros» los que efectuaban las misiones. Para redondear aquella descomunal potencia de fuego, en cada pasada sobre el blanco, los artilleros vaciaban sus parejas de ametralladoras de 7,62 mm, o sus cañones Gatling de ocho tubos.

Cuando habían vaciado su arsenal, los cuatro Black Hawk se situaban en vuelo estacionario sobre los cuatro vértices del laboratorio arrasado, luego lanzaban sus cuerdas por las que descendían a pulso los seáis armados hasta los dientes.

Aquellos treinta y dos muchachos, a los que Leónidas no le hubiera importado enrollar entre sus trescientos, se encargaban de la limpieza final del objetivo.

Madoc llegaba siempre al final. Cuando el olor a napalm inundaba la selva quemada y sus cazadores colocaban en hileras a los narcos muertos o sus pedazos más grandes, como luego lo vería hacer años más tarde en una montería de venados en España.

El agregado comercial de la embajada felicitaba a los oficiales, repartía puros cubanos y apretaba los lóbulos de las orejas pegadas a rostros tiznados y sonrientes de sus mejores soldados, como Julio César.

Durante mucho tiempo, él y sus Black Hawk fueron el hombre y las máquinas más odiados por los cárteles colombianos. Madoc Cameron hizo perder centenares de millones de dólares a los jefes de la mafia. Fueron buenos tiempos aquéllos. Por lo menos era un tiempo en el que creía realmente en lo que hacía, pensó para sí con cierta amargura.

Le sacaron de Colombia tras el segundo atentado que hubo contra su persona, en el que ya hubo muertos. La Agencia ya no podía garantizar su seguridad, estaba quemado.

La última vez que había volado en un Black Hawk fue en Afganistán, en 2001, sobre las cumbres de Tora Bora, para certificar que bajo cientos de toneladas de piedra se encontraba el cuerpo de Bin Laden, el mayor asesino en serie del terrorismo de la historia.

Personalmente, él nunca estuvo de acuerdo en ocultar el hecho de que aquel niño pijo Saudita, reconvertido en Mesías, hubiese muerto en la última ofensiva americana. Fue un ataque en el que los misiles crucero habían convertido lo que había sido la intrincada red de cuevas del caudillo de Al Qaeda en un amasijo de toneladas de piedras desmenuzadas.

Meses después tuvo que reconocer, con ironía, que aquella estrategia tenía cierto sentido.

Los cerebros privilegiados que habían tomado aquella decisión más tarde dieron la orden de invadir Iraq.

«Nosotros necesitamos al monstruo vivo, Mac, para que el maldito Occidente le tenga miedo a algo —había tratado de explicarle su jefe, el director de la Agencia—. Y ellos necesitan a su héroe vivo, porque la leyenda de un inmortal hace más seguidores. Así que ninguna de las partes contaremos la verdad y todos tendremos lo que queremos. Eres uno de los mejores, Madoc Cameron, y espero mucho de ti, pero a veces me parece que no acabas de entender que el bien necesita del mal para existir. Ésas son las reglas del Gran Juego, hijo. Bastantes problemas hemos tenido desde que los mariquitas de los rusos se hicieron liberales», le remedió a modo de conclusión.

Ahora que estaba a punto de pasar a la reserva activa, una especie de prejubilación dorada, merecidamente ganada y bruñida con una impecable hoja de servicios a la organización, tan sólo le asaltaba una duda. No tenía muy claro si el equipo en el que jugaba era el de los buenos o el de los malos.

«Cuando se vaya acercando el final de tu carrera, muchas veces te asaltará esa

incertidumbre —recordaba las palabras de un veterano agente, desaparecido años más tarde en Mogadiscio—. Es una señal». «¿Una señal, para qué, Bob?», se recordaba preguntándole en un bar de la embajada. «Es una señal para que comiences a bajar tu hándicap de golf».

Se quedó dormido. Aquéllos no eran pensamientos políticamente correctos.

La deceleración del aparato le hizo salir de su sopor. Estaban llegando al objetivo. Había sido un vuelo tranquilo y placentero, no más de treinta minutos desde que despegaron del portaviones *Enterprise*. El gigante navegaba por aguas del Golfo de México, a más de cien kilómetros de la península de Yucatán. Cuando alcanzaron la línea de costa habían tenido que sobrevolar otros ciento cincuenta kilómetros, atravesando la selva de Lacandona para llegar a Base Trinidad, en el corazón de la jungla.

Le habían dicho que Base Trinidad recibía su nombre del pequeño y cercano poblado de Trinidad, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Aunque él bien sabía que las distancias en la selva no se medían por kilómetros, sino por «posible llegar o imposible llegar».

Base Trinidad en realidad era una modernísima planta de energía, de la que tendría más datos si se hubiera molestado en hojear el grueso informe que llevaba en su portafolios de piel de avestruz.

Los detalles de su misión le serían especificados en el teatro de operaciones, como solía ocurrir en la mayoría de las ocasiones.

—«Zona limpia y asegurada» —pudo escuchar el mensaje del comandante del helicóptero que les había precedido en el vuelo a través de los auriculares de su casco.

—Soltamos *chaff* y bengalas —anunció el piloto de su helicóptero, activando las medidas antimisiles tierra-aire. El teniente Lajoya era un veterano de la guerra de Iraq, que ya había tenido dos incidentes en «zonas limpias y aseguradas».

A Cameron le pareció bien. La selva de Lacandona era un lugar relativamente tranquilo desde que los zapatistas habían sido domesticados bajo montañas de dólares. Pero siempre quedaban guerrilleros descontentos, bien porque eran más puros, bien porque no habían recibido su parte.

Y desde Mogadiscio los americanos sabían bien que un modesto y barato lanzacohetes RPG manejado con destreza o con fortuna podía derribar uno de sus majestuosos pájaros.

El Black Hawk ejecutó la maniobra de aterrizaje hasta posarse suavemente sobre la plataforma asignada por la torre del helipuerto. Madoc corrió agachado y con agilidad por la pista de cemento, dejando atrás a la nave inmóvil, girando sus aspas con sus motores apagándose.

No se quitó el casco ni el chaleco antibalas hasta que no se sintió seguro y a cubierto tras las gruesas paredes de hormigón del imponente edificio de la nueva planta de energía. La selva había quedado fuera.

Mientras trataba de arreglar su aplastado cabello con ayuda del reflejo de una moderna y bien biselada mampara de cristal, vio cómo se aproximaba hacia él un hombre de unos sesenta años. Rostro saludablemente bronceado por el sol mexicano, cabello blanco y traje de corte impecable.

El anfitrión le saludó con una franca sonrisa y un caluroso apretón de manos.

—Madoc Cameron —le recordó su nombre por si lo había olvidado durante el vuelo—. Una verdadera leyenda dentro de la Agencia. Es un honor tenerlo aquí, y que usted vaya a sustituirme en el puesto.

—Todavía quedan seis meses para que le sustituya, director O'Malley —le había dado todas las claves para que pudiera identificarle—. Así que la mejora de su hándicap todavía tendrá que esperar.

O'Malley rió de buena gana.

—No lo crea. Aquí tenemos un magnífico campo de nueve hoyos en la superficie, cortesía de la Comisión de Energía Americana para los náufragos destinados a esta planta en mitad de este océano verde que nos rodea. Aquí todo es a lo grande, Cameron. Espero que podamos jugar un partido antes de que nos deje. De cualquier forma, bienvenido al proyecto del LHC de Lacandona —le contestó el director.

—No he tenido tiempo de leer en profundidad el documento del proyecto —mintió sin rubor, algo que en su familia se daba muy bien—. Pero pensé que se llamaba proyecto Trinidad. —Recordó el título de la portada del *dossier*.

—Lacandona podríamos decir que es el nombre civil. Trinidad está ciento cincuenta metros por debajo de nuestros pies, y es la razón por la que usted y yo estamos aquí —le contestó O'Malley—. Todavía estamos a tiempo de ver terminar la rueda de prensa del doctor Castello. Él le explicará en qué consiste el proyecto.

A Cameron, O'Malley le pareció un tipo amable. Tan amable que incluso estaba dispuesto a no hacerle trampas jugando al golf.

El encuentro con los periodistas estaba en su punto culminante. Hasta su incorporación al proyecto del LHC de Lacandona, el doctor en física Charles Castello, discípulo y ayudante del premio Nobel Carlo Rubbia, exponía con seguridad las bondades del nuevo amplificador de energía recién inaugurado. Su auditorio estaba formado por periodistas locales y compañeros de los medios internacionales destacados en el acto de apertura de la nueva planta.

—Los aceleradores de partículas son ya herramientas indispensables en la industria, en la medicina y en la investigación. —Todos los presentes le escuchaban respetuosamente y en un silencio tan sólo roto por los chasquidos de los obturadores de las cámaras fotográficas—. En el caso del campo médico, por ejemplo —continuó—, los aceleradores nos facilitarán escalpelos láser de haces para cirugía de precisión, hasta ahora desconocidos. Esta nueva generación de bisturíes que empleen láser de electrones libres alcanzará precisiones de una fracción de milímetro y podrán operar sin dañar los tejidos adyacentes.

»En materia de protección medioambiental, los aceleradores jugarán un papel

vital para el futuro del planeta. Gracias a ellos, podremos dividir los residuos nucleares de larga duración y transformarlos en material inocuo.

Una mano se alzó entre los periodistas, una pregunta preparada. El moderador, que estaba sentado en la mesa que presidía la sala, junto a Castello, un miembro del gobierno mexicano y el vicepresidente de la Agencia de Energía Americana, le señaló para que pudiese hablar.

—¿Cómo es esto posible, profesor?

—Técnicamente, podríamos decir que cuando los haces de alta densidad producidos por nuestro acelerador bombardeen un residuo nuclear, se crearán neutrones. Estos neutrones se combinarán más tarde con los residuos radiactivos, haciendo que éstos se dividan en elementos estables. Es lo que conocemos como técnica ATW o Acelerador de Transmutación de Residuos. —Castello obvió comentar que aquella sofisticada tecnología hubiese sido desarrollada en Estados Unidos. El sentimiento antiamericano por debajo de Río Grande era muy intenso—. Estamos en situación de asegurar que, gracias a esta técnica, nuestro acelerador de Lacandona se convertirá en un auténtico destructor de residuos nucleares, haciéndolos totalmente inocuos y ayudando a que nuestro planeta sea un lugar más seguro, más limpio y más confortable.

—¿Es cierto que Lacandona será una planta de generación de energía limpia? —Segunda pregunta preparada, esta vez partía de una atractiva periodista local.

—Quizá el desarrollo reciente más significativo en cuanto a las aplicaciones de los aceleradores, sea el hecho de que pueden convertirse en auténticas plantas de generación de energía. El acelerador de última generación de LCH^[27] de Lacandona se ha configurado como un amplificador de energía. —Hizo una pausa para que los periodistas pudieran tomar sus notas—. Nuestro amplificador de energía bombardeará su objetivo con un haz de protones de alta intensidad, provocando fisión nuclear y liberación de energía.

»Este método brinda dos grandes ventajas. La primera es seguridad con mayúsculas —hizo una estudiada pausa, era el momento de adornarse—. Al contrario que en las centrales nucleares convencionales, en Lacandona es imposible que se dé una reacción en cadena, ya que sin el acelerador la reacción se detiene. La segunda es que nuestra planta será totalmente limpia. Al utilizar una técnica ATW, los residuos generados serán absolutamente inocuos.

—¿No es cierto que el acelerador de Lacandona tendrá que operar conjuntamente con un reactor nuclear para convertirse en un amplificador de energía? —La tercera pregunta, dentro del guión previsto, levantó un ligero murmullo entre los asistentes a la rueda de prensa.

—Como les estaba diciendo, una de las utilidades más prometedoras del empleo de aceleradores de partículas es la de producir energía limpia, segura y prácticamente inagotable. —Castello no perdía su perfecta y sempiterna sonrisa—. En efecto —reconoció—, el plan es combinar un acelerador de partículas con un di-mi-nu-to

reactor nuclear. —Se deleitó silabeando la palabra—. La idea básica es sencilla y difiere de las centrales nucleares convencionales en dos puntos. Primero —alzó su dedo índice—, el combustible del reactor será torio en lugar de uranio. El torio es más fácil y más económico de extraer que el uranio, y tres veces más abundante en la tierra que éste. Segundo —hizo muy a propósito una «v» con el índice y el anular—, el acelerador de partículas se empleará para producir protones que provocarán fisión nuclear. Esto aportará múltiples ventajas —con su mirada recorría el auditorio—, la principal es que la reacción no es autosostenida, de modo que es imposible que se produzca una pérdida de control tal como ocurrió en Chernobyl. Al contrario que los reactores convencionales de fisión, nuestro amplificador necesita energía para seguir trabajando. Si el suministro externo de neutrones se agota, la reacción simplemente se detiene.

Alguien levantó la mano un segundo antes de que el moderador pudiera dar paso al cuarto y último periodista preparado. Hubo miradas furtivas y nerviosas en la mesa presidencial hacia Castello. Éste asintió sin perder su sonrisa ni su rictus de seguridad, mientras íntimamente deseaba que un herpes zóster devorase las ingles del periodista que iba a hacerle la pregunta.

—¿Cabe la posibilidad —carraspeó el joven nerviosamente— de que gracias a la hasta ahora desconocida energía y luminosidad que desplegará el nuevo acelerador pueda descubrirse el bosón de Higgs? ¿O lo que los físicos llaman materia exótica? ¿O incluso recrearse agujeros negros?

La risa de Castello pareció real. Y fue contagiosa. El auditorio rió con él.

—Bueno, no estamos aquí para hacer ciencia-ficción, mi querido amigo —le contestó cuando pareció recuperarse de aquella, aparentemente, divertida pregunta—. Nosotros sólo nos quedamos con la «ciencia». Lo que sí puedo asegurarle, señor... —El joven periodista levantó de nuevo la mano, su rostro estaba como la grana, pero parecía dispuesto a plantear una réplica. Era inútil, desde la mesa de control le habían cortado el sonido del micro—. Lo único que puedo asegurarle, señor —repitió—, es que el nuevo acelerador de Lacandona producirá diez veces más energía que la central nuclear más potente del mundo. Que esta energía será, además, más barata, limpia y segura que cualquiera de las que hoy se producen. —Hizo una pausa para ver el efecto que sus palabras habían causado entre su audiencia. Satisfecho, continuó—: Lo que sí puedo afirmar, señoras y caballeros, es que gracias al esfuerzo internacional —omitió señalarles que el noventa y cinco por ciento de los fondos para construir la central habían sido aportados por el gobierno americano—, el nuevo acelerador de Lacandona se convertirá en un hito de la ciencia mundial haciendo posible que las generaciones venideras encuentren un lugar más seguro, más limpio y más confortable donde vivir. Hoy es un gran día para toda América y especialmente para México. —Su último regalo a la galería.

Los chicos de los aplausos aquel día se ganaron el sueldo. La sala se contagió rápidamente en una estruendosa ovación.

Castello salió escoltado del moderador. Cameron y O'Malley tuvieron que apartarse de su camino para no ser arrollados por el ímpetu de su marcha.

—Quiero un informe completo del hijoputa que ha hablado de agujeros negros y materia exótica en esta sala —masculló entre dientes el físico a su ayudante, mientras devolvía saludos con una espléndida sonrisa a todo aquel con el que se cruzaba. O'Malley y Cameron marchaban detrás de ellos, a buen paso, tratando de no perderles.

—Ya lo he pedido, señor. Yo personalmente se lo llevaré a su despacho —le contestó el atribulado moderador.

—Por favor... —La voz de O'Malley a sus espaldas—. Aquí no, director. En mi despacho. En la «cueva» —le contestó sin ni siquiera volverse ni aflojar su rápido paso.

«La cueva» estaba situada cien metros por debajo de la superficie. En ese nivel, un área absolutamente restringida, se encontraba el pequeño reactor nuclear que convertía al acelerador de Lacandona en un amplificador de energía.

Sin embargo, Cameron sospechaba que allí se escondía algo más. El verdadero objeto de su misión. Tuvieron que enfundarse aparatosos monos antirradiativos antes de introducirse en uno de los ascensores que daba acceso al nivel del reactor.

Era un amplio ascensor tipo jaula, como los que se utilizaban en las grandes explotaciones mineras.

—No es muy bonito, pero es útil —observó Castello, al que no habían pasado desapercibidas las miradas de Cameron a las paredes horadadas en piedra viva que se deslizaban tras las mallas de seguridad del ascensor—. En caso de avería, uno puede abandonar la jaula y trepar por la escalerilla metálica del hueco del ascensor. —Cameron observó la escala de hierro en la penumbra de la cavidad por la que descendían—. Si no se tiene vértigo —puntualizó el físico.

Cuando se detuvo el ascensor, dos guardas de seguridad fuertemente armados les chequearon antes de ser identificados por un escáner ocular. Siguieron un largo pasillo y se desprendieron de sus trajes de seguridad en un vestuario.

—Pensé que ahora visitaríamos el reactor nuclear —dijo Cameron con cierta reticencia mientras se deshacía del mono.

—Y eso es «parte» de lo que haremos, señor embajador, pero puedo asegurarle que en Nueva York pasea usted expuesto a más contaminación nuclear que la que hay aquí —le contestó el doctor.

—Los trajes de seguridad son para mantener la «magia» de los que nos observan en la planta superior —remarcó O'Malley.

Los hombres, ahora sólo provistos de batas blancas con el logotipo de la central de Lacandona, avanzaron por un bien iluminado pasillo. Se pararon ante una gran puerta con los iconos de «zona Radiactiva», entonces Castello pulsó una combinación numérica en el teclado de la pared que hizo que la puerta se deslizara escamoteándose

en el muro.

Entraron en la sala del reactor.

Al pequeño de los Cameron le impresionó lo poco impresionante que era la sala. Una habitación que no debía de medir más de cuarenta metros cuadrados. Dos consolas semicirculares, llenas de pantallas de ordenadores y medidores, rodeaban un pequeño monolito revestido de hormigón que no debía de ser más grande que un frigorífico doméstico. Dos técnicos parecían controlar que todo estuviera en orden.

—No se decepcione —otra vez Castello parecía leerle el pensamiento—, nuestra pequeña «estufa» es capaz de generar energía para mantener a diez ciudades como México D. F. juntas, y de paso alimentar a nuestros dos «bebés».

El embajador compuso un gesto de extrañeza.

—Está usted a punto de descubrir nuestro gran secreto, futuro director. De lo que vamos a mostrarle ahora, sólo saben de su existencia el presidente, el vicepresidente, la consejera de Seguridad, nuestro amado jefe y seis personas de las trescientas que trabajan en Lacandona. —Castello le miraba ahora fijamente, con una media sonrisa dibujada en el rostro, mientras observaba sus reacciones—. Los trabajadores e ingenieros que trabajaron en el proyecto hicieron la obra fraccionadamente. En realidad nunca supieron lo que estaban construyendo. Debe usted de haber sido muy bueno para que el jefe le retire aquí —apostilló.

Cameron, lejos de sentirse orgulloso por su último comentario, comenzaba a tener una desagradable sensación de incomodidad.

—Estoy un poco mayor para acertijos —respondió secamente.

—En realidad, lo que vamos a mostrarle ahora —intervino O'Malley— es el segundo acelerador de Lacandona. Algo que muy pocas personas conocen, como ya le ha señalado el doctor, y la razón por la que nosotros estamos aquí.

Castello sacó de uno de los bolsillos de su bata un diminuto mando a distancia, tecleó una clave numérica, y uno de los paneles de hormigón de la sala del reactor se deslizó dentro de la pared, dejando a la vista la boca de un largo e iluminado pasillo.

—Bienvenido a «Nunca Jamás» —le dijo sonriente el físico—. Ahora vamos a mostrarle nuestro segundo bebé.

El segundo acelerador, de la clase LCH, tenía una circunferencia de cincuenta y cuatro kilómetros, doblando el tamaño de su homólogo del CERN, en Suiza, le había explicado el físico mientras recorrían la larga galería. Aquélla era la máquina más grande jamás construida por el hombre y constituía el secreto mejor guardado de la organización. Había sido aprobado personalmente por el presidente Bush al comienzo de su primer mandato. Se fue construyendo utilizando como tapadera la construcción de la central de Lacandona, y de espaldas, obviamente, al gobierno mexicano, que había cedido los terrenos.

—¿Y en qué consiste exactamente «Nunca Jamás»? —se decidió a preguntar, aunque sospechaba que la respuesta no iba a gustarle.

—¿Le gustaría viajar en el tiempo, señor Cameron? —le respondió con otra

pregunta y una enigmática sonrisa—. Pues aquí estamos construyendo la puerta.

Volvió a accionar su mando y otro gran panel volvió a deslizarse. Estaban en la sala de control del segundo acelerador de Lacandona. En el corazón de la Bestia.

La sala era enorme. Llena de pantallas de plasma y ordenadores de última generación, que parecían supervisar y controlar el gigantesco acelerador.

El embajador pudo distinguir una parte de la sección del acelerador al descubierto. Un gran tubo, ligeramente curvado, que anunciaba su ciclópea forma circular, revestido de brillante y pulido acero; la sección del tubo tenía tres metros de diámetro, espacio más que suficiente para que una persona estuviera de pie en su interior. El conducto del acelerador se encastraba en la pared en sus dos extremos.

Cameron pudo distinguir en mitad de la sala una enorme cabina adherida a la sección de la máquina.

Los dos técnicos que parecían controlar el acelerador intercambiaron breves saludos con los recién llegados y rápidamente continuaron con su trabajo.

—¿Había oído hablar de los viajes en el tiempo, embajador? —insistió Castello, sin apartar la vista de los datos que le ofrecía un monitor.

—No soy muy aficionado a la literatura de ciencia ficción, ni al cine fantástico —le reconoció.

—Ya —chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Supongo al menos que sabrá que no hay ninguna ley matemática que excluya la posibilidad de viajar en el tiempo.

—Lo sabía desde que tuve ocasión de estudiar la ley de la Relatividad de Einstein, en Harvard. —Sospechaba que la relación con el físico no iba a ser fácil.

—Paul Davies^[28] ya predijo hace unos años que construir una máquina para viajar en el tiempo era cuestión de dinero y no de física. —Hizo caso omiso de su respuesta—. No puede ni imaginarse la montaña de dinero que llevamos gastado en este proyecto. Ahora continuaremos nuestra didáctica conversación en mi despacho.

Su estudio era una estancia amplia, funcional y cómoda. Algo claustrofóbico al no tener ventanas, un detalle arquitectónico inútil cuando se está a ciento cincuenta metros bajo tierra.

Castello se sentó frente a ellos en su amplia mesa de dirección.

—La física nos permite viajar al futuro desde el punto de vista de la relatividad, en este sentido parece que todos estamos conformes. —El científico parecía querer fijar un punto de partida.

Cameron asintió, recordaba perfectamente el ejemplo diseñado por Einstein. Una persona que pase un año terrestre viajando en una nave espacial a una velocidad aproximada a la de la luz conseguirá que su tiempo avance más despacio. Así, cuando regrese a la Tierra, los que dejó allí habrán envejecido, tanto más cuanto más haya durado su viaje. Un viaje de semanas en el espacio exterior a velocidades lumínicas significará el transcurrir de años en la Tierra. En esencia, el viajero espacial habrá viajado al futuro.

—En realidad y en una reducción simplista —continuó Castello—, los viajes al futuro sólo requieren una aceleración de velocidad. Sin embargo, los viajes al pasado implican proezas exóticas y de dudosa ingeniería. O al menos eso se pensaba, hasta que se construyó el primer acelerador de partículas.

O'Malley y su invitado permanecieron en silencio.

—Ocurrió hace unos años, en el CERN de Suiza. Un hecho fortuito y accidental como casi todos los que provocan los grandes descubrimientos y avances de la ciencia. Fue durante las primeras pruebas del acelerador LHC: un buen día se produjo una repentina caída de potencia, aparentemente injustificable. Se suspendieron las pruebas y se revisó la máquina palmo a palmo, remache a remache. Y no se encontró la causa. Sin embargo, uno de nuestros «chicos», tenemos gente en cualquier parte donde pueda ocurrir algo interesante, detectó lo que otros no supieron ver en la plasmografía de una de las secciones. En el torrente de protones que viajaban casi a la velocidad de la luz en el interior del acelerador, distinguió una pequeña mancha oscura. Duplicó las grabaciones y nos las envió a Langley. Las hicimos analizar en el laboratorio de Los Álamos y descubrimos la personalidad de la diminuta mancha. —Hizo una pausa, y Cameron tuvo que reconocer que Castello tenía unas apreciables dotes dramáticas—. En realidad, lo que se creó aquel día en el acelerador de partículas del CERN fue un diminuto agujero negro que había devorado en pocos segundos millones de protones, produciendo el colapso de la máquina. Los técnicos, finalmente, lo achacaron a un fallo mecánico, y ahí quedó la cosa. Afortunadamente para nosotros.

—Pensé que los agujeros negros sólo existían en el espacio —comentó el embajador.

—Y existen en el espacio —concedió Castello—. Están ahí fuera. Hemos detectado algunos a miles de años luz de la Tierra. Auténticas puertas en el espacio-tiempo. Pero por ahora están fuera de nuestro alcance. Y aunque pudiésemos llegar hasta ellos resultarían inestables, imprevisibles e incontrolables. Así que hemos decidido fabricarlos aquí en la Tierra, en Lacandona. Y le aseguro que sabemos cómo hacerlo. —Había un tono casi triunfal en su última frase.

—Mis conocimientos de física son muy limitados, doctor, pero no acabo de entender la relación de sus agujeros negros devoradores de protones con su pretendida máquina del tiempo —le replicó el menor de los Cameron.

—El doctor en física Paul Davies, como ya le he contado antes, aventuró en el año 2001 que sería posible construir una máquina para viajar en el tiempo a partir de una variante de los agujeros negros llamada agujeros de gusano. En realidad, era algo tan complejo y tan sencillo a la vez como conseguir dos agujeros negros unidos entre sí a través de un agujero de gusano. De esta forma se fabricaría, literalmente, una puerta de acceso al pasado —interrumpió su larga disertación para beber un vaso de agua que acababa de servirle O'Malley de una máquina de autoservicio que había en su despacho.

—Disculpe embajador, no le hemos ofrecido nada —aprovechó el director—. ¿Quiere un refresco, un café?

—No. El agua está bien, gracias. Aborrezco el café. —Cameron sólo quería oír a Castello con la misma ansiedad que Stanley quiso descubrir el secreto de las fuentes del Nilo.

—No quiero aburrirle con extensos detalles de física cuántica y explicaciones matemáticas —le concedió el doctor—. Tan sólo le diré que en este tiempo hemos logrado desarrollar la tecnología suficiente para crear agujeros negros en nuestras instalaciones. Ahora mismo, dos de ellos, perfectamente controlados y estables, se encuentran viajando en nuestro segundo acelerador a distintas velocidades sublumínicas. De esta forma, estableceremos una diferencia de dilatación del tiempo entre las dos aperturas del agujero de gusano que se está formando. Cuando cumplan su ciclo ininterrumpido de diez años, tendremos una máquina para viajar al pasado.

—Calculamos que en esos diez años formaremos un agujero de gusano que será capaz de permitirnos viajes hasta tres mil años atrás de nuestro tiempo actual. —O'Malley aumentó su información sobre las posibilidades de la máquina.

—¿Quieren decirme que podremos mandar turistas al pasado introduciéndoles en nuestro acelerador? —Cameron intentaba controlar su estupefacción.

—No tenemos cerrados todavía todos los detalles de cómo lo haremos, pero tenemos nueve años por delante para estudiarlo —le respondió con seguridad.

—Todo lo que me acaban de contar me parece sencillamente imposible —reconoció el embajador haciendo gala de un escepticismo sin fisuras.

—Nada de lo que acabo de contar, según las leyes de la física, es imposible. El proyecto es problemático en el sentido de la escala, ya que la energía necesaria para construir agujeros de gusano es enorme y difícil de imaginar cómo podrá conseguirse. Hasta que Carlo Rubbia inventó el amplificador de energía.

Cameron, de repente, sintió un escalofrío. Acababa de recordar la pregunta que había provocado en la rueda de prensa el fingido ataque de hilaridad de Castello.

Cuando salía de la reparadora ducha de su lujoso *bungalow* para visitas del complejo de Lacandona, oyó el timbre de recepción de llamadas de su teléfono móvil. El embajador miró en la pantalla la procedencia, y al reconocer el número pulsó el botón verde.

—Madruga usted mucho, Eminencia... —Calculó la diferencia horaria con Roma—. No, no interrumpa usted nada importante, además es siempre un placer hablar con usted, cardenal Grazzianni...

Cuando colgó, minutos más tarde, no estaba tan seguro de que recibir aquella llamada le hubiera provocado ningún placer.

Capítulo XV

VIRIATO, 6 DE AGOSTO DE 2009

Capita XV. N.S.B.a. Los monjes se cruzan de nuevo con «Iasconus», el pez gigante, y recuperan la marmita, que ahora es de oro. Un joven lleno de luz le anuncia a Brendanus en sus sueños que su viaje durará siete años y que su estancia en la isla del Paraíso será de cuarenta días.

Cameron abrió con sus llaves la puerta del piso. Había vuelto a dejarse una pequeña fortuna para comprar un kilo de auténtico solomillo de buey de Kobe en una carnicería *delicatessen* del mercado de Chamartín. Joselito se llamaba el propietario, que debía estar en la lista Forbes por los precios a los que despachaba sus carnes. Se la había recomendado Alejandra por la mañana, antes de que se despidieran porque ella empezaba sus vacaciones.

—Nos vamos a Suecia, Gus quiere que conozca a sus padres.

—¿Vuestra boda será católica o por el rito protestante? —le preguntó incisivo.

—No sé si acabaré casándome con mi chico, pérfido profesor —le contestó burlona— pero si lo hago no será bajo la sombra de ninguna cruz. Gus es profundamente ateo. Le salen sarpullidos en las iglesias. He tenido que quitarme hasta la medalla de la Virgen de mi colegio. —Había una sombra de tristeza en su explicación.

—Todos los hombres, excepto yo, tienen su lado oscuro, mi querida doctora.

Sus pensamientos volvieron al solomillo de Kobe, un refugio mucho más seguro y estable. Se daría un homenaje con su jovencísima realquilada, que también le producía una espontánea afluencia de sentimientos paternofiliales. De repente, echó de menos a Kelly Lamar, o Lamarca, y sus increíbles piruetas acrobáticas en la cama.

Se centró de nuevo en el solomillo. Ahora sabía cómo cocinarlo, siguiendo las sabias indicaciones de Joselito, el magnate de la carne, para que no se le churruscara como una suela de zapato.

Entró en el salón deseoso de mostrarle a Lola su trozo de carne delicadísima, como un cazador de la última glaciación orgulloso de mostrar a su tribu un costillar de mamut. Y se quedó de una pieza cuando percibió la presencia del visitante.

Frente a él, sentado en el sofá, bajo el cuadro velazqueño, le sonreía beatíficamente un individuo vestido con hábitos de monje.

Lola entró en la estancia, como en una perfecta escenografía, portando una bandeja con limonada helada. Parecía feliz y exultante.

—No vas a creértelo, profesor —le dijo con una amplia sonrisa—, te presento a don Viriato Restrepo, el inventor de la salsa de las patatas bravas.

Cameron tuvo que sujetar con fuerza la bolsa de plástico serigrafiada de

«Carnicerías Joselito, Carnes de Etiqueta», para que no se le resbalara de las manos. Allí estaban los tres, el monje, el profesor y la recién licenciada sentados alrededor de una jarra de limonada, esperando escuchar y entender una historia imposible. Por la ventana entreabierta del salón se filtró el olor ácido de los riñones que freía doña Úrsula un piso más abajo. Cameron visualizó las vísceras chisporroteando en la panza plana y negra de la sartén. Y quiso pensar que aquélla era una corrala ilustrada y que doña Úrsula leía a Joyce.

—Le hacía a usted muerto por la prensa —le espetó Cameron al monje, dejando los riñones a un lado y fijando su vista en la página del diario *El Mundo* enmarcada y colgada de la pared; la que daba noticia de la terrible explosión de gas.

—«Los muertos que vos matáis, gozan de buena salud», que diría Corneille —le respondió bienhumorado y sarcástico el hombre que vestía con hábito benedictino.

—Pensé que la frase era del Tenorio de Zorrilla —le contestó retador. Su memoria viajó a la foto de los dos monjes sonrientes en la playa, en la fiesta de disfraces. Aquel tipo era clavado al Viriato de la fotografía.

—Reléase el Tenorio, no encontrará la frase por ningún lado. La historia está llena de mentiras e imprecisiones, si yo le contara... —le respondió.

—Precisamente en ese punto me gustaría detenerme —le reconoció—. ¿Es usted el hombre del rotulador rojo? —Decidió sobre la marcha que ya era hora de ir acortando plazos y cobrándose incertidumbres.

—Sí —le contestó con naturalidad—. Supongo que usted espera, y yo le debo, una explicación —continuó mientras cogía entre sus manos un vaso de limonada helada que acababa de ofrecerle Lola.

—La verdad es que estoy deseoso por saber cuál es mi papel en toda esta historia. Y ya que finalmente usted ha decidido presentarse, me gustaría conocer la historia completa —admitió el americano.

—Está en su derecho, pero la verdad es que no sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si prueba a hacerlo por el principio? —le sugirió Cameron antes de dar el primer sorbo de refresco.

—Cuéntele lo del cuadro, por favor —sugirió Lola apremiante—. ¿Sabes que lo que tenemos colgado de la pared es un auténtico Velázquez, Sebastian? Una historia alucinante —le aseguró.

—Quizá el profesor Cameron tenga razón, Lola. Debería comenzar mi explicación por el principio para hacerla inteligible —razonó Viriato.

—Tomaremos como referencia aquella noche de 1936 en la iglesia de San Felipe y Santiago, en Cobisa. —Guardó silencio y pareció reflexionar un instante—. Quizá debería empezar mi relato un poco antes.

Sí —dijo finalmente—, así entenderán mejor mi historia, que ahora es también la suya —apostilló dejando que el misterio flotara en el salón de la casa, que ahora era un poco de todos.

El terral parecía disminuir. Odran, escondido entre el cañaveral seguía observando a Mernoc, que continuaba clavado de rodillas en la playa frente al mar. Llevaba así desde que había estallado la galerna, con la cabeza gacha, como en actitud de oración. Desde su escondite podía distinguir perfectamente su zurrón de piel de ternero, cruzado en bandolera a la espalda del monje. En su interior llevaba el libro que él mismo le había escamoteado al abad de Conflert. El *Navigatio Sancti Brendani abbatis* que con tanto celo y cuidado había escrito durante meses Brendanus. La verdadera crónica de su increíble viaje y la de todos los hechos extraordinarios que en él acontecieron. La auténtica historia para la que todavía «no era el tiempo de ser conocida por los hombres, que todo lo pudren por el pecado», como le había dicho Mernoc.

«El tiempo, qué paradoja», pensó el gigante.

Mernoc no podía tener queja de él. Había cumplido sus instrucciones al pie de la letra. Esa misma mañana se había introducido en la celda de Brendanus y había cambiado su *Navigatio* por el que había escrito Mernoc en secreto.

La otra historia fantástica del viaje, llena de islas con ovejas gigantes, mares coagulados, monstruos marinos, columnas de cristal o montañas hirvientes. Con todos los ingredientes necesarios para ser contada por sacerdotes y juglares alrededor de un buen fuego. Para que las gentes sencillas abrieran sus corazones a Dios, le amaran y fueran conscientes de su grandeza.

«Pero Brendanus no tardará en darse cuenta del engaño», le había razonado más preocupado por la furia del abad que por las consecuencias morales del hurto. «El abad acabará entendiéndolo, las cosas deben ser así», le había comentado, con esa seguridad con la que exponía sus razonamientos y acababa siempre por desarmarle.

Le había obedecido siempre en todo. Pero ahora no pensaba hacerlo. «Voy a encontrarme con el Señor», le había dicho aquella mañana con la misma tranquilidad que le podía haber dicho que se disponía a dar un paseo para recolectar grosellas silvestres.

Odran había decidido que él también vería el rostro del Señor aquel día. Seguiría a Mernoc hasta donde hiciera falta para conseguirlo. Y luego volvería a Irlanda, como estaba escrito.

El silencio del mar le sorprendió de repente, y Odran fijó su mirada en el océano, consciente de lo que iba a ocurrir.

Las olas ya no lamían la oscura arena de la playa. El agua parecía haberse paralizado formando una lámina perfecta. La isla dejó de tener sonidos. El canto de los pájaros había cesado. El aire ya no corría entre las cañas, ni agitaba las hojas de los gigantescos barbusanos que le rodeaban. Entonces, el cielo y el perfil del mar comenzaron a licuarse hasta confundirse entre sí.

Llegó el fogonazo de luz acompañado de la reverberación de un trueno lejano.

La playa ya no se perdía en el mar, en su lugar había aparecido un extenso olivar.

«La puerta», como decía Mernoc, acababa de abrirse. Odran vio entonces cómo el monje se levantaba y comenzaba a caminar hacia los olivos. Abandonó su escondite y le siguió.

El optio^[29] Mario Casio Licinio daba vueltas, nervioso, en aquella estancia de la casa del sumo sacerdote Caifas. Él y sus hombres, que permanecían sentados, ya habían relatado a Sanem, el escriba, lo que había sucedido durante la guardia del sepulcro.

Ahora, Casio se maldecía a sí mismo por no haber acudido directamente en presencia del prefecto Poncio Pilato para informarle de lo acaecido durante la madrugada.

Pero se habían dado de bruces, mientras marchaban hacia la fortaleza Antonia, con el ubicuo escriba.

Los soldados estaban todavía asustados, y le habían contado con todo lujo de detalles los extraordinarios hechos que acababan de vivir junto a la tumba del crucificado. Recordaba cómo sus hombres, reclutados entre la etnia samaritana, hablaban nerviosamente en hebreo con el funcionario judío. Por un momento sintió la extraña e incómoda sensación de estar rodeado de enemigos. No se fiaba de los judíos. Ni de los medio judíos samaritanos. De la misma manera que ellos, el pueblo ocupado, no se fiaban de los romanos.

Tenía que haberse desembarazado del escriba y haber ido directamente a la fortaleza Antonia, con los suyos. Pero Sanem insistió en que debían acudir de inmediato a la casa de Caifas, el sumo sacerdote.

Recordaba cómo sus hombres asentían con la cabeza la propuesta del judío.

Sanem, decía llamarse. Casio pensaba que debía de ser un sacerdote proveniente del bajo clero, de los que medraban vistiendo la túnica de los escribas y se hacían llamar doctores en la ley. No era de Jerusalén; en realidad, nadie parecía saber de dónde había salido. Decía que, como muchos otros judíos, había acudido a la Ciudad Santa a celebrar la Pascua.

Pero con su palabrería y su discurso sibilino parecía haberse hecho con la voluntad del Sanedrín, el Senado hebreo.

El optio maldijo íntimamente el día, hacía exactamente un mes, que el prefecto de Judea, Pilato, le había hecho llamar a su palacio de Cesarea, donde acababa de llegar con la novena cohorte de la Legio XII Fulminata.

El burócrata había estudiado el expediente de Casio, y él, como buen oficial de inteligencia, había estudiado el de Pilato. El alto funcionario resultó ser lo que adelantaba el informe, un tipo frío y calculador que podía llegar a ser despiadado y cruel si las circunstancias le forzaban mínimamente a ello. Pero también estaba resultando eficaz, pese a sus excesos. Pilato había llegado a Palestina hacía cuatro años, y al tercer año de su mandato fue renovado por Roma, algo nada común entre sus funcionarios en el exterior.

La Ciudad Santa guardaba mala memoria y rencor a Pilato. No habían olvidado la

blasfemia de colocar sus insignias militares en la Fortaleza Antonia y el palacio de Herodes. Ni que hubiera tomado *prestado* dinero del tesoro del templo para financiar las obras del acueducto que apagaría la sed de Jerusalén. Ni la matanza de los judíos, aporreados por sus legionarios cuando protestaban por el latrocinio del tesoro sagrado.

—Iré al grano, oficial —le espetó el prefecto—. Por la información que me han facilitado —continuó mientras hojeaba unos pliegos de pergamino en la gran mesa de mármol griego de su despacho; la suave brisa y los ecos de la calle penetraban por el amplio ventanal que tenía a sus espaldas—, he podido comprobar que tenéis alguna experiencia en tareas de inteligencia.

—Tengo facilidad para los idiomas, señor. Domino el griego, hablo arameo y estoy aprendiendo hebreo...

—Bien —le interrumpió, levantando la vista de sus papeles—, la misión es vuestra. Partiréis hoy mismo en busca de Jesús.

—¿Jesús? —Por vez primera escuchaba ese nombre.

—Un alborotador judío. Según mis informes, Jesús, al que llaman el Rabí^[30], y los que se hacen llamar sus «discípulos» tienen intención de viajar a Jerusalén para celebrar la Pascua. Los vigilaréis y me mantendréis informado de todos sus movimientos. Nos veremos dentro de veinte días en la Ciudad Santa. Os deseo un buen servicio, oficial.

—En seguida, el sumo sacerdote estará con nosotros —Sanem le sacó de sus recuerdos, tocándole con una suavidad casi femenina el brazo—. Ya le he contado vuestra versión de lo sucedido en el sepulcro. Creo que debéis escucharle, él sabe cómo manejar estas situaciones. —Casio se apartó de él sin disimulo, aquel hombre le producía una profunda repugnancia.

Mernoc y Odran se detuvieron en una pequeña explanada rodeada de olivos centenarios. El suelo parecía removido por decenas de pisadas. El gigante, que había sido guerrero antes de vestir los hábitos, supo que aquél era un escenario de forcejeos y lucha.

Mernoc pareció apoyarse en el tronco de uno de los gruesos olivos, su rostro estaba muy pálido.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó su compañero acercándose a él, temeroso de que estuviera a punto de entrar en un nuevo trance.

—Él ha estado aquí —le contestó con los ojos muy abiertos, pero sin verle—. Puedo sentirlo. Estamos en Getsemaní, hermano. ¡Puedo sentir su reciente presencia! —Su pecho se agitaba casi con convulsiones—. ¡Debemos darnos prisa, aún podemos salvarlo!

—¿Corroboráis la versión de vuestros hombres, optio? —El sumo sacerdote le miraba fijamente a los ojos.

—Sucedió tal como os han contado —no se dejó intimidar por Caifás, ni por la presencia de sus seis guardias armados que le miraban hoscos y amenazantes.

—Ya —dijo sin disimular su desdén—. Queréis hacerme creer que la piedra de tres toneladas que sellaba el sepulcro de José de Arimatea fue movida sin dificultad por dos seres celestes y alados que bajaron de las nubes. También debo creer que el sepulcro salió por su propio pie el crucificado, y que ascendió a los cielos escoltado por uno de sus ángeles. —Hizo una pausa—. Un testimonio que realmente puede complicar vuestra excelente hoja de servicios, si os empeñáis en mantenerlo. —Caifás escondió su mano derecha tras la espalda, intentando disimular su temblor. El pánico quería de nuevo apoderarse de él. Después del eclipse y el terremoto que habían marcado el instante de la muerte del Nazareno, su resurrección era el hito que faltaba para que el pueblo le señalase como un nuevo candidato a la cruz. Eso si antes no asaltaban su casa y lo linchaban dentro. Tenía que abortar aquella historia de inmediato. La vida le iba en ello.

—Yo sólo puedo testimoniar lo que he visto —fue la respuesta del oficial romano, que seguía contestando en posición de firmes, con la cabeza alta y mirando al frente.

El sumo sacerdote pensó que si sus relaciones con el pretor de Judea fuesen más fluidas, hubiese hecho degollar al romano en aquel mismo instante.

—Tengo otra versión sobre los hechos. —Caifás impostó su voz con una serenidad de la que carecía—. Ésta es mucho más coherente y racional que la vuestra. Y sin duda nos reportará beneficios a todos —deslizó la frase sibilamente—. En realidad, no ha sido del todo idea mía —reconoció en un infrecuente arrebató de sinceridad, mientras cruzaba fortuita mirada con el escriba, que observaba la escena con una mueca que podía ser una sonrisa y un indefinible brillo en los ojos.

Mernoc y Odran pudieron distinguir la muralla sur de Jerusalén, y hacia allí encaminaron sus pasos. En otras circunstancias hubieran caído de hinojos ante la visión de la Ciudad Santa y habrían orado dando gracias a Dios por contemplar la ciudad que también habían contemplado sus ojos, en el mismo tiempo en que Jesús estaba hollando esos mismos caminos. Pero ahora no tenían tiempo para eso. Estaban a punto de contemplar el rostro del hijo de Dios, y quizá, de cambiar la historia.

En el cerebro de Odran bullían decenas de estrategias para salvarle, porque ahora sabía, por la revelación de Mernoc, que el Señor acababa de ser prendido. Se llevó la mano diestra a la empuñadura del sable del pirata español que llevaba escondido entre sus hábitos, consciente de que era incapaz de pergeñar un plan que no acarrease violencia.

Entonces dejaron a su derecha un pequeño montículo y Odran vio lo que nunca hubiera querido ver. Frente a él, recortándose en el cielo glauco de la mañana recién estrenada, tres astiles de tres cruces vacías. Su privilegiada vista le permitió distinguir las manchas de sangre seca en los toscos maderos.

Sintió una opresión en el pecho, y que el alma se le encogía en la negrura de la

más profunda de las tristezas. Delante de él seguía avanzando Mernoc, ajeno al paisaje y a los símbolos que le rodeaban.

—Jesús es un justo. —Casio resumió con aquellas palabras el informe que acababa de facilitarle a Pilato.

—Vaya, habéis estado apenas unas jornadas junto al alborotador y habéis caído bajo su hechizo —le contestó el prefecto—. En cualquier caso debe de ser un hombre singular —reconoció—. ¿Sabéis que mi esposa Prócula ha soñado con él? —Se volvió para servirse un vaso de vino especiado, desde que había llegado a Jerusalén, la sed parecía devorarlo—. Sueños de sangre. Dice que Jesús, el justo, como le habéis llamado, me someterá a una gran prueba. —Su semblante se endureció de repente. Chasqueó la lengua como intentando ahuyentar negros pensamientos—. ¿Vos creéis en los sueños, Casio?

—Yo sólo creo en lo que veo, excelencia —le contestó.

—Hacéis bien, eso os mantendrá vivo durante mucho tiempo. —Reflexionó—. ¿Qué hace ahora «el maestro», como le llaman sus «discípulos»?

—Están hospedados en casa de José de Arimatea, después de su entrada triunfal en Jerusalén.

—Diez mil personas aclamándole, según nuestros cálculos —recordaba la información que le había dado el optio—. El último recuento de peregrinos en Jerusalén —Pilato lo pedía diariamente a las puertas de la ciudad— me dice que el censo ha aumentado en más de ciento cincuenta mil personas. Así que nuestra urbe tiene ahora mismo alrededor de ciento ochenta mil judíos enfervorizados celebrando la Pascua dentro de sus murallas^[31].

Los dos hombres permanecieron en silencio. Casio tuvo que reconocer que el papel del pretor no era precisamente un regalo en aquellos momentos.

—Cada año, el legado para Siria, del que depende Palestina, me obliga a abandonar mi hermoso palacio de la civilizada ciudad de Cesárea para trasladarme a esta Ciudad Santa de Jerusalén —reflexionó sin disimular su amargura—. Mi obligación es no abandonar la villa hasta que la última de mis túnicas apeste al olor de carne asada en los sacrificios que los judíos ofrendan en la calle. —A Pilato no le gustaban los hebreos—. La excusa oficial del legado para regalarme este infierno de quince días es que mi presencia simboliza el poder de Roma, y esto evita altercados. —A Casio le pareció que el pretor estaba un poco achispado—. Sin embargo, cada año el legado tiene a bien reducir mis fuerzas. Este año sólo dispongo de una cohorte, la novena de la XII Fulminata Legio. —Dibujó en su rostro una cáustica sonrisa—. La novena, la más débil de toda la Legión, sin ninguna experiencia en combate. Formada por tropas auxiliares reclutadas entre sirios, griegos y samaritanos. Quizá ahora entendáis por qué mi guardia personal está formada por los seis centuriones de vuestra cohorte^[32]. —Pilato se expresaba con resentimiento—. Ésta es nuestra situación, Casio. Tengo cuatrocientos ochenta aspirantes a legionarios para mantener

el orden en una ciudad levantisca con ciento ochenta mil judíos que esperan cualquier excusa para degollarnos.

—Hay un complot para matar al Justo, señor.

—¿Cómo decís? —Volvió a fijar toda su atención sobre el oficial.

—Hay un sacerdote, un escriba llamado Sanem, que viene siguiendo a Jesús desde Betania. Se ha reunido varias veces con Anás y Caifás, los sumos sacerdotes de la ciudad. También ha mantenido conversaciones con uno de los discípulos del Maestro. Con Judas.

—Y en vuestra opinión, ¿qué es lo que trama ese oscuro escriba?

—Ha convencido a los sumos sacerdotes de que Jesús representa un peligro para la recta interpretación de la ley, y para ellos mismos. Honestamente, excelencia, éste es un juicio que no distorsiona demasiado la realidad. El Rabí ha puesto más de una vez en duda la labor de los sacerdotes. Sus seguidores empiezan a contarse por millares, y los representantes del clero no están dispuestos a perder el inmenso poder que tienen sobre el pueblo.

Pilato recordó el cercano incidente del templo. Había sido informado de que el alborotador de Nazaret había expulsado a los mercaderes a patadas y fustazos, derribando sus puestos y echando a perder sus mercancías. No hubiera dejado de ser un pequeño incidente de alteración del orden público, si no tuviera el trasfondo de que los comerciantes pagaban un succulento diezmo a los sacerdotes por el ejercicio de su actividad comercial en la casa de Dios. Si alguien deseaba suicidarse en Jerusalén, tan sólo debía imitar las actuaciones de Jesús.

—Y ese Judas, ¿qué papel tiene en todo esto? —Si los sacerdotes habían logrado infiltrarse entre sus discípulos es que se habían tomado el asunto muy en serio.

—Sanem mantiene un doble juego. Se ha acercado a Judas, el más vulnerable de sus seguidores, para ganarse su confianza. Le ha hecho partícipe de un fabuloso plan para salvar a Jesús y sacarle de Jerusalén para salvar su vida. Judas está convencido de sus rectas intenciones y esta noche guiará a los sacerdotes a donde se haya. Piensan prenderlo y ajusticiarlo.

—Eso es imposible —le respondió con vehemencia—. Estamos en Pascua. La ley judía no permite juicios ni ejecuciones en esta época.

—Ellos no piensan en la ley judía, excelencia, ellos están pensando en la ley romana —le contestó el oficial.

La boca de Pilato se inundó de un sabor amargo al escuchar la respuesta de su optio y al recordar el sueño y las palabras de su atribulada esposa Prócula.

Casio bordeaba penosamente por la inclinada cuesta la muralla del segundo perímetro defensivo de la ciudad. Se dirigía al cementerio judío del noroeste de Jerusalén, junto al jardín del Gólgota que ahora ocupaba la antigua cantera de malaquita. Detrás de él caminaban sus dos hombres, con gesto feliz y haciendo chanzas sobre su futuro licenciamiento. A todos ellos les seguía Sanem, como una sombra maligna y

triunfante, cerrando la comitiva. En el correaje del oficial tintineaba la bolsa con treinta sestericios de plata que habían ofrecido a Caifás por su silencio y por apoyar la versión oficial de los sacerdotes. Según ellos, una veintena de discípulos de Jesús, armados hasta los dientes, habían reducido al retén de guardia y habían sustraído el cadáver. Casio había aceptado el dinero, no por ceder al soborno, sino porque sabía que no tenía otra opción si quería salir vivo de casa del sumo sacerdote.

Sanem había exigido volver al sepulcro para eliminar las posibles pruebas antes de que los soldados regresaran a la fortaleza Antonia para rendir cuentas al pretor.

Fue al doblar un recodo del jardín en el que se había transformado aquella antigua cantera de malaquita, cuando comenzaron a ver tumbas judías. Estaban excavadas en la piedra viva^[33], en las catas de la pedrera abandonada.

Mernoc comenzó a aminorar su paso, como si empezara a salir de un sueño, dejándose dominar por un negro presagio. Fue Odran quien distinguió el sepulcro abierto y aislado del resto de tumbas.

Los rumores habían llegado a oídos del pretor, que tenía espías por toda la ciudad, en aquella mañana del tercer día de la ejecución de Jesús. Le intrigaba que Casio no hubiera acudido a informarle puntualmente de lo ocurrido. Estaba preocupado, no tanto por la suerte que hubiera podido correr el oficial, sino por saber de primera mano lo que había ocurrido en el sepulcro donde descansaba el cuerpo del crucificado que él mismo había ordenado custodiar.

Según sus informantes, dos noticias se solapaban y contradecían. Una alegaba que Jesús había resucitado de entre los muertos, como él mismo había anunciado. La otra que sus discípulos habían robado el cadáver del ajusticiado. Esta última estaba siendo propagada con insistencia por el entorno de los sacerdotes.

—El enviado de Caifás está en la puerta, excelencia —le anunció uno de sus centuriones.

Poncio Pilato salió al patio de la fortaleza Antonia. La novena cohorte estaba allí formada. Los centuriones hicieron sonar sus silbatos de órdenes, y las seis centurias se pusieron en posición de firmes con estruendo, haciendo rechinar sus sandalias claveteadas en el empedrado, entrechocando sus armas.

Formaban con todo su equipo reglamentario, escudos, gladios y pilums ligeros y pesados. Sus cascos y armaduras de cota de malla, formadas por gruesos anillos de hierro entrelazados, habían sido bruñidos con esmero y brillaban radiantes y amenazadores bajo el sol de Judea aquel diez de abril del año decimoquinto del imperio de Tiberio César.

Los centuriones, ahora al frente de cada una de sus centurias, habían hecho un buen trabajo.

Para alguien que no estuviera muy informado de su historial, la novena cohorte de la XII Fulminata parecía una perfecta y entrenada máquina de matar.

No pudo evitar sentir orgullo y añoranza de ver flamear por la suave brisa el estandarte grana que portaba el vexillarius, la loba capitolina amamantando a Rómulo y Remo, bordados en oro sobre el nombre de la legión a la que pertenecía su unidad.

Cuánto deseaba volver a Roma.

Dos soldados escoltaron al sacerdote del Sanedrín a su presencia. El hombre se paró unos pasos antes de situarse junto al pretor, parecía impresionado por el espectáculo que le ofrecía la parada militar. Exactamente tal como deseaba Pilato.

El religioso, con una servil inclinación de cabeza, y sin dejar de mirar a la amenazante tropa, le entregó un mensaje del sumo sacerdote Caifas.

Había tenido la sibilina deferencia de enviarle su mensaje escrito en latín, en vez de en hebreo, para que no cupiese una mala interpretación en las traducciones del contenido de su epístola.

El pretor leyó rápidamente el escrito, en el que el sumo sacerdote le informaba de que el sepulcro de Jesús había sido asaltado por sus seguidores. Aquella turba se había hecho con el cuerpo del crucificado, y se preveían revueltas en la ciudad. Caifas solicitaba retenes de soldados romanos en el templo, en el Sanedrín y en su residencia particular. Asimismo, le pedía que patrullas armadas rondaran la ciudad para sofocar posibles conatos de violencia, «todo ello para hacer velar en Jerusalén la verdadera autoridad de Roma y de nuestro querido César».

No pudo evitar apretar la mandíbula con la lectura de la última frase. Si hubiera tenido a Caifas frente a él en ese momento, lo hubiera hecho estrangular con una tripa de cerdo seca. No deseó hacerlo más adelante.

Se volvió hacia el mensajero y le contestó en un tono de voz que fue perfectamente audible para las primeras filas de sus tropas.

—Decidle al sumo sacerdote Caifas que no enviaré ni a uno solo de mis hombres a guardar su casa, ni el Sanedrín, ni el templo. Decidle que ni una sola patrulla saldrá de la Fortaleza Antonia para patrullar las calles de Jerusalén en los próximos días. Y decidle también que le hago responsable de cualquier tipo de disturbio o acto violento que se produzca en la ciudad con motivo de la crucifixión y muerte del justo al que llamaban Jesús. —Hizo una breve pausa, sin dejar de mirar a los ojos del atribulado sacerdote—. ¿Habéis entendido el contenido de mi mensaje?

El religioso asintió con la cabeza, estaba deseando abandonar el acuartelamiento.

—Marchad entonces, y decidle a Caifas que toda la fuerza y el poder de Roma están esperándole en la Fortaleza Antonia, y que lamentará haber nacido de mujer si me hace salir de aquí para ir a buscarle.

Escupió a los pies del sacerdote, según la vieja costumbre de los legionarios romanos, para ahuyentar a los malos espíritus antes de entrar en combate. Se volvió hacia los hombres de la novena cohorte formados en el patio y les gritó levantando el puño, la señal de la victoria.

—*¡Roma vincit!*

—*¡Roma vincit!* —respondieron cuatrocientas ochenta gargantas enardecidas, y

como un solo hombre.

El pretor oyó a sus espaldas los rápidos pasos del sacerdote que abandonaba despavorido la fortaleza.

Los dos monjes llegaron a la entrada del sepulcro. La piedra que lo sellaba estaba removida. Mernoc tenía los ojos arrasados por las lágrimas. No podía entenderlo. En su visión, los ángeles le habían asegurado que hoy vería el rostro del Señor.

Entonces oyeron el estruendoso ruido que parecía provenir de las entrañas de la tumba. Odran creyó identificarlo con un agitado y enorme aleteo. Se movía. Tenía que ser un pájaro enorme. Sus alas parecían rozar las paredes de piedra del sepulcro. El ave parecía asustada, y porfiaba por salir de su encierro. Instintivamente los dos se apartaron unos pasos de la entrada. El raspado de sus plumas, reverberando en la pared de roca, se precipitó sobre ellos. Odran supo entonces que aquello no era un ave y tuvo un acceso de pánico, mientras con su diestra buscaba la empuñadura de su sable. Una fuerza enorme e invisible los derribó al suelo, y la luz salió del sepulcro.

El optio y sus hombres todavía no podían ver el sepulcro de Jesús, pero pudieron oír de nuevo la indescriptible música que provenía del otro lado de la colina que les separaba del jardín del Gólgota.

A Casio le parecieron de nuevo unos acordes hermosos. Sin embargo, sus escoltas samaritanos no parecían estar muy dispuestos a enfrentarse de nuevo a la misma experiencia. Simplemente huyeron, sin escuchar sus perentorias órdenes primero, y sus descarnados insultos después. Uno de ellos hasta arrojó su lanza.

Sanem, el escriba, no hizo nada por detenerlos.

Flotaba frente a ellos con una luz blanca y limpia, sus alas se movían lentamente, y podían notar cómo todas sus plumas parecían vibrar produciendo la música más hermosa que sus oídos habían escuchado nunca.

Los dos monjes se incorporaron despacio mientras observaban aquel ser celestial.

Odran se fijó en su rostro redondo, de facciones pequeñas y delicadas. Sus ojos, de un azul clarísimo, tenían forma almendrada y estaban sesgados hacia arriba, por lo que parecía estar siempre sonriéndose mientras miraba. El gigante apreció que no había sonrisa más hermosa que la de aquella mirada.

El ángel no movía los labios, pero les hablaba.

Les estaba llenando de amor y paz.

A Odran le dijo que su padre y sus hermanos estaban descansando después de la batalla en un lugar dichoso y pleno. Y que allí le esperarían para cuando fuese su hora.

A Mernoc volvió a asegurarle que antes de que comenzase el nuevo día vería el rostro del Señor, y gozaría de su presencia tal como siempre había deseado. Que había sido un buen hijo y que el Padre estaba orgulloso de él.

A los dos les pidió que transmitieran la buena nueva, que Dios no les había

abandonado, que lejos de eso, siempre habitaría en el corazón de los justos y de los que quisieran recibirle.

Comenzó a elevarse hasta que los dos tuvieron que apartar los ojos de la luz blanca, porque les quemaba. Era el Sol.

Cuando se miraron entre sí, el ángel ya no estaba.

Sin mediar palabra, los dos monjes entraron en el sepulcro.

—¿Sabéis que arriesgáis algo más que vuestro estrado en el Sanedrín con lo que me pedís? —le inquirió el pretor de Judea.

—Jesús era como un hijo para mí, excelencia. Yo fui su tutor desde la temprana muerte de su padre, José. Y María, su madre, es mi hermana más querida. Ella siempre se portó conmigo, el menor de sus hermanos, como una verdadera madre. Tan sólo deseo devolver una mínima parte de lo que he recibido —le contestó con firmeza y sin falsa humildad José de Arimatea, miembro del tribunal supremo de los judíos y decurión del Imperio romano. El notable era una especie de intermediario autorizado por la metrópoli para las explotaciones de plomo y estaño en Palestina. El judío era dueño de una considerable fortuna, y uno de los principales prohombres de la ciudad. Sorprendentemente, ahora que el Nazareno agonizaba en la cruz, estaba efectuando a Pilato una insólita petición que posiblemente ponía en juego su desahogado futuro^[34].

—Sois un buen hombre, José. Y valiente —admitió el pretor—, una combinación difícil de encontrar en estos tiempos. —Reflexionó unos instantes—. ¿Dónde enterraréis su cuerpo?

—Le daré sepultura según nuestro rito en nuestro sepulcro familiar. —En realidad era su propia tumba, en el cementerio junto al jardín del Gólgota.

El pretor permaneció en silencio, como sopesando los pros y los contras de su decisión. Aquello irritaría a los sacerdotes, que hubieran preferido que se enterrase el cuerpo de Jesús en una fosa común, como un vulgar delincuente.

Por otro lado, José de Arimatea parecía ser el único preocupado por el destino del cadáver de aquel desdichado. Los que se hacían llamar sus «discípulos» y el resto de sus seguidores parecían haberse volatilizado.

Tan sólo un grupo de mujeres llorosas permanecían a los pies de la cruz, según le había informado su eficaz Casio.

—Sea —dijo por fin—. Podéis haceros cargo del cuerpo del nazareno para enterrarlo según os demanda vuestra tradición. Mi optio, Casio Licinio, os acompañará con una escolta de guardias armados, y permanecerá junto al sepulcro durante tres días. —Le habían informado de la predicción de aquel pobre loco, «a los tres días resucitaré de entre los muertos»—. No quiero alteraciones del orden público por esto —mintió a medias.

La tumba en la que entraron los dos monjes estaba orientada hacia el este. Tuvieron

que agacharse y caminar prácticamente arrodillados, para pasar el bajo dintel de la puerta de piedra que daba acceso a un estrecho y corto pasaje.

A pesar de la escasa luz que iluminaba el túnel, Mernoc pudo distinguir un cabello rubio que parecía brillar en el techo de roca viva del pasadizo y una nivea pluma perdida en el suelo. Recogió con veneración las dos reliquias.

Al salir del pasillo, se encontraron con un vestíbulo que conducía a la cámara funeraria. A su derecha distinguieron un único banco fúnebre de unos dos metros de longitud, cortado en la piedra junto a la pared norte. A los pies del banco había algunas ampollas de cristal vacías, que debían haber contenido aceites, ungüentos y sales para lavar, limpiar y embalsamar el cadáver.

También había algunos útiles de escritura, como si se hubiera levantado acta del enterramiento.

Dos lámparas de aceite titilaban débilmente, venciendo con esfuerzo la oscuridad de las entrañas de la tumba.

Odran, mientras reconocía la estancia, pudo ver cómo Mernoc anotaba algo en un pedazo de papiro y lo guardaba cuidadosamente dentro de una ampolla de cristal vacía que había contenido una mixtura de mirra y áloe, junto con la pluma y el cabello del ángel.

Entonces fue cuando oyeron el ruido de pisadas en el exterior.

Casio vio salir la figura desde el interior de la penumbra de la boca del sepulcro. Le pareció que iba encapuchado, a la manera de los sirios. Fue un acto reflejo, un instinto defensivo inculcado en muchos años de entrenamiento militar. Atacó con su pilum ligero al hombre que acababa de emerger de la oscuridad de la tumba. La lanzada le entró por debajo de la clavícula izquierda y le salió limpiamente por encima del omóplato atravesando su cuerpo de lado a lado, con tal violencia que la punta todavía chocó con la pared de malaquita arrancando algunas esquirlas.

Casio, con un golpe seco, desensartó a su alanceado, que cayó pesadamente en el suelo emitiendo un sordo quejido. El optio, que oyó a sus espaldas el grito del escriba anunciándole un nuevo ataque, se dispuso a repelerlo.

Pero el segundo sirio sabía pelear, con su sable curvo desvió la punta de la lanza de Casio, y con un hábil movimiento golpeó brutalmente con el guardamano de hierro de la empuñadura de su arma en la sien del oficial romano.

Casio vio un fogonazo de luz blanca que estallaba en su cabeza. A la luz le siguió una profunda oscuridad.

Odran supo que su oponente había quedado fuera de combate al menos durante un par de horas.

No quiso degollarle allí mismo, porque le pareció muy poco honorable despenar así a un enemigo, sin conciencia ninguna ni posibilidad de defenderse. Ni aquello era gesto de buen cristiano, que para algo había tomado los hábitos después de una vida de equivocaciones y violencias. Se preparó entonces para combatir con el otro

hombre que le había parecido ver a espaldas del legionario. Pero no lo halló por ningún lado.

Se acercó entonces al recodo del camino, por si todavía podía alcanzarlo en su huida. Pero en el polvoriento sendero no había nada. A excepción de un enorme carnero, un macho cabrío de pelo negro entreverado de canas, viejo como el tiempo, que le sostenía la mirada con actitud amenazante.

Sintió unos deseos irrefrenables de acuchillar al insolente chivo, e incluso dio unos pasos hacia él con la intención de hacerle tasajos allí mismo. Pero retrocedió entre náuseas. El animal hedía con una insoportable peste.

Un débil gemido de Mernoc a sus espaldas le hizo definitivamente desechar la idea de entretenerse en despedazar a la hedionda cabra.

—Vuélvete al infierno, bicho del diablo —le escupió entre dientes al animal como si pudiera entenderle.

Ahora lo más importante era intentar contener la hemorragia de su compañero.

Capítulo XVI

AQUELLA NOCHE DEL 36, EN LA IGLESIA DE SAN FELIPE Y SANTIAGO
(Segunda parte)

Capita XVI. N.S.B.a. Los monstruos marinos rodean la curragh. Los monjes combaten contra ellos durante tres días y tres noches. Una tormenta les lanza contra las rocas de una isla. Los monstruos mueren despedazados en los acantilados, y los monjes se aprovisionan con su carne.

Allí estaban los dos, el historiador y su pupila, sentados sobre un par de sillones de orejas algo destartalados que habían sacado del salón y habían puesto a la «fresca», como todavía se decía en el barrio.

La fresca la tomaban en la galería que daba al patio de la corrala, con el cielo nocturno de Madrid sobre sus cabezas. Lo que estaban haciendo aquella calurosa noche del 6 de agosto, reflexionó Cameron, debían haberlo hecho decenas de generaciones de vecinos durante siglos.

Un rito que debía repetirse, estirpe tras estirpe, mientras la vieja corrala aguantase.

Lola le pasó de nuevo el porro, y el profesor le dio la segunda calada sin demasiado entusiasmo. «La china no es mía», le había explicado casi a modo de excusa. «Me la regaló el chico de abajo, el pintor. La tenía reservada para una situación de mucho estrés. Lo de hoy ha sido de bastante estrés, ¿no?», le razonó su joven realquilada.

Cameron, a pesar de haber vivido dos tercios de su vida en un ambiente universitario, nunca había tenido una relación satisfactoria con la marihuana. El único viaje que le proporcionaba siempre era hacia el sueño. Sin embargo, aquella noche aceptó dejarse mecer en los brazos del cannabis, con la esperanza de encontrar alguna respuesta coherente a través de los alcaloides acerca de la irreal historia que estaba viviendo.

Viriato ya no estaba con ellos. Había vuelto a su escondrijo. «No es bueno que me vean por aquí, me conocen todos mis vecinos y al fin y al cabo yo estoy muerto», el viajero del tiempo cuando se lo proponía podía ser muy congruente.

Les había preguntado mucho por la señorita Mariló, su arrendadora. «Fue lo que más me costó a la hora de decidir mi defunción. Nunca me he casado, por lo de mis viajes, ya saben —se justificó—, pero he sido toda mi vida muy “hembrero” que mis disgustos me ha cobrado esta afición. Pero es que Mariló me tenía loco. ¿Sabían ustedes que estuvo a punto de ser miss Mundo? Fue una putada lo del gas —sentenció—. Mira que se lo decía yo todos los días a Habibi, el morito: que no te enciendas canutos en la zanja del gas, coño, que un día vamos a salir todos volando.

Pues nada, hasta que no voló la manzana, el muchacho no paró».

Cameron le dio una profunda calada, fijando su atención en el infierno de la brasa.

Quería irse a dormir. Mañana, aunque lo tenía todo planeado, prometía de nuevo ser un día intenso.

Viriato les había dejado muy claro que el diez de agosto, «con la lluvia de las Perseidas», debían de estar en la isla. Los tres, tal como predecía el diario de Mernoc, el *Libro del Tiempo*.

Cerró los ojos mientras recordaba la segunda parte del relato del monje. Soñó con inmensos campos de flores amarillas.

Los dos monjes atravesaron el grandioso campo de flores amarillas. El gigante llevaba a Mernoc cargado sobre sus espaldas. Parecía que había podido taponar la hemorragia de su compañero con un trozo de lienzo del sepulcro.

Habían tenido que abandonar precipitadamente la cantera porque vieron cómo una mujer se encaminaba hacia la tumba de Jesús. Tampoco les pareció ya un lugar muy seguro, posiblemente pronto se llenaría de soldados y curiosos.

Pero en realidad había una razón mucho más poderosa que cualquiera de las anteriores para no permanecer allí ni un minuto más. La «puerta» debía de estar a punto de cerrarse.

Odran se volvió para contemplar por última vez el perfil que marcaba la muralla y los principales edificios de la Ciudad Santa. La cúpula dorada del templo refulgía bajo el sol del mediodía. Inspiró profundamente y se despidió de Jerusalén.

Habían estado tan cerca de conocer al Señor... Tan sólo por tres días. Se agachó y apartó alguna de las delicadas flores amarillas que les rodeaban para coger un poco de tierra que se guardó en el bolsillo, como tenía por costumbre hacer en todos sus viajes, y emprendió su camino hacia el olivar.

Se detuvo entre los acebuches. Su sentido de la orientación estaba traicionándole al haber entrado en el olivar por un sitio distinto del que habían salido.

No era capaz de encontrar la muesca que había hecho en uno de los árboles para señalar la puerta.

La tormenta comenzaba a formarse sobre sus cabezas y Odran podía oír el eco, todavía lejano, de los truenos.

Depositó a Mernoc en la rojiza tierra, apoyándole en el nudoso tronco de un olivo, para así poder moverse con más agilidad y rapidez en busca del hito.

—Vuelvo en seguida, hermano. No os mováis de aquí, tengo que encontrar la «puerta» —le dijo, sin estar muy seguro de que pudiera oírle.

Mernoc no le respondió. Continuaba con los ojos cerrados y estaba muy pálido, sin color en el rostro como consecuencia de la gran cantidad de sangre que había perdido. Su pecho se agitaba convulso con una respiración ronca e irregular.

Odran, que había visto más heridos por arma blanca de los que era deseable para un monje, sabía que uno de los pulmones de Mernoc había comenzado a encharcarse.

Si no lo ponía pronto en manos del hermano Xavier, el cirujano, Mernoc no tendría ninguna oportunidad.

Se movió con la rapidez que da la desesperación entre los olivos, buscando la marca.

El viento comenzó a arreciar, agitando ramas y desprendiendo algunas aceitunas, todavía verdes, que impactaban como livianos proyectiles en el hábito del monje.

Los relámpagos estallaban dejando su rastro de luz en el cielo. Su estruendo llegaba a los oídos de Odran como un eco que fuera rebotando por un gigantesco tubo.

Entonces vio la «puerta».

Mernoc se despertó sobresaltado por el estampido de un relámpago. En una fracción de segundo, se sintió inundado por una energía y clarividencia infinitas. Tenía que encontrar la «puerta» o se quedaría atrapado en Jerusalén. Y la Ciudad Santa, sin el Señor caminando por sus calles, era un lugar sin ningún interés para él.

A Odran le costó atravesar la «puerta» de manera que cayó de bruces sobre la oscura arena de la playa. Estaba en casa, pero tenía que regresar para traer a Mernoc, no podía dejarlo allí. La playa y el olivar comenzaron a licuarse.

Odran llegó a los pies del acebuche donde había depositado a Mernoc. No estaba. Comenzó a sentir pánico. Gritó su nombre intentando hacerse oír por encima del estruendo del viento y del fragor de la tormenta.

Le pareció distinguir una silueta humana entre los olivos. Tenía que ser Mernoc. Corrió hacia él.

Más tarde recordaría que, cuando estaba a punto de alcanzarle, estalló el tan temido «bang» por encima de sus cabezas. Todo se hizo luz blanca, y antes de perder la conciencia, supo que estaban viajando otra vez.

Odran se despertó. Tenía un fuerte dolor de cabeza y le dolía cada músculo y cada articulación del cuerpo. Había anochecido. A pesar de la escasa luz pudo distinguir las siluetas recortadas de unos olivos que le rodeaban. Maldijo su suerte. No lo había conseguido. Había quedado atrapado en Jerusalén, tres días después de la muerte de Cristo.

Intentó no dejarse llevar por el pánico. Recordaba perfectamente las palabras de Mernoc, «de Jerusalén saldremos rodeando la figura del Ángel Caído, tres días después de su triunfo, mientras la nación se desangra a nuestras espaldas; y tú, Odran, llevarás la esperanza entre tus brazos».

Ése había sido el desenlace de la visión que había tenido para aquel viaje, que como todos los demás había dejado escrito en su diario, *El libro del Tiempo*, como él

lo llamaba. El haberlo hojeado fue lo que definitivamente le animó a seguirle el día que le anunció que vería al Señor.

Ahora, egoístamente deseaba que Mernoc tampoco lo hubiera conseguido, y que hubiera quedado atrapado en el olivar. Sin él, se sentía incapaz de descifrar sus profecías. Sin él, quedaría retenido para siempre en Jerusalén.

Mernoc salió tambaleándose del olivar. Había perdido el drenaje y se taponaba la herida con la mano. Estaba muy débil y desorientado. No había llegado a alcanzar «la puerta» por muy poco. Pero un sexto sentido le decía que ya no estaba en Jerusalén.

Distinguió unas pequeñas y parpadeantes luces al final del camino que salía del olivar y hacia allí dirigió sus pasos. A sus espaldas pudo oír el rumor de una tormenta que comenzaba a formarse. Caminar parecía desgarrarle por dentro. Pensaba en la entereza y en el tormento que había sufrido Jesús, para darse fuerzas y resistir su calvario particular.

Respiraba con dificultad, y tuvo que escupir varias veces la sangre que le llenaba la boca. Entonces vio el campanario y la cruz que coronaba la ermita. No podía equivocarse, aquella edificación sólo podía ser un templo cristiano en la entrada de aquel pequeño pueblo.

Estaba salvado, pensó casi con euforia.

Allí le curarían y le darían socorro. Tomaría aliento, y mañana mismo buscaría la figura del Ángel Caído tal como le había indicado la visión para volver a la isla. Confiaba en que Odran lo hubiera conseguido y encontrarse con él de nuevo. Alguna razón poderosa había debido obligarle a abandonarle en el olivar. Ahora eso no importaba. Volvería a intentarlo, esta vez no fallaría y se encontraría cara a cara con su amado Jesús.

Aligeró su paso hasta tropezar con algo y caer de bruces, brutalmente, contra la puerta de la iglesia. Otra vez volvió la oscuridad.

Odran había dejado atrás el olivar. Acababa de echar en falta la bolsa de sestercios que llevaba colgada en su cinturón. No sabía dónde había podido perderla, pero no iba a volver sobre sus pasos. Se la había quitado al romano que había alanceado a Mernoc. Una requisa para costear una capilla nueva en el monasterio de Conflert, cuando regresara a su querida Irlanda.

Se concentró para intentar orientarse. No era tarea sencilla en mitad de la noche, pero le extrañaba no ver por ningún lado el perfil de las murallas de Jerusalén o algún atisbo de las luces de la ciudad. Sin embargo, un relámpago iluminó de repente el sendero, y pudo distinguir un bulto de ropa en el camino. Era el trozo de lienzo empapado en sangre de Mernoc. Fue entonces cuando distinguió las mortecinas luces de un pequeño poblado al final del camino, así como la oscura silueta de un campanario.

Aligeró su paso, su instinto le decía que Mernoc había encontrado refugio allí.

—El resto de la historia ya la conocen —dijo Viriato, dando por concluido su relato, y con ello descubriendo todas las claves que permanecían ocultas a sus dos interlocutores. El misterio de la iglesia de San Felipe y Santiago, en Cobisa, estaba resuelto.

—Nos falta un pequeño detalle en toda esta historia, mi querido Viriato —puntualizó Cameron—. Usted —concretó.

—Oh sí, yo. Claro —reconoció el monje—. Se preguntarán ustedes qué pinto yo en todo esto.

—Sí, no estaría mal que nos lo explicase. Quizá de esta manera todos podamos llegar a entender qué papel jugamos cada uno en esta increíble historia.

—Sí, sí. Desde luego admito que ésta es una historia difícil de creer. Ésta es una de las razones por las que nunca se la he contado a nadie durante todo este tiempo. Contaba con su escepticismo. Pero son ustedes los elegidos, así que me temo que no tendrán otra salida que acabar entendiéndolo todo. —Por el gesto de Cameron, el monje supo que el americano estaba a punto de perder la paciencia, pero no pareció pesarle demasiado—. No se preocupen, todo está escrito y Mernoc nunca se equivocaba en sus predicciones. Es como si ya lo hubiese vivido todo por adelantado. —Hizo una pausa, casi para tomar aire—. Es sencillo entender mi papel. Mi historia va a continuación de la que acabo de contarles.

Odran se arrodilló ante el altar de la iglesia de San Felipe y Santiago, y le pidió fuerzas a Dios para continuar su camino. Rezó por el alma de Mernoc, que finalmente había conseguido hacer realidad su sueño. Tal como predijeron los ángeles, ahora estaba en presencia de Dios, contemplando su rostro.

A sus espaldas, don Nicolás, el sacerdote, y el joven Germinal esperaban impacientes que terminase sus oraciones. Odran no tenía ningún motivo para desconfiar de ellos. Detrás del muro que había a la derecha del altar, con su cemento todavía fresco, descansaban los restos de su amigo, las reliquias del Santo Sepulcro, el auténtico Navigatio de Brendanus y la talla de una Virgen.

Antes de abandonar el templo, don Nicolás le hizo quitarse su hábito de monje, y le vistió con el mono que él mismo había usado para levantar la falsa pared. Le estaba pequeño, a pesar de ser una prenda de trabajo amplia.

Pero sus dos nuevos amigos le insistieron que vestir con hábitos en aquella zona del país, y en aquel momento, era un pasaporte seguro para el cementerio.

Odran, que ya había sido informado del año que corría, noticia que acogió con cierto vértigo, pensó que el mundo era un lugar bien extraño. Y que algunas cosas poco cambiaban con el transcurrir del tiempo, porque en aquel año del Señor de 1936 a los cristianos se les seguía persiguiendo como en tiempos de los romanos.

Le cayeron bien sus salvadores. Y se entendía con ellos sin demasiados problemas hablando español, idioma que había aprendido en la isla gracias a las

lecciones del gobernador Pedro Velo, que dominaba aquella parla junto a la portuguesa, que también le había enseñado con provecho.

Omitió señalarles que su castellano del futuro le parecía mucho más basto y menos galante que el que le había enseñado el marino portugués, porque no era cuestión de faltar a los que en nada le habían ofendido.

Abandonaron la iglesia con las primeras luces del alba.

El sacerdote y el muchacho, que parecían pertenecer a una casta de semiguerreros que se hacían llamar la Falange, quizá en memoria del inmortal Alejandro, le comunicaron que tenían urgencia por abandonar el pueblo y dirigirse a Toledo.

En el camino hacia Toledo, una gran ciudad próxima a Cobisa, que así se llamaba la aldea que ahora dejaban, sus dos nuevos amigos le asaetearon a preguntas. No le fue difícil responder a ninguna de ellas, porque tal era su ansia por saber de él que al mismo tiempo que le preguntaban, le respondían.

—¿Dónde estaban refugiados, en algún convento o en casa de los marqueses? —preguntó el sacerdote.

—En casa de los marqueses —respondió Odran con seguridad, pues no recordaba haber visto ningún convento en su camino hacia el pueblo.

—¿Quién atacó a vuestro compañero?, ¿milicianos? —preguntaba ahora el falangista.

—Fueron, milicianos —respondió sin dudarlo.

—¿Qué planes tenéis ahora, hermano? —se interesaba don Nicolás—. Los tiempos están muy revueltos, si lo deseáis podéis refugiaros conmigo en el Alcázar. Serví en África con el coronel Moscardó, el gobernador militar de Toledo, y sé de buena tinta que pretende hacerse fuerte en la Academia hasta que se aclare todo esto.

—No sé —le contestó con sinceridad Odran—. Debo encontrarme dentro de tres días con un amigo que me sacará del país. La cita es junto al símbolo del Ángel Caído —les dijo, aventurando la profecía de Mernoc.

—Anda, coño, la estatua del demonio^[35], la que está en el Retiro —comentó Germinal casi con despreocupación.

—¿Conocéis el lugar donde está el símbolo? —le preguntó con asombro mezclado con un rayo de esperanza.

—Pues claro, hombre, el monumento del Ángel Caído está en Madrid, en el parque del Retiro. Habéis salido poco del convento, ¿eh, *pater*?

—No sabéis el favor que acabáis de hacerme, joven Germinal —le contestó Odran—. Os aseguro que no cejaré hasta encontrar la forma de pagaros esta gracia que ahora me hacéis. —En ese momento, el mozo no podía imaginar cuánta verdad había en sus palabras.

—No se preocupe, hermano. Don Nicolás se queda en el Alcázar, pero yo tengo pensado ir a Madrid hoy mismo, así que con mucho gusto le mostraré el sitio cuando lleguemos a la capital.

Les detuvieron en un control de la FAI^[36] en el puente de San Martín, en una de las entradas a la ciudad. Fueron cacheados a conciencia, sin que los milicianos pudieran encontrarles armas ni documentos comprometedores. Odran pensó entonces que había sido una buena idea deshacerse del sable antes de entrar en la ciudad, siguiendo las indicaciones de sus recién estrenados protectores.

Estaban a punto de superar las formalidades y traspasar el puesto, cuando un miliciano, que parecía ser el jefe del variopinto grupo, les gritó desde la cabina de un camión estacionado y con el motor en marcha.

—¡Eh, tú, el gigante! ¡Acércate!

Los tres se miraron entre sí, sin saber exactamente qué hacer. Odran intentó controlar el estupor que le producía la monstruosa máquina, recordando las premonitorias palabras de Mernoc: «Si viajáis al futuro, os encontraréis con ingenios de apariencia aterradora, mas no debéis preocuparos, porque la mayoría están contruidos para ayudar y complacer al hombre». Confió en que aquel extraordinario carro fuese un ejemplar mecánico de los destinados a satisfacer a los hombres.

—¡Es un trabajador portugués, no entiende bien nuestro idioma! —le gritó a su vez don Nicolás, intentando sacarle del atolladero.

El miliciano torció el gesto con violencia ante la contestación.

—¡Tú cállate, que tienes una cara de curita de cojones! ¡Que no te he *pegao* dos tiros ya porque tengo prisa! —La respuesta no daba lugar a réplica—. ¡Tú, tío grande, acércate! —La manera de dirigirse a Odran era más amistosa.

El monje no quiso tentar más a la suerte y se acercó a la cabina del camión. El jefe de milicianos, moreno zahíno, con piel curtida por el sol y con barba de tres días, le miró de arriba abajo.

—Conque portugués, ¿eh? —le espetó sin darle mucho crédito a su nacionalidad, pero sin otorgarle mucha importancia a la más que probable mentira.

—*De Porto, excelencia, pero falo també en español.* —Bendijo íntimamente a Pedro Velo y sus clases de idiomas.

—No me llames excelencia, no me jodas, que aquí somos todos iguales. Y compañeros. —Su gesto fiero se transformó repentinamente en una sonrisa—. Pues si eres portugués, mejor —sentenció, mientras le ofrecía un extraño cilindro de papel relleno de hierbas secas—. El movimiento anarquista es internacional y no conoce fronteras —dogmatizó—. Anda, súbete a la caja que nos vamos a Madrid. La FAI necesita ejemplares como tú. —Quiñones, que así se llamaba el miliciano, en realidad era jefe de propaganda del partido. Tenía instinto para el cometido de su cargo y rápidamente había visto en Odran el modelo perfecto de trabajador hercúleo y poderoso que necesitaba para sus carteles publicitarios.

El monje se volvió hacia sus dos compañeros que le miraban con ansiedad desde el otro lado del control. Les sonrió con gesto tranquilizador y se despidió de ellos agitando la mano.

—Está bé— le contestó a Quiñones, volviéndose hacia él con una sonrisa—. Me voy a Madrid con voçe. —Las cosas no podían estar saliendo mejor.

—Venga, sube al camión, fenómeno —le contestó el miliciano satisfecho—. Y mira con quién te juntas de aquí en adelante —ahora miraba con mal gesto a sus compañeros que ya se alejaban hacia la muralla—, que esos dos apestan a cura y a monaguillo. —Y escupió en el suelo, como para rubricar su afirmación.

Odran estuvo trabajando dos días como modelo para Quiñones. Con su musculoso torso desnudo y ungido en aceites, representó al obrero metalúrgico con reflejos de fuego en la fragua, al minero tizado del hollín brillante de las entrañas de la Tierra; al campesino abrasado por el sol entre trigales; al pescador de altura empapado por el mar bravío... Fueron sesiones maratónicas en donde su hercúlea figura quedó plasmada para la iconografía más poderosa de la masa obrera libertaria.

En la última sesión estuvo a punto de traicionar su voto de castidad.

Odran, en papel de Pueblo, era abrazado por la alegoría de la República, encarnada por una señorita de formas rotundas y que por todo vestuario contaba con un gorro frigio y una escueta banda tricolor que le tapaba un pecho. El otro, no.

—A ésa ni tocarla —le advirtió Quiñones—, que ya me ha puesto malo a medio regimiento. Ya te presentaré yo material seguro mañana, para celebrar el final del trabajo.

Libró por la tarde del tercer día. Ahora ya sabía que en España había comenzado una guerra, y que el diablo había vuelto a triunfar, como adelantaban los escritos de Mernoc. Si sus predicciones no estaban erradas, saldría de allí «rodeando la figura del Ángel Caído, mientras la nación se desangraba a sus espaldas». Sin saber muy bien por qué, recordó de repente la figura del macho cabrío, mirándole desafiante en aquel polvoriento camino de Jerusalén, y sintió un profundo pesar.

Paseó aquella tarde del 20 de julio de 1936 por el parque del Retiro, en dirección a la estatua del Diablo.

Vestía un mono azul, ajustado a su talla, y anudado al cuello un pañuelo rojinegro, todo ello cortesía de la FAI.

La calma del soleado e inmenso jardín se rompió con la estridencia de las sirenas de bombardeo.

Odran intentó controlar su pánico, ante el estridente aullido mecánico, mientras la gente corría en todas direcciones a su alrededor.

El ruido entonces vino del cielo, y el monje, con la mirada espantada, vio cómo el firmamento se llenaba de pájaros oscuros que no movían sus alas y dejaban caer lágrimas negras sobre la ciudad.

El suelo, de repente, comenzó a temblar y se desencadenó una tormenta de fuego entre los árboles y parterres.

Odran comprendió en aquel momento que no todas las máquinas se hacían para complacencia del hombre.

Cuando creía que todo estaba perdido, distinguió entre las volutas de humo y las llamaradas de fuego la figura del Ángel Caído. Estaba allí, gritándole al cielo con gesto crispado y lleno de odio, con sus alas extendidas en el paroxismo de su furia.

Sintió un estremecimiento, justo en el momento que el fuego, el humo y la estatua comenzaban a licuarse. La «puerta» se estaba abriendo.

Estaba a punto de cruzarla, cuando a sus espaldas oyó el llanto de un niño.

—Ya se pueden imaginar el final. El niño era yo —dijo casi triunfal Viriato—. Mis padres habían muerto en el bombardeo, y el bueno de Odran no me quiso dejar allí. Cruzó la «puerta» del tiempo «con la esperanza entre sus brazos», tal como había predicho Mernoc.

Capítulo XVII

«¿ACASO SOY YO EL GUARDIÁN DE MI HERMANO?» ROMA, 7 DE AGOSTO DE 2009

Capita XVII. N.S.B.a. Brendanus ordena rumbo norte. Llegan a la isla de los Hombres Fuertes. Allí decide no continuar el viaje el segundo monje peregrino, cumpliéndose así otra parte del sueño del abad de Conflert.

Madoc Cameron había terminado de leer la copia en inglés del Navigatio que gentilmente Grazzianni le había cedido. También le había enviado un completo informe de lo sucedido en las obras de restauración de la iglesia de San Felipe y Santiago, en un diminuto pueblo cercano a Toledo, en España.

Después de todas aquellas muestras de colaboracionismo sabía que su casillero ya no estaba a cero, y que le costaría empatar.

Él también se había movido rápido. Tenía encima de su mesa varias carpetas de documentación relacionada con el asunto. Una copia del dictamen forense de los restos de la momia del monje, firmado por la doctora Alejandra Recasens, que ya estaba siendo seguida discretamente en Estocolmo. Otra de la peritación de la Biblioteca Nacional de Madrid sobre el Navigatio. Y una última copia que recogía las inquietantes conclusiones del informe del padre Giovannezza sobre las supuestas reliquias encontradas en la falsa pared de la iglesia de Cobisa.

Se regocijó íntimamente por las capacidades de sus bien entrenados chicos para conseguir cosas imposibles, y por el poder hipnótico del dólar sobre la mayoría de la gente que se creía incorruptible porque nadie les había fijado su precio.

Por su parte había estudiado a fondo todo el *dossier* técnico del «Proyecto Trinidad». Había leído, visionado y analizado toda la documentación que sus colaboradores habían sido capaces de compilar sobre los viajes en el tiempo.

Recordaba nítidamente el contenido de la grabación de un programa divulgativo de la BBC, una entrevista con el profesor Stephen Hawking^[37] sobre la quimera de los viajes en el tiempo. El físico británico fue rotundo en su contestación a la pregunta de si consideraba factible viajar al pasado con la tecnología que pudiera desarrollarse en el futuro.

«Convengamos que el futuro ya ha pasado —escribió en la pantalla de plasma de su ordenador—. La demostración tangible de que en ese futuro no se pudo construir la máquina para viajar en el tiempo es que en este momento no estamos rodeados de turistas viajeros del tiempo».

El razonamiento del físico británico le pareció demoledor. Y con pocos resquicios de discusión. Lo sintió por Castello. Su máquina nunca llegaría a funcionar. Las razones se le ocurrían casi infinitas, y podían abarcar desde la imposibilidad

tecnológica de transportar seres vivos a través de un agujero de gusano sin desintegrar sus moléculas; un atentado terrorista; un accidente que inutilizase la máquina; o algo tan pragmático y probable como que el nuevo presidente cerrase el grifo presupuestario de aquel proyecto delirante.

Desde luego había otra posible razón para que en el futuro no pudiese concluirse o llevarse a buen fin la máquina del tiempo.

Simplemente que no existiera el futuro.

Una posibilidad que daría la razón a Hawking y a Castello. Pero no se encontraba de humor para pensar en ella.

Ahora lo que le preocupaba, después de leer el *Navigatio* y toda aquella montaña de información, era una isla que no figuraba en ninguna cartografía moderna: San Borondón.

Sabía que trabajaba con presupuestos imposibles. Pero tenía que confirmarlos.

Su secretaria le anunció su conferencia con Castello.

Tras un saludo protocolario, preguntas por la climatología de Roma y un comentario sobre el *green* del hoyo tres del exótico campo en mitad de la selva mexicana, Cameron fue directamente al grano.

—¿Un agujero de gusano puede moverse en el espacio?

—¿Quiere decir que si puede alterar su posición en el cosmos? —le preguntó a su vez Castello.

—Exactamente.

—Sí, supongo que no hay ninguna razón para que no pueda hacerlo. De hecho, algunos de los que tenemos identificados desaparecen de repente de su cuadrante. Pero no sabemos si se mueven o simplemente se consumen en su propia energía. Ya le dije que son sumamente inestables.

—Si asumimos que cabe la posibilidad de que se muevan, ¿podríamos aceptar la posibilidad de que alguno de esos agujeros se conecte eventualmente con nuestro planeta?

—¿Adónde quiere llegar, Madoc?, le recomendé textos técnicos sobre viajes en el tiempo, no que leyese a Asimov.

—¿Han detectado agujeros de gusano cercanos a la tierra? —El embajador se mostraba inasequible a la ironía de Castello.

—Por Dios, Madoc, sólo buscamos agujeros negros en otras galaxias.

Cameron pensó entonces que muchas veces los árboles no dejaban ver el bosque. Es el consabido defecto de la mirada del cazador, grabado en el ADN del macho. Siempre fijamos nuestro objetivo en la pieza lejana. Por eso nunca encontramos el yogur que nuestra mujer nos repite, irritada, que está en la nevera. Quizá San Borondón era el maldito yogur.

—Una última pregunta. Si ese hipotético agujero de gusano se conectase con nuestro planeta, ¿produciría algún fenómeno, alguna alteración meteorológica visible, una tormenta, por ejemplo, al entrar en contacto con la atmósfera terrestre?

Hubo un prolongado silencio al otro lado de la línea.

—¿Doctor Castello?

—Cameron, espero que no esté grabando esta conversación. Yo no lo estoy haciendo —mintió.

—Por favor, sólo quiero que conteste a estas preguntas. He leído mucha documentación y me asaltan dudas, usted se ofreció a...

—Lo sé, lo sé —le cortó—, le dije que le aclararía cualquier duda que pudiera surgirle. Pero no pretenda doctorarse en física con una conversación telefónica. Además, sus preguntas rozan la fantasía especulativa, embajador.

—¿Recuerda mi última pregunta? —Más le valía, porque iba a contestarlas todas.

—Depende del tamaño del agujero de gusano que se conecte con la Tierra. Podría ser lo suficientemente grande como para absorbernos y volatilizarnos, o mandarnos al otro confín del universo. Espero que nunca tengamos ocasión de comprobarlo.

—Me refiero a la boca de un agujero de gusano pequeño, quizá del tamaño de una pequeña isla —le concretó.

—Joder Cameron, me siento estúpido contestando a esto. —Castello parecía estar a punto de perder su escasa paciencia—. Me habían advertido de su particular sentido del humor, espero que ésta no sea una de sus estúpidas bromas.

En ese momento, el pequeño de los Cameron pensó que su próximo destino quizá no fuera tan aburrido. Iba a tener al doctor Castello para divertirse y disfrutar.

—Le aseguro que esto no es ninguna broma, subdirector Castello. Pero si lo prefiere, puedo formularle todas mis preguntas por escrito, con copia al director de la Agencia, que a buen seguro me preguntará por su total falta de colaboración con el que va a ser su futuro jefe. —Su voz perfectamente impostada, cálida y a la vez amenazadora y autoritaria.

Cameron pudo oír como Castello carraspeaba nerviosamente al otro lado de la línea.

—Supongo que podría producirse algún fenómeno atmosférico cuando la hipotética boca de gusano penetrase en nuestra atmósfera —reconoció finalmente—. Su enorme energía podría producir una especie de tormenta o algo así, en contacto con corrientes de aire frío o caliente.

—Gracias por su colaboración, doctor Castello. —Y colgó.

A continuación, abrió la carpeta que contenía la información que había solicitado a la Armada sobre las tormentas, formaciones de nubes o bancos de nieblas habidas en un punto concreto del Atlántico. Al oeste-suroeste de la isla de La Palma y al oeste-noroeste de la isla de El Hierro, a 10 grados y 10 minutos de longitud y 29 grados y 30 minutos de latitud, donde se suponía que aparecía la legendaria isla de San Borondón.

Curiosamente, el primer satélite norteamericano, el Explorer I, que daba la réplica al primer Sputnik soviético, había detectado una tormenta en esa posición a principios de agosto de 1958. Las fotos del Sputnik robadas a los rusos por un doble agente, que

también había vendido más tarde las del Explorer a los soviéticos, confirmaban esa tormenta en las mismas fechas.

La zona había permanecido tranquila hasta 1982. Otro 10 de agosto había facilitado la formación de la peculiar tormenta, a todas luces anómala.

Otra vez volvía a repetirse la secuencia en 2007, esta vez el 9 de agosto.

Desde entonces, nada.

De los millones de cruces de información que había solicitado al ordenador central de Langley sobre aquellas tres fechas, tenía un informe de un solo folio, dentro de una carpeta roja.

Lo leyó de nuevo.

«La formación tormentosa objeto del estudio es siempre de carácter anómalo, no respondiendo a desarrollos habituales, llevándose a cabo de forma prácticamente espontánea. No existe pauta matemática de repetición, siendo sus apariciones absolutamente aleatorias. Su periodicidad histórica sólo tiene en común el mes del año en que aparece. Las tres formaciones tormentosas detectadas, siempre se producen en los primeros días de agosto, coincidiendo con los días de mayor intensidad del fenómeno atmosférico repetitivo conocido como “lluvia de la Perseidas^[38]”. Se adjunta, como ha solicitado, relación de hechos históricos reseñables sucedidos en las fechas de aparición de las tres tormentas».

La subsiguiente adenda se extendía a lo largo de cien folios. Una especie de selectiva enciclopedia de lo sucedido en el mundo durante aquellos días de agosto de 1958, 1982 y 2007.

Nada reseñable, excepto la enigmática fotografía publicada por un diario español que recogía la fantasmagórica aparición del perfil de la isla de San Borondón coincidiendo con la fecha de la primera tormenta documentada.

Lamentablemente, el autor de la fotografía había muerto en 1971, por lo que sería imposible conocer más detalles de aquella borrosa instantánea en blanco y negro.

El embajador se preparó una pipa.

Era su forma de combatir la ansiedad, evitando volver a fumar dos paquetes de Marlboro diarios.

Tenía algunas claves. Pero no tenía todas las claves. Y su trabajo consistía precisamente en eso, en poseer toda la información.

Su intuición, que nunca le había fallado, le decía que había una persona que le llevaba cierta delantera en todo aquel enrevesado asunto: su hermano.

No sería fácil compartir información con Sebastian.

«Verás, doble C, tengo algunas cosas que contarte, algunos pequeños secretillos de mi vida. Soy agente de la CÍA. Durante todo este tiempo me he dedicado a perseguir narcos, asesinar políticos corruptos o que no se dejaban corromper, preparar guerras, invasiones y todas esas cosas.

»Ahora, al final de mi carrera, la Compañía ha decidido hacerme un regalo: una máquina para viajar en el tiempo. Sí, ya sé, en otras empresas regalan un reloj de oro.

Mi Compañía es distinta a todas las compañías.

»El caso es, mi querido Sebastian, que sospecho que tú estás a punto de descubrir el secreto de otra máquina del tiempo.

»Una natural, que no necesita millones de dólares del contribuyente para hacerte viajar.

»Y lo más importante, ya está probada y parece funcionar. Me encantaría, hermano, que me contaras todo lo que sabes sobre este asunto».

No, no iba a ser fácil.

Sonó el móvil.

Máximo Lanza. Ya debía de estar en Madrid.

—Señor, estoy cerca del objetivo, y creo que debería oír esta última grabación.

Mientras esperaba escuchar la reproducción de la última conversación del móvil de su hermano, miró el calendario de su Rolex de acero: 7 de agosto. Algo le decía que les quedaba muy poco tiempo.

A todos.

Capítulo XVIII

CUERNAS DE CAZA, MADRID, 8 DE AGOSTO DE 2009

Capita XVIII. N.S.B.a. Los monjes arriban a la isla de las Uvas Gigantes. Aves de hermosos plumajes les traen alimentos. Los monjes descansan allí durante cuarenta días.

El profesor Cameron entró en el antiguo obrador «La Harinera Prodigiosa, despacho de pan fundado en 1808», como todos los días desde que vivía en el barrio, para comprar su pistola. Le gustaba el nombre madrileño de aquella barra de pan corta y regordeta en el centro. Sus formas tenían algo femenino, como de diosa de la fertilidad antigua, y su nombre tenía resabios de cuentos de bandoleros.

Cuando volviese a Boston volvería a la *baguette*, que ahora le parecía algo como metrosexual e insulso.

Entró silbando, y doña Concha, la panadera, levantó una ceja divertida por encima de sus gafas de lectura.

—Buenos días nos dé Dios, señor historiador —le saludó con esa familiaridad a la que son tan dados los habitantes de Madrid—. Hoy venimos contentos, que venimos cantando.

—Su aire acondicionado, mezclado con el olor de su horno de leña y su pan, doña Concha, no podrían permitirme otro estado de ánimo —le contestó, y sólo le mentía a medias.

—Está cayendo una buena en la calle, ¿verdad?, que la gente me entra sudando y resoplando como si salieran de la forja de Vulcano —le preguntó la propietaria de la tahona.

—Hoy llegaremos a los cuarenta —apuntó don Aniceto, otro parroquiano que estaba apoyado en la primorosa barra de mármol del obrador, tomándose un café de puchero que doña Concha sólo servía a los elegidos.

—Y a ti qué más te da, Aniceto, si tú ya estás *ajamona* y no sufres los cambios climáticos —le replicó doña Concha en su habitual turno de puyas.

—Lo que pasa es que yo hice la mili en África, con los regulares de Melilla y eso curte mucho para el calor, Concha —le respondió—. ¿En América hay todavía mili, señor Sebastian? —le preguntó al recién llegado, que don Aniceto era un hombre «de pegar la hebra con facilidad», como decía doña Concha.

—Sí, señor, hacemos el servicio militar en cualquier parte del mundo —le respondió Cameron.

—Pues eso me parece muy bien de los americanos. A esta juventud nuestra le hace falta mucha mili en África —aseveró Aniceto.

—Su *cafelito*, señor profesor —doña Concha acababa de servírselo del puchero

que ocultaba bajo el mostrador—. El último que le pongo hasta setiembre; que hoy cerramos por vacaciones.

—Y usted y la niña, ¿no salen de vacaciones? —Don Aniceto quería cobrarse su peaje de cotilleo.

—Hoy mismo, también. Nos vamos a Canarias. A seguir con nuestros trabajos de documentación.

—Así está usted tan contento —remedó doña Concha.

Sí, en realidad tenía muchos motivos para estar contento, pensó mientras fijaba su atención en el gran marco de cristal que guardaba una lámina ilustrada de una escena de la caza del zorro en la campiña inglesa.

La conversación telefónica que había tenido hacía escasamente unos minutos con Kelly Lamar, o Lamarca, no había podido ser más satisfactoria.

—Kelly, voy a tener que pedirte un último favor antes de que volvamos a vernos —dijo zalamero.

—Lo que necesites, profesor —le contestó insinuante.

Lo que necesitaba era un pequeño crucero por aguas de la isla de La Palma. Quería navegar replicando las rutas que había seguido el pirata Hawkins en sus correrías por el archipiélago.

Aquella experiencia náutica, le explicó, consolidaría de forma definitiva el extenso informe que estaba ultimando para la productora. Quería también visitar la última casa donde vivió el pirata, tomar unos últimos apuntes de la arquitectura colonial de la isla, visitar el antiguo puerto de La Palma y empaparse, en definitiva, del ambiente del imperio español.

El crucero era imprescindible para poner el broche de oro a su informe.

Ella le había llamado una hora más tarde.

—Te estoy enviando las reservas de tres billetes electrónicos a tu correo en estos momentos, para ti y para tus dos ayudantes. ¿Tu becaria es mona? —Las mujeres siempre quieren saber cómo es su posible competencia.

—Tiene sobrepeso y un terrible acné —le tranquilizó.

—Tu yate, con su patrón y dos marineros, estará esperándote anclado en el puerto de La Palma mañana a mediodía. Y por la noche te espera otra sorpresa en la cama del hotel. Acabo de cerrarme un vuelo para La Palma. —No pudo contener una risita nerviosa—. ¿Qué te parece, cariño?

Se abstuvo de responder lo que realmente le parecía, pero se lo agradeció profundamente.

Las cosas estaban saliéndole rematadamente bien. Mañana estaría en la isla de La Palma, se despediría de los placeres carnales del mundo esa noche con Kelly, y se dispondría a viajar al día siguiente a la Isla del Final del Tiempo. En la alegre compañía del inventor de la salsa de las patatas bravas y de Lola, su jovencísima historiadora. Toda una maldita locura. Una locura que le estaba haciendo sentirse más vivo que nunca.

Sonrió al cristal de la lámina que le devolvía su reflejo, y brindó imaginariamente con su taza de café por el jinete de la chaqueta roja que tocaba la cuerna avisando al resto de los cazadores de la proximidad de la pieza.

En ese momento se abrió la puerta, dejando entrar a otro cliente, y en el cristal del cuadro se reflejó la acera que había al otro lado de la calle; y allí pudo ver, nítidamente, la inconfundible figura de Máximo Lanza, que parecía hablar con otro hombre frente a la panadería. El cerebro tiene extraños mecanismos para emitir órdenes y contraórdenes. Para analizar situaciones y tomar decisiones. En nanosegundos, Cameron vivió un torrente de contradicciones. Primero se alegró de ver a Lanza, y al instante, sus neuronas le lanzaron una señal de peligro. Una escena del restaurante de Roma se reprodujo, como un fogonazo, en su cerebro. Los dos móviles en el mantel a cuadros rojos y blancos, el solícito Mario recogiendo los.

Siguió sonriendo al cazador de la cuerna, como un estúpido, cuando doña Concha le preguntó si le pasaba algo.

—¿Va a querer otro café, profesor?

—Oh, no, perdone —pareció salir de su ensimismamiento—. Estaba repasando mentalmente el orden de mi maleta. Manías de viejo profesor, me pasa siempre antes de un viaje. —Sonó a disculpa.

Al salir de la panadería, tomó la dirección contraria al camino de su casa. Máximo Lanza ya no estaba al otro lado de la calle; el hombre con el que parecía hablar hacía unos instantes, sí.

Intentó tranquilizarse. Tal vez todo eran imaginaciones suyas. Continuó andando durante dos manzanas, y se paró ante el escaparate de una antigua librería. El hombre con gafas de sol que hacía unos minutos conversaba junto al chófer de la embajada, se detuvo ante un quiosco de prensa, a unos cincuenta metros de su posición.

El estómago de Cameron sufrió uno de esos espasmos premonitorios, y ya no tuvo dudas. Lanza lo había marcado, y aquel tipo, del volumen de un armario, le venía siguiendo.

—Cuénteme más historias de sus viajes en el tiempo —le suplicó Lola a Viriato, que acababa de llegar al piso de la corrala.

—Te las contaría todas, mi querida niña. Pero ahora debemos comenzar a movernos. En cierto modo, debemos comenzar nuestro viaje —le contestó Viriato, con cierta urgencia.

—¿No vamos a esperar al profesor? Ha salido a comprar pan, me dijo que estaría de vuelta en diez minutos —le respondió la joven.

—El profesor Cameron sabrá dentro de cinco minutos que los planes han cambiado. Podríamos decir que Sanem, el escriba, no ha dejado de vigilarnos. Pero nosotros vamos a demostrarle otra vez que somos más listos que él —le dijo, por toda explicación, mientras le sonreía y guiñaba con picardía un ojo.

Estuvo tentado de utilizar el móvil para llamar a Lola antes de introducirse en la boca del metro. Tenía que abandonar la casa de inmediato. Pero si no estaba viviendo un episodio paranoico, utilizar su móvil era suicida.

Su primer objetivo era quitarse a su pit-bull de encima. Confiaba en su proverbial sentido para la improvisación.

Y en un golpe de suerte.

Se situó a una distancia prudencial de las vías. Lamentó de inmediato que no hubiera muchos viajeros en la estación. Lógico para una ciudad que empezaba a vaciarse por vacaciones.

El hombre que lo seguía se situó a unos metros de él. Pareció enfrascarse en la lectura del periódico que acababa de adquirir.

Cameron dejó pasar el primer convoy, simulando atender una llamada en su teléfono móvil. El hombre que leía el periódico tampoco subió al tren.

Tomó el siguiente suburbano. El hombre de pelo corto y gafas de sol entró en otro coche. No tardó mucho en entrar en el vagón del historiador, sentándose cinco filas de asientos más atrás, frente a él.

Las estaciones iban pasando una tras otra. Los escasos viajeros subían y bajaban, pero en el vagón nunca llegó a haber más de ocho personas.

El hombre del pelo corto ya no leía el periódico. Tan sólo miraba al frente, a un punto indeterminado del interior del convoy, tras sus oscuras gafas de sol y con gesto inescrutable.

Cameron hacía muchos minutos que intentaba trazar un plan para despistar a su perseguidor. Pero realmente no se le ocurría cómo. Habría tenido alguna oportunidad en una avalancha de viajeros, como él mismo había presenciado en el metro de Tokio. Pero el metro de Madrid en agosto parecía un parque temático de estaciones fantasmas. El lugar ideal para rodar una película de terror. Algo muy parecido a lo que estaba viviendo en esos momentos.

Miró el plano informativo de las líneas del suburbano que estaba impreso en vinilo y pegado a una de las paredes del coche. Sólo faltaban seis paradas para llegar a la estación término.

Cinco, le anunció el ruido neumático de las puertas al abrirse.

Entonces vio entrar a sus enviados del cielo.

Contó hasta veintitrés enfervorizados adolescentes, irradiando testosterona, que entraron como un torrente amarillo; ése era el color de sus camisetas de manga corta deportivas; luego cinco adultos intentaban hacerse con el control de aquella alegre marabunta.

Soto de Alcobendas C.F., rezaba la serigrafía de sus camisetas y bolsas de deporte. Un equipo de fútbol juvenil. No se habría sentido más emocionado si en aquel vagón hubiera entrado su equipo de fútbol americano favorito, los Rams, y el capitán le hubiese regalado un balón y su casco.

Le supo a gloria aquella algarabía pubescente, sus gritos engallados y sus risas altisonantes. Les miraba a todos con una sonrisa cercana al éxtasis.

Por el rabillo del ojo pudo percibir la intranquilidad en el rostro de su sabueso, que intentaba no perderle de vista entre la cortina de muchachos que le ocultaban y le descubrían en sus agitados movimientos.

Los chicos se habían situado en el fondo del vagón, creando una suerte de muro humano con su perseguidor.

Por sus conversaciones pudo entender que se dirigían a jugar la final de un torneo en algún lugar de la ciudad.

—¡Nos bajamos en ésta, chavales! —gritó un hombre delgado y fuerte, con el cabello muy corto, entrecalado de canas. Supuso que debía de ser el entrenador. Ventura, pareció llamarle uno de los jugadores. Ventura, aquel nombre tenía que traerle suerte, pensó Cameron.

Los chicos se apelotonaron ante una de las puertas del coche, entre empujones y risas. Cameron se levantó y se mezcló entre ellos. El hombre del periódico también se incorporó, y se situó junto a la puerta contigua.

El convoy se paró.

La masa amarilla salió del vagón. El entrenador retuvo al ruidoso grupo en el andén.

El hombre del pelo corto también había salido del vagón y buscaba a Cameron entre las cabezas de los jóvenes jugadores. Se acercó a ellos, rodeándolos. Las puertas del convoy se cerraron con su característico ruido neumático. El hombre del periódico supo entonces que Cameron no estaba entre los chicos y que no había bajado del tren.

El convoy comenzó a moverse con suavidad, deslizándose sin ruido entre los brillantes y pulidos raíles. El hombre de las gafas de sol se abalanzó sobre la puerta por la que había descendido el equipo de fútbol, e intentó forzarla. Pareció abrirse unos centímetros. El tipo era muy fuerte; el tren comenzó a aumentar la velocidad. El hombre con envergadura de armario ropero gritó una maldición en inglés, y con su puño cerrado golpeó con violencia la ventanilla de la puerta haciéndola reventar en una cascada de pequeños cristales rotos. Buscó frenéticamente un picaporte o un abridor que le permitiese entrar de nuevo en el convoy. Se dio por vencido a escasos metros de estamparse contra la pared del túnel por donde ya se introducía el tren. Su mirada cargada de furia y de impotencia se cruzó con la de un joven atónito que en el interior del vagón mascaba chicle y parecía oír música con un diminuto pinganillo conectado a un reproductor digital de música.

Cuando entraron en el túnel, el hombre que había permanecido agachado y pegado a la puerta se incorporó sacudiéndose los diminutos cristales de la ventana rota.

—Cualquier viaje es siempre una aventura, ¿eh, chaval? —le dijo el profesor al absorto testigo de la escena, el joven que escuchaba música, el único viajero junto a

él en el vagón—. Para que no olvides un día como éste voy a hacerte un regalo. —Y con una franca sonrisa le entregó su móvil. A él ya no le serviría de mucho. Y tal vez, con aquel gesto, consiguiera algo de ventaja con sus perseguidores.

El muchacho lo cogió con docilidad mientras se quitaba el pinganillo del oído derecho. Y parecía rebuscarse en el bolsillo de su vaquero.

—No se lo va a creer, pero cuando cogí el metro esta mañana un fraile me entregó esto —dijo mientras le mostraba un pequeño sobre cerrado—. Me dijo que se lo entregase al hombre que me iba a regalar un móvil. —Obvió decirle que el religioso había asegurado la extraña transacción con un billete de cien euros, no fuera a ser que hubiese que repartir ganancias—. La vida es un flipe —apostilló finalmente el joven.

Cameron, una vez fuera de la estación de metro, rasgó nerviosamente el sobre, y por primera vez se sintió feliz al reconocer aquel trazo caligráfico escrito con rotulador rojo. El mensaje de Viriato era escueto: «Aeródromo de Cuatro Vientos, Beechcraft 18, de Spantax, nuestro vuelo del Fénix para la primera parte de nuestro viaje». Breve y críptica, como toda su correspondencia.

Poco a poco, Cameron recuperaba su buen estado de ánimo. Las cosas no marchaban del todo mal, sobre todo porque hacía unos escasos minutos podían haber ido mucho peor. Había conseguido superar la primera prueba del día, desembarazarse de su perseguidor. También se había deshecho de su móvil, una especie de baliza para los que le perseguían. Aunque algo le decía que aquello no le concedería una ventaja definitiva ni duradera en el tiempo.

Lo que era incapaz de descifrar era el motivo que había desencadenado la cacería. Y qué papel jugaba su hermano en todo esto. Aunque empezaba a sospechar que todo aquello formaba parte de un triángulo en el que su hermano, el cardenal Grazianni y él mismo ocupaban cada uno de los tres vértices.

Pero de momento no tenía ningún interés en que se lo explicara en profundidad ninguno de sus cazadores, sobre todo después de ver la reacción del tipo del metro.

Las señales de alarma no se habían apagado en su cabeza. De alguna manera, sospechaba que Viriato se había ocupado de poner a salvo a Lola, pero no dejaba de preocuparle la seguridad de las personas que le habían ayudado o se habían cruzado con él en su investigación.

Descartó que los cazadores estuviesen acosando a Nuria Rubio y Marta Larripa; apenas tenían información que suministrar.

Pero Alejandra era un caso distinto.

La llamó desde el taxi que le conducía al decano de los aeropuertos españoles^[39], el conductor le había prestado su móvil. Sintió de repente una punzada de angustia por ella. Voluntaria o involuntariamente, la forense se había convertido en una de las protagonistas de su incalificable investigación sobre islas fantásticas, monjes y plumas de ángel. Para su desgracia, habían compartido «demasiada información».

—Hola, doctora, no tengo mucho tiempo, así que iré directamente al grano —le

espetó en cuanto reconoció su voz al otro lado de la línea.

—Sebastian, esto sí que es una sorpresa. Añoraba tu conversación, siempre llena de misterios y acertijos. Estaba a punto de llamarte —sonaba jovial y sincera.

Cameron pensó por un momento que después de aquella charla, a Alejandra no le iban a quedar muchas ganas de volver a telefonearle en su vida.

—Verás, no quiero preocuparte, pero en las últimas horas me están sucediendo cosas poco habituales en mi rutina diaria y no me gustaría que esto acabase involucrándote.

—¿Qué me quieres decir exactamente, Sebastian? —Las mentes analíticas no disfrutan con los circunloquios.

—Esta mañana, un tipo, que podía haber sido fabricado en una cadena de montaje de frigoríficos, ha estado siguiéndome y casi desguaza un vagón de metro porque no he querido pasear cogido de su brazo. Me están siguiendo, Alejandra —le resumió—. ¿Has notado algo extraño, te está siguiendo alguien?

—No, aquí en Suecia la gente es muy educada. Los albañiles no me dicen barbaridades ni los hombres me siguen por la calle como en España.

Hubo un silencio en la línea.

—No es una broma, ¿verdad? —La voz de la doctora había perdido ahora su tono de jovialidad.

—Desgraciadamente, no —le contestó casi con sequedad—; creo que hemos pisado la cola de un tigre, pero todavía no he podido contarle las rayas. Siento haberte metido en esto. —Era absolutamente sincero.

De nuevo se produjo un silencio en la línea.

—Debí haber hecho caso a mi intuición femenina el día que te conocí —dijo después de emitir un profundo suspiro—. Venías con la palabra «problema» escrita en la frente. Aunque creí que iba a ser otro tipo de problema —ella también era sincera.

—No conseguirás entermecerme, doctora, cuando tengo miedo sólo sé concentrarme en mi propio pánico. —Hizo una pausa—. Cuídate, ¿quieres?

—Suenas a despedida, profesor, y eso no me gusta. ¿Adónde vas?

—En el futuro inmediato lo mejor es que no sepas mucho de mí. —Le pareció lo más sensato, dadas las circunstancias.

—¿Volverás a Madrid?

—Eso sería una magnífica señal, voy a tener que colgar, estamos llegando.

—Tengo información sobre lo que me pediste, sobre las estadísticas del síndrome de Down. Por eso iba a llamarte —le dijo casi atropelladamente.

—Vaya, lo había olvidado. No paras de trabajar ni en vacaciones. Era sólo una mera curiosidad, no era importante...

—Yo no opino lo mismo después de estudiar los datos —le contestó casi con brusquedad, le pareció que estaba algo nerviosa—. Los nacimientos de bebés con síndrome de Down se están multiplicando en todo el mundo, Sebastian. La OMS no sabe si hablar ya de pandemia. Las amniocentesis efectuadas en madres en gestación

rebelan que la curva máxima de crecimiento de estos nacimientos se materializará alrededor del próximo diez de agosto. Y sólo están manejando datos del primer mundo. Ésta es una información restringida de la OMS, no me preguntes cómo la he conseguido, pero es veraz.

—Bueno, la mujer occidental cada vez se casa y concibe más tarde. Muchas son primerizas a partir de los cuarenta, y ya sabes que a esa edad las posibilidades de concebir bebés con síndrome de Down se multiplican... —Intentó quitarle importancia a su información.

—Sebastian, no le estás hablando a una de tus alumnas. —Podía ser una mujer muy cortante cuando se lo proponía—. Nunca se han manejado cifras como éstas.

Se hizo de nuevo el silencio entre los dos.

—¿Qué es lo que está pasando, Cameron? —le preguntó ella, y había un punto de angustia contenida en su voz.

—No lo sé. Pero es como si alguien nos estuviera mandando ángeles.

—¿Crees que es porque los vamos a necesitar?

No quiso responderle a esa pregunta.

El niño dejó de jugar un instante con su pala en el arenero y miró a aquellos dos hombres que acababan de sentarse en el banco del parque. Uno iba vestido con un chándal y el otro completamente de oscuro y con una fina gabardina negra. No le gustó el hombre oscuro.

El parque era un lugar hermoso y estaba cerca del hotel donde se alojaba el joven con su novia. Por eso lo habían elegido como punto de encuentro. Aquel banco de madera era perfecto para disfrutar de un inusual día soleado del verano sueco y mantener una distendida charla.

—No puedo hacerlo —dijo Gunnar con un hilo voz, sin atreverse siquiera a levantar la vista de la puntera de sus zapatillas deportivas que seguían nerviosamente removiendo el suelo de grava del paseo del parque.

—Mi querido Gus, ella te llama Gus, ¿no es así? Quizá no me he expresado con suficiente claridad. No te estoy dando un consejo o pidiéndote un favor, te estoy formulando una orden. —Sanem le hablaba con la misma suavidad y frialdad con la que corta una cuchilla bien afilada—. Estoy cerrando flancos expuestos en nuestro operativo y la chica sabe demasiado. Nada ni nadie puede poner en peligro nuestros planes. Siempre ha sido así. ¿Qué está ocurriendo ahora?

—La quiero, señor —le dijo por toda respuesta.

Sanem no pudo evitar una carcajada seca y gutural que produjo en el joven Un profundo escalofrío.

—Gunnar de Malmoe, mi eternamente joven aprendiz de vikingo —dijo por fin Sanem cuando cesó su risa—: ¿Cuántos años llevamos trabajando juntos?

—Más de mil quinientos, señor, ya he perdido la cuenta —le contestó sombrío.

—Mil quinientos veintitrés —le cerró el cálculo—. Hace mil quinientos veintitrés

años que te salvé de aquella hoguera de campesinos bretones. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ayer. Gritabas desesperado en lo alto de aquella pira que darías hasta tu propia alma a quien te salvase de aquella terrible muerte. Invocaste a tu dios Odín, invocaste hasta al Dios de aquellos cristianos que pretendían asarte. Y me invocaste a mí. —Suspiró satisfecho por aquellos recuerdos.

Gunnar se atrevió entonces a lanzarle una furtiva mirada al afilado rostro y se fijó también en las fuertes y nervudas manos. Sus uñas parecían crecer.

—El gordo no acudió a tu llamada, claro, porque no existe —continuó Sanem—. El importante tampoco, porque cree que todas las almas son suyas. Pero yo sí escuché tus súplicas. Es lo que tenemos los segundones que queremos ser los primeros, nos alimentamos de las oportunidades al vuelo, vivimos del sueño de nuestros enemigos.

El hombre oscuro pasó el brazo por encima de los hombros del hombre joven y comenzó a acariciarle el cuello.

—Mil quinientos veintitrés años de eterna juventud desde entonces; de inmaculada hermosura, fortaleza, dinero, mujeres, hombres...

—Yo también te serví, señor —le dijo, casi le escupió, mirándole a los ojos, con amargura y con sus últimos restos de fiereza.

—Así ha sido hasta ahora —él también le miraba con sus ojos de lobo—. ¿Sabes? Hay una cosa que nos diferencia a Él y a mí. Él te permite dudar. Yo no.

Y diciendo esto cerró su garra sobre el cuello, rompiéndolo con la misma facilidad con la que hubiera quebrado un fósforo de madera.

El niño volvió a fijar su atención en el banco de madera. El hombre joven parecía haberse quedado dormido. El hombre oscuro ya no estaba.

Alejandra perdió su mirada a través del amplio ventanal que daba a la pradera que rodeaba su *bungalow*. En el bulevar que bordeaba su lujoso hotel los manifestantes se estaban agrupando. La muchedumbre era abigarrada y colorista, casi festiva. Jóvenes y no tan jóvenes se preparaban para manifestarse contra «el calentamiento de la tierra», tal como rezaban algunas de sus pancartas.

Ella, inquieta, volvió a mirar su reloj de pulsera. Había pasado más de una hora desde que Gus salió a correr. Tenía que haber regresado ya. Nunca corría más de cuarenta y cinco minutos. Era ordenadamente sueco para todo. Lo último que deseaba en esos momentos era estar sola después de la intranquilizadora llamada de Sebastian. El móvil sonó de nuevo.

—Gus, ¿dónde estás? —preguntó automáticamente sin identificar el número de su interlocutor.

—No soy Gunnar, doctora Recasens —le respondió una voz desconocida al otro lado del teléfono—. Soy Viriato, el hombre del rotulador rojo.

—Joder. —Era la llamada perfecta para hacer saltar por los aires sus ya deteriorados nervios—. ¿Está usted con Cameron?

—No tenemos mucho tiempo, doctora. Haga exactamente lo que voy a decirle, su vida depende de ello.

—Oiga, pero ¿qué clase de jodido tarado es usted? —Su indignación se había disparado—. ¿Cómo se atreve a...?

—Abra el agua de la ducha —le cortó—, a la persona que va a llamar a la puerta díglele que se está duchando, pídale cinco minutos para salir del baño y secarse. Salga inmediatamente de su habitación, cruce la pradera y mézclese con los manifestantes.

Alejandra notó que su pulso se aceleraba. Miró de nuevo por el ventanal buscando al hombre que le hablaba por teléfono y que necesariamente debía estar observándola.

—No sé a qué pretende jugar conmigo, pero voy a colgar ahora mismo y llamar a la policía —le contestó intentando retomar el control de la situación.

Alguien, en el pasillo, tocó con suaves golpes la puerta de su habitación.

—Cariño, soy yo, me he olvidado de llevarme la tarjeta, ¿quieres abrirme, por favor? —La inconfundible voz de Gus.

—Es Gus —le dijo al hombre con el que hablaba al otro lado del teléfono.

—No. No es Gus, doctora —le contestó impasible y seguro—. Gunnar está muerto. Salga inmediatamente de esa habitación. Corra por la pradera y mézclese con los manifestantes. ¡Ahora! —le urgió.

—Cariño, estoy sudando y acabaré por resfriarme si no me abres —la voz de Gus otra vez detrás de la puerta.

El camarero vio al hombre de la gabardina negra al otro lado del pasillo frente a la puerta de aquella habitación. Entre los flecos de su ropa asomaba el cañón de una escopeta.

—Eh, oiga —le interpeló decidido mientras se acercaba a él—, no se permiten armas en este hotel.

Sanem se volvió hacia el camarero y en un rápido movimiento descargó su arma sobre él. El empleado del hotel voló por el pasillo hasta estamparse contra un carro de ropa sucia.

El estampido del disparo resonó como un trueno en la habitación. Entonces, toda la adrenalina acumulada en el organismo de la doctora se disparó en su torrente sanguíneo y su cerebro sólo le transmitió una orden: huir.

Alejandra corrió hacia el gran ventanal de cristal, se cubrió el rostro y la cabeza con los brazos y saltó atravesándolo limpiamente con un golpe sordo y rodeada por un estallido en cascada de miles de diminutos cristales.

Cayó en el suelo y rodó unos metros hecha un ovillo por el mullido césped de la pradera para reincorporarse con agilidad y continuar su carrera hacia el núcleo de la manifestación. Mientras corría pensó que nunca hubiera podido imaginar que cinco años de *ballet* acabarían sirviéndole para esto.

A sus espaldas escuchó el estampido del segundo disparo de escopeta, el que acababa de hacer saltar entre astillas el picaporte de la puerta de su habitación, eso la

hizo correr con más determinación.

Las bocinas y la algarabía de los manifestantes habían ocultado el ruido de los disparos. Nadie parecía haberse percatado de lo que estaba ocurriendo.

Tan sólo setenta metros más y estaría a salvo entre aquella masa de gente.

Sanem se apoyó en el marco del destrozado ventanal de la habitación para asegurar el tiro. La escopeta con la que apuntaba se transformó entre sus manos en un rifle de precisión, disparar con postas desde aquella distancia hubiera sido inútil. Apuntó con cuidado hasta que la espalda de la chica estuvo en la cruceta de su óptica. Corría muy rápido, sólo tendría una oportunidad; sonrió para sí, no necesitaba más. Y disparó.

Alejandra oyó la detonación a sus espaldas mientras alcanzaba la primera línea de manifestantes, oyó el silbar de la bala y el impacto seco del proyectil al incrustarse en la carne.

Capítulo XIX

«UNA ENTRE CUARENTA Y CINCO MIL». SURÁFRICA, 8 DE AGOSTO DE 2009

Capita XIX. N.S.B.a. Continúa la navegación. En medio de una horrible tempestad, los monjes contemplan el combate de un dragón y un grifo en el mar.

Julián Lascelles apuró la última calada de su Marlboro mientras observaba el fascinante atardecer sobre la meseta del Gran Karoo. El astrofísico francés observó el gran globo anaranjado en el que se había convertido el Sol, en apenas una hora habría desaparecido tras las colinas Sutherland. A pesar del tiempo que llevaba trabajando en África, no acababa de acostumbrarse a su estremecedora belleza. Aquél le parecía el lugar más hermoso de la Tierra. Y sonrió al recordar el nombre que le daban los zulúes a aquel promontorio: Ikhandu Bolile, «La Cabeza del Diablo». No le pudo parecer una denominación más desafortunada. Y todo porque una antigua leyenda decía que desde aquella pequeña colina, desde La Cabeza del Diablo, se podría contemplar algún día el fin del mundo.

Lascelles pensó que aquellas estúpidas supersticiones contribuían a lastrar y retrasar el progreso de aquel magnífico continente.

Miró su reloj de pulsera, faltaban tan sólo veinte minutos para que el Apophis, el asteroide más vigilado del universo, alcanzase el perihelio^[40] de su órbita.

Apagó la colilla en el suelo de cemento y volvió a entrar en el moderno edificio que albergaba el mayor telescopio del mundo, el Southern African Large Telescope, SALT, con once metros de diámetro en su espejo principal.

Saludó en el *hall* de la entrada a N'meba, uno de los cuatro vigilantes del turno de noche en el interior de la grandiosa construcción. El guardia armado se limitó a liberar el torno con gesto mecánico, mientras seguía viendo por uno de los monitores la final del torneo de *rugby* entre Sudáfrica e Inglaterra que se jugaba en esos momentos en la capital de la antigua metrópoli.

Él tenía cosas más importantes que hacer que N'meba, aunque eso dependía, subjetivamente hablando, de la escala de valores que tuviera cada uno. Y eso siendo benevolente consigo mismo, considerando que, para la mayoría de los mortales, un astrofísico como él ocupaba generalmente el casillero de «bichos raros». Hasta él mismo estaba considerado como un «bicho más raro que la media» entre sus colegas.

Había sido el único que había solicitado el turno de noche de un sábado para despedir a la «roca».

«¿Qué coño esperas ver esta tarde, Lascelles? Es el bólido más seguido y estudiado del universo. Conocemos el desarrollo de cada metro de su trayectoria y lleva meses ciñéndose al guión como el buen chico que es. Hoy es sábado, Julián, y la

directora nos ha invitado a arrasar La Cantina del Viejo Boer en Sutherland, para celebrar el aniversario del telescopio. Todos los fenómenos celestes dignos de ser observados tendrán lugar esta noche en esa taberna, colega. Trabajas demasiado, Lascelles».

Pero él sabía que aquel atardecer sería un ocaso especial para la Roca.

Y él no pensaba fallarle.

Cuando Apophis alcanzase su punto de órbita más cercano al Sol, desaparecería de la visión de cualquier observatorio terrestre durante decenas de meses. Las órbitas de la Tierra y del meteorito se alinearían con el Sol, ocultándose entre sí. No volverían a saber el uno del otro hasta casi cuatro años después.

Durante todo ese tiempo, la órbita del Apophis estaría oculta por el Sol.

Volverían a verse en mayo de 2013. El meteorito saldría entonces de su escondite para cruzar el firmamento, a decenas de miles de kilómetros de la Tierra, para perderse de nuevo en la inmensidad del universo hasta su próxima visita.

Después de haber estado siguiéndole durante tres campañas, a Lascelles aquella separación se le hacía insoportable.

Entró en la sala de pantallas y se sentó en su cómodo sillón giratorio frente a la mesa de control central del telescopio. Todos los datos le ofrecían mediciones normales. Miró el cronómetro de uno de los receptores de plasma, menos de quince minutos.

Comenzó a manipular los controles de la mesa de edición, y cinco grandes monitores extraplanos de TFT se iluminaron y comenzaron a emitir imágenes del meteorito. Lo llevaba observando tres años, prácticamente todos los días, pero aun así su primera visualización siempre le producía un cosquilleo en el estómago.

Allí estaba su titán celeste. Un bólido de medidas ciclópeas, más de veinte millones de toneladas de peso, con un diámetro de casi medio kilómetro, trescientos veinte metros de envergadura y viajando por el espacio a más de treinta kilómetros por segundo.

Su imagen en el monitor era impresionante y poderosa. La enorme roca se deslizaba en silencio dejando tras de sí una estela de luminoso polvo cósmico. ¿Cómo podría alguien perderse un espectáculo como éste? Había buenas razones para que el Apophis fuese el cuerpo celeste más seguido y vigilado de la historia de la astrofísica moderna. Desde que se descubrió su presencia el 19 de junio de 2004, el meteorito no había dejado de producir dolores de cabeza. El primer día que fue detectado, ya se le asignó el nivel 1 de la escala de Turín^[41], y se supo que era un asteroide de la clase Atón^[42]. Apophis demostraría muy pronto que no pensaba pasar desapercibido. Todos los telescopios del mundo comenzaron a fijar sus ópticas y su atención en la nueva gran roca. Siguiendo protocolos internacionales de seguridad, empezaron a acumular datos.

Lascelles se había incorporado a las pocas semanas de la presentación en sociedad del meteorito al equipo formado por la española Eugenia Sansaturio y el

italiano Andrea Milani. Ambos pasaban por ser dos de los más reconocidos especialistas en el cálculo de órbitas de bólidos en todo el mundo.

Todas las nuevas observaciones que se iban produciendo se compartían entre los tres. La práctica decía, y esto se había convertido en una ley inalterable hasta la aparición del Apophis, que a medida que se acumulaban observaciones y se definía con mayor exactitud la órbita, las probabilidades de impacto iban disminuyendo hasta desaparecer. Con Apophis ocurrió exactamente lo contrario: cuantas más observaciones llegaban, y con mayor precisión se calculaba la órbita, las probabilidades de que el meteorito impactase contra la Tierra eran mayores. Se calcularon hasta cuatro acercamientos del bólido a nuestro planeta. Se producirían en 2013, 2021, 2029 y 2036. La crisis estalló el 24 de diciembre de 2004. Las últimas mediciones aseveraban que en su tercera visita, en 2029, el asteroide tenía una posibilidad entre treinta y ocho de impactar contra nuestro planeta. El choque se produciría en una franja longitudinal comprendida entre la península de Kamchatka y Venezuela, y su impacto liberaría una energía comparable a la fuerza devastadora de cien mil bombas atómicas como la de Hiroshima. Simplemente, los humanos desapareceríamos de la faz de la Tierra por los mismos motivos que lo hicieron los dinosaurios.

El gobierno americano se tomó entonces muy en serio el asunto. Un grupo de caza asteroides de élite estadounidenses rehízo todas las observaciones y cálculos con la ayuda de los «tres guardianes del universo». Los programas de cálculos orbitales corrieron de nuevo en los ordenadores más potentes del mundo, y el 28 de diciembre de 2004, Apophis ya sólo tenía una posibilidad entre cuarenta y cinco mil de cambiar por una larga temporada las formas de vida de nuestro planeta.

«Una entre cuarenta y cinco mil, tantas como si compras un décimo y te toca el gordo de Navidad», recordaba las palabras de Sansaturio.

Apophis había dejado de ser una amenaza real para la Tierra.

Aun así seguía en estrecha observación. Según las últimas mediciones, el 13 de abril de 2029, Apophis pasaría a tan sólo treinta y ocho mil kilómetros de nuestro planeta. Considerando que la Luna está diez veces más lejos, podría decirse que el meteorito pasaría prácticamente rozándonos. De hecho, invadiría nuestra órbita geoestacionaria, ocupada por miles de satélites artificiales, y sería visible a simple vista desde la Tierra. En realidad, sería un grandioso espectáculo, la estrella fugaz más brillante y gigantesca vista jamás por el hombre.

Miró el cronómetro digital de la pantalla. Cinco minutos, y se dirían adiós durante muchos meses.

Entonces sucedió.

Comenzó a parpadear un piloto de la consola de su derecha. Tuvo la impresión de que el corazón había dejado de bombearle sangre, mientras notaba cómo una fuerte descarga de adrenalina invadía su torrente sanguíneo.

Sabía perfectamente lo que significaba esa señal: uno de los satélites gemelos de

la Misión Stereo^[43] estaba detectando la formación de una tormenta solar. Una muy grande, por la velocidad en la que se movían los marcadores.

Solicitó conexión con las cámaras del satélite. Uno de los monitores se llenó de nieve, y en unos instantes apareció la inmensa esfera candente del Sol. No tardó en detectar la mancha activa. Era enorme, más grande que Asia, Europa y África juntas.

Calculó rápidamente la órbita de Apophis y la latitud de la tormenta en formación. El meteorito sobrevolaría la mancha en tres minutos.

La eficiencia energética asociada a las erupciones solares podía tardar horas y días en acumularse, pero la mayoría de las tormentas solares tardaban tan sólo unos minutos en liberar toda su energía acumulada.

Por unos instantes pensó que no podía tener tan mala suerte, que no podía reunirse tal cúmulo de fatalidades. Respiró hondo varias veces, como le había enseñado su profesor de yoga, y sacó aquella idea tenebrosa de su cabeza. Y entonces Asia, Europa y África juntas estallaron en una llamarada de plasma ígneo, eyectando millones de toneladas de masa coronal al espacio.

Lascelles asistía atónito a aquel espectáculo grandioso de energía desatada y fuera de control, tan sólo remotamente comparable al estallido de decenas de millones de bombas de hidrógeno. La gigantesca tormenta de protones alcanzó al Apophis a los cuatro minutos de ser eyectada, en el preciso instante en que la roca culminaba su perihelio. Segundos después, el meteorito desapareció tras el Sol.

Lascelles tardó un par de minutos en reaccionar venciendo la sensación de estupefacción y pánico que se había apoderado de él. Comenzó rápidamente a recalcular la órbita del meteorito analizando las últimas imágenes, *frame a frame*, de la tormenta solar. Era perfectamente consciente de que tan sólo el SALT había podido grabar el fenómeno. El sudafricano era el último telescopio terrestre que había podido seguir la trayectoria del Apophis antes de que se ocultase tras el Sol. Y sabía, igualmente, que tan sólo desde aquel observatorio se había podido detectar aquella gigantesca erupción solar.

Sus efectos jamás serían percibidos en nuestro planeta, ya que la eyección de masa coronaria, que había alcanzado varias veces la altura del monte Everest, se había producido prácticamente en el límite de la cara oculta del astro. Stereo seguía transmitiendo información. El dato se congeló en su monitor. Según la clasificación GOES, la potencia de la erupción había sido de X90, la máxima posible.

Los potentes programas informáticos corrían de nuevo recalculando la órbita del titán. Tres horas más tarde, Lascelles, después de revisar todos sus cálculos por última vez, ya no tuvo ninguna duda.

Abandonó las instalaciones del SALT en su destartado Land Rover corto. Tenía que llegar a Sutherland lo antes posible. En el bolsillo de su camisa tipo safari llevaba el CD con los nuevos cálculos orbitales del bólido. Tenía que informar a la directora del observatorio. Aquella tormenta perfecta había variado la órbita del gigante. Se sintió

abrumado al pensar que, en esos instantes, él era la única persona en el mundo que sabía que la primera aproximación de la roca a la Tierra no sería inocua.

Según sus mediciones, y esta vez no había margen de error, el Apophis impactaría contra nuestro planeta el día 10 de agosto de 2013, exactamente sobre la península de Yucatán. Prácticamente en el mismo lugar donde el último gran «impactor» se había estrellado contra la Tierra hacía más de sesenta y cinco millones de años. Aunque esta vez los que se extinguirían no serían los dinosaurios.

Además, el peligro sería indetectable para cualquier gran telescopio hasta unas pocas semanas antes del impacto, debido a la ocultación de la trayectoria de la roca por el alineamiento del Sol y la Tierra en los próximos cuatro años.

Simplemente no habría tiempo de reacción.

La ansiedad y la angustia prácticamente no le dejaban respirar.

Aceleró. No quería seguir mucho tiempo siendo el único depositario de aquel terrible secreto.

Fue a la salida de una curva ciega, muy cerrada y en cambio de rasante, todavía en la pista de tierra que enlazaba con la moderna autopista que le llevaría a Sutherland.

Lascelles apenas tuvo unas décimas de segundo para iluminar con sus faros el morro compacto del camión Mercedes Unimog que se le echaba encima con sus luces apagadas.

El camión todoterreno de los cazadores furtivos no tuvo tiempo de esquivarlo. El impacto fue seco y brutal. El amasijo de hierros retorcidos en el que se había convertido el pequeño Land Rover salió despedido por la terrible colisión contra las nueve toneladas de hierro oscuro del Unimog. Dio varias vueltas de campana levantando surtidores de arena fuera de la pista de tierra.

Cuando se detuvo sobre su deformado costado sonó un estampido seco y breve, y los restos del Land Rover se convirtieron en una bola de fuego.

Lascelles no sufrió en absoluto, porque ya estaba muerto cuando su vehículo comenzó a arder.

—No pare —ordenó secamente Sanem, el traficante de colmillos, al conductor del camión—. El fuego puede alertar a alguna de las patrullas del parque.

El Unimog, una auténtica viga de acero que aparentemente sólo había sufrido daños en su parachoques delantero, reanudó la marcha.

Cuando el vehículo de los cazadores furtivos desapareció tras una colina, el paisaje pareció volver a recuperar su interrumpida armonía.

Ikhandla Bolile volvía a ser otra vez uno de los lugares más hermosos de África.

Capítulo XX

CAMERON VS. CAMERON

Capita XX. N.S.B.a. Brendanus decide regresar a la isla de la Comunidad de Alibe para celebrar la Natividad del Señor. Llegan navegando por la noche, en un mar en calma, y la isla les recibe con todas sus lámparas encendidas.

Cameron se encontró de nuevo con Lola y Viriato en la diminuta sala del aeródromo. Se alegró sinceramente de verles, en realidad eran ya algo parecido a una familia. Una familia embarcada en un viaje que al profesor se le antojaba imposible, pero al que no pensaba renunciar.

El diminuto aeropuerto estaba gestionado por la fundación Infante de Orleáns, una especie de club de enamorados de la aviación, presidido por el coronel retirado del ejército del Aire, don Germinal Sánchez Mencía. Aquel Germinal era hijo del falangista que había emparedado el cadáver de Mernoc y había ayudado a Odran hacía setenta y dos años. De su padre, amén de sus facciones, había heredado una inmensa fortuna. Parte de su patrimonio estaba dedicado a hacer realidad dos de sus aficiones: coleccionar y restaurar aviones históricos para devolverlos a su hábitat natural, el cielo.

Las presentaciones fueron breves y cordiales. No había tiempo para más.

—Van a volar ustedes en una joya de la aeronáutica —les informó orgulloso el presidente—. Un Beechcraft 18 recién restaurado. En tres «saltos» estarán ustedes en El Hierro. Tardarán un poco más que en un reactor de línea regular —en realidad tardarían varias horas más—, pero su viaje será inolvidable. Ahora les dejo en las manos de dos de mis mejores pilotos, los comandantes don Carlos García de la Vega y don Jaime Riestra. Me despido deseándoles un buen vuelo, yo ya llego tarde a mi partido de golf en Puerta de Hierro.

Se abrazó a Viriato y se despidió de él llamándole padrino. Cameron pensó que le gustaría hacerle tantas preguntas al impostado fraile, que comenzaba a dudar que tuviera vida por delante para contestarle. Por el rabillo del ojo vio cómo don Germinal desaparecía a buen paso por la puerta de salida de la sala de embarque.

—Sígueme, por favor —les dijo uno de los pilotos—. La torre no puede demorar más la salida de nuestro vuelo.

Cameron se sintió como un personaje de *Casablanca* cuando salió al exterior y comenzó a caminar por el suelo de hormigón de aquel aeropuerto que parecía sacado de la inmortal película.

La elegante silueta del Beechcraft 18, con su cola de dos timones, se recortaba al comienzo de la pista. El aparato, que hubiera hecho las delicias del dibujante Hergé,

era un pequeño bimotor con capacidad para siete pasajeros. Construido en 1935 en Estados Unidos, estaba equipado con dos motores de hélices Pratt & Whitney capaces de desarrollar cuatrocientos cincuenta caballos cada uno. El avión podía alcanzar una velocidad máxima de trescientos cincuenta kilómetros por hora, y tenía una autonomía de algo más de tres mil kilómetros. En su época dorada, el Beechcraft 18 había sido uno de los aeroplanos más utilizados por las compañías aéreas de todo el mundo para cubrir sus vuelos locales. «En uno de éstos viajó el Che a Cuba para iniciar la revolución», le comentaría más adelante el comandante Riestra.

La fundación Infante de Orleáns había restaurado primorosamente el aeroplano, y lo había pintado respetando los colores de la última compañía aérea para la que prestó sus servicios: Spantax.

Mientras Riestra ponía en marcha los motores, García de la Vega desde la cabina explicaba a sus pasajeros los pormenores de su vuelo.

—Ahora despegaremos y volaremos hasta el aeródromo de la Tablada, en Sevilla. Tardaremos aproximadamente unas dos horas. Desde Sevilla volaremos hasta Lanzarote. Éste será nuestro salto más largo, pero si el viento nos es favorable no nos ocupará más de cuatro horas. Y desde Lanzarote volaremos a El Hierro, el destino que nos ha marcado el coronel. Será un buen *raid*. Como no llevamos azafata, pueden preguntarnos lo que quieran durante el vuelo —les dijo amablemente aquel piloto que a Cameron tanto le recordaba a Tony Curtis—. Que disfruten del viaje.

Así que aquéllos eran los tres saltos de los que había hablado Germinal, pensó Cameron. El Hierro, su destino final. Prefirió hablar de ello con Viriato cuando el avión hubiese terminado la maniobra de despegue. Cerró los ojos intentando dormirse por encima de la conversación que el fraile había iniciado con su móvil. Sonrió, la escasa electrónica que llevaban esos aviones sí permitía el uso de teléfonos móviles durante su vuelo. Mientras sentía cómo su cuerpo se relajaba liberándose de la tensión sufrida en las últimas horas, le pareció escuchar que Viriato hablaba en francés y en árabe con el destinatario de su llamada.

Madoc Cameron no tenía ningún motivo para sentirse feliz después de la última conversación con Máximo Lanza. La operación no había podido comenzar peor. Habían sido detectados en el minuto uno del operativo, y la reacción del agente que seguía al objetivo no podía haber sido más desafortunada. Ahora no sólo sabían que les seguían, sino que, desde el incidente en el metro madrileño, les tenían miedo. Y como bien sabía el veterano agente de la CÍA, una pieza que teme a sus cazadores, tiende a cometer pocos errores.

Muy a su pesar, sonrió al recordar cómo su hermano se había deshecho de su teléfono móvil, la baliza que le había colocado en Roma. ¡Y pensar que se había intervenido su celular tan sólo para controlar posibles conversaciones con Grazianni! De cualquier forma Sebastian estaba demostrando reflejos. El grupo de operaciones especiales de la policía española que había irrumpido hacía media hora

en el domicilio de aquel chaval le tenía que haber propinado un susto de muerte. «No aceptes nunca regalos de extraños»; no lo olvidaría en su vida.

Aquello le había dado algunas horas de ventaja a Doble C y a sus variopintos amigos. Lanza también había intervenido la casa de la corrala, y le había confirmado que los pájaros habían volado del nido.

«Al menos iba a ser una buena partida», pensó con satisfacción. «Cameron versus Cameron». Tan sólo la idea de que su hermano albergara la mínima esperanza de ganarle lo hacía más emocionante.

El embajador había hecho un rápido análisis de la situación, «un reconocimiento de las piezas del tablero», como se decía en la jerga de la Agencia.

Habían perdido la iniciativa al perder el factor sorpresa, pero conocían cuáles serían los movimientos de los jugadores del otro equipo. Inexcusablemente, el día 10 de agosto deberían estar dirigiéndose a San Borondón.

Su primera decisión había sido pedir un satélite en órbita estacionaria sobre el cuadrante donde supuestamente aparecía la legendaria isla. Las transmisiones que sobre esa zona del Atlántico estaba recibiendo en tiempo real, le mostraban un cielo limpio sobre esas aguas, sin rastro de isla alguna. Su segunda decisión consistió en desactivar la tripulación del Atlantis, el yate de lujo que la ejecutiva de la Disney había alquilado para su querido y fogoso hermano. Lo sentía por ella, se aburriría mañana por la noche en la *suite* de su lujoso hotel de La Palma. La tercera había consistido en controlar todas las compañías que rentaban yates en El Hierro o La Gomera, las dos únicas islas después de descartar La Palma, desde donde podían aventurarse a iniciar una travesía hacia San Borondón.

Tenía asumido que la única forma de pisar la isla sería sirviéndose de un barco, una nave lo suficientemente marinera para superar las tormentas y los bancos de niebla con los que la isla de leyenda recibía a sus visitantes. Las cosas no habían cambiado mucho desde el siglo VI a. J.C.

Perseguidos y perseguidores habían desechado utilizar alternativas como avionetas o helicópteros.

La fragata *Benjamín Franklin* se dirigía a toda máquina hacia El Hierro desde Gibraltar. Había pedido una nave con helicóptero. Ambas unidades imprescindibles para llevar a cabo sus planes.

En la pantalla de su ordenador apareció un nuevo mensaje de Lanza. Los controles establecidos en los aeropuertos comerciales españoles y portugueses no habían detectado la salida de sus tres perseguidos. Cerró el correo. No sabía cómo lo habían conseguido, pero no tenía ninguna duda de que los tres estaban en esos momentos volando hacia El Hierro o La Gomera.

El sonido de su móvil le sacó de sus cavilaciones.

—Dígame, Mássimo.

—Han atacado a la pareja que seguíamos en Estocolmo, señor. El chico apareció muerto en un banco de un parque cercano al hotel donde se hospedaban, el cuello

fracturado. Tenemos un camarero muerto en el hotel por disparo de postas y otro civil herido.

—¿Y la doctora?

—Logró escapar del ataque de la habitación y pudo salir del hotel. Al parecer dispararon sobre ella también en el exterior del establecimiento, pero un manifestante se cruzó en el último momento en la trayectoria de la bala. Es el civil herido del que le hablé, un joven con síndrome de Down, según los informes de la policía.

—¿Tenemos localizada a la mujer, Lanza? —Intentaba controlar su impaciencia.

—No señor. Se perdió entre la multitud de manifestantes. Estamos tratando de encontrar su rastro.

—¿Sabemos quiénes han sido los atacantes?

—Todo ha ocurrido hace unas horas, señor. Tenemos colaboradores dentro de la policía sueca que nos están informando prácticamente en tiempo real, pero todavía no tenemos ninguna pista fiable.

—Manténgame informado, Lanza —le dijo secamente antes de colgar.

Si faltaba algún adorno para el pastel, acababan de ponérselo.

La entrada de su secretaria en el despacho, después de tocar dos veces en la hoja de la puerta, le devolvió a su inmediata realidad.

—El coche ya está esperando para ir a Fiumicino, embajador. El *jet* está listo para salir en cuarenta y cinco minutos hacia la isla de El Hierro como usted había solicitado.

Madoc Cameron cerró su ordenador portátil con una sonrisa, y se deseó a sí mismo buena caza. *Tally ho!*, que dirían los ingleses, cuando todavía les permitían cazar el zorro.

Los calabozos de la Gendarmería Real de Marruecos, en la comisaría de la playa de El Aaium, no eran precisamente un lugar agradable ni confortable.

Las instalaciones habían conocido tiempos mejores en la época de la colonia española, concretamente cuando la destartada comisaría había formado parte del Primer Batallón de Instrucción de Reclutas del Ejército de la metrópoli, entonces un complejo militar modélico. De su antiguo esplendor sólo se conservaba el arco de entrada con sus dos torres amuralladas. El resto de edificios, excepto el que albergaba la comisaría y los calabozos, estaba en el más absoluto de los abandonos y medio enterrados en las dunas.

En realidad, el puesto policial de la playa de El Aaium tenía una de las peores reputaciones del Sahara Occidental. En aquella comisaría, el brutal jefe Raschid Al-Hamat despachaba sus asuntos más turbios. Cuando entrabas allí había pocas posibilidades de salir. De salir como entraste, se sobreentendía. Víctor Medina Urquijo se dio media vuelta todavía dolorido, en su maloliente camastro. Con el ojo que todavía podía ver se fijó en la silueta que marcaba la ancha espalda de su fiel segundo, Sidi. Parecía seguir dormitando en el camastro contiguo. Los gendarmes se

habían empleado a fondo con ellos. A él le habían dado la del pulpo, y a Sidi, la del pulpo y la del calamar, por revolverse y bajarle la boca al suelo a uno de los polis marroquíes. Y todo por tratar de meter quinientas cajas de *whisky* sin impuestos en Marruecos. *Whisky* del bueno, que lo más flojo que llevaba en el doble casco de su barco era *Juanito* etiqueta negra. Que él cuando se metía en negocios, lo hacía siempre de lujo, que «para pasar miserias no se sale de casa».

Todo por eso. Por eso, y por no querer compartir beneficios con el jefe de la policía de El Aaium. Y eso que le habían advertido que el guaje era un cacho perro de mucho cuidado. Pero en su vida su lema siempre había sido «Fortuna audaces est», que hasta se lo había hecho tatuar en Tailandia entre el ombligo y sus partes pudendas, y que a las señoras les gustaba mucho. Bueno, a las señoras un poco putas. El caso es que se la había vuelto a jugar a todo o nada, como siempre. Como cuando perdió su puesto de capitán de la Cunnard en aquel crucero por apostarse mil dólares a que era capaz de desmayar a *Lady Woollford*. La *milady* en cuestión era una aristócrata británica muy cursi, llena de títulos y que viajaba en su transatlántico haciendo constante ostentación de ser prima segunda de la reina de Inglaterra. Se sonrió recordando la anécdota, se sonrió lo que le permitió su labio partido e hinchado.

El capitán Medina pidió la pata de jamón de jabugo que guardaba para sus invitados especiales. Con gran ceremonia se levantó de la mesa, y con su afilado cuchillo jamonero, comenzó a cortar delicadas y finas lonchas del pernil ibérico.

—Bondad graciosa —apuntó afectada *lady Woollford*, aunque su estado natural era de una constante afectación—, nunca había visto a un capitán de barco acuchillar la pata de un cerdo para sus invitados en la mesa de honor. Los españoles nunca dejan de sorprenderme.

—*Milady*, el jamón cortado a cuchillo por un experto, como es mi caso, sabe distinto —le remedó el capitán.

—Oh, cielos, hace tiempo que inventaron máquinas para hacer esas tareas, capitán —le contestó con un despectivo mohín la aristócrata.

Medina dejó entonces de cortar. Se incorporó levemente, hinchó su poderoso tórax, y miró a *lady Woollford* con la amonestación contenida de un sumo sacerdote que ve profanado su templo. Y dijo entonces, con voz clara y tonante:

—Señora, desde que se inventó la máquina de cortar jamón y el bidet, ni el jamón sabe a jamón, ni el coño sabe a coño.

Lady Woollford se desmayó como estaba previsto, como le correspondía por educación y decoro. Y a él le pusieron de patitas en la calle en Corfú, la siguiente escala del crucero. Con la liquidación, y con mil dólares en el bolsillo.

La puerta del calabozo se abrió de repente, haciendo rechinar sus despintados y oxidados goznes. Un gendarme dio paso al obeso Raschid, el temible jefe de la policía de El Aaium. Tras él, cuatro agentes introdujeron en su celda una tosca mesa

de madera y dos sillas metálicas que hicieron rechinar sus patas, arrastrándolas sobre el suelo de hormigón. No traían plásticos para no manchar el suelo de sangre, como en la anterior paliza. No supo si alegrarse o preocuparse. Aquello tenía toda la pinta de ser la última conversación con Raschid.

Dos guardias le levantaron sin ningún miramiento de su camastro y le depositaron en una de las sillas, delante del jefe de policía que ya estaba sentado al otro lado de la mesa. Le extrañó que no le esposaran. Pensó que le despacharían de un tiro.

Un gendarme sacó de una manoseada carpeta de cartón dos folios grapados con el membrete de la Real Gendarmería, que depositó encima de la mesa, frente a Medina.

Raschid, que parecía sudar grasa por todos los poros de su piel, le ofreció con gesto ceremonioso una estilográfica de oro.

—Fírmalos —le dijo con una sonrisa porcina. Y se lo dijo en español, que para eso había sido ocho años sargento de las Tropas Nómadas al servicio del Ejército de España.

—¿Por qué no me pegas un tiro y luego los firmas tú? —Medina era de Bilbao y jugador de mus, los faroles eran inevitables.

—Fírmalos, amigo. —Su sonrisa se ensanchó hasta marcarse unos hoyuelos en sus orondos y sudorosos carrillos—. Es tu carta de *libiértad*. Cinco cajas de *whisky* es un delito *mienor* en un país musulmán pero *modiemo* como *Maruecos*.

Con la visión que le permitía su único ojo operativo, distinguió la cifra en francés del atestado de la policía que declaraba la mercancía prohibida y supuestamente incautada. Efectivamente, cinco cajas de *whisky*. El hijo puta de Raschid se acababa de quedar con cuatrocientas noventa y cinco cajas de *whisky* pata negra por la cara. Por la cara y porque era jefe de policía en uno de los regímenes más corruptos de África. Siguió leyendo el documento buscando la peor noticia, pero no la encontró. ¡El Reino de Marruecos no confiscaba el *Guadalupano*, su barco! El capitán firmó sin querer tentar más su suerte. Aunque se maliciaba que les esperaba la sorpresa final.

—Firma también por tu amigo. Quizá él tarde un poco más que tú en levantarse —le pidió casi con amabilidad el jefe de policía.

Firmó.

—¿Podemos irnos ya? —Estaba deseando salir de allí.

—La bondad de Alá es infinita. La mía no. —Odiaba aquella sonrisa, odiaba su cara de cerdo. Aquí venía la sorpresa—. Vas a *tener* que *hacierme* un pequeño favor antes de *volvier* a tu querida España, capitán Medina.

Capítulo XXI

EL PRIMER VIAJE DE VIRIATO

Cogita XXI. N.S.B.a. Alcanzan navegando un mar de aguas claras como el cristal, al que llaman Mar Transparente. Permanecen contemplando la belleza de sus fondos y sus peces durante ocho días.

El Beech 18 volaba plácidamente sobre el Atlántico hacia su nuevo destino, la isla de Lanzarote.

Lola, Cameron y Viriato parecían haber recuperado su buen humor, sobre todo los dos primeros, porque el monje parecía ser la mismísima encarnación del optimismo. De esta manera, cuando los espíritus están relajados, las conversaciones suelen ser fluidas y además interesantes.

—Yo debía de tener cuatro años cuando pasé por primera vez la puerta del tiempo y llegué a la isla —les contaba Viriato, iniciando casi un capítulo más de la extraordinaria saga que había sido su vida—. No tuve mucho tiempo de convivir con mi salvador porque Odran, Brendanus y otros monjes dejaron San Borondón pocos meses después. Querían regresar a Irlanda, no encontraron ningún motivo para seguir allí, más aún después de la muerte de Mernoc. Para ellos, su estancia en el Paraíso había concluido. Para Odran porque no podía vivir sin saber que no iba a morir en su añorada Irlanda, y para Brendanus porque había entrado en un estado de profunda melancolía.

Embarcaron en la *curragh* que los había traído a la isla en la primera tormenta, tal como había descrito Mernoc en su *Libro del Tiempo*. Yo quedé al cuidado del gobernador Pedro Velo, del padre Xavier y de fray Kevin, el cocinero. El gobernador me instruiría en la disciplina, el padre Xavier en la cultura, y Kevin, el soyastre, me enseñó todos los pecados. Lo que no era mal noviciado para un chico que se había quedado huérfano de sus padres a tan temprana edad por culpa de una guerra. De Brendanus y Odran nunca volví a saber nada. Muchos años más tarde, y con los primeros réditos de mi patente de salsa de patatas bravas, viajé a Irlanda y visité Conflert. No pueden imaginarse las sensaciones que tuve al ver aquellas viejas piedras entre las que sabía que habían vivido mis dos monjes. Pude consultar los archivos de la abadía, y me hice una composición muy aproximada de lo que había sido su viaje de vuelta.

Brendanus y Odran dirigieron su frágil *curragh* hasta Achinet para tener noticia de la misión que allí habían dejado. Lo que para ellos había sido una estancia de apenas cuatro meses en San Borondón, en la isla del volcán había significado una ausencia de catorce años.

Allí conocieron de boca de su hija, la princesa Tegueste, que su padre el Mencey había muerto hacía tres años, y que ni ella ni sus hermanos habían sabido administrar su herencia.

Achinet había sufrido una cruenta guerra civil. La ira de todos los clanes había girado contra los monjes, que ya puestos a matarse entre iguales, no se encontró razón para que las visitas se escaparan del escabeche. Además que echar la culpa de todos los males a un supuesto «enemigo externo» era algo tan viejo como el mundo.

Con lágrimas en los ojos, la princesa les explicó que todos los frailes habían sido crucificados en la playa del Hocico del Perro, que ahora hoyaban. Aunque algunas familias piadosas seguían bautizando a sus hijos en secreto, Brendanus comprendió que la semilla de la nueva fe se había perdido, quizá para siempre, en aquella isla de Achinet.

Lloró amargamente el abad de Conflert por sus monjes, y por su fiel novicio Grillo, en quien tantas esperanzas había depositado.

Sin más que hacer allí, embarcaron y continuaron su dificultoso viaje al día siguiente, con gran satisfacción de la princesa, que en modo alguno podía garantizar ya su seguridad en la anárquica nación en la que se había convertido Achinet tras la muerte de su padre.

Tras muchas semanas de navegación y afrontar todo tipo de penalidades y peligros, su maltrecha *curragh* se hundió frente a la torre de Hércules, en Galicia. Quiso el buen Dios que fueran rescatados por un pesquero gallego que, para redondear su fortuna, navegaba hacia los caladeros irlandeses de Galway, donde los desembarcó sanos y salvos. En realidad, a Brendanus sólo salvo, porque murió a los pocos meses en su querido monasterio de Conflert. Las crónicas dicen que volvió enfermo pero yo sé que murió de tristeza y añoranza, por la pérdida del Paraíso, y de sus amadísimos Mernoc y Grillo, amén de los otros hermanos.

Esto sucedió en el año 570 después de nacer Nuestro Señor Jesucristo. Los historiadores creen, equivocadamente, que Brendanus murió a la edad de ochenta y un años, una edad imposible de alcanzar para un hombre en la Alta Edad Media, donde la esperanza de vida no superaba los cuarenta años, ni en los casos más longevos.

En realidad, Brendanus, cuando murió, no había cumplido los sesenta y siete años. Paradojas del discurrir del tiempo en nuestra isla.

—¿No envejece la gente en San Borondón? —preguntó Lola, y a Cameron se le antojó una pregunta muy de mujer.

—Oh sí. Claro que se envejece en la isla. El buen Dios no deja que mane la fuente de la Eterna Juventud en ningún arroyo —le explicó casi divertido—. Afortunadamente, envejecemos y morimos cuando hemos cumplido nuestro papel. Simplemente el tiempo corre distinto.

—¿Brendanus nunca reescribió la crónica de su verdadero viaje? —le preguntó el historiador, casi por deformación profesional.

—No. Nunca quiso hacerlo. Dejó el manuscrito tal como lo había redactado Mernoc. De tal manera que la auténtica crónica de su viaje, el *Navigatio Sancti Brendani abbatis* original, es el manuscrito que se encontró en Cobisa. En realidad, la impostura es el manuscrito que siempre se ha tenido por original. Parece una paradoja, ¿verdad?

—¿Qué fue de Odran? —preguntó Cameron, que le había cogido cariño a aquel monje tan poco convencional.

—También murió poco después, en una batalla contra los pictos paganos que quisieron volver a Irlanda. Murió como un monje soldado, que el destino, aunque lo queramos despistar, siempre acaba por encontrarnos. Morimos como lo que somos, profesor, no podemos evitarlo. Pero no quiero apartarme de mi historia, porque de su comprensión y entendimiento, acabaréis por entender la vuestra. Yo fui criado —continuó— por aquella terna de disciplina, sabiduría y pecado que os he mencionado. Pero ninguno de los tres supo extirpar de mi alma el deseo de volver al tiempo y al lugar donde había nacido. El hermano Xavier, un aragonés que después de tres peregrinaciones a Santiago decidió viajar a Irlanda y tomar los hábitos en Conflert, fue lo más parecido que se puede tener a un padre. Xavier Terrén Bércos, se llamaba antes de ingresar en la orden, después Xavier de Conflert. Nombre que nunca quiso perder, aunque fue de los pocos que decidió quedarse en la isla para siempre. Y esto para que vean que todo ser humano se agarra en mayor o menor medida a su origen. Este hermano, que fue el que siempre supo leer mejor en mi alma, pronto comprendió que ni la tonsura ni la vida monacal formaban parte de mi natural inclinación. Y siempre supo que mi vuelta estaba escrita.

Cuando cumplí la mayoría de edad, mi voluntad era ya irrefrenable, El siglo xx, Madrid y España eran los temas a los que más horas dediqué en mis insuficientes horas de estudio en la biblioteca del monasterio. No crean que era una biblioteca menuda, que en ella guardábamos más de cincuenta mil volúmenes.

—¿Cómo los conseguían? —se interesó el profesor.

—El principal objetivo de los viajes de los monjes era adquirir conocimientos, y el conocimiento se guarda en los libros. Dedicábamos parte de nuestras reservas de oro a adquirir volúmenes de las más distintas procedencias, y las más diversas épocas. Disfrutarán de nuestra biblioteca cuando estemos en la isla, no me cabe duda —concluyó seguro de sí mismo.

—¿Oro? ¿Tenían ustedes una mina o algo así en San Borondón? —preguntó Lola: las mujeres siempre hacen preguntas directas.

—Teníamos el oro del pirata Hawkins, señorita licenciada. Pero esto es ya otra historia. Quiero ahora relatarles la crónica de mi primer viaje, no autorizado, por supuesto, al otro lado del tiempo. —Hizo una estudiada pausa para captar toda la atención de sus interlocutores.

»Ocurrió un atardecer —prosiguió—, mientras terminaba de marisquear en la playa grande, con la puesta de sol. Recuerdo que la tormenta fue breve, pero muy

intensa. La puerta se abrió entre el perfil de la playa y el mar. Era también de noche al otro lado, y creí distinguir la silueta de Madrid que recordaba de una lámina de la biblioteca. El perfil de mi soñada ciudad, mi pequeña patria, en una perspectiva desde los montes de El Pardo. No lo dudé, me remangué el hábito, y me dirigí decidido hacia mi Xanadú.

—¿Siempre viajaban en el tiempo vestidos con hábitos? —preguntó el americano.

—Siempre —le aseguró—. Era una norma que estableció el hermano Mernoc. Y no era mal precepto, porque el hábito benedictino es un ropaje intemporal, que pasa prácticamente desapercibido en cualquier época. Espero que a partir de ahora no desconfíe de todos los monjes con los que se cruce —le contestó bien humorado.

El joven Viriato marcó el hito de su entrada, como había oído que hacían todos los monjes viajeros, tronchando ramas de una encina cerca de la linde de un camino de tierra que parecía dirigirse a la ciudad.

Lo hizo más por cumplir la norma y seguir la disciplina en la que había sido educado, que por asegurarse una salida. Porque él no pensaba volver a la isla, tal era la añoranza e idealización de su perdido y primigenio hogar.

Era una noche hermosa y estrellada. Y extremadamente fría. Se dirigió con buen paso a la ciudad, que aun en la lejanía le parecía enorme, aunque escasamente iluminada.

Entró en Madrid por el Puente de Toledo, y echó de menos las luminarias, de las que hablaban otros monjes del siglo xx, y sus infernales máquinas rodantes.

El monje se cruzó con escasos viandantes por las calles de la Villa, lo achacó a la hora tardía hasta que abordó a uno de ellos y le preguntó por el lugar, la fecha y el año, alegando en su desconocimiento que era un monje de clausura, y en peregrinación a Leire. Le llenó de alegría saber que efectivamente estaba en Madrid, pero la data no le satisfizo lo más mínimo, aquella noche era la Nochebuena, pero de 1734. Definitivamente estaba muy lejos, en el tiempo, del Madrid en el que quería vivir. Pero hecho ya el gasto estaba dispuesto a darse un buen paseo por sus ancestros antes de volverse a la isla, como viaje de reconocimiento y experiencia.

Viriato no era de los que se amilanan con facilidad, y pensaba disfrutar de su primer viaje en el tiempo.

Paseaba feliz por las calles de la Villa que le parecía la urbe más grande del mundo, como no podía ser de otra manera, si entendemos que el mundo hasta ahora por él conocido se circunscribía a su isla, y la mayor construcción urbana hecha por el hombre, su convento.

No parecía afectarle el frío cortante de aquella noche matritense, y sus ojos y su atención iban de hito en hito, admirando todos aquellos edificios de piedra, ladrillo y mampostería que se le antojaban descomunales.

En la calle de San Ginés y San Martín le sorprendió el tañido de una campana que tocó las doce, y a los pocos segundos, ya más sincronizadas, le siguieron decenas de

ellas. La Villa se convirtió en un concierto de campanas llamando a maitines y a la misa del Gallo. Lo que no era raro, por la fecha y porque Madrid en aquella época iba bien servida de iglesias y conventos.

De repente, un muchacho salió de una bocacalle gritando.

—¿¡Cómo no tocan fuego!? ¡Que se quema el palacio!

—¿Qué palacio se quema, zagal? —se sorprendió Viriato agarrando al muchacho de su jubón.

—Qué palacio ha de ser, ¡el de los reyes, el Alcázar! —le respondió con gesto entre sorprendido y hosco.

Y en ese momento llegó una vaharada de humo y olor a madera quemada. Levantó la vista y por encima de los tejados próximos, vio cómo el cielo de la noche se iluminaba con el resplandor del fuego.

Las llamas ya salían furiosas por las ventanas del lienzo de Poniente. Viriato, que había llegado a la carrera, se sintió impresionado por la molicie y grandiosidad del edificio. Un castillo medieval de torres tubulares, todas coronadas por picudos capiteles enlosados de negras pizarras y rematados por afiladas saetas.

Las inmediaciones del Alcázar comenzaban a llenarse de vecinos entre alarmados y curiosos, mientras una compañía de alabarderos del vecino Parque de Artillería comenzaba a acordonar el perímetro del palacio y su puerta principal en previsión de un posible saqueo. Que los madrileños, como el resto de los españoles, copiando una mala costumbre de los Tercios, eran muy proclives al saco en cuanto se les presentaba una oportunidad.

Tan sólo a los frailes de San Gil les fue permitida la entrada franca al edificio, con algunos guardias y servidumbre para realizar la extinción del incendio, y el salvamento de cuantos tesoros pudieran hurtarse al fuego.

—¡Novicio! —Un fraile de mayor edad que Viriato, pero todavía brioso y con la cara tiznada por el humo y los pelos de la barba chamuscados por las llamas, le asió con fuerza del brazo—. ¡Soy el hermano Rafael Maté, ecónomo del convento de San Gil! —se presentó y aprovechó para dar su rango—. ¡Acompáñame al Salón de los Espejos, que allí están colgados los mejores cuadros del Alcázar!

Viriato no lo dudó ni por un instante. Al fin y a la postre, aquél era su Madrid, y bien valía cualquier esfuerzo por salvar de la quema parte de su patrimonio.

Un grupo de monjes, ya en el interior del edificio y capitaneados por el fraile chamuscado, avanzaban valientes por sus largos pasillos de altos techos donde se acumulaba el humo del incendio. Le llamaron la atención los hermosos arcos de medio punto, de estilo renacentista, y las grandes columnas que los sostenían, que hacían un conjunto bien armonioso dentro de tantos estilos arquitectónicos diferentes. Era notable que cada rey que había acometido reformas en el primitivo castillo árabe había querido dejar su impronta.

Flores, el cerrajero del Alcázar, que iba a la cabeza de los monjes, iba abriendo

las puertas al bizarro grupo de apagafuegos y rescatadores. A ninguno se le pasó por alto que a cada estancia que iban atravesando aumentaba la temperatura en varios grados, señal de que se acercaban al mismo corazón del infierno.

Abrió el esforzado Flores, con la frente perlada de sudor y la camisa empapada por la transpiración que le producían el calor y el miedo, la doble puerta que daba a la sala que llamaban La Ochava. Fue abrirla y ser derribado por una lengua de fuego y un golpe de aire ardiente, que salió expelido de la estancia con el aullido y la potencia del mismo aliento del diablo.

Tal como salió, el fuego volvió a meterse para dentro de la sala ígnea, como si de una criatura con vida propia se tratase, y como retando al grupo a entrar en sus dominios. El hermano Maté no se arredró, ni Viriato tampoco, que ya para entonces se sentía como un héroe griego, que a Homero sí lo había leído, y embriagado por el espíritu de Héctor y Aquiles entró en La Ochava, con otros cuatro monjes de valor ciego.

Les dio tiempo a salvar los retratos de Carlos II y de la reina doña Mariana de Austria, de Carrero Miranda^[44]. Y a salvar su pellejo, que no fue poco antes de que el techo avisara con un crujido seco y breve, para a continuación derrumbarse sobre el horno que era la estancia, arrastrando el brasero en el que se había convertido el artesonado y el piso de arriba.

Corrió entonces el grupo hacia el Salón de los Espejos, donde el Alcázar presumía de tener colgadas algunas de sus mejores pinturas. Cruzaron por el Cuarto del Príncipe. Viriato reconoció de inmediato en aquella estancia el escenario real donde Velázquez había pintado *Las Meninas*. Le impresionó verlo ahora vacío, y al fondo, en el umbral de la puerta donde se había autorretratado Velázquez, asomar lenguas y resplandores de las estancias contiguas en llamas.

Corrió de nuevo, tras aquel instante mágico, tras sus compañeros. El Salón de los Espejos había comenzado ya a arder por uno de sus fondos. Algunos frailes arrojaban pinturas por las ventanas, que otros religiosos recogían con mantas en la calle, con mayor o menor fortuna, que Viriato pudo ver cómo alguno de los cuadros saltaba en astillas y jirones de lienzo contra el empedrado.

Se fijó en un grupo que en ese momento estaba intentando salvar de las llamas el cuadro de *Carlos V a caballo en Mühlberg*, de Tiziano. La pintura, por su gran tamaño, no cabía por ninguna de las ventanas, y los monjes se miraban angustiados entre sí, incapaces de encontrar una solución, mientras las llamas les lamían las espaldas.

Viriato, que ya empezaba a mostrar dotes de mando y resolución expeditos a pesar de su juventud, arrancó de una violenta patada uno de los largueros del ornamentado marco, y comenzó con sus manos a desprender la tela de su bastidor. El resto de religiosos siguieron su ejemplo, y al cabo de unos minutos, el lienzo de Tiziano aterrizó en la calle plegado como un mantel. Maltrecho, sí, pero no calcinado. Salvaron los monjes en aquel rescate heroico la mayoría de las pinturas del Salón de

los Espejos, «con riesgo y desprecio de su propia vida», que dirían más tarde los cronistas.

No pudieron entrar los esforzados frailes en la tormenta de fuego que se había declarado en el interior del Salón Grande, donde Viriato vio caer en jirones candentes los restos del lienzo los *Doce Césares* de Tiziano. Ni en el Cenador del Rey, de donde a duras penas rescataron trozos de un mutilado *Triunfo de Baco*, de Velázquez.

Salió por fin el grupo a la calle, medio ahogados por el humo, desollados por las llamas, con los hábitos quemados y los rostros tiznados por el hollín cruzados de churretes negros de sudor y de alguna lágrima.

Y entonces, los vecinos allí congregados, que ya eran una multitud, pues la voz del incendio había corrido por la villa más que el fuego, rompieron de repente en una estruendosa ovación cerrada por fuertes aplausos. Algunos monjes saludaron al respetable, entre sorprendidos, agradecidos y orgullosos, que en aquella triste y heroica jornada, los frailes de San Gil se habían ganado la admiración de sus conciudadanos, el pan y hasta el cepillo. Que de los dos mil cuadros que guardaba el Alcázar, más de dos tercios se salvaron por su heroísmo y entrega. Y la ovación y los aplausos hubieran sido más largos, que al madrileño siempre le han complacido sus héroes, el espectáculo y hasta sus reyes si no son malos, y el V Felipe no era de los peores, si no se hubiera derrumbado con estrépito en ese momento una de las torres de la fachada del palacio, vencida por el fuego. Concretamente la que tenía en su tercer alto el Archivo.

Así que el cielo de Madrid se llenó de papeles y legajos con los bordes chamuscados y algunos bien enteros. Y esa noche no hubo madrileño que no se llevara a su casa, de recuerdo, una bula pontificia, una demanda de embargo, una regalía de Indias o una ejecución de sentencia.

Viriato, sentado en el empedrado de la calle, intentaba recuperar el resuello mientras contemplaba la magnitud del incendio que ya devoraba el Alcázar, ayudado por el fuerte viento de Poniente que se había levantado.

Supo entonces que el castillo estaba derrotado, y que la suerte del edificio ya estaba echada. Decidió en aquel instante que en el futuro dedicaría más horas a estudiar Historia en la biblioteca de la Abadía, porque no se puede viajar en el tiempo sin ir avisado.

—Novicio, os necesito otra vez. —A su lado estaba de nuevo el hermano ecónomo. A Viriato le pareció que aquel hombre estaba hecho de hierro.

—Para lo que sea menester, *pater* —le contestó con respeto y decisión. Que si al hermano le iba la música, a él le iban la música y el baile.

—En la fachada de la Piora tenemos aparcados nueve carros. Estamos cargando todo lo que hemos podido salvar. Lo estamos trasladando en custodia al convento de San Gil, la Armería Real, la casa del arzobispo de Toledo y a la casa del marqués de Bedmar. Te he asignado el último carro, el que va a casa del marqués. Conoces el camino, ¿verdad?

—Como el de mi convento, padre —mintió aunque le pesara, pero no había muchas alternativas.

El fraile de hierro le acompañó hasta la fila de carros. Todos iban cargados hasta los topes. Viriato se subió en el último y tomó las riendas con firmeza.

—Gracias, hijo —le dijo con gratitud el fraile—. Hoy te has portado como un bravo allí arriba, rodeado por el ruego. Tenéis los cojones bien puestos los benedictinos. —Concluyó que su hábito, aun chamuscado, declaraba su orden.

—Todos hemos hecho lo que teníamos que hacer, *pater*. —Por vez primera se sintió orgulloso de su condición de novicio—. Una vez salvamos almas y otras veces salvamos cuadros, pero lo nuestro es salvar, ¿no?

La fila de carros comenzó a moverse.

El fraile de hierro le miró y le sonrió, con esa mirada que se da pocas veces, pero que está diciendo que te ve y te conoce.

—No pierdas nunca ese espíritu muchacho, lleves el uniforme que lleves —le dijo el hermano Maté a modo de despedida, mientras con una fuerte palmada en el anca del animal, ponía a su mula en marcha.

Viriato no tardó en perderse. Algo relativamente fácil y hasta lógico cuando se desconoce el lugar al que se ha de llegar. También influyó que se quedase sin escolta, porque los dos alabarderos que le seguían salieron corriendo tras una pandilla de golfillos de la calle que se habían hecho en un descuido con un candelabro de plata que asomaba bajo las mantas que cubrían su tesoro.

Entonces, el novicio escuchó el estruendo de la tormenta que se estaba formando sobre los cercanos montes de El Pardo, y supo dos cosas: que tenía que tomar una decisión y que le quedaba poco tiempo para tomarla.

La alternativa al final no le pareció difícil.

Abandonar el carro a su suerte en la calle vendría a ser lo mismo que haberlo dejado quemarse con acémila incluida, en el tostadero del Alcázar. Por otro lado, las paredes de su monasterio estaban escandalosamente desnudas.

Se decidió por la decoración, y encaminó su mulo hacia donde nacía la tormenta.

—¿Quiere usted decirme que el cuadro que había en su casa...? —le preguntó lleno de incredulidad Cameron.

—*Adonis y Venus*, de Velázquez. En teoría desaparecidos en el incendio de el Alcázar de Madrid en 1734 —le respondió con una amplia sonrisa Viriato.

—Abróchense los cinturones, por favor, vamos a tomar tierra en el aeropuerto de Lanzarote —les anunció uno de los pilotos.

Cameron, todavía tratando de asimilar el relato de Viriato, le pidió su móvil a Lola y se refugió en la última fila de asientos del avión. Necesitaba algo de intimidad para realizar la llamada que quería, que debía hacer.

—¿Bar..., Bárbara? —se corrigió a tiempo cuando el tono de llamada se interrumpió.

—¿Papá? —Su hija parecía realmente sorprendida.

—Sí, soy yo, cariño. ¿Cómo estás?

—Papá, ¿has bebido? —La acidez de los Cameron—. Siempre me llamas en Navidad y por mi cumpleaños. Este año estás batiendo todos tus récords. Faltan meses para que me echés oficialmente de menos. ¿Qué es lo que marcha mal, Sebastian?

Cameron tragó saliva. Que su hija utilizase su nombre de pila en una conversación normalmente era el preámbulo para desencadenar todo tipo de hostilidades, eso formaba parte del otro cincuenta por ciento de su herencia genética.

—Todo marcha perfectamente, cariño. Sólo quería saber cómo estabas. Sé que nunca he sido un buen padre, pero todavía hay tiempo...

—Sebastian —le cortó abruptamente—: ¿Con quién te has liado?

—He tenido una tontería con una ejecutiva de la Disney, pero...

—¡Por Dios, papá! ¡Esa gente hace películas para niños! —exclamó escandalizada.

—¡No hablamos de Mickey Mouse ni repasamos guiones de Blancanieves en la cama, joder! —le contestó exasperado. La bronca volcánica estaba inaugurada.

—¿Te vas a casar con ella? ¿En España te casan como en Las Vegas?

—¡Jesús, me he acostado con ella una vez! ¡No recuerdo ni su nombre con exactitud! —Intentó controlar su creciente ira al percibir que Lola volvía su cabeza hacia él, cuatro filas de asientos más adelante—. No era ése el motivo de mi llamada. —Bajó el tono de su voz.

—Mejor —le dijo después de una breve pausa su hija—. No soportaría una madrastra regalándome productos de *merchandaising* del Pato Donald. —Pareció tranquilizarse—. Lo siento, papá, estoy nerviosa. —Casi le enterneció. Su hija no solía pedir disculpas nunca. Como él—. Me queda un último examen para ser abogada. Ya ves, papá, un último examen y empezaré a ahorrar para tener un Porsche como el tuyo.

Los dos rieron aquel último comentario y se sintieron extraños. Ninguno de los dos recordaba la última vez que habían reído juntos.

—Me siento muy orgulloso de ti, Bárbara. —Hizo un esfuerzo por que su voz no se quebrara.

—Gracias, papá —su voz sonaba extraordinariamente cálida—, ¿qué es lo que me querías contar?

—Verás, estoy, estoy... —Cómo diablos encontrar las palabras para explicarle a tu hija una maldita locura sin que piense que has perdido la cabeza—. Iniciando un viaje —dijo finalmente.

—Vaya, la Disney te trata estupendamente, en todos los sentidos... —Definitivamente había heredado la ironía de los Cameron.

—Estoy viajando hacia una isla que nunca ha existido.

Su hija pareció tardar unos segundos en asimilar aquella respuesta.

—¿Está todo bien, papá?

Cameron trató de reconstruir su discurso, pero a veces la mente nos juega malas pasadas.

—¿Crees que tu madre me quería, Bárbara?

De nuevo se hizo el silencio entre ellos.

—Yo te quiero, papá.

Respuestas como aquéllas explican parte del significado de la vida, pensó Cameron.

—Yo también, cariño. Sólo quería que lo supieras. Y que sería capaz de hacer cualquier cosa por ti. Cualquier cosa —repitió, para ella y para sí.

Capítulo XXII

EN LA CASILLA DE SALIDA. 8 DE AGOSTO DE 2009

Capita XXII. N.S.B.a. En el horizonte divisan una columna de cristal gigantesca que se alza hasta el cielo. Desembarcan en la base de la columna, que mide 1400 codos por cada lado, y allí encuentran el cáliz de oro robado por el monje ladrón.

Fue antes de despegar en Lanzarote cuando Cameron, desde la ventanilla del avión, vio cómo Viriato conversaba con los dos pilotos, que parecían supervisar el repostaje a pie de pista.

El monje volvió a utilizar su móvil, y tras una breve charla se lo pasó al piloto que se parecía a Tony Curtís, el cual se limitó a escuchar y a asentir con la cabeza. Minutos después, una vez reanudado el vuelo, Cameron notó que el avión viraba lentamente a babor.

—¿No íbamos a la isla de El Hierro? —le preguntó a Viriato, en el asiento contiguo.

—Ha habido un cambio de planes, profesor. La partida entra en su fase más complicada —le contestó por toda explicación.

El Beechcraft 18 aterrizó suavemente en aquella pista medio borrada por la arena en mitad del desierto. Cuando el aparato se detuvo, tres vehículos salieron rápidamente a su encuentro. Dos Toyotas pick-up armados con ametralladoras pesadas, y un impecable Hummer negro.

Lola, Cameron y Viriato descendieron del aparato. Los tres trataban de cubrirse el rostro del terral del desierto que les clavaba la arena en la cara como si fueran millones de invisibles alfileres. Cameron pudo alcanzar a leer el decolorado rótulo de la vetusta terminal, «Aeropuerto de El Aaium», todavía en español.

En un instante fueron rodeados por gendarmes marroquíes que salieron de los vehículos. Todos ellos con la cabeza y el rostro embozados en turbantes de color caqui, al modo beréber, para defenderse del ataque del viento y la arena. Al menos tuvieron la deferencia de no encañonarles con sus armas, lo que hacía que su presencia fuese sólo intimidatoria en vez de amenazante. Del Hummer descendió un hombre alto y grueso. Vestía un impecable uniforme azul de policía, con su pantalón y camisa recién planchados. Su mirada se escondía tras unas aparatosas gafas de sol que bien podían haber pertenecido a un trasnochado cantante de *rock*.

—Bienvenidos al aeropuerto internacional de El Aaium del Sahara *marroquí* —dijo casi solemne mientras estrechaba con fuerza las manos de Viriato y Cameron, ignorando totalmente a Lola—. Soy Raschid Al-Hamet, jefe de policía de El Aaium —se identificó—. Desde este *momento* estoy a su servicio. Es un honor *podier*

ayudar en todo lo que sea necesario a los amigos del rey.

Cameron miró por el rabillo del ojo a Viriato, recordando en ese momento su conversación en francés y en árabe en el móvil. ¿Cuántos secretos escondía el monje? Supuso que tantos como conejos cupieran en la chistera de un prestidigitador.

—Subamos a mi coche —dijo casi con una sonrisa que pretendía ser amable, y que en realidad hubiera asustado a un tiburón blanco en trance de devorar a un surfista—. El viento del *diesierto* puede ser un poco molesto si no se está acostumbrado.

A ninguno de los tres le pareció mal la propuesta del jefe de policía, y agradecieron que terminase el trabajo de esmeril que estaba haciendo el viento en sus rostros.

El cambio al interior del Hummer H2, de seis plazas de asientos de cuero y perfecta climatización, fue muy satisfactorio. Como obedeciendo a una señal invisible, uno de los Toyota con el tirador de la ametralladora de pie en la caja y firmemente agarrado al arma, se situó delante del Hummer. El segundo Toyota cerró la línea del improvisado convoy.

El ronroneo poderoso del motor del todoterreno del jefe de policía llenó por un instante el habitáculo cuando iniciaron la marcha.

—Están ustedes muy bien equipados para su trabajo en el desierto —observó con cierta malicia Cameron, recostado en el amplio y cómodo sillón del copiloto.

—Oh, no crea —le contestó Raschid, que conducía el Hummer sin perder el rictus de su sonrisa lobuna—. Este vehículo es un riégalo de un narcotraficante. —Cameron dudó si realmente el coche era una incautación o un verdadero regalo—. La vida en el Sahara es dura para todo el mundo. Pero tiene sus momentos —concluyó.

—Habla usted muy bien español —le piropeó Lola en un postrer intento de congraciarse con él.

—Serví en el *ejército* de su país durante la colonia. Casi todos los saharauis hablamos español, señorita.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó el americano, y la pregunta podía ir tanto dirigida a Raschid como a Viriato. El monje miraba distraídamente por la ventanilla tintada y blindada del Hummer el paisaje desértico que se deslizaba ante sus ojos en el exterior.

—A la playa de El Aaium. Allí les *espiera* el *Guadalupano*, un yate de más de veintidós metros de eslora y con combustible suficiente para una semana de navegación —le contestó el oficial—. Su capitán, Víctor Medina, es un gran amigo mío y me debe muchos favores. —De esto Cameron estaba casi seguro—. *Espiero* haber sabido interpretar *coriectamente* los deseos de la Casa *Rieal* —remachó ladino.

—Perfectamente, jefe de policía Raschid —le contestó Viriato impostando levemente la voz y sin dejar de mirar por la ventanilla—. Informaré a Su Majestad de su trato y de su actitud hacia nosotros. —Cameron pensó que esa noche le esperaba una larga sobremesa con el monje.

—Es una pena que no quieran pasar la noche en la ciudad. —Un último intento de su forzado anfitrión para rematar la faena—. El Parador de El Aaium todavía *consierva* todo el sabor de la vieja colonia. Y la ciudad tiene un par de locales que les sorprenderían.

—Se lo agradecemos profundamente, capitán. Pero ha sido un largo viaje. Comeremos y dormiremos en el barco. Zarparemos mañana muy temprano. Quizá en otra ocasión. —Viriato dio por cerrado el turno de ofrecimientos.

Tardaron tan sólo cuarenta y cinco minutos en llegar a la playa por aquella pista asfaltada y recta que atravesaba el desierto.

El barco estaba amarrado al final de un largo y abandonado pantalán. La silueta de la nave se recortaba blanca y hermosa entre el rojizo atardecer del cielo y la mancha oscura del mar. Pero a Cameron se le antojó que el gigantesco pantalán y el yate no dejaban de formar un conjunto surrealista en aquella inmensa playa desértica.

—Aquí los españoles iban a construir un superpuerto. —Raschid pareció leerle el pensamiento—. Para embarcar los fosfatos de Fos-Bu-Craa. Pero la descolonización y la *guerra* pararon la obra. Y luego se acabó el negocio de los fosfatos. —Raschid escupió en la arena, casi con rencor—. Es como si Dios no pensase mucho en el Sahara.

—¿Vamos al barco? —Viriato parecía deseoso de embarcarse y perder de vista al obeso jefe de policía.

—Me disculparán si no les acompaño a bordo —se lo puso fácil—, pero tengo asuntos *urgientes* que tratar en la ciudad. —Estrechó las manos de sus invitados en señal de despedida—. Supongo que la señorita que llegó poco antes que ustedes estará cómodamente instalada en el barco —añadió mirando con malicia a Cameron.

—¿Qué señorita? —le preguntó sin poder disimular su extrañeza.

—Su amiga, la doctora Recasens, *señor* profesor. Una mujer muy hermosa; es usted afortunado de tener amigas así. —Le hizo un guiño en un gesto que al americano le hubiera parecido repugnante si se hubiera recuperado del impacto de sus palabras.

El comisario no le ofreció oportunidad de réplica porque se dio media vuelta dándole la espalda para subirse de nuevo en su imponente Hummer.

Cameron se volvió hacia Viriato con una mirada inquisitorial. Sabía, sin margen para el error, que el monje era el único responsable de la reaparición en escena de Alejandra.

—¿Qué significa esto, Viriato?

El viajero del tiempo, con un gesto casi paternal, pasó su brazo por los hombros de su ofuscado compañero.

—«Dios escribe recto con renglones torcidos», mi buen amigo. Pero yo añadiría que, además, cuando nuestro Señor tiene prisa al escribir, a veces no se le entiende nada —le dijo sonriendo mientras ya caminaban hacia el yate—. Confío en que no me guarde rencor por forzar este entrañable reencuentro, pero dadas las

circunstancias puedo asegurarle que la doctora está más segura con nosotros. Esta última etapa del camino debemos hacerla todos juntos.

Por algún motivo, Cameron no quiso contradecirle. Y el motivo no era otro, aunque le pesase reconocerlo, que deseaba estar otra vez junto a ella por encima de cualquier razonamiento.

Los tres avanzaron por la ancha pasarela de hormigón, mientras Cameron, caballeroso, arrastraba el *trolley* que apresuradamente había llenado Lola con ropa de ambos, antes de abandonar la casa de la corrala.

Según se iban acercando pudieron distinguir mejor la nave. El *Guadalupano* era un Fairline de la clase Squadron, concretamente el modelo 74, la nave más grande construida por el astillero británico. Un barco de más de cuarenta y cinco toneladas, con dos motores gemelos Volvo de 2600 caballos, capaces de superar los treinta nudos. Con aquel barco, Cameron se sintió capaz de superar casi cualquier prueba que el mar les presentase. Si finalmente no estaba viviendo una ilusión paranoica, y era cierto que les esperaba alguna prueba en mitad del Atlántico.

A bordo, continuaron las presentaciones.

—Soy Víctor Medina, capitán del *Guadalupano*, sean bien venidos a bordo. Mi segundo, Sidi, les mostrará sus camarotes.

Medina y Sidi, a pesar de sus francas sonrisas, y de que sus rostros habían debido deshincharse al menos un par de centímetros durante las últimas horas, eran la viva imagen de dos auténticos eccehomos. Por alguna razón, Cameron pensó que el detestable capitán de policía y el calamitoso estado de los dos marinos eran dos líneas que se cruzaban.

—Ah, la doctora está en la cubierta de arriba —añadió Medina—. Me pareció que estaba dormida, no he querido despertarla por su llegada, parecía muy cansada.

—Vamos, hombre, suba a saludarla —le animó Viriato.

Alejandra estaba en uno de los amplios sofás de la cubierta superior. Parecía dormida, arrebujada confortablemente en una manta.

Él se sentó a su lado para contemplarla durante unos instantes. Por primera vez desde que la había conocido, le pareció una mujer vulnerable y necesitada de protección, sintió deseos de abrazarla. Era muy hermosa. Le apartó con suavidad un fino mechón de pelo que la cubría parte del rostro. Ella notó el contacto de sus dedos y abrió sus enormes ojos castaños. Le sonrió con un gesto agotado y dulce.

—Hola, profesor —le dijo—, parece que el destino está empeñado en juntarnos.

Madoc Cameron, a bordo del *Benjamín Franklin*, repasaba los últimos informes que le había facilitado su eficiente Máximo Lanza. Ninguna de las compañías navieras que rentaban barcos en El Hierro o en La Gomera tenía en sus listados de clientes a sus tres perseguidos.

Torció el gesto. El grupo se estaba mostrando más escurridizo de lo previsto.

Conectó de nuevo su potente portátil con el canal restringido que le había facilitado el satélite espía Lacrosse/Onix, que en ese momento flotaba en el espacio a muchos miles de kilómetros por encima de la posición de la fragata.

La visión apacible de las aguas del océano Atlántico sobre el cuadrante vigilado que le ofrecía el satélite fue para él como un bálsamo tranquilizante. Él seguía en posesión del «ojo que todo lo ve». Cualquier nave, del tamaño que fuese, sería detectada por el sistema de vigilancia en el momento en que entrase en la zona en la que previsiblemente debía aparecer la isla. El potente radar de la fragata haría el resto.

El plan era sencillo. La *Benjamín Franklin*, que se hallaba en esos momentos navegando hacia la zona de eclosión de la isla, se situaría a unas cuantas millas mar adentro, para permanecer oculta a los ojos de sus víctimas, como el gato que espera al confiado ratón de vuelta a su madriguera.

El satélite espía les comunicaría el inicio de la formación de la tormenta, y les advertiría de la aparición en el cuadrante vigilado del intruso. En ese preciso momento, él embarcaría con su grupo de SEAL, que amablemente le había prestado la Marina, en el helicóptero Sea Hawk que se encontraba amarrado en la cubierta de la fragata.

Interceptar el barco y asaltarlo en alta mar sería un juego de niños para aquel grupo de soldados de élite perfectamente entrenados. Estaba dispuesto y decidido a entrar con su hermano en aquella isla. Nada ni nadie iban a impedirselo.

Aquél era un plan perfecto y debía tener un final feliz. Tenía tantas cosas que hablar con Sebastian. Ahora tendría todo el tiempo del mundo para corregir sus errores, para llegar a entenderse y a perdonarse, antes de que su vida se vaciase del todo. Porque de alguna manera, el tiempo sería suyo.

Tembló ante un auténtico escalofrío de satisfacción y euforia que le recorrió el cuerpo.

Lo de menos era saber dónde estaban ahora los componentes del otro equipo. Lo importante era intuir que ahora todos estaban de nuevo en el casillero de salida.

Capítulo XXIII

A BORDO DEL GUADALUPANO. 9 DE AGOSTO DE 2009. RELATO DEL SEGUNDO VIAJE DEVIRIATO

Capita XXIII. N.S.B.a. Navegan a pocas millas de la isla de la Fragua y de los Herreros Infernales. El cielo se cubre de diablos alados; el abad toma rumbo norte.

Cameron se despertó con el olor del café recién hecho, el pan tostado, los huevos revueltos, el zumo de naranjas recién cortadas, y el beicon que chisporroteaba en la plancha de la cocina de última generación del yate, una cubierta más arriba.

Pensó que no era un mal despertar sobre todo si repasaba los acontecimientos de las últimas horas.

Se levantó con cuidado para no interrumpir el plácido sueño de Alejandra. A pesar de las explicaciones de Viriato, no había querido dormir sola aquella noche. Todavía estaba aterrorizada y traumatizada por los acontecimientos del día anterior.

Cameron se sorprendió a sí mismo al no lamentar no haberla hecho el amor esa misma noche. Tan sólo haberla notado respirar pausadamente a su lado había sido una experiencia maravillosa.

Quizá se estaba haciendo realmente mayor o era mucho más caballero bostoniano de lo que suponía.

Cuando puso sus pies desnudos en la gruesa y confortable moqueta que cubría el suelo de su camarote notó una ligera vibración, supuso que el *Guadalupano* estaba navegando. Su sospecha se confirmó cuando subió a la segunda cubierta y pudo contemplar por uno de sus amplios ventanales el inigualable espectáculo del Atlántico bañado por la luz clara y radiante de aquella mañana de agosto.

—¡El desayuno está servido! —le gritó jovial Lola, desde el gran salón que daba a la cubierta de proa.

Cameron miró su reloj de pulsera. Las nueve de la mañana, la vida comenzaba a bullir temprano en el barco. Salió a la soleada cubierta con todos los jugos gástricos activados por el magnífico aroma a desayuno continental que ya habían detectado sus glándulas pituitarias en el camarote. Ahora, su sentido de la vista le confirmaba lo que le había adelantado su olfato, aquella mesa habría hecho las delicias del mismísimo Paul Bocusse.

Lola y Sidi habían hecho un buen tándem de cocinero y pinche. Tuvo que reconocer que la recién licenciada estaba radiante esa mañana. Llevaba el pelo suelto y brillante, y una ajustada camiseta de tirantes que confirmaban que ya no era una niña. Aquellas piernas largas y bien torneadas que descubrían sus mínimos pantalones aguantarían cualquier pasarela de Londres, Milán o París.

Sidi no le iba a la zaga. El segundo de a bordo era un auténtico Apolo de ébano.

Parecía totalmente recuperado del atropello del camión de cinco ejes que había debido de pasarle por encima a él y a Medina hacía algo más de veinticuatro horas. Cameron detectó que entre los dos jóvenes se cruzaban miradas inequívocas. Bendijo al Dios en el que creía por permitir que el amor siguiera estando en el aire.

Dejó que sus pulmones se llenaran de la tonificante y pura brisa marina. Sonrió satisfecho. Aquello era un auténtico crucero de lujo, la parte más glamurosa de aquella aventura sin pies ni cabeza, no cabía duda. Ni de lo primero, ni de lo segundo.

—¿De dónde es usted, Sidi? —Era una manera como otra cualquiera de iniciar una conversación, y de empezar a conocerse mejor. Iban a pasar muchas horas juntos en aquel barco.

—De Mauritania, señor, pero llevo diez años en España. —Su español era perfecto, como su sonrisa. Decidió que le caía bien Sidi.

—¿Siempre con el capitán? —continuó el interrogatorio mientras se servía la primera taza de café del día.

—Oh, no, señor. Empecé en otros trabajos. —No quiso saber en qué consistían los otros trabajos contemplando sus bíceps—. Con el capitán Víctor sólo llevo siete años; «Cruceros de lujo para turistas con posibles», como él dice.

—Pensé que un barco como éste necesitaba al menos tres hombres de tripulación —observó el profesor.

—Yo hago el trabajo de dos hombres. Y cobro como dos hombres —volvió a lucir una de sus resplandecientes sonrisas—. Está bien así, señor.

«Además es listo, el cabrón», pensó Cameron. Medina y él debían formar una curiosa pareja.

De repente, Alejandra hizo su aparición en la cubierta enfundada en una ajustada y corta bata de seda. Sus piernas seguían siendo espléndidas, al igual que el resto de su anatomía.

—Buenos días —le saludó el historiador al igual que el resto de los comensales—. Te sienta muy bien este cambio de vestuario, querida —le reconoció.

—Cortesía del capitán Medina, escueto y colorista, como el resto de prendas femeninas que hay en los armarios. No quiero imaginar el tipo de cruceros que se organizan en este barco —dijo mientras se servía un café bien cargado y miraba de reojo a Sidi, que no quiso darse por aludido.

A Cameron le gustó la respuesta, la doctora volvía a ser la mujer afilada de siempre.

—¿Y Viriato? —De repente el americano echó de menos al monje.

—Está en la cubierta de arriba, repasando cartas náuticas con el capitán —le contestó Lola, que acababa de engullir su segunda tostada recubierta de mantequilla y mermelada de arándanos. ¿Qué tiene el estómago a los veintitrés años que nunca crece?

Oyeron pasos por la escalera que comunicaba con la cubierta superior. Eran el fraile y el patrón de la nave. Todos se dieron los buenos días de nuevo, joviales y

sonrientes. Aquel barco y su dulce navegación eran una especie de bálsamo para los sentidos.

Medina fijó su atención en algún punto de la popa.

—Sidi —se dirigió a su segundo con urgencia—, la bandera, cono.

—¡Oh! —exclamó su ayudante, y se llevó la palma de la mano a la frente, componiendo un gesto de olvido, luego corrió a sacar una gran tela negra de uno de los armarios que rodeaban la bañera.

Con la rapidez que da la práctica, arrió la bandera del mástil de popa. Ante los sorprendidos ojos de los pasajeros se desplegó una enorme bandera pirata de dos por tres metros.

—Qué pasada... —musitó Lola, con los ojos abiertos como platos y perdidos entre las inmensas ondas negras que formaba el viento en la tela, haciendo flamear la bandera.

—A nuestros pasajeros les encanta —comentó satisfecho el capitán. Pero al notar la cara de estupor del profesor, añadió—: pero si les molesta, la arriamos ahora mismo.

—No, por Dios —reaccionó Cameron—. Está bien así. Le da sabor al viaje. —Pensó que navegar bajo pabellón pirata era quizá lo más coherente, dentro de aquella travesía surrealista.

—Perfecto. —En el rostro del capitán se dibujó una gran sonrisa—. Sidi, ¿has desayunado? —Su segundo movió la cabeza afirmativamente—. Pues a la caña. Y yo, si me disculpan, volveré a rematar las cartas. Calculo que navegaremos a 25 o 28 nudos, si la mar sigue así. Estaremos en el punto previsto al atardecer —les informó—. Si necesitan cualquier cosa...

—No se preocupe, capitán, Sidi ya me ha enseñado todos los secretos del barco.

—Perfecto —volvió a repetir—. No sé si conocen mi lema: «En Cruceros Medina, todo a gusto del pasajero, desde el retrete hasta la cocina». —Palmeó dos o tres veces las manos, como sacudiéndoselas, y se dio media vuelta para desaparecer por la escalera.

Un tipo curioso el capitán Medina, se apuntó Cameron. Dejó su taza de café vacía sobre la mesa. Llegaba el tan ansiado turno de preguntas para Viriato, la noche anterior todos estaban demasiado cansados para una tertulia.

—¿Cómo ha conseguido este barco, Viriato?

—El rey Mohamed me debía un favor —comenzó a explicarle mientras se servía un humeante café con leche—. En realidad, me lo debía su padre. Le alerté en uno de mis viajes sobre un grave atentado. El rey juró devolverme el favor, por su mano, o por la de sus descendientes. El hijo ha cumplido la palabra de su padre, eso es todo.

Cameron pensó que el heredero estaba cumpliendo a la perfección y con celo los deseos de su padre. Alejandra estaba ahora con ellos gracias a que Mohamed VI había fletado un Lear Jet desde Estocolmo para sacarla de allí junto al embajador marroquí.

—¿Por qué finalmente no hemos salido de la isla de El Hierro? —Al americano la pregunta de su pupila le pareció inteligente.

—No quiero asustarla, señorita, pero los hombres que comenzaron a perseguir al profesor Cameron nos estaban esperando en El Hierro —le contestó con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, pero que no pudo borrar el gesto de desconcierto que su respuesta había producido en el rostro de Lola.

—¿Cuántos viajes ha realizado en el tiempo, Viriato? —pregunta rápida de Cameron para salir del *impasse* de la anterior.

—Me resulta difícil precisar la respuesta a esa pregunta, profesor. —Parecía sincero—. En realidad no he dejado de viajar desde mi primera experiencia con el incendio del Alcázar de Madrid. —Se entretuvo abriendo un *croissant* para untarlo de crema antes de continuar su relato—. Lo del Alcázar no me salió gratis. Fui duramente reprobado por el consejo de monjes, y se me prohibió atravesar la puerta hasta que llegase mi hora.

—¿Su hora? —preguntó extrañada Lola, que seguía con interés la conversación.

—Finalmente los frailes de San Borondón aceptaron que yo no reunía las condiciones necesarias para vestir el hábito y entrar en la orden. Se decidió que volvería al lugar de donde había venido cuando cumplierse veintiún años, lo que ellos consideraban mi mayoría de edad.

—¿Volvió al Madrid de 1936? —siguió inquiriendo la licenciada.

—Oh, no —respondió casi divertido Viriato mientras daba el primer bocado a su *croissant*—. En San Borondón no controlamos a nuestro antojo la isla. En realidad he pensado muchas veces que la isla tiene voluntad propia. Pero el hermano Mernoc nos dejó el mejor regalo que pudiera hacernos. Nos dejó escritas en su libro todas las aperturas de la puerta del tiempo según el calendario que regía en la isla. Dejó escritas claves para que las interpretásemos y supiéramos las épocas históricas, fuesen del pasado o del futuro, en las que los monjes podían viajar. —Tomó un sorbo de su café con leche—. El padre Xavier adquirió una gran destreza en descifrar aquellas claves. En realidad se convirtió en el intérprete del Libro del Tiempo. Un día antes de que se produjese la apertura de la puerta, el consejo de monjes se reunía y se decidía qué monje o monjes iban a viajar.

—¿Cuántos monjes había en la isla? —preguntó el americano.

—Cuando Brendanus, Odran y otros monjes abandonaron la isla, sólo cinco frailes decidieron permanecer en San Borondón junto con el gobernador Pedro Velo.

—¿Pedro Velo, el capitán de la *Santísima Trinidad*? —preguntó asombrada Lola. Cameron le hizo un gesto para que no interrumpiera el relato del monje.

—Tras la marcha de la *curragh* que había traído a los frailes a la isla, allí quedamos siete personas contándome a mí —recordó Viriato—. La última vez que estuve en San Borondón, sólo quedaban los hermanos Xavier, Kevin y el gobernador.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo en la isla? —Conocer ese dato se le antojó vital a Cameron.

—Medido en el tiempo actual que estamos viviendo, hace poco más de un año —calculó el monje—. Llegué a la isla el día que tenía que haber muerto en la explosión de gas que hizo saltar por los aires mi bar. Si lo calculamos en el tiempo de la isla, podríamos decir que faltó tan sólo desde hace unas pocas horas. Confío en que no se hayan producido muchos cambios para cuando nosotros volvamos.

—¿Qué pasó con los otros monjes? —Esta vez era el turno de Lola.

Viriato, que ya preveía un interrogatorio como al que le estaban sometiendo el historiador y su alumna, se tomó su tiempo para responder mientras daba unos tragos de su delicioso zumo de naranjas recién exprimidas.

—Por desgracia no sabremos nunca qué pasó con aquellos hermanos —contestó finalmente—. Simplemente no volvieron nunca de los viajes que emprendieron.

—¿Cómo fue su segundo viaje en el tiempo? —inquirió Lola, deseosa de saber más de las aventuras de Viriato, puras clases de Historia en el tiempo en el que transcurría la Historia. No pudo evitar la mirada inquisitoria de Cameron. El profesor tenía tantas preguntas que hacer, tantos puntos oscuros que aclarar.

Viriato notó la rigidez del profesor.

—Tenemos tiempo para el relato. —Pareció adivinar su pensamiento—. Fue peligroso, pero hasta del peligro, si se gestiona bien, se puede sacar provecho. Gracias a aquel viaje, Kevin de Glendelough me confió su más preciado tesoro, la fórmula de su salsa de patatas bravas.

—Me gustaría que me acompañara el chico —dijo el hermano Kevin, que había pedido la palabra.

—El novicio Viriato rompió la regla en su primer viaje, no estaba autorizado para hacerlo —replicó el hermano Xavier—. Sabéis que está castigado a no viajar hasta que le llegue el momento de abandonar la isla.

—El... novicio —se corrigió a tiempo— tiene veinte años. Le quedan muy pocos meses para dejarnos, no le vendría mal un poco de entrenamiento antes de marchar —razonó el cocinero.

—No hay nada que discutir, hermano Kevin. El asunto está zanjado. —Esta vez, el tono de la respuesta de Xavier fue cortante.

—Bien —pareció rendirse el cocinero—, entonces no podréis probar el exquisito manjar que iba a traer de Rusia. No habrá caviar para comer —concluyó con un gesto de aparente tristeza.

El gobernador pareció salir de su sopor. Le aburrían soberanamente las juntas de los monjes. Pero era consciente de que, siendo la máxima autoridad gubernativa de la isla, tenía que sobrellevar con dignidad el peso de la púrpura y las actividades de representación que esto conllevaba. El vocablo comer había sido el único capaz de despertar su atención en aquella tediosa reunión.

Los viajes en el tiempo le resultaban indiferentes, porque él no pensaba abandonar la ínsula en modo alguno. No podía arriesgarse a que una revuelta

palaciega le expulsara de su bien merecido trono. O que los franceses del *Indomitable* volviesen para intentar recuperar la Non Trabada. Golpeó con la maza de orden el largo tablero de castaño de la mesa del refectorio, donde tenían lugar siempre las juntas de gobierno. Los cinco frailes —a Viriato se le permitía asistir pero no votar— fijaron entonces toda su atención en el gobernador.

Don Pedro Velo carraspeó un par de veces para aclararse la voz.

—¿Qué es exactamente el caviar, hermano Kevin? —Jamás había oído hablar de ese alimento.

—Un manjar del que sólo se disfruta en las mesas de los reyes. —Kevin sabía cómo ganarse la voluntad del gobernador. Tan sólo tenía que apuntar a su estómago—. Huevas de un pez extraordinario, el esturión. Los rusos las maceran con una receta secreta —exageró el sencillo salado de las huevas—. Pensaba traerlo en mi turno de viaje, ya que este pez sólo puede encontrarse en Rusia —mintió, confiando en que ningún hermano se hubiese interesado en estudiar el hábitat del esturión—. Pero si el consejo piensa que no debe acompañarme el novicio, no me arriesgaré a viajar solo.

—¿Qué problema tenéis en viajar solo? —le inquirió fray Dougan.

—¿Que qué problema tengo en viajar solo? Preguntadle qué problema ha tenido el hermano Callagham en viajar solo a Katay en 1500.

Todos miraron de reojo la silla vacía de Callagham. Nunca volvió de su viaje de evangelización a la isla de lo que más tarde sería Japón. A pesar de aquellos incidentes, ninguno de los monjes había perdido su espíritu de proselitismo que les había animado a dejar Irlanda. En todos sus viajes su principal objetivo era evangelizar, como dictaba la regla benedictina.

Don Pedro Velo golpeó de nuevo la mesa con la maza. No pensaba consentir que la reunión se le fuera de las manos, además sus jugos gástricos ya estaban funcionando.

—¿Dónde se abrirá mañana la puerta del tiempo? —preguntó el gobernador al hermano Xavier, el intérprete del *Libro del Tiempo*.

—En algún lugar de Rusia en el año 1812, Excelencia —le confirmó.

—¿Cómo está Rusia en 1812? —Velo no acostumbraba a visitar demasiado la biblioteca.

—Rusia está siendo invadida por Napoleón. Un emperador francés. Y su campaña provocará centenares de miles de muertos. Es un lugar extremadamente peligroso para viajar con el novicio.

—¿Se acaba el mundo en 1812? —le preguntó Kevin al padre Xavier. Un viento helado, proveniente de la orilla, les hizo estremecerse a todos.

—Es nieve —les aclaró el aragonés.

Caminaron hundiéndose en la nieve hasta las rodillas. Gracias a las previsiones del padre Xavier, iban bien equipados para sobrevivir en aquel escenario. Llevaban altas

botas forradas de lana y largos abrigos de piel curtida de borrego sobre sus hábitos, lo que les hacía más soportable el intenso frío.

Fue al remontar una colina cuando vieron el cauce semihelado del río Beresina. Pudieron también distinguir las edificaciones del pequeño villorrio de Studzienia, y lo que parecía un gigantesco y caótico campamento militar. Viriato utilizó el catalejo que le había prestado el capitán Velo. Con él pudo distinguir las insignias imperiales francesas. Estaban ante el campamento de Napoleón.

—Sería muy mala suerte que acertáramos a caer en pleno campo de batalla —musitó el novicio.

—¡Bah! —Pretendió quitarle importancia el cocinero—. Vamos, muchacho, donde hay generales, hay caviar —le animó. Bajaron sin dificultad del pequeño promontorio y se mezclaron rápidamente con aquella turbamulta de soldados y paisanos que se reagrupaban en la ciudad ribereña con la intención de pasar el río dejando atrás a sus perseguidores rusos. Allí se oía hablar en francés, polaco, italiano, holandés, alemán, portugués y español. Tal era la mezcla de naciones que habían aportado tropas a la Grande Armée, el último sueño imperial de Napoleón.

Viriato, que había conseguido corregir su déficit de Historia después de su primer viaje en el tiempo, quedó profundamente impresionado y decepcionado por lo que los libros describían como el ejército más poderoso de la época. En realidad, en aquella pequeña aldea se estaban reuniendo los maltrechos restos del ejército napoleónico que había invadido Rusia después de su precipitada salida de Moscú.

Viriato se fijó en que casi todos los soldados iban mal uniformados y lucían una extrema delgadez, amén de rastros visibles de congelación. Muchos combatían el frío con las más insospechadas indumentarias, tanto daba si se cubrían con abrigos de caballero o larguísimos y elegantes vestidos de mujer, incluso vio algunos hábitos de sacerdotes ortodoxos entre las desconcertantes vestimentas. Los soldados abrían sus valijas y baúles, fruto de la rapiña en las casas de los nobles y en los palacios moscovitas, y se ponían por encima de sus desastrados uniformes cualquier cosa que pudiera darles calor.

El pueblo en sí mismo era un espectáculo dantesco, una especie de infierno del Bosco donde se cruzaban y atropellaban las distintas unidades que huían del acoso de las tropas rusas. Civiles y funcionarios se mezclaban con los restos de la Grande Armée, buscando en el ejército imperial su garante y último refugio.

En las calles embarradas se hacían grandes hogueras con el mobiliario más variopinto que los soldados sacaban de las casas. Mesas, sillas, armarios y cabeceros de camas ardían rodeados por aquellas turbas de desesperados.

Los zapadores del general Aubry desmontaban sistemáticamente los artesonados de los techos y las vigas de madera para que los ingenieros holandeses del general Eblé pudieran construir un puente sobre el Beresina, y así evitar el naufragio absoluto del ejército francés.

Los dos monjes se acercaron a la orilla del río donde parecía desarrollarse gran

actividad. Allí se montaban los armazones de los pontones que luego se introducían en el río para sustentar el puente. Al joven Viriato le impresionó el valor de los pontoneros holandeses que, desnudos de cintura para arriba, luchaban heroicamente contra la fuerte corriente del Beresina, el cual transportaba bloques de hielo de más de dos metros de anchura. En el tiempo que estuvo observando el denodado trabajo de aquellos hombres (el cocinero había marchado tras una cantinera del Séptimo de Infantería Ligera para negociar la compra del caviar) vio horrorizado cómo más de un pontonero resbaló en el fango y fue arrastrado por la corriente.

Sin embargo, aquella circunstancia no parecía hacer desfallecer al resto de sus compañeros. Todos salían y entraban en el agua en turnos de quince minutos para no perecer de hipotermia.

Un holandés del 123.º Regimiento de Infantería, le tendió su fusil para ayudar a un compatriota que subía aterido por el talud del río. En ese momento Viriato sintió un pequeño tumulto a sus espaldas. En un instante, se vio rodeado por soldados de la Guardia Imperial, inconfundibles por sus levitas azules oscuras, sus anchos correajes blancos que les cruzaban el pecho y sus altos gorros de pelo de oso negro.

—Aparta, soldado. —Un cabo que lucía grandes mostachos le empujó con tanta violencia que terminó por derribarle en el suelo.

Aquellos gestos y situaciones siempre le habían llenado de sangre la cabeza a Viriato, que desde muy joven tuvo siempre, primero, arrestos, y luego, reflexión. Se levantó del suelo, sucio de nieve y barro, y embistió contra el cabo que acabó de bruces en el fango; que el francés sería guardia imperial y veterano, pero el novicio tenía veinte años y la fuerza de un toro. Mientras le derribaba se encontró entre los correajes del suboficial un cuchillo que le hurtó con rapidez y, ya en el suelo, hizo el gesto de degollarle, y quizá lo hubiese hecho si no hubiese sentido el cañón de una pistola en la cabeza.

—Nos matan los rusos —dijo calmosamente una voz que supuso del portador del arma—, no tenemos ninguna necesidad de matarnos entre nosotros.

En el ángulo visual de Viriato aparecieron unas botas, casi tapadas por el faldón de un largo abrigo de terciopelo verde, manchado de barro en sus bordes.

—¿Qué es lo que ocurre, Ney? —preguntó el propietario del abrigo manchado.

—El cabo de vuestra guardia no ha sido muy amable con el joven soldado, majestad. Hablaban de urbanidad en este momento, supongo.

—Levantaos —ordenó el propietario del abrigo de terciopelo, y lo hizo con la voz y la autoridad de los que están acostumbrados a mandar y que no se les desobedezca.

El cabo se incorporó y, después de saludar respetuosamente, se escabulló entre las filas de sus compañeros. Viriato quedó solo en presencia de Napoleón, el hombre del abrigo verde; y del mariscal Ney, que ya guardaba su pistola.

—¿De dónde sois, soldado? —le preguntó el emperador, que a pesar de su corta estatura irradiaba un poder especial.

—Español, señor —le respondió en francés, bendiciendo en secreto las

enseñanzas de la lengua francesa que le había impartido el padre Xavier.

—Del regimiento José Bonaparte, supongo —concluyó Napoleón—. Estuvisteis bravos en Borodino, con la toma de aquel reducto.

—Su resistencia salvó al 111 de línea, majestad —apuntó Ney.

—Una buena unidad la de los españoles, no cabe duda —admitió el Águila de Francia, que parecía reflexionar—. Acabo de decidir que voy a prolongar vuestra gloria. Vuestro regimiento se pondrá a las órdenes del mariscal Ney para cubrir nuestra retaguardia. Estaréis junto a él hasta que crucemos el Beresina^[45], y desde la otra orilla les sacaremos el dedo a los rusos. —Hizo el gesto obsceno con su mano derecha, que acababa de sacar del embozo de su abrigo.

—Será un honor, majestad —le contestó con absoluta sinceridad, porque en ese momento estaba dispuesto a tomar parte en la última gran batalla que daría la Grande Armée en Rusia, quizá la más gloriosa.

Napoleón dibujó una sonrisa llena de orgullo en su rostro. Se acercó a Viriato y le pellizcó con fuerza el lóbulo de su oreja izquierda, como solía hacer con sus soldados más gloriosos y queridos.

—Me gusta tu actitud, muchacho. Hace falta más valor para sufrir que para morir —le dijo—. Y aquí, en el Beresina, vamos a sufrir mucho, pero vamos a demostrar al mundo de qué estamos hechos.

—¡Vive *L'Empereur*! —gritó Viriato a pleno pulmón. Lo hizo porque lo había visto escrito en una pared y porque le salió del alma.

Miles de voces enardecidas le dieron la réplica dando vivas al emperador, que se retiró satisfecho con su guardia y su séquito.

—Me complace en gran manera ese soldado, Ney. Representa el espíritu indomable de la Grande Armée —le dijo en confidencia a su mariscal—. Si sobrevivís los dos presentaos en mi tienda cuando hayamos cruzado el río. —Pero esto Viriato ya no pudo oírlo.

El novicio notó cómo alguien le zarandeaba de un hombro, y ya estaba preparado para descargar una puñada, cuando vio el rostro enrojecido del cocinero del convento.

—¡Viriato, que el diablo me confunda! ¿No era Napoleón ése con el que estabais hablando? —Kevin parecía realmente impresionado.

—Sí, era Napoleón —le contestó con un punto de sequedad—. ¿Dónde os habíais metido? De ésta he salido con un pellizco en la oreja, pero podía estar ahora siendo pasado por las armas contra una pared por un pelotón de la Guardia Imperial —no estaba muy descaminado.

—Pelillos a la mar, muchacho. Vos habéis conocido a Napoleón, y yo acabo de conseguir veinte kilos de caviar de la cocina de Murat y un ejército de ladillas de su cocinera. ¿Qué te parece, chico? —Parecía pletórico.

—Supongo que hemos cubierto el objetivo del viaje —le respondió casi con tristeza Viriato.

—Efectivamente —reconoció el cocinero rascándose la entrepierna sin disimulo

—. Además, he comprado dos caballos. Un potro y una yegua de dos dragones franceses que nunca más van a necesitarlos por culpa de la puntería de los fusileros rusos. ¡Y sus uniformes completos para nuestra colección de recuerdos! Ha sido un viaje productivo, sí señor.

—¿Uniformes completos de dragones franceses, habéis dicho?

—¿Qué se os está pasando por la cabeza, novicio? —le preguntó Kevin con el gesto descompuesto.

Los dragones avanzaban por la nieve con sus caballos. *Cadet* y *Juliette*, que así se llamaban el potro y la yegua, estaban flacos pero en pocos días engordarían y trotarían por las verdes praderas de la isla. Aquellos caballos serían el comienzo de su particular remonta.

—Va contra las reglas que no vistamos nuestros hábitos, Viriato —protestaba Kevin, mientras el eco de la todavía lejana tormenta les guiaba hacia la puerta del tiempo.

—Me lo debéis. Por haberme dejado solo en el río —le respondió con tono de reproche.

Ocurrió cuando estaban llegando al bosquecillo que marcaba el hito de su entrada. El grupo de cosacos emboscados salió al galope y les rodeó sin que tuvieran tiempo de huir. Eran una treintena y habían formado un círculo a su alrededor. Sonreían con gesto sanguinario. Dos dragones en descubierta no era una mala forma de terminar el día con un poco de diversión. Dos de ellos hablaban entre sí sin dejar de mirarlos. Al poco, uno de los jinetes se acercó hasta Viriato.

—Soy el barón de Vosgues —hablaba en perfecto francés—, o lo era antes de caer prisionero. Si conservo la vida todavía es porque sé hablar ruso y les sirvo de intérprete con los cautivos —les dijo a modo de explicación.

—No somos lo que parecemos —le contestó el hermano Kevin con urgencia.

—Eso poco importa. Que hubierais sido frailes no cambiaría vuestra suerte —le contestó con gesto de amargura—. El *hetman*^[46] de mi partida ha decidido que os batáis en duelo con su mejor jinete —añadió dirigiéndose a Viriato—. Quieren divertirse un poco antes de cenar. Considérate afortunado a pesar de todo, muchacho, lo tuyo será más rápido que lo de tu compañero.

—¿Qué pasará si venzo al cosaco? —le espetó Viriato sin pestañear.

—Dios bendito, chico, tienes arrestos —reconoció sonriendo con gesto amargo el cautivo, y se le notaba que no sonreía hacía mucho—. Si vencéis a su jinete o si se abre el cielo y os lleva, que tantas posibilidades hay de una cosa como de la otra, podréis continuar vuestro camino. Los cosacos son gente de palabra —le contestó antes de picar espuelas y volver la grupa de su caballo.

—¿Qué os ha dicho? —le preguntó aterrorizado Kevin, que se había perdido la última parte de la conversación, mientras el aristócrata volvía con sus captores.

—Nada. Tengo que matar a un cosaco y continuaremos nuestro camino —le

contestó calmosamente.

—Dios Santo, muchacho, si salimos de ésta prometo ante san Patricio no volver a acercarme a mujer alguna en mi vida, y a regalarte mi fórmula secreta de la salsa picante que tanto te gusta.

El duelo sería a sable. Los dos jinetes se situaron a trescientos metros el uno del otro. Los cosacos vitoreaban a su campeón, Pétr Stepenovich, y se mofaban y reían del joven dragón francés.

Viriato había desenvainado su sable, más curvo y más ligero, al ser de caballería, que el de abordaje con el que estaba acostumbrado a practicar con el capitán Velo.

Estar montado también suponía una desventaja, pero confiaba que su entrenamiento con el mulo de la isla hiciera igualar las cosas. «Tenéis facilidad para los deportes», recordaba las palabras del padre Xavier, viéndole trotar con la acémila para trincar con su sable la paca de heno que había colgado de un barbusano.

¿Y qué era la guerra sino un deporte para un muchacho de veinte años, con la cabeza todavía llena de ideas románticas sobre la actividad más terrible que la raza humana repetía constantemente?

El *hetman* dejó caer una bufanda roja a la nieve, era la señal para que comenzase el duelo. El poderoso caballo cosaco arrancó como una furia animado por los aullidos salvajes de su jinete. *Juliette* comenzó un trote ligero y elegante que se convirtió en galope cuando los dos jinetes se cruzaron. El cosaco hizo una finta con el sable en el último momento, para golpear a su oponente con brutal violencia en la cabeza.

Viriato salió despedido de su silla, perdiendo su casco y su sable. Los cosacos estallaron en una estruendosa ovación hacia su compañero.

El barón de Vosgues cabalgó hacia el jinete caído. Había recogido su sable de la nieve con habilidad, sin tener que desmontar de su caballo. El casco de dragón ya era inútil, el sablazo lo había partido por la mitad.

—¿Podéis seguir, o preferís que os aligere yo? —le dijo con un gesto de profunda tristeza el aristócrata, que bien a las claras no había logrado acostumbrarse a las miserias de la guerra.

Viriato, que sangraba por la herida de la cabeza, le tendió la mano haciendo ademán de que le devolviera su sable. Se limpió con nieve la sangre del rostro antes de subirse de nuevo a su montura. Otra vez montado, palmeó el cuello de su yegua, que parecía tranquila, con el mismo aplomo de su jinete.

—No ha sido culpa tuya, *Juliette* —le susurró al animal como si pudiera entenderle—. Ahora la sorpresa será para él.

Acababa de recordar uno de los apartados del tratado de don José de Mereló y Casadamunt, concretamente el titulado *Principales tretas de sable para el arma de caballería*, que fue escrito en 1878, y que el hijoputa de Pétr Stepenovich, el cosaco, por fuerza y por haber nacido antes de tiempo, no había podido leer.

La bufanda roja cayó de nuevo en la nieve y esta vez *Juliette* prescindió de su

elegante trote corto para arrancarse en un rápido y veloz galope.

El cosaco levantó su sable en el cruce lleno de la confianza del que se sabe vencedor, barriendo el aire en busca del cuello de su adversario para decapitarlo y dar por terminada la exhibición. En vez del cuello encontró el aire, porque inopinadamente el dragón se tumbó sobre su espalda hasta dar con su nuca en la grupa de su montura, mientras con su arma sajava la cintura del cosaco en el cruce.

Stepenovich salió del lance sin dar crédito a lo que había pasado, y con las tripas fuera.

Aún tuvo arrestos para volver grupas a su caballo para cargar de nuevo ante el silencio de sus camaradas, que contemplaban atónitos la escena.

Viriato y *Juliette* le esperaron parados, a puerta gayola, si se pudiese permitir el símil taurino, para apartarse la yegua en una graciosa cabriola en el momento del nuevo cruce, descargando el aprendiz de dragón su sable contra el hombro del cosaco con tal violencia que le cercenó limpiamente el brazo.

Siguieron cabalgando todavía unos metros jinete y caballo cosacos, hasta que la montura se detuvo al no saber interpretar las órdenes de su dueño.

Allí permanecieron unos instantes, dando la espalda a los sorprendidos espectadores del lance. Hasta que Stepenovich se deslizó de la silla por su lado izquierdo, todavía inhiesto, para caer como un fardo sobre la nieve. Posiblemente estaba muerto antes de tocar el suelo. Tras unos segundos que parecieron eternos, el *hetman* se dirigió al cautivo francés en una corta plática. Des Vosgues asintió con la cabeza y en un rápido trote se puso a la altura de Viriato, que con absoluta calma limpiaba el ensangrentado sable en la manga de su guerrera.

—Podéis continuar vuestro camino, sire. Y no os demoréis, acabáis de matar al hijo del *hetman* —le dijo con una mezcla de asombro y respeto.

Viriato volvió a enfundar su sable y saludó militarmente al cautivo, que le devolvió el saludo mientras su rostro se iluminaba de orgullo.

—*Vive la France* —le dijo Viriato con respeto a modo de despedida.

—*Vive la France* —le contestó el oficial, con la voz algo quebrada por la emoción y en posición de saludo.

Viriato y Kevin picaron espuelas hacia el bosquecillo, sin querer tentar más la suerte, y sin volver ni una sola vez la cabeza atrás, que el viento que acompañaba a la tormenta ya arreciaba, y su estancia en la Rusia de 1812 había concluido.

—*Cadet* y *Juliette* todavía trotan por las praderas de San Borondón, ahora en compañía de sus hijos, dos potros magníficos —les confirmó Viriato mientras apuraba su café con leche ya frío.

Cameron recordó la silla de montar de un dragón colgada en la pared de la casa de la corrala. Pensar en el resto de objetos que decoraban la vivienda, le produjo vértigo.

Fijó entonces toda su atención en Viriato. Si salió de la isla con veintiún años y

llegó a Madrid en 1982, ahora debía de tener 46 o 47 años. Además, era la edad que aparentaba. Todavía era un hombre joven y fuerte. Podía imaginárselo entre las llamas del Alcázar salvando la mejor pinacoteca del mundo, o batiéndose en duelo con un jinete cosaco a orillas del Beresina después de haber sido pellizcado por Napoleón. Cuarenta y siete años, pero ¿cuántas vidas había vivido?

Sintió una mezcla de envidia, admiración y aprecio sin límites. Su compañía entonces se le antojó mágica, y se sintió un privilegiado por haberle conocido. O por tener ocasión de empezar a conocerle.

Rogó al buen Dios que le concediera el tiempo suficiente para escuchar todas sus historias.

—¿Cuándo llegó a Madrid, Viriato, fue ése su tercer viaje? —le preguntó Lola, sin ocultar su ansia por saber más de él.

—Hora de comer, señores —interrumpió Sidi—. La mesa está servida.

—La mañana se nos ha pasado volando —reconoció el fraile—. Efectivamente, Madrid fue mi tercer viaje. Si me lo permiten, se lo contaré después del almuerzo, durante el café. Prácticamente estoy en ayunas —se justificó sonriente y no mentía. Apenas le habían dejado probar bocado mientras le acosaban a preguntas.

Capítulo XXIV

EL FINAL DE LA CACERÍA. 9 DE AGOSTO DE 2009

Capita XXN. N.S.B.a. Avistan la isla de la Montaña en Llamas. La montaña escupe rocas ardientes y desde la playa, cubierta por una humareda negra, les llega el llanto de los condenados. El último monje peregrino se arroja al agua y los demonios se lo llevan, cumpliéndose así la premonición del abad.

—Llegué finalmente a Madrid en octubre de 1982, dos semanas después de haber cumplido los veintiún años, la mayoría de edad en la isla. Tal como dejó escrito Mernoc en su *Libro del Tiempo*. —Viriato continuaba desgranando el relato de sus viajes.

Los cuatro disfrutaban del atardecer en la segunda cubierta del barco, después de una succulenta comida preparada al alimón entre Lola, Sidi y el capitán Medina, que como buen vasco, amén de buen marino, era un excelente cocinero.

La comida había sido larga y copiosa. Tan larga que Lola se había animado a bucear mientras los caballeros disfrutaban de unos habanos especiales de la selecta cava de Medina, y unos licores con una graduación alcohólica capaz de calcinar la tráquea de un búfalo. A Cameron no se le había pasado por alto que el hercúleo Sidi se había ofrecido a acompañarla. «Siempre se debe bucear en compañía de otro buceador», había sido la excusa. Ahora todos estaban de nuevo a bordo, y el interrogatorio a Viriato se había reanudado con renovados ánimos.

—¿Tuvo usted algún contacto con Germinal Sánchez, el falangista que conoció a Mernoc y Odran? —preguntó el historiador, recordando el informe de Alejandra y la excelente relación que parecía tener con su hijo, el presidente de la fundación Infante de Orleáns.

—Localizarle y entrevistarme con él fue lo primero que hice nada más pisar Madrid. Mi intención era cumplir la voluntad de Odran y saldar así su deuda de agradecimiento. Recuerdo que su sorpresa fue mayúscula —reconoció Viriato—. Estuvo a punto de denunciarme a la policía, al principio me tomó por un loco o un estafador.

—¿Tuvo usted algo que ver en su repentino enriquecimiento? —inquirió el profesor, que en ese momento recordó las palabras de Odran: «No sabéis el favor que acabáis de hacerme, joven Germinal. Os aseguro que no cejaré hasta encontrar la forma de pagaros esta gracia que ahora me hacéis».

—Oh, claro que tuve que ver en el origen de su inmensa fortuna —reconoció sin rubor—. Cuando a un hombre se le hace entrega de las Memorias de la Bolsa de Madrid de los siguientes cinco años, es fácil que se convierta en un mago de las finanzas. Si a eso le añades la entrega de un mapa turístico de Madrid de 1992 en

1982, no parece complicado acabar siendo un *crack* de los negocios inmobiliarios, ¿no cree? —le preguntó casi divertido.

—Quizá el favor le llegó un poco tarde —quiso ser crítica Alejandra.

—Llegué un poco tarde a su vida, lo reconozco —Viriato chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Pero Germinal tuvo una madurez y vejez desahogadas. Además, pudo dejar una inmensa fortuna y patrimonio a su hijo que, como ha podido comprobar en este viaje, todavía me está muy agradecido. Es bueno ir haciendo el bien y dejando amigos en todas partes. Nunca sabes cuándo vas a necesitarlos —concluyó mientras daba un sorbo a su copa de *brandy*.

Cameron comprobó que según progresaba el relato de Viriato, todas las piezas del rompecabezas iban encajando perfectamente. Ése era el secreto de la fortuna de Germinal, ser poseedor de información exacta del futuro. Poder conocer el futuro y poder cambiar el pasado; empezó a sentir vértigo.

Probablemente, ésa era la razón para que su hermano Madoc hubiera desatado aquella cacería contra ellos. Pero ¿qué tenía que ver la embajada americana con todo aquello? Ésta era la pregunta que le atormentaba desde la persecución que había finalizado, aparentemente, en el subsuelo de Madrid. Y para la que, todavía, no tenía ninguna respuesta coherente. Sintió una punzada de angustia en el estómago al constatar que, en realidad, sabía muy poco de la vida de su hermano.

—¿Qué hizo usted después de conocer a Germinal? —Lola había tomado el relevo en el interrogatorio. Estar tumbada tomando los últimos rayos de sol del atardecer en bikini no mermaba sus ansias de saber.

—De la isla me vine con algunos doblones españoles, y con mi mayor tesoro: la receta de la salsa de Kevin. Siempre he tenido un espíritu emprendedor, así que monté mi propio bar: «Antigua Casa de Patatas Bravas de Viriato». En seguida fue una de las tabernas y casas de comidas más reconocidas de Madrid. Fueron unos años magníficos —recordó con nostalgia.

—¿Siguió viajando? —Alejandra finalmente se había unido al interrogatorio.

—Por supuesto —reconoció—. El hermano Xavier me conocía perfectamente, y sabía que yo era culo de mal asiento. No estoy hecho para echar raíces, profesor. Además, siempre me decía que «mi papel no estaba cumplido». Me anotó las fechas exactas en las que la puerta se abriría en Madrid, para que pudiese seguir disfrutando de mi gran pasión, viajar en el tiempo. Y a fe que lo hice. —Se regaló otro profundo trago de *brandy*.

—¿Hay una puerta en el tiempo en Madrid? —Lola se reincorporó en su toalla, sorprendida por el testimonio del fraile.

—Sí, señorita —le confirmó ufano—. Junto a la estatua del Ángel Caído, siempre ha estado allí. Lo único que necesitabas saber es cuándo había que estar en el momento preciso. Y yo lo sabía —compuso un gesto casi de niño travieso.

—Dios mío —exclamó Lola—. ¿Cuánta... cuánta gente ha conocido, Viriato? —Por la memoria de la joven desfilaban todas las estancias de la casa de la corrala,

decoradas y cargadas barrocammente de miles de objetos, ahora sabía que eran recuerdos de sus viajes—. ¿Ha conocido a Julio César? ¿A Alejandro Magno? ¿Ha visto pintar a Miguel Ángel? ¿Escuchado a Homero? —Parecía tremendamente excitada.

—Lamento interrumpir, señoritas y caballeros —el sonriente Medina acababa de entrar en escena—, pero en un par de horas alcanzaremos la latitud y longitud que el hermano Viriato me ha marcado en las cartas. ¿Qué se supone que debo hacer cuando lleguemos allí? —Una pregunta razonable.

—Parar las máquinas y esperar —le contestó Viriato con absoluta tranquilidad.

Madoc Cameron seguía observando la pantalla del ordenador y comprobando el último informe meteorológico que le habían facilitado hacía exactamente quince minutos.

Ni rastro de ninguna tormenta en su zona.

Y lo que era peor, no había posibilidad de que se produjese ninguna anomalía meteorológica en las próximas setenta y dos horas. La climatología era absolutamente estable.

Por otro lado seguía sin noticias del último grupo que se había unido a la fiesta. Toda la información que le llegaba de Estocolmo era desalentadora. Ni una huella, ni una pista. Todos parecían haberse volatilizado junto a la médico forense. ¿Quiénes diablos eran? Rusos, israelíes, árabes...? De lo que no le cabía ninguna duda era que ellos también perseguían el mismo objetivo.

¿Y si todo fuese una absoluta quimera?

De repente se sintió muy cansado. Demasiado trabajo y demasiada tensión en los últimos días. Sabía, por experiencia, que demasiado estrés no permitía, a veces, un análisis y diagnóstico claro de situaciones. ¿En qué locura se había embarcado?

Además, no había rastro de ninguna embarcación en el cuadrante. Los escasos buques comerciales que surcaban aquellas aguas habían sido desviados de sus rutas por unas supuestas maniobras antisubmarinas de la *Benjamin Franklin*. Ya habría tiempo más tarde de resolver las quejas de las navieras.

Miró su reloj. Faltaban tan sólo un par de horas para las doce de la noche, y para que diera comienzo un nuevo día. Entonces, la fecha mágica del 10 de agosto sería historia. Y la aparición de la isla legendaria también.

¿Dónde diablos estaba Sebastian?

Golpearon la puerta de su camarote. Entró Máximo Lanza, que ya vestía su uniforme de combate.

—Acabamos de detectar un intruso en el cuadrante, señor. ¿Quiere que dé la orden de abordaje? —Sólo su entrenamiento podía disimular su impaciencia.

—Me temo que tendremos que esperar a nuestra tormenta, Máximo. Pero si ésta no llega, tenga todo listo para realizar el abordaje a las veinticuatro horas —le contestó el embajador.

Finalmente, la noche se había cerrado sobre el *Guadalupano*, y la cubierta del barco se había transformado en un privilegiado mirador al firmamento estrellado. La noche era clara y perfecta en mitad del Atlántico. El barco, con sus motores parados, se mecía dulcemente sobre las tranquilas aguas. Cameron sentía una cierta sensación de ingravidez en aquel mar plano y oscuro que reflejaba como en un espejo infinito la bóveda celeste cuajada de estrellas.

—Nunca había visto una noche así —musitó Alejandra apoyada sobre la barandilla, contemplando aquel espectáculo único.

—La contaminación lumínica en esta latitud es cero, querida —le razonó Cameron, que disfrutaba de aquello tanto o más que ella.

Hubo un prolongado silencio entre los dos. Ninguno quería formular la pregunta.

—¿Qué hora es? —preguntó ella. Las mujeres encaran mejor los problemas.

—Faltan treinta y cinco minutos para la medianoche —le respondió Cameron.

—Me siento un poco estúpida ahora, en mitad del Atlántico, persiguiendo un sueño que nunca ha existido —le reconoció—. Y por el que he tenido que pagar un alto precio —añadió con amargura.

—Podía haber sido peor —le puntualizó Cameron—. Ya te dije que ese chico no te convenía.

Alejandra no pudo evitar sonreír.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

—Sí. «Cabrón» y «divorcio» eran las dos palabras que más oía en mi casa mientras vivía mi mujer.

Alejandra se acercó a él y buscó su regazo. Él la abrazó con suavidad.

—Quizá todavía saquemos alguna conclusión interesante de esta leyenda —dijo Cameron mientras la besaba en la frente y ella le devolvía un furtivo beso en el cuello—. Además —añadió—, era una magnífica leyenda.

De nuevo, el silencio se hizo entre ellos. Probablemente ninguno quería romper el instante.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó ella, como saliendo de un hechizo. Era perfectamente consciente de que todo había terminado.

—Volver a casa, supongo —dijo mientras miraba los bidones de plástico con combustible que estaban apilados en la cubierta de proa. Sidi trajinaba en ese momento con uno de ellos, para rellenar los terciados depósitos después de aquella larga travesía—. Navegaremos hacia La Palma y allí tomaremos un avión de regreso a Madrid.

—¿Te quedarás en Madrid?

—No, tengo que regresar a Boston. Voy un poco retrasado con mi trabajo y además he de elegir el color de la tapicería de cuero de un Porsche. A no ser que me hagas una proposición absolutamente irrenunciable. E indecente —añadió—, ten en cuenta que luchas contra un Porsche.

—¿Serías capaz de dejarme sola en Madrid a merced de Sanem y ese otro grupo de paranoicos que nos persiguen? —le preguntó con un punto de indignación que no era fingida.

—Me temo que dejaremos de ser interesantes para ellos en treinta minutos, querida —le respondió consultando de nuevo su reloj.

Cada uno se concentró en sus pensamientos, mientras escrutaban la noche.

—¡Mira! —gritó de repente Alejandra, apuntando al cielo con su dedo índice.

Otra estrella fugaz cruzó la noche.

—Las «lágrimas de san Lorenzo», las Perseidas sí han acudido a nuestra cita —reconoció Cameron con una agrídulce sonrisa.

Eran como lágrimas de plata. Se movían brillantes en el oscuro firmamento de la noche, como desafiando a sus hermanas que permanecían fijas, respetando el orden del universo. Otras le siguieron, dos, tres, diez... De repente, fue como si el firmamento hubiese cobrado vida. Caían de todos los lados, cruzando el cielo en una auténtica lluvia de estrellas.

Alejandra comenzó a aplaudir entusiasmada, en su rostro estaba dibujado el asombro.

—Pide un deseo —le sugirió Cameron sonriente, quizá todo había merecido la pena por poder contemplar un espectáculo como aquél. Ella cerró los ojos con fuerza.

El historiador siguió con la vista la trayectoria de un grupo de estrellas antes de que desapareciesen en el perfil oscuro del horizonte que limitaba el cielo con el firmamento. Las estrellas se ocultaron de repente tras una inmensa nube, creando inquietantes reflejos en su interior. El gigantesco banco de niebla, pegado a la superficie del agua, parecía avanzar hacia ellos.

—Dios Santo —murmuró Cameron, que no podía apartar los ojos del muro de bruma que crecía por instantes.

—¿Puedo abrir ya los ojos? —le preguntó Alejandra, mientras una racha de viento agitaba sus cabellos.

Era una tormenta imposible. Había comenzado a formarse en la pantalla del ordenador sin previo aviso. No había cruce de corrientes de aire frías y calientes que la justificaran. Era un fenómeno meteorológico inaudito. Pero simplemente estaba ocurriendo, y crecía en intensidad y fuerza por momentos. Madoc Cameron no quiso pensar más en ello. Ahora sólo era momento para actuar, ya reflexionaría más tarde sobre todo aquello. Corrió agachado por la cubierta de la fragata para amortiguar el efecto del aire desplazado por las grandes aspas del Sea Hawk que ya había puesto en marcha sus potentes motores.

El embajador vestía uniforme de combate, como el resto de los ocho seáis que le aguardaban armados hasta los dientes en el interior del pájaro.

Para todos aquellos hombres, excepto para Cameron y el capitán Máximo Lanza, aquélla era una interceptación de un barco de narcotraficantes del cártel colombiano

de Medellín.

Cuando el agente de la CÍA subió al aparato, los soldados le saludaron con familiaridad. Chocaron nudillos, se llevaron dos dedos a la frente, soltaron tribales «Au» y protocolarios «señor, encantados de estar de nuevo bajo sus órdenes».

Todos eran veteranos y fiables. Cameron había participado con ellos en misiones en Colombia, Afganistán e Iraq. Había pedido a los mejores, y los tenía.

El sargento Matt O'Brian le saludó desde el fondo de las tripas del Sea Hawk; en su regazo llevaba su juguete favorito, un rifle pesado HS.50 Steyr cargado con munición explosiva capaz de atravesar blindajes de carros. Un trofeo de Iraq, se lo había arrancado de las manos, todavía calientes, a un *sniper* de la insurgencia, después de haberle volado la cabeza con su Barret.

Confió en que no fuera necesario utilizar sus habilidades como tirador esa noche, y que la tripulación del intruso fuese razonable. No pudo evitar sentir una fuerte descarga de adrenalina. Le pareció rejuvenecer diez años de repente en aquel ambiente de masculinidad y testosterona a duras penas contenidas. Los chicos malos desprenden una energía perniciosamente atractiva cuando se juntan.

—¿Cuándo llegaremos al objetivo, teniente? —se comunicó el embajador con el piloto por su casco de combate.

—En quince minutos podrá escupir sobre la cabeza de esos narcos, señor —le contestó, mientras las turbinas del aparato comenzaban a rugir para alcanzar la potencia de despegue.

Las olas comenzaban a crecer en un océano que se embravecía por momentos. Aquella tormenta, salida de ninguna parte, les había sorprendido a todos. A todos menos a Viriato, que se había situado junto a Medina, quien trataba de gobernar el *Guadalupano* desde el puente de mando. El monje le había indicado el rumbo, directos al banco de niebla que se iluminaba por dentro con extraordinarios relámpagos, justo donde parecía arreciar la galerna. Al capitán no pareció importarle demasiado, bien sabía que cuando la mar te saca a bailar, no se podía rechazar el baile, y confiaba en su barco y en lo que había aprendido por los mares de medio mundo.

Por su parte, Sidi se desplazaba por el yate todo lo rápido que le permitía el cada vez más pronunciado bamboleo de la nave, procurando asegurar cualquier objeto susceptible de desplazamiento o corrimiento. Miró con preocupación la Zodiac auxiliar atada con un cabo a la popa del *Guadalupano*, la pequeña lancha aparecía y desaparecía entre las olas. La rapidez con la que se había producido el cambio en las condiciones de la mar no le había permitido recoger y subir a bordo el chinchorro. Confiaba en no perderlo. Había sido agradable bucear con Lola lejos del barco, y le gustaría repetir la experiencia.

Cameron subió en precario equilibrio al puente de mando, acompañado de Alejandra, que no parecía especialmente preocupada por la magnitud de la tormenta.

«Me gustan las chicas valientes», pensó para sí el americano.

—Detrás de la niebla está nuestra isla, profesor —le anunció Viriato, levantando su voz por encima del fragor de la tormenta que iba en aumento. En ese momento, el *Guadalupano* cabeceó hundiendo su proa en el valle de una profunda ola. La mar barrió la cubierta arrastrando algunos bidones de plástico vacíos de combustible.

—Eso será si llegamos —razonó el historiador.

—Llegaremos donde haga falta —le contestó el capitán—. El *Guadalupano* ha salido de peores que ésta —mintió con tanta seguridad que él mismo acabó por creerlo.

Cameron creyó distinguir un ruido extraño a sus espaldas, diferente al rugir irregular del vendaval producido por la galerna. Tenía una cadencia y un ritmo. Se volvió y levantó la vista. La silueta oscura del helicóptero acercándose al *Guadalupano* por su popa le heló la sangre.

—Los tenemos debajo, señor —le anunció el piloto por encima del ruido de la estática, los rotores y la lluvia que impactaba furiosa contra los cristales de la cabina.

—Pídale al patrón que detenga inmediatamente la nave. Vamos a abordarles para una inspección de la DEA.

El embajador pudo distinguir la gran bandera pirata que ondeaba a la popa del barco. Le pareció muy en consonancia con el humor de los Cameron. El *Sea Hawk* sobrevolando el *Guadalupano* les dio orden de detenerse por radio y por los altavoces del helicóptero. Desde aquella altura, el embajador vio cómo el patrón del barco, que luchaba denodadamente con la tormenta desde el puente de mando de la segunda cubierta, levantaba la mano cerrando el puño y mostrándoles el dedo anular.

Madoc Cameron supo entonces que la tripulación del intruso no iba a ser razonable.

—O'Brien, deténgame a ese barco —ordenó secamente el embajador.

—¡Dele gas! —le gritó Viriato—. ¡Van a intentar abordarnos! —El *Sea Hawk* estaba ya sobre ellos, y de sus costados estaban soltando largas sogas de descenso.

Medina forzó los motores, que rugieron lastimosamente en aquella gigantesca batidora de agua y espuma en la que se había convertido el océano, y el helicóptero empezó a perder la posición sobre el barco.

—Velocidad del viento —preguntó el piloto a su segundo, mientras intentaba estabilizar su vuelo y no perder al barco.

—Quince nudos, señor, y subiendo.

Madoc Cameron apretó las mandíbulas con fuerza. No era un buen dato. A más de cuarenta nudos, el helicóptero sería completamente ingobernable. Miró el mar rugiente debajo de ellos. Las olas iluminadas por los relámpagos debían de tener entre cinco y seis metros de altura. La lluvia arreciaba.

Abrir la puerta corredera del helicóptero les dio a todos los ocupantes la

dimensión real de la tormenta. El viento rugiente entró en el habitáculo de la nave haciendo que se escorase peligrosamente a babor, y la lluvia pronto les empapó a todos.

—Dispare sobre el tablero de mandos, sargento —se comunicó Cameron con el tirador, que ya comenzaba a sentarse sobre el marco de la puerta abierta de la nave—, los quiero a todos vivos para los interrogatorios.

O'Brien se sentó sobre el filo de la puerta dejando que sus piernas colgaran en el vacío, mientras un compañero a sus espaldas le aseguraba el arnés que le impediría caer del helicóptero. Comenzó sus ejercicios de respiración y se encaró con el rifle. A pesar del continuo movimiento de su plataforma de disparo y de su objetivo, la excepcional óptica del arma, una lente de 1370 mm, le ofrecía una amplia panorámica del puente de mando del yate.

Los cuerpos de las tres personas que estaban junto al patrón en la cubierta, le entorpecían la visibilidad del cuadro de navegación de la nave. Pero eso no sería problema después del primer disparo intimidatorio.

—¡Acelere más, se están poniendo de nuevo a nuestra altura! —gritó Viriato viendo de nuevo el siniestro perfil del Sea Hawk acercándose por babor.

—No podemos navegar más aprisa, *pater*; tenemos un viento en contra de más de veinte nudos, y unas olas de casi seis metros —le respondió Medina, cuyo único interés en ese momento era mantener su barco a flote.

Cameron no dejaba de observar la silueta del helicóptero en aquel infierno de Dante iluminado por la clara luz de los relámpagos. Le pareció distinguir que una de sus puertas se había abierto, y que uno de los ocupantes tenía las piernas colgando fuera de la nave. Pensó que aquel hombre sería el primero en descolgarse por una de las cuatro sogas negras que se mecían siniestras, agitadas por la galerna, desde los costados de la nave. Pero el resplandor repentino de un fogonazo, que pareció salir del cuerpo del hombre medio suspendido en el aire, le sacó de dudas.

El mueble bar que había a sus espaldas saltó por los aires en una seca y violenta explosión. Instintivamente los tres hombres y la mujer que estaban en el puente de mando se tiraron al suelo buscando ponerse a cubierto. ¡Les estaban disparando desde el helicóptero con munición explosiva!

En una rápida sucesión de tres disparos, el tablero de gobierno del *Guadalupano* se volatilizó entre una nube de humo, astillas de plástico y cables destrozados.

El barco, con toda su electrónica inservible, comenzó a perder potencia.

—Se están deteniendo, señor —informó el piloto.

—Buen trabajo, sargento —reconoció el embajador, sus chicos seguían en forma.

—¡Tenemos que abordarlo ya, señor! —le urgió el teniente que pilotaba el helicóptero. ¡Estamos en casi treinta nudos de fuerza del viento!

—Ortega en la uno, Stevenson en la dos y Lanza en la tres. Yo descenderé en la cuatro. El embajador impartía las órdenes rápidamente. No había llegado hasta allí

para no subir en ese barco y no llegar a la isla.

Sebastian sintió angustiado cómo los motores del yate perdían fuerza hasta detenerse. El muro de niebla, iluminado por los relámpagos, se alzaba ante ellos, tan sólo a cien metros. Pero ahora, su objetivo se le antojaba inalcanzable. Nunca llegaría a saber qué había en realidad al otro lado de la niebla.

Por encima de sus cabezas podía oír el rugir del motor y las grandes aspas del helicóptero. Volaba peligrosamente encima del barco, a no más de doce metros de altura, y cuando alguna de aquellas gigantescas olas levantaba la nave, tenía la impresión de poder llegar a aplastarse contra la panza del Sea Hawk.

Muy a su pesar, el historiador tuvo que reconocer la increíble pericia del piloto para poder mantener estable aquella máquina en mitad de aquella temible tempestad. Su maldita pericia iba a dar al traste con todos sus planes. En dos de las cuerdas que se movían como largos látigos por la fuerza del viento, pudo distinguir cómo comenzaban a descender dos hombres armados. Iban a abordarlos.

El *Guadalupano* seguía acercándose a la niebla como atraído por un invisible imán.

El teniente Stevenson fue el primero en tocar el lujoso y empapado suelo de teca de la cubierta de popa del yate. Cuando ya se creía seguro en tierra, comenzó a desabrocharse su arnés. Pero en el último segundo, el Sea Hawk dio una violenta cabezada por culpa de una salvaje racha de viento, Stevenson se levantó tres metros por encima de la cubierta del barco y, en ese momento, su arnés se soltó. En su caída chocó violentamente contra la barandilla de popa y cayó al agua.

Madoc Cameron, que observaba el abordaje, supo que acababa de tener su primera baja.

Buscó con la mirada la cuerda de Ortega, la vio agitarse vacía entre el huracán. Confiaba en que lo hubiese conseguido.

—¡Cuarenta nudos, señor! —gritó en ese momento el piloto, que luchaba por dominar su nave en unas condiciones fuera ya de todo margen de seguridad—. ¡Voy a abortar, tenemos que salir de aquí y regresar al barco!

El Sea Hawk se agitaba en mitad de la tormenta a punto de perder definitivamente su precaria estabilidad mientras sus potentes turbinas rugían y hacían temblar hasta el último remache de la nave por el sobreesfuerzo al que estaban siendo sometidas.

—¡Deme dos minutos para bajar! —le gritó el embajador, que ya tenía su arnés enganchado a la maroma de descenso.

—¡Negativo, señor, volvemos al barco! —le contestó firme el piloto. El colapso del helicóptero era inminente.

Cameron dirigió una mirada a Lanza. Llevaban el suficiente tiempo juntos para entenderse sin palabras, y los dos habían sentido tantas veces el aliento de la vieja dama en la nuca como para perderle el respeto. Volverían a jugar de farol y sin cartas.

«No le tengo miedo a la muerte de tantas veces que nos hemos mirado a la cara, apunten al corazón, no me disparen al rostro», le vinieron a la cabeza las palabras del mariscal Murat ante el pelotón que iba a fusilarle, antes de dar él mismo la orden de fuego. Era curioso lo que se le pasaba a uno por el cerebro en los momentos de máxima tensión del «gran juego», reflexionó Madoc.

Máximo desenfundó con rapidez su Glock, y clavó el cañón de la pistola entre la nuca y el casco del piloto, antes de que accionara los timones del rotor de cola.

—Dele esos dos minutos que le ha pedido el embajador. —Sus palabras hubieran servido de cubitos de hielo para enfriar un *whisky*—. Luego volveremos a casa.

Medina estaba furioso. No era para menos, porque le estaban jodiendo a base de bien su barco. Así que acababa de decidir que los del helicóptero, fueran de la DEA o del Ministerio de Hacienda, no se iban a ir de rositas. Bajó a la cubierta de popa, donde los extremos de las cuerdas de abordaje se arrastraban por el suelo como gigantescas serpientes. Se hizo con una de ellas, como el que atrapa una gran anaconda, y sin pensárselo dos veces laató, con destreza marinera, a uno de los bitones de amarre de la popa del yate. El *Guadalupano* y su tripulación no iban a rendirse así como así.

El tirador vio la maniobra del capitán demasiado tarde; cuando disparó sobre él sólo logró hacer astillas la mesa de desayuno, pero el tripulante ya había desaparecido.

Cameron, tumbado en la cubierta, pudo distinguir cómo un tercer hombre comenzaba a descender desde el helicóptero. Sintió ganas de llorar. Habían estado tan cerca...

El piloto respiraba agitadamente mientras intentaba controlar su pánico y su nave, que como un potro encabritado luchaba contra la tempestad. Miró el anemómetro mientras escuchaba los gritos del tirador entrecortados por el ruido de los motores y del viento. El agente de la CÍA ya no estaba en la nave, descendía por la cuerda, tres metros más y saltaría sobre la cubierta. Veinte segundos más y giraría los timones para volver a la fragata.

Madoc Cameron vio la cubierta a sus pies. Se preparó para desengancharse.

Fue entonces cuando el Sea Hawk sufrió un violento y repentino escoramiento a babor. Como si la garra de un gigante invisible los hubiese atrapado y los quisiera atraer hacia aquel mar oscuro y violento que escupía espuma mezclada con toneladas de agua. El embajador dejó de ver la cubierta bajo sus pies, mientras un salvaje tirón de su cuerda de descenso le produjo una explosión de dolor en la cintura, y se sintió arrastrado por el aire como una marioneta sin control.

La soga que tenía amarrado el barco al helicóptero se tensó como un cable de acero hasta que súbitamente estalló con un sordo chasquido en un punto, incapaz de aguantar la brutal tracción.

El piloto forzó los motores de su aparato superando todas las líneas rojas de sus

relojes, pero el Sea Hawk ya no pudo recuperarse de la barrena. Las largas palas del motor principal se desintegraron contra el agua y la nave levantó una gran cortina de agua antes de ser engullida por una ola gigantesca.

Madoc Cameron emergió entre las olas luchando frenéticamente para liberarse de su arnés, antes de ser arrastrado al fondo del océano por el helicóptero.

Descubrió horrorizado que el seguro estaba doblado en el momento en que otro brutal tirón volvía a sumergirle. Buscó con desesperación el cuchillo de combate que debía de llevar en la bota de su pierna derecha. Mientras descendían en las oscuras aguas, todavía pudo distinguir las luces de la cabina del Sea Hawk nueve metros más abajo, iluminando la silueta de la nave y el delgado perfil de la soga de abordaje que les unía como un letal cordón umbilical.

De repente, las luces del helicóptero se apagaron y todo quedó sumido en una profunda oscuridad. Sintió una intensa sensación de frío que pareció invadirle todo el cuerpo.

Pero, como Murat, él tampoco sintió miedo.

Los tripulantes del *Guadalupano* habían visto cómo el helicóptero había caído al mar levantando una inmensa cortina de agua y de espuma.

Sebastian supo que ninguno de los que iban en aquella nave había tenido ninguna oportunidad de sobrevivir. Por un momento, pensó en su hermano. Rápidamente desechó la idea de que el embajador pudiese viajar en aquel helicóptero de combate. Probablemente, estaba siendo informado de todo el desarrollo del operativo desde su confortable despacho de la misión americana en Roma. Madoc era cualquier cosa menos un hombre de acción para embarcarse en una aventura como aquélla. Esa idea le tranquilizó.

Alejandra, Sidi, Viriato y el historiador vieron aparecer al capitán por la escalera que daba a la cubierta que había albergado el puente de gobierno del *Guadalupano*. Su semblante era mortalmente serio dadas las circunstancias, después de haberse librado de su letal enemigo aéreo.

La razón de su seriedad venía a su espalda, empuñando un subfusil Koch capaz de realizar más de cien disparos por segundo.

Ortega les hizo ponerse de rodillas a los tres y con las manos en la nuca. Jirones de niebla comenzaban a invadir el *Guadalupano*. Conforme iban entrando en la nube, la tempestad parecía ir remitiendo. El soldado dejó caer a sus pies unas esposas de PVC.

—Átelos usted, padrecito —dijo con un inconfundible acento centroamericano—. Y no se me jaleen por la niebla, porque yo voy a seguir viéndoles —les advirtió mientras se encajaba unas gafas de visión nocturna y térmica de última generación—. Les veré mientras estén calentitos —les concretó amenazador, mientras les regalaba una sonrisa de dentadura perfecta, enmarcada en un gesto que sólo tienen los hombres que matan a otros hombres con la naturalidad que da la costumbre.

Mientras Viriato se acercaba a él para recoger las pulseras de plástico, el soldado

compuso un gesto de inquietud. Ortega miraba fijamente a la doctora.

—Usted es morena —dijo por fin el sargento—. El informe hablaba de una chica rubia en el barco. ¿Hay otra mujer a bordo?

La respuesta a su pregunta llegó desde el mar, en el costado de estribor.

—¡Salten, estoy aquí, con la lancha neumática!

Viriato, de espaldas a Ortega, soltó su codo con violencia siguiendo su instinto, y su vieja regla de primero acción y más tarde reflexión. Las gafas térmicas de Ortega saltaron por los aires hechas añicos, para a continuación recibir el soldado un fortísimo puñetazo en el rostro.

—¡Salten al agua, maldita sea, yo les seguiré! —gritó Viriato a sus compañeros.

Los cuatro saltaron como un solo hombre al mar desde la segunda cubierta del *Guadalupano*. Lola apareció entre la niebla como la dama del lago, para recogerlos y subirlos a bordo de la Zodiac.

Cameron no se había sentido nunca tan feliz de verla.

A sus espaldas pudieron oír con nitidez tres disparos seguidos.

Viriato dejó de golpear al sargento Ortega. Parecía inconsciente e inofensivo, con el labio partido, la nariz rota y su rostro lleno de salpicaduras de sangre.

Se incorporó con dificultad, se sentía orgulloso de seguir teniendo una derecha demoledora, pero comenzó a pensar que ya notaba el paso de los años. Se acercó hasta el borde de la cubierta, mientras se limpiaba las manos con su hábito. Sintió entonces la sangre caliente en la palma de una mano, y supo que aquella sangre no era de su adversario. Se apoyó en la barandilla y pudo ver, entre la niebla que se iba espesando, la balsa con sus amigos. Agitaban sus manos y abrían sus bocas, pero aquel repentino zumbido en el interior de su cabeza no le permitió oírles.

Les sonrió casi con dulzura.

Ellos lo conseguirían, tal como estaba escrito, y él supo en ese momento que su «papel estaba cumplido». Ahora lo entendía todo, en verdad él siempre había sido la «esperanza». Le pareció que la niebla se oscurecía rápidamente.

Desde la Zodiac vieron cómo Viriato se desplomaba detrás de la barandilla del *Guadalupano*. Lola comenzó a sollozar amargamente. Cameron se mordió con fuerza el labio inferior, mientras se le humedecían los ojos.

Fueron unos instantes de impenetrable silencio, sólo roto por el llanto quedo de Lola, mientras la mar iba calmándose y la extraña luminosidad de la niebla parecía hacerse más intensa.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó por fin Medina.

—Vayamos hacia el interior de la niebla —le respondió el americano. Él ya conocía el camino.

Capítulo XXV

LA ISLA DEL FINAL DEL TIEMPO

Capita XXV. N.S.B.a. Tras siete días de navegación, los monjes, agotados y hambrientos, desembarcan en el islote de Judas. El discípulo que traicionó al Maestro les ofrece agua clara y doce panes blancos, después se despide de ellos para volver al infierno.

Siguieron navegando en el interior de la niebla, mientras el viento de la galerna perdía intensidad y las olas se iban amansando. El grupo permanecía en silencio, todos perdidos en sus propias reflexiones, mientras la luz que parecía provenir del interior de la nube crecía poco a poco.

De repente cesó todo oleaje, el mar se convirtió en una superficie plana, como si le hubieran vertido aceite, y el viento desapareció por completo. Les rodeó un silencio absoluto.

Cameron sintió un escalofrío.

—Nunca había visto un mar así —murmuró Medina. Y eso, viniendo de un hombre que había navegado en casi todos los mares del mundo, no era un buen presagio.

Siguieron deslizándose durante unos interminables minutos sobre aquella superficie de agua muerta tan sólo acompañados por la repetitiva y sorda cadencia del pequeño motor fuera borda de quince caballos que empujaba el chinchorro.

El celaje se fue debilitando hasta convertirse en una fina bruma.

Cameron creyó distinguir el perfil pardo de dos grandes riscos delante de la proa de la lancha neumática.

—¡Allí! —gritó Lola, señalando nerviosamente. Ella también había vislumbrado la silueta de las montañas.

Salió entonces la pequeña balsa del banco de niebla, entre jirones de nube que se les desprendían como gasas, y ante ellos apareció, majestuoso y desafiante, el perfil agreste y poderoso de la isla. Cameron sintió cómo se le aceleraba el corazón. El agua recobró de nuevo vida, y el suave oleaje volvió a lamer la lona húmeda de la embarcación. La brisa les llegaba cargada del olor del mar, y del recio y perfumado aroma que parecía desprenderse de los bosques y selvas que abrazaban la isla. Habían cruzado la laguna Estigia, habían desafiado a la muerte y habían vencido.

Cameron alzó los brazos jubiloso y se oyó gritar, con un grito que salía del fondo de su alma. Un grito que hablaba de penas y alegrías, que contaba todo lo que no había hecho y hubiera querido hacer, un grito prolongado y largo, tan largo y tan corto como el aire que le cabía en los pulmones, tan intenso y desgarrado como su propia vida. Notó el abrazo convulso de Alejandra y la húmeda calidez de sus

lágrimas en la pechera de su camisa.

Sus oídos se llenaron de los ruidos de la isla, del trinar de sus pájaros y los chillidos de sus aves, y del crujir de las ramas de sus árboles mecidas por el viento.

Y Cameron también lloró, y no le importó hacerlo, porque en ese momento pensó que cualquier hombre tiene derecho a llorar cuando descubre que sus sueños existen.

Estaban ante la isla de San Borondón, ante la Isla del Final del Tiempo, que por alguna razón que todavía no alcanzaba a comprender, había decidido mostrárseles.

El veterano almirante don José Fernández de Santillán se paseaba inquieto por el castillo de popa. Ahora que amanecía, podía comprobar *in situ* que los desperfectos del huracán sobre su navío no habían sido tan cuantiosos y terribles como en un principio había temido.

Sonrió sin disimular su orgullo.

El *San José*, su barco, el último de los grandes galeones españoles que saldría de un astillero de Guipúzcoa, había aguantado bien, bravo y gallardo, la tormenta. Para que luego dijeran esos mequetrefes de oficiales jóvenes que el tiempo de los galeones había pasado. Que no había cabida en las armadas para los barcos mixtos. O de guerra o de transporte. Los buques de línea eran el futuro. Qué sabrían ellos. España se había hecho grande gracias a sus galeones. Galeones como el *San José* podían llevar en sus bodegas un tercio del tesoro del Perú, como era el caso, y partir en dos un barco inglés con una andanada de los treinta cañones que le asomaban por cualquiera de sus bandas. O dos a la vez, si tenían los cojones de intentar rodearle.

Escupió por la borda con rabia, como en sus tiempos de guardia-marina, aunque en aquellos años los espantos eran de pura chulería, sin cargarlos de mala sangre.

Santillán pensó con amargura que los tiempos estaban cambiando en la mar. Aunque no lo reconocería ni bajo tormento; a sus setenta y un años, él también empezaba a sentirse como una reliquia, igual que su barco.

—¡Qué carajo! —les gritó a sus malos pensamientos para alejarlos.

Aun así los dos, el *San José* y él, estaban dispuestos a cumplir con su deber, como siempre lo habían hecho. Y no era pequeño deber el suyo. En su bodega viajaban once millones de pesos en oro y plata que su rey le había pedido para gastárselos en una guerra, esta vez contra el inglés.

El ruido del taconazo de su segundo, Miguel de Zurita, le hizo salir de sus cavilaciones.

—¿Cómo está el parte de averías, Miguel? —Estaban solos en el castillo, y se permitía tutear a su sobrino.

—Sin grandes novedades, mi almirante. —En la marina española se tuteaba de arriba abajo, nunca de abajo arriba—. Alguna tela rajada y alguna jarcia perdida, pero en veinte minutos estaremos abrochados y en revista.

—Que sean diez los minutos —ordenó desplegando su catalejo—. Que la galerna no nos ha jodido el barco, pero nos ha desbaratado la formación. —Minúsculas velas parecían tratar de reagruparse en el horizonte.

—Antes del anochecer, la capitana^[47] estará en su puesto en el convoy, mi almirante —le respondió con seguridad.

—¿Qué día es hoy, Miguel? —le preguntó.

—Siete de junio de 1708, mi almirante. —Sabía que tenía que decirle siempre la fecha y el año «porque en la Armada se dan todos los datos completos» como le repetía siempre, aunque él se maliciaba que era porque a su edad los datos completos comenzaban a olvidársele.

—Hoy hace cuarenta y ocho años que me casé con tu tía. —La efemérides le rondaba la cabeza—. A ver si los ingleses no me dan el aniversario.

El grito del vigía le llegó desde la cofa, como si hubiera oído el comentario del almirante. Y el grito lo decía bien claro: ¡Bandera pirata a babor!

Y Santillán votó al chápíro y se cagó en la cesta donde cayó la cabeza de Ana Bolena, porque lo que vio a babor cuando se encaró el catalejo era precisamente eso, «una bandera pirata», el resto no supo cómo definirlo.

—¿Qué es eso, mi almirante? —se atrevió a preguntarle su sobrino. Y la consulta no tenía fácil respuesta, porque lo que flotaba ante ellos era la nao más extraordinaria que sus ojos habían visto nunca. El oficial calculó que mediría casi veintitrés metros de eslora, desprovista de palos, velas y antenas. Blanca como un Sin Pecado, y con espejos grandes en sus dos cubiertas, que despedían grandes reflejos.

—¿Qué ha de ser, muchacho? Una *brulotte*^[48] —mintió con esa seguridad que tienen los marinos viejos. Los que han doblado el Cabo de Hornos y no se asombran ni ante una ballena de dos cabezas—. La habrán perdido los ingleses en la galerna de anoche —concluyó.

La *brulotte* flotaba majestuosa a menos de doscientos metros del galeón. Era extraña y hermosa, con aquel casco que bien aparejado, pensó el almirante, parecía diseñado para cortar el viento y asombrar con su blancura radiante a sus enemigos.

—¿Qué ordena Su Excelencia? —se atrevió a preguntar el joven Zurita.

—Tengo por costumbre hundir todo lo que ondea una bandera negra con calavera y tibias cruzadas —le contestó calmoso—. Les vendrá bien como entrenamiento a nuestros artilleros, por lo que puede venir en las próximas jornadas. Que vendrá^[49]...

El sargento Ortega recobró el conocimiento gracias al sonido agudo de los silbatos. En un principio, pensó que se despertaba en algún campamento y que los silbatos de los instructores le llamaban a formar. Cuando abrió los ojos y vio el suelo de madera de teca del yate, recordó de inmediato lo sucedido en las últimas horas. Seguía a bordo del *Guadalupano*. Y ahora era consciente de que se le había «ido la luz» con el último puñetazo de aquel endiablado fraile.

La claridad del nuevo día le hirió los ojos. Recordaba que durante el abordaje era de noche y estaban en mitad de una tempestad. Ahora brillaba el sol y el cielo lucía azul, brillante y limpio. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente?

Su sistema nervioso se recuperaba rápidamente, y la vuelta de todas sus funciones

orgánicas le trajo una oleada de lacerante dolor en la boca y en la nariz. Con la punta de la lengua repasó sus dientes para comprobar que los puños del fraile no le hubieran arrancado ninguno, y con cuidado se palpó el rostro. Notó uno de sus pómulos hinchados, y la cara manchada de sangre reseca. Supo también que tenía la nariz rota y el labio partido. Se reincorporó lentamente. El cuerpo del fraile yacía junto a la barandilla de babor. Supo que estaba muerto.

Recordó haber disparado a bulto sobre aquella furia que le golpeaba. Escupió en el suelo un coágulo de sangre. Pegaba bien, el «padrecito», tuvo que reconocer. Y había tenido suerte en meterle tres tiros antes de quedar inconsciente por sus golpes.

Se persignó. No le gustaba matar curas. Pero el oficio es el oficio, pensó, y el entrenamiento es lo que tiene, «respuestas automáticas de defensa», como lo llamaban los instructores gringos. Los malditos silbatos volvieron a sonar a su espalda.

Se volvió.

El espectáculo de aquel grandioso barco de tres palos, con sus enormes velas hinchadas por el viento, le deslumbró. Le recordó las pinturas de los viejos galeones españoles que había visto en el Museo de Historia de Panamá, cuando era párvulo de mandilón.

Realmente el velero era impresionante. Debía de medir casi sesenta metros de eslora, con sus tres puentes pintados de franjas amarillas y las bocas negras de sus treinta cañones asomando desafiantes por sus portezuelas abiertas.

El galeón se deslizaba majestuoso ante sus ojos por el costado de estribor del *Guadalupano*.

Debían de estar rodando una película de piratas, o algo así. Pinches gringos, lo hacían todo siempre a lo grande, ya fuera el cine o la guerra.

Saludó sonriente a los actores, que vestidos de época parecían mirarle sorprendidos desde la cubierta del galeón, a menos de cien metros del yate.

Pensó que de no ser soldado le hubiera gustado ser actor.

En ese momento, la gran bandera pirata de popa del yate trapeó por el viento, y el sargento Ortega la miró por unos instantes. Sin saber por qué, tuvo un mal presentimiento.

Sonó otro toque de silbato, esta vez más corto que los anteriores. Y al unísono las treinta bocas oscuras de los cañones que le miraban ciegos, se llenaron, con un brutal estampido, de fuego y humo.

La tripulación del *San José* vio cómo la *brulotte* saltaba por los aires en una inmensa bola de fuego y astillas blancas, rodeada por todas partes de surtidores blancos de espuma.

Los hombres estallaron en vítores, que el primer lance de la mañana después de una galerna no había ido mal para hacer diente con los ingleses.

—Cabrones —musitó entre dientes el almirante—. Iban bien cargados de naftas y

brea —comentó al comprobar la gigantesca deflagración de la nave—. Tome nota, segundo, que de los hijos de la Gran Bretaña nunca se puede esperar juego limpio.

—Me pareció que un hombre nos saludaba desde la cubierta de la *brulotte*, Excelencia —dijo Zurita.

—Pues cuando lleguemos a Cádiz le pone usted una velita en la catedral —le contestó con mucha retranca mientras plegaba su catalejo—. Y a nuestros artilleros una ronda de ron, que no ha sido mala andanada.

Sidi cortó el gas y levantó el pequeño motor de la lancha, que todavía siguió avanzando unos metros por la fuerza de la inercia hasta que se detuvo encallando suavemente en la fina arena oscura de la playa.

Alejandra y Cameron saltaron del chinchorro prácticamente a la vez.

El historiador apenas podía dar crédito al paisaje que estaba viendo. La isla era tal como se la había imaginado tantas veces, casi a escondidas de sí mismo, desde que había leído el relato del veterano de Flandes, Antón Carrasco.

Sus pies hollaban en ese instante la playa negra que habían pisado los marineros de la *Santísima Trinidad* hacía más de cuatrocientos años. Podía ver el espeso cañaveral al fondo de la playa, la entrada de la ría, los riscos gemelos, con la «degollada» partiéndolos en un profundo cañón.

Todo era como lo habían descrito los legajos de la Real Audiencia de Canarias.

Era la isla. Estaban en San Borondón.

—Creo que no estamos solos —dijo Medina, que se había situado al lado de Cameron, después de arrastrar con la ayuda de Sidi el chinchorro varios metros fuera del agua.

En efecto, no eran los únicos habitantes de la playa. Tres jinetes habían salido del cañaveral y avanzaban hacia ellos con sus monturas al paso.

Los jinetes de los flancos vestían hábitos de monjes benedictinos, y el jinete de en medio lucía una rica levita amarilla, fajín de general, banda de gobernador cruzándole el pecho y un rico tricornio emplumado.

Cameron sonrió al verlos. De tanto que Viriato les había hablado de ellos, era como si ya los conociese. Sintió un escalofrío y una emoción infantil, porque era así como se sentía, como un niño que descubre que los héroes favoritos de sus cuentos en realidad existen.

Los tres jinetes detuvieron sus monturas ante los recién llegados.

La yegua pifiaba y movía el cuello nerviosa. Cameron supuso, con un punto de amargura, que ya había echado en falta a su dueño entre el grupo de visitantes. Aquel animal tenía que ser *Juliette*, con la que Viriato había desafiado y vencido al jinete cosaco. Era una yegua bien hermosa, con su pelo limpio y cuidado, con brillos que recordaban a los de la piel de las castañas.

—En nombre de Su Católica Majestad el rey Felipe II de España —la voz profunda y tonante del jinete que lucía la levita amarilla le sobresaltó al iniciar su

repentino discurso—, yo, don Pedro Velo Mendes de Acunha, virrey y gobernador de esta ínsula, os doy la bienvenida a San Borondón.

Por el rabillo del ojo, Cameron vio cómo a Lola se le doblaba una rodilla, y era sujeta gentilmente por Sidi.

—Yo, Sebastian Cameron Coe, catedrático de Historia de España de la Universidad de Boston, de Estados Unidos de América, os agradezco, en mi nombre y en el de mis compañeros vuestra hospitalidad. —Cameron, para no desairar al gobernador, compuso un formal y trasnochado saludo.

Velo levantó una ceja, como escrutándole y queriendo desvelar sus más íntimos pensamientos. Se volvió hacia uno de los monjes.

—¿Qué coño son Estados Unidos de América? ¿No serán franceses? —Y en la segunda pregunta, sin ningún disimulo, se llevó la mano diestra a la culata de uno de los pistolones que llevaba cruzados en su fajín de general.

—Perded cuidado, Excelencia —contestó conciliador uno de los monjes—. El caballero es americano, de las antiguas colonias inglesas. Posiblemente alguno de sus antepasados luchó contra los franceses.

Velo miró de nuevo a Cameron.

—Está bien, lo dicho, si no sois franceses, sois bienvenidos —admitió casi a regañadientes, volviendo a entretener su mano derecha en la rienda de su caballo.

—Soy el hermano Xavier Terrén de Béseos —se presentó el fraile conciliador—, abad del Monasterio de San Borondón. El otro fraile que nos acompaña —continuó con las presentaciones— es el hermano Kevin de Glendelough, la otra mitad del convento. Sed todos bienvenidos a la isla y a nuestra comunidad.

Los náufragos del *Guadalupano* les dieron sinceramente las gracias.

—¿Y Viriato? —preguntó el hermano Kevin.

Hubo un incómodo silencio en el grupo.

—Nos salvó la vida con su sacrificio —respondió Cameron.

Los dos monjes agacharon la cabeza. La noticia pareció sobresaltar a Velo.

—Vuelvo a palacio, tengo que terminar el Código Civil —dijo de repente el gobernador, que parecía profundamente afectado por la noticia. Tiró con violencia de las riendas de su potro, volvió grupas e inició una veloz carrera hacia el cañaveral.

El silencio volvió al grupo.

—El gobernador quería mucho a Viriato —dijo por fin el padre Xavier, sus ojos parecían brillar—. En realidad siempre será nuestro niño. —Su voz estuvo a punto de quebrarse—. Le criamos entre todos. No sé si Viriato se lo habrá contado...

—Nos contó todo lo que le dio tiempo a contarnos —se lamentó Cameron. Habían dejado tantas conversaciones pendientes.

—No debemos sentir pena por él. —El abad parecía haber recuperado otra vez su entereza—. Aquí vivió mil vidas distintas, lo que es mucho más de lo que pueden soñar la mayoría de los hombres. Conocía su destino y el papel que éste le tenía asignado, y cumplió con creces. Ha vuelto al lugar de donde todos venimos, ahora es

feliz y nosotros debemos ser felices con él —concluyó con una sonrisa plácida y serena.

El padre Kevin se sonó la nariz ruidosamente.

—Deberíamos volver al convento, hermano Xavier, aquí ya no nos queda mucho por hacer —el cocinero parecía deseoso de estar a solas con sus recuerdos.

—Adelantaos vos si eso os place, hermano Kevin —dijo desmontando—. Yo iré a pie con nuestros invitados. Disfrutaremos del camino y me vendrá bien un poco de ejercicio.

El monje notó cómo Lola miraba a su montura.

—¿Os gustaría cabalgar acaso? —le preguntó el fraile.

—¿Puedo? —dijo con los ojos muy abiertos—. Me encanta montar a caballo, pero no sé si... —Lola seguía siendo una niña en muchas de sus reacciones, pensó Cameron, casi divertido.

—Claro que podéis. Estoy seguro que *Juliette* apreciará el tacto de una dama —dijo mientras acariciaba el hermoso cuello de la yegua y ofrecía a Lola sus riendas.

La joven se subió feliz a su nueva montura.

—Procurad no descabalar —le advirtió el cocinero—. Si caéis al suelo no podré ayudaros a levantaros. Juré hace tiempo que no volvería a tocar a una dama.

Lola sonrió recordando la promesa del Beresina.

—No os preocupéis por mí, hermano Kevin —le contestó casi retadora.

El monje espoléó entonces a su caballo, y Lola hizo lo mismo para no perderle. Cameron les siguió con la vista hasta que se perdieron en el cañaveral.

El grupo inició el camino hacia la abadía.

Según se internaban en la isla, el profesor iba recordando vívidamente la crónica de la Real Audiencia de Canarias. Se dio cuenta, maravillado, de que estaban reproduciendo la ruta que siguieron los marinos de la *Santísima Trinidad* en su descubierta por la isla, aquel lejano 29 de marzo de 1569.

Cameron pudo ver el amplio delta del río que describiera el prisionero del calabozo de La Palma. Los naufragos, como lo hicieran los «conquistadores», atravesaron el cañaveral infestado de mosquitos.

Siguieron el curso fluvial y dejaron atrás la hermosa y amplia bahía «donde pueden aparejarse hasta seis naves tan grandes o más que la *Santísima Trinidad*».

El historiador, sin ser un experto botánico, pudo distinguir, en los espesos bosques y selvas que atravesaban, sabinas, dragos, palmeras, pinos y cedros, todos ellos árboles autóctonos canarios. San Borondón era en verdad «la octava isla canaria», como todavía la llamaban casi con respeto, los campesinos del archipiélago.

En un claro del bosque se tropezó con un gigantesco brezo, y a sus pies, clavada, la gran cruz de madera de barbusano de la que daba noticia el relato de Antón Carrasco. Los cinco se detuvieron unos instantes para contemplarla, mientras fray Xavier se persignaba y murmuraba una rápida oración en latín.

—Esta cruz la levantó Mernoc, en su primer viaje a la isla. Vengo a rezar muchas

veces aquí. Es un lugar lleno de paz para hablar con Dios.

A Cameron le asombró la fe de aquel hombre. En realidad, le asombraba cada segundo que estaba viviendo en aquella isla llena de magia. Observó los restos de hogueras protegidos con círculos de piedras ennegrecidas por el fuego.

—¿Siguen viniendo aquí a comer marisco? —le preguntó.

—Sí —le reconoció—. Es una tradición que impusieron los tres fundadores Mernoc, Brendanus y Odran. Todas las noches de San Lorenzo. Aunque ahora recogemos los restos —apuntó minucioso—. Me gusta mantener la isla limpia.

—¿Por qué se quedó en San Borondón, padre? —le preguntó.

—Porque cada hombre elige su propio destino, profesor. Como vos mismo podréis comprobar dentro de poco —le respondió misteriosamente, reanudando su paso y dejando su posible réplica en el aire.

El hermano Xavier les hizo cruzar un inmenso arenal. Cameron pudo distinguir las huellas de los gigantes impresas en la arena, las huellas que tanto habían impresionado a los marineros portugueses.

—Las hicimos para asustar a posibles visitantes indeseables, que la isla alguno ha tenido. —No le pasó desapercibido el gesto de asombro de sus acompañantes.

—Joder —murmuró Medina, quien había mantenido un estupefacto silencio hasta entonces. A estas alturas dudaba de seguir vivo, pensando que posiblemente había muerto ahogado en la tempestad y la isla no era sino un desconcertante tránsito para llegar al cielo, del que tenía razonables dudas de merecer, tras su azarosa vida. Improvisó un silencioso padrenuestro porque pensó que al final todo cuenta, hasta que te lo miden y te lo pesan.

El grupo siguió avanzando, esta vez por suelo pedregoso, rodeados de hermosísimos campos de amapolas, malvas y cenizos. Cruzaron las grandes praderas que describía el testimonio de Carrasco y pasearon entre los rebaños de vacas, bueyes, ovejas y cabras que pastaban mansamente. Sin marca de hierro alguno, como pudo observar Cameron.

—El ganado está en la isla como consecuencia de los viajes de los monjes —les explicó el abad—. He de reconocer que la mayoría de los animales son «distráidos» y pastoreados por nosotros mismos desde su tiempo. Algunos son comprados —añadió casi justificándose— como el caso de los caballos Juliette y *Comet*. Al principio sólo cogíamos lo que necesitábamos para nuestro consumo básico. Pero aquí el ganado se reproduce rápidamente en ausencia de predadores naturales. En las últimas «puertas» hemos devuelto centenares de cabezas. Confío en haber hecho feliz a mucha gente que lo necesitaba.

En un recodo del camino se cruzaron con un grupo de ovejas recién esquiladas.

—Tenemos telares —les informó el monje—. El telar fue la primera máquina que hizo construir Brendanus en la isla. Nunca más permitió que los monjes se vistieran con pieles de animales, como en Achinet. Siempre hemos respetado su voluntad.

Cameron se fijó entonces en que su hábito benedictino parecía prácticamente nuevo. Llegaron finalmente a la base de uno de los grandes riscos, separados por un profundo barranco en el interior del cual transcurrían, mansa y limpiamente, las aguas del río.

El monje levantó entonces su mirada hacia el cielo, escrutándolo, como buscando una señal que sólo él pudiera interpretar.

—¿Quieren que subamos a la cima? —les dijo después de observar las nubes—. Desde allí arriba, en un día claro como hoy, la vista es impresionante. Se puede divisar toda la isla.

Medina renunció a la ascensión, su camisa estaba empapada de sudor y quiso reservar sus ya escasas fuerzas para el camino que restaba hasta la misión.

Sidi se quedó con su jefe, por estar a su lado y porque mentalmente su relación laboral todavía no estaba extinguida.

Alejandra y Cameron siguieron a su cicerone camino de la cumbre, no estaba en su voluntad perderse nada de lo que pudiera ofrecerles la isla.

La ascensión no presentó especiales dificultades, el camino hacia la cresta del peñasco estaba bien marcado y definido.

El historiador notó que su pulso se aceleraba a cada paso que daba. Y no era debido al esfuerzo ni la fatiga por subir aquella empinada trocha. Aquel mismo sendero lo habían hoyado, hacía más de cuatrocientos años, las remendadas botas del señor soldado Antón Carrasco, en compañía de Roque, el piloto de la *Santísima Trinidad*, cuando tuvieron el encargo de medir la ínsula esquiva.

Pensó que en uno de aquellos recodos del angosto camino debió aparecérselo al veterano de Flandes el gigante Odran, tal como recogía la crónica de sus inquisidores canarios.

Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos porque su imaginación no se desbocara.

Finalmente, el reducido grupo culminó la ascensión.

Una suave brisa abanicó el rostro de Cameron y revolvió los cabellos de Alejandra.

Ante ellos se descubrió el fascinante espectáculo que ofrecía la isla desde aquella atalaya.

Los tres permanecieron en silencio durante unos instantes.

Estaban ante una visión brutal de naturaleza salvaje y virgen.

La isla, desde aquella altura, les presentaba su descomunal realidad. Un conjunto de enormes riscos, impenetrables selvas, caudalosos ríos, cataratas que levantaban nimbos de agua pulverizada, lagos brillantes como espejos y cañones de una belleza grandiosa y estremecedora.

Las nubes se movían entre los picos de sus montañas y se deslizaban por las faldas de sus verdes colinas deshilachándose, rompiéndose con bandadas de aves en pleno vuelo. Todo aquel escenario lleno de vida componía así una coreografía única y sublime.

Más que una contemplación, aquello era una suerte de bálsamo para el espíritu. Sólo oían el sonido del viento.

—No es de extrañar que confundieran esta isla con el Paraíso —casi le susurró Alejandra a Cameron, mientras se agarraba con intimidad de su brazo.

—Como pueden comprobar, siempre merece la pena subir —dijo entonces satisfecho el abad.

—Nunca había visto nada igual —reconoció el americano—. Y su tamaño... —Pensó que debía de ser tan grande como La Palma. ¿Cómo una isla de esas proporciones había podido mantenerse oculta durante siglos?

—Una isla muy deseada, sin duda. —El abad volvía a leer sus pensamientos—. ¿Sabían que por el Tratado de Paz de Évora de 1519 la Corona de Portugal cedió a la de Castilla todos los derechos de conquista de las islas Canarias incluyendo expresamente a la Non Trubada o Encubierta, si algún día apareciese?

El historiador miró al monje y se hizo la promesa de revisar la documentación de ese tratado.

—¡Mira, los petroglifos! —Alejandra tiró de la manga de su camisa mientras le señalaba una pared de roca a sus espaldas, sacándole abruptamente de sus cavilaciones.

Se acercaron al muro.

Allí estaban, cincelados en la piedra, los nombres de los tres monjes «fundadores» de la isla. En aquellas grafías antiguas el profesor pudo distinguir los nombres de Mernoc, Odran y Mobi Broen Finn, el original nombre gaélico de Brendanus, San Borondón.

Cameron pasó las yemas de sus dedos sobre las inscripciones grabadas en la roca con el mismo respeto y emoción que hubiera puesto un sacerdote al tocar un relicario.

—Así que estuvisteis aquí... —Pareció hablarle a la piedra.

—¡Hay más! —volvió a gritar Alejandra, que en su afán investigador había rodeado la roca.

Cameron fue hacia ella para descubrir entonces que la otra cara de la pared era veinte veces más grande que la que habían estado observando.

No pudo ocultar su asombro. En aquel frontispicio de piedra había decenas, quizá más de un centenar de inscripciones grabadas o imprimadas en la piedra.

—Dios Santo... —musitó.

—No fuimos los primeros ni los únicos visitantes de la isla —dijo el abad a sus espaldas después de carraspear suavemente.

Cameron intentaba asimilar todo lo que veía a la mayor velocidad posible. Como si de su velocidad de lectura sobre lo inscrito en aquel mural imposible dependiese la comprensión de lo incomprensible. Reconoció palabras en latín, griego, fenicio, francés antiguo, árabe, ideogramas de chino arcaico... Sin embargo, había decenas de grafías que no pudo identificar, que parecían pertenecer a lenguas y alfabetos absolutamente desconocidos para él. Incluso distinguió un par de manos impresas en

la roca con pintura ocre.

Aquel muro de piedra podría ser el mejor sueño y la peor pesadilla de cualquier paleontólogo.

—¿Nos quedan muchas sorpresas en la isla, hermano Xavier? —quiso saber el americano, sin apartar la vista del murallón rocoso.

—Podríamos decir que están ustedes empezando a conocer nuestra casa —le contestó, con una sonrisa llena de intención, el monje.

El grupo se reunió de nuevo al pie del risco, con gran alivio de Medina, que ya daba muestras de inquietud por la tardanza.

Sin más demora se pusieron de nuevo en camino atravesando la sombría degollada que describían las antiguas crónicas, para darse de bruces con un gran bosque, en realidad una selva de laurisilva que a Cameron se le antojó impenetrable.

Sin embargo, el monje guía parecía reconocer senderos invisibles a simple vista por los que el grupo se fue internando, rodeados de laureles, brezos y naranjeros salvajes. En su caminar, el americano se maravilló con las estructuras de algunas especies botánicas que no pudo reconocer ni clasificar. Aunque según avanzaba en el interior de la selva, algo le decía que aquella isla era tan antigua como el tiempo. Tal vez muchas de las plantas y árboles que ahora veía poblaban la Tierra cuando la hollaban los dinosaurios. O quizás miles de años antes.

Cameron se sobresaltó al pisar algo blando y movedizo. El ave regordeta y con su cuello largo y desprovisto de plumas, que recordaba al de un flamenco, se escurrió entre sus piernas aleteando y graznando escandalosamente.

—¿Eso no era...? —Su asombro no le permitió terminar la pregunta.

—Un pájaro Dodo —le aclaró el fraile—. Los trajo de Australia el hermano Dogan durante un viaje al siglo x. Eran una pareja y se han reproducido muy bien en la isla. Pero como habéis podido comprobar eran demasiado confiados para sobrevivir al hombre moderno.

Cameron fijó su atención en el rostro del padre Xavier. Era el rostro de un hombre que envejecía con serenidad.

—¿Cuántos años tiene, padre? —le preguntó.

—Llegué a la isla con veintisiete años, profesor —le contestó mientras reanudaban el camino—. He seguido contando el tiempo como lo hacemos al otro lado de la Puerta —sonrió—. Nos seguimos rigiendo por el calendario juliano, el que conocíamos cuando llegamos a San Borondón. En el refectorio tenemos un gran reloj de arena, el vaciado de sus ampollas dura exactamente veinticuatro horas. En la isla, como ya seguramente habréis advertido, no brilla el sol, pero tenemos luz. —Cameron no quiso hacer ningún comentario, todo era como lo describía el acta de la Real Audiencia—. Cada dieciséis horas de luz tenemos ocho de noche. Y puedo aseguráros que cada noche es distinta a la anterior aquí en la isla. Me refiero a la bóveda celeste que contemplamos. Es como si San Borondón durmiese cada noche en

un lugar diferente del universo. Y no podéis imaginar cuán hermosos son algunos de sus rincones. —Miró brevemente al cielo—. Algunos llegamos a creer que aquí no envejeceríamos nunca, que esto era el paraíso y que los arroyos en los que bebíamos agua manaban de la fuente de la eterna juventud.

—Y no fue así, ¿verdad?

—No. Como podéis comprobar, el tiempo no se detuvo para mí a los veintisiete años. Cumplí sesenta y siete hace dos meses. Llevo cuarenta años en la isla y también puedo aseguraros que no es el paraíso. Pero tampoco es el infierno, es mi casa y aquí he encontrado la paz y el sentido a mi vida. El paraíso y el infierno sólo existen dentro de cada uno de nosotros.

El grupo siguió andando en silencio. Cameron todavía trataba de asimilar las últimas palabras del monje cuando Medina se puso a caminar a su lado.

—Oiga, Cameron, tenemos que hablar —comenzó a decirle el capitán—. Mire, estoy muy contento con haber salvado el pellejo y todas esas cosas. Lo del barco me tiene jodido, pero tengo un buen seguro y estoy acostumbrado a empezar de nuevo cada dos por tres —reflexionó un momento—. Siento lo de su amigo el cura. Mire, no suelo meterme en la vida de nadie, y menos en la de mis clientes, pero dadas las circunstancias me gustaría saber el motivo de nuestra travesía.

—Esta isla era el motivo, capitán —le respondió el americano.

—Ya —le dijo Medina, que esperaba esa respuesta—. El problema es que esta isla no existe, profesor. No existe en ninguna carta náutica.

—Eso mismo pensaba yo hasta esta mañana —le reconoció.

—Y no estamos muertos —le razonó—. Me he pinchado aposta con un rosal y me sale sangre —le mostró su dedo gordo con una pequeña costra—. Los muertos no sangran. Así que estamos vivos.

—Confío en su diagnóstico, capitán Medina.

—El caso es que estamos en una isla que no existe, donde hay luz pero el sol no cuelga del cielo, y donde los relojes no funcionan —le mostró su reloj con las manecillas marcando las 11.58 horas.

Cameron miró el suyo. Parado a las 11.56 horas, momento en que debieron de entrar en el banco de niebla.

—El de Sidi está igual que los nuestros. —Le miraba fijamente—. ¿Dónde cono estamos? —le preguntó con un punto de ansiedad.

—Estoy tan confuso como usted —le contestó con sinceridad y no rehuyó su mirada—. Creo que deberíamos quedarnos por el momento con la parte positiva de todo esto. Lo de haber salvado el pellejo, como decía usted. Le debo una explicación, Medina. Y tiene usted todo mi agradecimiento. No creo que con otro capitán hubiéramos logrado superar esa tormenta. —No le mentía.

Medina agachó la cabeza y resopló con fuerza.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera —dijo con resignación—, de situaciones más raras he salido. —Aunque no recordaba ninguna en concreto.

Siguieron todavía andando un par de kilómetros en aquel inmenso, frondoso y húmedo bosque. En las altas copas de las coníferas parecían agarrarse jirones de niebla que filtraban y tamizaban la luz que bañaba la selva.

De repente, la gigantesca vegetación terminó abruptamente, y ante sus ojos se descubrió un amplio y hermoso valle cubierto de verdes praderas y campos de flores de todos los colores imaginables. Un manso río lo atravesaba serpenteante. A los pocos metros de un gran risco tajado por la mano del hombre, se levantaba el monasterio. A pesar de no ser muy grande, le pareció una obra monumental lo que habían conseguido construir aquellos catorce monjes, a pesar de haber tenido cuarenta años para levantarlo. Desde su posición antes de comenzar el descenso al valle, pudo distinguir la iglesia de la abadía, con planta de cruz romana. Todo el estilo arquitectónico correspondía a una suerte de prerrománico, probablemente el que mejor podían conocer unos monjes irlandeses del siglo VI.

Adherido a la iglesia estaba el claustro del monasterio, en forma de cuadrado perfecto. Supuso que el edificio que albergaba el claustro estaría compuesto por las celdas de los monjes, el refectorio y dependencias auxiliares de la abadía.

El palacio del gobernador debía de ser una hermosa casa de cantería que se encontraba cerca del conjunto del monasterio.

Había otra construcción circular que humeaba a través del pico de su techo cónico de pizarra negra. Supuso que sería la cocina y el horno. Recordó que en el siglo VI algunas comunidades monacales acostumbraban a construir la cocina y los fuegos separados de las construcciones principales para paliar así los riesgos de incendios. Aquel pensamiento activó sin quererlo sus jugos gástricos. Una campana tañó en el monasterio, reverberando en el amplio valle.

—El padre Kevin toca para rezar el ángelus. Es mediodía —les aclaró el monje—. ¿Están cansados? Estamos a dieciséis kilómetros de la playa, ha sido un buen paseo.

—Sí. Una buena caminata, hermano —reconoció Cameron agachándose y frotándose las doloridas rodillas.

—Vamos, no se me quejen vuestas mercedes a la edad que tienen —contestó el animoso fraile—. Esto no es más que una etapa corta en el Camino de Santiago.

—¿Se sigue peregrinando a Santiago? —preguntó.

—Desde luego —reconoció el historiador, que un año antes había hecho medio camino francés—. Incluso hay duchas con agua caliente en muchas posadas.

—Tendría que haber peregrinado vuesa merced en el año quinientos. Entonces sí que el Camino estaba lleno de fatigas y de aventuras —lo decía por experiencia propia.

—Y de comer, *pater*, ¿cómo andamos? —le preguntó Medina, siempre pragmático—. Que anoche nos dieron la cena y no me gustaría repetir el almuerzo.

—Pierda cuidado, capitán. El hermano Kevin lleva trajinando en los fogones desde ayer en unas recetas que ha sacado de sus libros de cocina. Es una pena que

sólo visite la biblioteca para interesarse por tratados culinarios —reconoció con cierta tristeza—. Pero a la hora de comer, todos le perdonaremos esa pequeña falta.

—Pues no hagamos esperar más al hermano Kevin ni a la abadía de San Borondón —dijo animoso Cameron, que ya tan sólo pretendía disfrutar del momento, y comenzó a caminar hacia el monasterio.

Capítulo XXVI

EL LEGADO DE VIRIATO (Primera parte)

Capita XXVI. N.S.B.a Los monjes llegan a la isla de Pablo el Ermitaño, que dice llevar en la isla más de ciento cuarenta años. Bebe de una fuente de aguas claras y todas las mañanas una nutria le trae el alimento. El eremita le anuncia a Brendanus que el final de su viaje está próximo, y que él y sus monjes deben llegar hasta la isla del Provisor.

Dejaron a sus espaldas el inmenso bosque de laurisilvas y helechos para descender hasta el fondo del valle. Atravesaron las praderas que rodeaban el convento, cuajadas de flores de mayo de color rosa púrpura, morgallenas amarillas y crestas de gallo rosa anaranjado.

Cameron comenzó a sentirse jubilosamente vivo ante aquel espectáculo de luz y color. Pensó que era bien lógico que los primeros frailes irlandeses que hollaron la isla la hubieran confundido con el paraíso. Porque él mismo comenzaba a dudar que no lo fuera. Lola salió a recibirlos, con su cabello todavía revuelto por la cabalgada y su rostro resplandeciente.

—Tiene que ver los cuadros del refectorio, profesor; y luego, la biblioteca. Es alucinante lo que tienen aquí estos frailes —le comentó a modo de bienvenida, con ese ímpetu atolondrado propio de los jóvenes, pensó Cameron.

El hermano Kevin también salió a recibirles. Portaba un cantarillo de agua fresca para apagarles la sed de la caminata. Alejandra, Medina y Sidi prefirieron refugiarse en el frescor del claustro para descansar.

—Ve con el abad, Sebastian, algo me dice que quiere estar a solas contigo —le dijo Alejandra en un tono de confidencia.

El hermano Xavier comenzó entonces la visita guiada al monasterio cogido del brazo del americano.

La iglesia, toda en piedra como el resto de las construcciones, era un edificio sencillo, con una altura que no debía de superar los siete metros. Pero el altar, bañado por la luz de vidrios policromos del rosetón central, era de una singular belleza. A Cameron le impresionó el gran Cristo románico y otras figuras de santos que se le antojaron de estilo bizantino y que presidían el altar mayor.

—Es un retablo muy hermoso —reconoció mientras lo admiraba.

—Todas las tallas provienen de la catedral de Santa Sofía, en Constantinopla. Viriato estuvo allí en los últimos días del sitio en mayo de 1453. Se ganó la confianza del emperador Constantino, no me preguntéis cómo, y logró salvar todo lo que ahora ven vuestros ojos del saqueo de los turcos —les explicó el abad.

Cameron pensó que, definitivamente, Viriato había sido una caja de sorpresas.

Podía imaginárselo dentro de la desdichada ciudad, mientras los cañones turcos desmenuzaban sus murallas, negociando la salvación de obras de arte con el Basileus.

El abad hizo pasar entonces a Cameron al refectorio. En la gran mesa de tablero de castaño donde tenían las juntas que había descrito Viriato pudo distinguir siete servicios de platos y cubiertos de peltre, con sus correspondientes jarrillas de barro dispuestos para el almuerzo. Sin embargo, su vista se desvió rápidamente a las paredes de piedra de la estancia.

Con asombro comprobó que en ellas estaban colgadas parte de las pinturas que el novicio había salvado del incendio del Alcázar de Madrid. Mientras su pulso se aceleraba, pudo distinguir una de las obras maestras de Velázquez, la *expulsión de los moriscos*, que se creía perdida en el crematorio del malogrado palacio. A su lado estaban, hermosas y únicas, las pinturas de *Apolo y Psique* y *Cupido*, también de Velázquez, y que formaban parte de su serie mitológica. Recordó entonces que *Adonis* y *Venus* colgaban en una de las paredes de la vivienda de la corrala, y *Mercurio* y *Argos*, en teoría la única superviviente del incendio, permanecía en El Prado.

Distinguió también un maravilloso retrato ecuestre de Felipe IV, de Rubens, y su celeberrimo y original *Rapto de las Sabinas*, junto a su obra *La Batalla de los romanos*. El uno al lado del otro, tal vez como estuvieron en la Pieza Ochavada del Alcázar, antes de que ardiera.

En otra pared del refectorio colgaban orgullosos los cuadros *Piramo y Tisbe* y *Venus y Adonis* de Tintoretto.

Los ojos de Cameron se inundaron con los colores de *Moisés en el Nilo* de Veronés.

El americano tuvo que apoyarse disimuladamente en uno de los bancos del refectorio, notó que le faltaba el aire, abrumado por tanta belleza. El padre Xavier se acercó a él.

—¿Se encuentra bien, profesor? —le preguntó, solícito.

—Algo cansado por la caminata. Y aturdido por todo lo que estoy viendo aquí —se sinceró.

—Sí, supongo que es algo lógico —reconoció el fraile mirando los cuadros—. Y más tratándose de un historiador, como es su caso. En el resto de estancias y en las celdas tenemos colgados más cuadros de Ribera, El Bosco, Brueghel, Van Dick, El Greco... El carro de Viriato estaba lleno de sorpresas —le reconoció—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Un café bien cargado estaría mejor —le contestó.

—Sois un hombre de suerte —le dijo sonriéndole—. El hermano Kevin es también aficionado a ese brebaje oscuro del demonio. Le pediré un puchero y se lo llevaré a la biblioteca, nuestra próxima visita.

Salieron del refectorio para pasar a la biblioteca del convento, y en ese momento Lola, la joven historiadora, se les unió.

El archivo de la abadía ocupaba dos de los laterales del edificio que rodeaba el claustro. Cameron calculó con ojo experto, pues había pasado la mitad de su vida encerrado en bibliotecas, que aquella almacenaba no menos de cincuenta mil ejemplares en sus pulcras estanterías y armarios. No era un número exagerado, incluso podría clasificarse como el fondo de una biblioteca modesta. Pero al vislumbrar en algunos anaqueles los perfiles de tablillas de barro cocido, planchas de cera y mármol, rollos de pergamino y lomos de piel de códices, comenzó a sospechar que la calidad de los ejemplares de aquel archivo iba a superar todas sus expectativas.

—Viriato y otros monjes se encargaron de traer la sabiduría de otros tiempos —comentó el abad, que escrutaba y analizaba todos los gestos de su invitado—. Os sorprendería llegar a entender cuán viejo es el planeta donde habitamos y cuántas veces el hombre, en su inabarcable orgullo, creyó haberlo abarcado y dominado.

Cameron miró al fraile de soslayo. No acababa de acostumbrarse al halo de misterio que quedaba como suspendido, colgando, en muchas frases del abad.

—Iré a por su café —dijo el hermano Xavier, volviendo sobre sus pasos—. No se muevan, en seguida estaré de vuelta.

Ni el historiador ni la discípula pensaban abandonar la biblioteca.

—Viriato estuvo en la Biblioteca de Alejandría, en el 391, antes de su tercer incendio —le confirmó excitada la joven cuando dejó de oír los pasos del abad.

—¿Cómo lo sabe? —Las andanzas de Viriato parecían inagotables.

—Me lo contó el hermano Kevin. He estado encerrada aquí antes de que ustedes llegasen. Dios Santo, Cameron, entre estas cuatro paredes está guardado el mayor tesoro de la humanidad. —Los ojos de Lola brillaban.

—Hasta donde yo sé, la gran Biblioteca de Alejandría sufrió cuatro grandes ataques. —Intentó controlar una situación que se le escapaba de las manos con su racional erudición—. En el 48 a. J.C. fue dañada por un incendio provocado por una batalla naval en el puerto por la flota de Julio César...

—La biblioteca apenas sufrió daños. Ardieron veinte mil volúmenes de obras menores que Cleopatra había regalado a César y que se encontraban almacenados en los tinglados del puerto. Baratijas —apuntó Lola—. Además, luego consiguió que su siguiente amante, Marco Antonio, le regalase completa la Biblioteca de Pérgamo con sus veinte mil volúmenes. Cleopatra se movía bien. —Notó la mirada irónica de Cameron—. En todos los sentidos —concluyó. Ella también sabía ser irónica.

—Es posible —reconoció sonriendo Cameron, su alumna avanzaba muy rápido—. Sin embargo, Aureliano arrasa el Bruchion^[50] en el 273, destruyendo la Biblioteca y el Museo.

—Cierto, pero los sabios griegos habían tenido tiempo de evacuar los fondos de la Biblioteca y trasladarlos al Serapeum, en la Acrópolis de la colina de Rhakotis, en la parte más alejada del mar de la ciudad. Los romanos siempre respetaron el Serapeum, y de hecho lo ampliaron para crear la Biblioteca hija, y así salvaguardar los fondos de la gran Biblioteca.

—Veo que no has perdido el tiempo, joven historiadora. —Había un punto de orgullo en sus palabras.

—En el 646, las tropas árabes de Ornar I tomaron Alejandría. Pero no pudieron destruir la Biblioteca, porque ésta hacía varios años que había dejado de existir. Quemaron libros de las bibliotecas particulares de nobles y comerciantes, posiblemente los últimos restos de la Biblioteca hija.

—«Si son El Corán podéis quemarlos, porque ya están leídos. Si no son El Corán quemadlos también, porque nosotros no leemos nada que no sea El Corán» —parafraseó Cameron la contestación del califa Ornar I a su general ante la cuestión de qué hacer con los libros confiscados.

—Leyendas —contestó Lola—. Los verdaderos responsables de la destrucción de la Biblioteca fueron los cristianos iluminados de la época. En el 391 el Serapeum y la Biblioteca hija dejaron de existir.

—¿Todo eso se lo contó Viriato al cocinero?

—No sólo se lo contó al hermano Kevin —continuó como un torrente—. Sino que dejó escritas todas las crónicas de sus viajes en un manuscrito. He estado hojeándolo Cameron, ese libro es mucho mejor que *Las mil y una noches*. —Parecía realmente emocionada.

—¿Y qué es lo que pudo salvar Viriato en la definitiva destrucción de la Biblioteca? —Iniciado el camino, el historiador estaba dispuesto a llegar hasta el final.

—Viriato estuvo en Alejandría dos días antes de que el obispo Teófilo ordenase quemar el Serapeum y la Biblioteca hija, cumpliendo así las órdenes del emperador Teodosio de acabar con cualquier vestigio de las religiones paganas.

—Una interpretación muy extensiva de una orden imperial —apuntó el americano, que en ese momento añoró la compañía del viajero del tiempo, y trató de imaginar cómo había sido su estancia en aquella fabulosa ciudad de Alejandría.

Capítulo XXVII

EL LEGADO DE VIRIATO (Segunda parte)

Capita XXVII. N.S.B.a. Por indicación del Ermitaño navegan rumbo hacia el sur, hasta llegar a la isla del Provisor, que resulta ser Mernoc. Reencuentro emocionado entre el abad de Conflerty su ahijado.

Viriato salió desnudo al amplio balcón que se asomaba a la espléndida bahía formada por el Gran Puerto de Alejandría. Se recreó con las vistas que se le ofrecían desde aquella mansión enclavada en el Bruchion, el mejor barrio de la ciudad.

Contempló la bóveda celeste, oscura y hermosa, cuajada de estrellas. Sintió cómo la suave y fresca brisa del mar, tan próximo, le refrescaba la piel y le restablecía el ánimo.

Oyó la lejana tormenta que ya se estaba formando mar adentro, hacia el oeste. Y entonces supo, dolorosamente, que su estancia en Alejandría, y en aquel tiempo, tocaba a su fin. Se volvió para contemplar en el lecho las suaves formas de la mujer que había amado durante aquellos tres días, su estancia más larga en cualquiera de sus viajes.

Llegó a pensar, a ilusionarse, con que Alejandría y aquella mujer, Hipatia, eran su destino final, contraviniendo lo que estaba escrito. Incluso llegó a creer que era dueño de su propio destino. Que el tiempo le había olvidado, dejándole allí como un feliz náufrago.

Había llegado a la ciudad en el año 391, en vísperas de uno de los más terribles desastres que asolarían a la inteligencia de la humanidad durante más de mil años. Desembarcó en el Gran Puerto, guiado siempre por el Faro, a bordo de la falucha que le había ganado al pirata Ceballos, uno de los lugartenientes de Hawkins. «El tesoro y una de las faluchas a cambio de mi vida», le había propuesto Ceballos, después de que fileteara a golpes de sable a tres de los corsarios que le acompañaban. No había sido un mal trato, el pirata salvaba la vida, Viriato se ahorra una confesión y una penitencia, ganaba un buen oro para sus transacciones y un nuevo medio de transporte para sus viajes.

Lo primero que hizo después de amarrar su embarcación a uno de los muelles fue visitar el Faro, que se alzaba ante él con todo su poder hipnótico.

Su hábito y la cruz que llevaba colgada del cuello le ayudaron a pasar una vez más desapercibido en aquella ciudad llena de cristianos inflamados por una fe que no admitía dudas ni vacilaciones.

Eran malos tiempos para la ciudad. El emperador Teodosio acababa de prohibir por decreto todas las religiones paganas y cualquier símbolo o influencia que lo sostuviera. Y él sabía que Teófilo, el obispo de Alejandría, estaba dispuesto a cumplir

y hacer cumplir la orden imperial hasta sus últimas consecuencias. Cruzó el puente que separaba la isla del continente. Estar a los pies del Faro le ofrecía todavía una visión mucho más impresionante que la que había disfrutado mar adentro. Su altura debía de superar los ciento setenta metros, y su extraordinario aspecto dejaría en evidencia a cualquiera de los rascacielos que el hombre levantaría orgullosamente dieciséis siglos más tarde.

El Faro, de planta cuadrada, se apoyaba luego en otra torre octogonal, que finalmente tomaba una forma cilíndrica hasta coronar la cúspide del edificio. Allí, en su última plataforma, se encontraba el gran espejo esférico de cristal, que por el día proyectaba los rayos del sol en un haz de luz visible más allá de ciento cincuenta millas del litoral. Por la noche, una gran hoguera que ardía junto a la lente, hacía que la proyección de sus reflejos sirviese de guía a los barcos que se aproximaban a la ciudad.

Toda la torre, construida en piedra, estaba recubierta de placas de un mármol blanquísimo, lo que producía constantes reflejos a los ojos de quien la observase, confiriéndole un aspecto casi irreal, casi de ensoñación.

Aunque probablemente ésa fuese la intención de sus constructores.

Viriato se acercó lleno de emoción a la base del Faro y tocó con sus manos los ciclópeos cubos de vidrio, sellados entre sí con plomo, que formaban la cimentación de la torre. El vidrio había sido el material que había elegido su arquitecto, Postrato de Cnido, para soportar la acción corrosiva del salitre del mar. Entró en su espectacular planta baja cuadrada, donde la administración del puerto tenía sus despachos. En aquellas más de cuarenta estancias, la policía portuaria almacenaba temporalmente todos los libros y documentos escritos que se intervenían en las naves que llegaban al puerto alejandrino. Todos eran requisados y clasificados para luego ser copiados por los escribas de la Biblioteca. Las copias, en la mayoría de los casos, eran puestas a disposición de los propietarios del original requisado, y se almacenaban en los tinglados del puerto durante meses hasta que eran retiradas.

Todos los originales incautados pasaban a ser propiedad de los fondos de la Biblioteca hija, junto al Serapeum. Así, con este curioso método de incautación y con una selecta red de agentes que adquirían escritos en cualquier parte del mundo conocido, Alejandría había logrado convertirse en el guardián de la civilización y la cultura clásica. Durante siglos, generaciones de Tolomeos^[51] habían ido almacenando en sus archivos cerca de un millón de ejemplares que compendaban todo el saber de la humanidad, y que ahora, un emperador intolerante y un obispo iluminado, estaban dispuestos a destruir. Viriato se estremeció al pensar que el mundo estaba a punto de entrar en un periodo de tinieblas del que tardaría siglos en salir.

La vio por primera vez en una de las salas donde los bibliotecarios seleccionaban y clasificaban documentos. Las miradas de Hipatia, la hija del matemático Teón, y Viriato se cruzaron. Y sus corazones se anudaron. Eran dos jóvenes hermosos, ella con veintiún años, y él entonces no había cumplido los veinticinco.

Hipatia era una joven de belleza extraordinaria, cabello rubio como el sol, ojos del color de las violetas y formas de mujer rotunda. Sin embargo, ningún aspecto frívolo tenía cabida en su vida, a pesar de que su físico le hubiera proporcionado magníficas excusas para ejercer la más extrema de las frivolidades. Hipatia tenía rango de bibliotecaria, algo extraordinario para una mujer, era una experta matemática digna discípula de su padre, sobresaliente astrónoma y «amante de lo desconocido», como le reconocería más tarde. Era deseada por el noventa por ciento de los varones de la ciudad, y admirada por el diez por ciento restante de la influyente comunidad homosexual.

«En tus ojos vi el brillo del hombre que esconde un secreto», le confesaría a Viriato horas después en una cama, el único mueble fabricado por el hombre donde una mujer se sincera.

Hipatia le hizo de privilegiada guía en la Torre del Faro. Gracias a ella pudo ascender hasta la cúspide del edificio por uno de los ascensores hidráulicos que utilizaban los sabios para sus mediciones. Había otro ascensor que se utilizaba para la carga de leña y resinas que alimentaban el fuego nocturno de la baliza. Desde la última plataforma pudo disfrutar de la inigualable vista que la atalaya le ofrecía del mar y de la ciudad entera.

Viriato pudo leer en el muro que sustentaba la gigantesca lupa, la inscripción griega que rezaba, con letras de plomo, la dedicatoria de los constructores del Faro: «A los dioses salvadores: para los marineros».

La gran lámpara estaba rodeada de extraños instrumentos científicos de medición que un seleccionado grupo de hombres de ciencia parecía manipular sin descanso, mientras conferenciaban entre ellos y tomaban rápidas notas. Todos saludaron a Hipatia con ese respeto y familiaridad que sólo se da entre los que se sienten pares e iguales. La joven hizo a Viriato sentarse debajo de la gigantesca lente, que en ese momento había detenido su mecánica rotación, y pudo ver con absoluta nitidez, reflejada en la lupa, la figura majestuosa de una gran galera romana. Tan cerca la presintió que alzó la mano, como si alcanzase a tocarla. Hipatia no pudo impedir dejar escapar una risa clara y fresca, que aún encandiló más a Viriato. La bibliotecaria precisó que la nave romana se encontraba en ese momento navegando a cien millas de la ciudad. Ante el gesto de asombro del monje, le aclaró que el control de la atalaya y todas sus utilidades estaban supervisados por la Escuela Alejandrina de Matemáticas y Mecánica, de la que ella era profesora.

Pero la capacidad de sorpresa de Viriato no se había agotado con las extraordinarias propiedades del espejo. La última plataforma estaba coronada por cuatro enormes esculturas de bronce dorado. Una de ellas representaba a Zeus, el padre de todos los dioses de la cultura griega. Otra dedicada al divino Poseidón, cuyo dedo alzado al cielo seguía mecánicamente la ruta diurna del Sol. La tercera era Hermes, el dios portador de noticias, que indicaba las horas con voz tonante. La cuarta estaba dedicada a Atenea, la diosa de la inteligencia, pero que no rehusaba el

combate. La matemática le aseguró a su asombrado amigo que la estatua era capaz de dar la voz de alarma a la ciudad tan pronto saliera una armada hostil de cualquier puerto extranjero. Viriato estaba aún tratando de asimilar y comprender todo lo que observaba cuando su improvisada cicerone le explicó que las gigantescas estatuas-androides habían sido fabricadas y diseñadas siguiendo los tratados de Herón de Alejandría, inventor de sofisticadas cajas de engranajes, aparatos movidos por vapor y autor de la obra *Autómata*, cuyo original se custodiaba en la Biblioteca hija.

Todos los aparatos de medición que había contemplado en la cúspide de la Torre, incluida la gran lámpara, habían sido creados a partir de los escritos y teorías de autores como Apolonio de Pérgamo, el matemático que demostró las formas de las secciones cónicas, de Arquímedes, el mayor genio mecánico que había conocido el mundo, o Aristarco, quien sostenía que la Tierra orbitaba alrededor del Sol. Todos ellos habían dejado el legado de su saber escrito, para que lo disfrutaran las generaciones posteriores. Hipatia y otros bibliotecarios eran los tenedores de aquel inimaginable tesoro.

Almorzaron en una taberna griega del puerto. Comieron con los dedos sobre hojas de parra, que luego limpiarían en aguamaniles perfumados. Mientras, la brisa del mar les acariciaba, casi sensualmente, como preludio de lo que sería la noche. Por la tarde visitaron el Bruchion, barrio noble de la ciudad, y las ruinas de la primera Biblioteca. La Biblioteca madre y el Museo habían tenido forma circular. Ahora, del hermoso edificio, sólo quedaba un hemicíclo de bancadas de piedra en las que crecía la maleza, las malas hierbas y los líquenes. Los lectores de otros tiempos habían sido sustituidos por chicharras. A Viriato aquel espectáculo le recordó las ruinas de Cartago, y constató una vez más, con cierto pesar, que ninguna civilización, ningún mundo, es eterno.

Con la caída del Sol, Hipatia le llevó a conocer la Casa de la Vida del Santuario de Serapis, el Serapeum, como lo conocían los alejandrinos. El templo, magníficamente reconstruido por el emperador Adriano, albergaba en una construcción anexa la Biblioteca hija. Subieron los cien escalones de mármol por los que se accedía a la monumental entrada al templo, y pasaron junto a la gran estatua de bronce dorado del Buey Apis.

Viriato admiró las riquezas y los materiales con los que estaba construido el templo, sus paredes de mármol y sus estucos recubiertos de oro y plata.

El monje pudo contemplar, en respetuoso silencio, el sarcófago del gran Alejandro. Allí descansaba el mayor conquistador del mundo conocido, el fundador de Alejandría, que era para Viriato, en ese momento, la ciudad de todos los prodigios. En aquella mágica visita, la joven le abrió la puerta de la Biblioteca hija. En aquel monumental edificio se guardaban más de novecientos mil volúmenes, le aseguró Hipatia. «Todo el saber de la humanidad está aquí refugiado, en espera de tiempos mejores», recordaba que le había dicho al oído, casi como en un susurro. Se le hizo un nudo en la garganta. No habría tiempos mejores para la humanidad. Al Serapeum

y a la Biblioteca apenas les quedaban setenta y dos horas para acabar siendo reducidos a cenizas y escombros.

Se amaron esa misma noche, en casa de Hipatia. Se amaron y hablaron como hacen todas las parejas cuando acaban de conocerse. Hábito este que la mayoría luego va perdiendo, olvidando así que hombres y mujeres nacemos todos los días. Y la obligación de hablarnos y escucharnos para conocer al otro no caduca nunca.

Hipatia le confesó que nunca había amado a un hombre, y que hasta aquella mañana en el Faro estaba convencida de que toda su vida la dedicaría al conocimiento de las matemáticas, la astronomía y la búsqueda de lo desconocido.

—Y eso es lo que vi en tus ojos esta mañana en el Faro, el brillo del hombre que guarda un secreto. ¿Quién eres en realidad? —le preguntó mirándole desde sus dos intensos campos de violetas.

Viriato, por aquellas flojeras que tienen los hombres cuando están enamorados, le contó toda la verdad de su azarosa vida y su controvertido origen, confiando en que su joven amante concluyese que todo aquello era un fabuloso embuste.

—Sé que no me mientes —le dijo con una sonrisa cuando concluyó su relato. Y para confirmárselo, le besó profundamente en la boca.

—¿Por qué estás tan segura? Podría ser tan sólo un religioso charlatán que está faltando a sus votos —le replicó casi indignado. Su griego era magnífico. «Con latín y griego podrás viajar por el mundo sin problemas durante media historia de la humanidad», cuánta razón tenía el abad.

Por toda respuesta Hipatia se levantó del lecho y desnuda fue hasta un gran armario de rejilla que parecía contener rollos de papiros. Alcanzó uno de ellos poniéndose de puntillas, lo que hizo que se estilizase aún más su espléndida figura, y regresó sonriente a la cama. Viriato se mordió con fuerza los labios intentando concentrarse de nuevo en la conversación. Desenrolló el «volumen», como lo llamaban los bibliotecarios, y ante los ojos de Viriato apareció un mapa de la Macaronesia. Allí efectivamente aparecían dibujadas, con perfiles imprecisos, las islas Afortunadas, las Canarias. Pero en aquel mapa, el monje contó ocho, en vez de siete islas.

—Es un mapa copia del original dibujado por Hannon de Cartago, en el siglo VI antes de que naciera tu Dios. —A Hipatia le gustaba hacer siempre que podía gala retadora de su paganismo.

Efectivamente, allí estaba dibujada su isla, la Aprostitus o Inaccesible, escrito su nombre en latín y el contorno de la isla con delicado trazado de tinta amarilla diluida en mirra.

—Sé que no eres un sacerdote cristiano —le dijo la muchacha—. Y si lo eres, deberías dejar de serlo, porque un hombre que ama así a una mujer no está hecho para la castidad. Pero también sé que de tu boca no ha salido ninguna mentira más esta noche.

—Vuélvete conmigo a la isla —la cogió de las manos e intentó besarla.

Ella separó su boca de la de él, dulcemente, con la palma de la mano.

—Nuestros destinos se cruzan, no se entrelazan, mi querido viajero del tiempo —le contestó con una segura sonrisa.

En el día siguiente los dos desarrollaron una actividad febril. Hipatia ya estaba avisada del desastre que se avecinaba por la intolerancia del obispo Teófilo, y había decidido, junto a Viriato, salvar todo lo posible de la destrucción.

Esa misma mañana sacaron de la ciudad, camuflados en sacos de grano, miles de volúmenes cuidadosamente seleccionados por la bibliotecaria. Desmontaron el sepulcro de Alejandro y el cuerpo embalsamado del conquistador fue amortajado humildemente. Ahora eran los restos de un comerciante muerto que regresaban a su ciudad de origen para recibir sepultura. El tesoro de su tumba fue escamoteado en pacas de estiércol.

—¿Hacia dónde se dirigen? —le preguntó Viriato, cuando el último camello de la larga columna cruzó la vía Canópica y atravesó el arco de la Puerta de la Luna, en el oeste de la ciudad.

—Hacia un lugar seguro en el desierto de Libia. Un gran templo abandonado y olvidado donde Alejandro y toda la sabiduría del mundo dormirán hasta que merezcan ser salvados de nuevo —le contestó serena.

Viriato miró de nuevo a las estrellas, cuya intensidad se iba apagando, vencidas por la luz teñida de oro y rojo del nuevo día. Oyó a sus espaldas los suaves pasos de los pies desnudos de Hipatia. Y sintió cómo se le erizaba todo el vello del cuerpo cuando ella le besó cálidamente en el cuello. Un intenso dolor le desgarraba por dentro. Nunca había querido hablarle a la joven de su destino^[52], ni ella había caído en la tentación de preguntárselo. «¿Qué importa cuándo se apaga una estrella? Lo importante es que brille mientras viva». La tormenta resonó en la lejanía.

—Vete —le dijo dulcemente—. Has de partir y seguir siendo el mensajero de la esperanza.

—Hipatia había llenado la embarcación de libros para Viriato. Ése fue su último regalo para su amante —concluyó Lola.

Cameron la miró como si en ese instante hubiese vuelto de otro mundo.

—¿Viriato regresó a la isla con parte de la Biblioteca de Alejandría? —le preguntó haciendo un esfuerzo por centrarse de nuevo en la conversación.

Lola asintió con la cabeza.

—No puedes ni imaginar lo que hay en esos anaqueles, profesor. —La licenciada rara vez le tuteaba.

Ahora le hablaba como una historiadora, fascinada por el inmenso caudal de conocimiento que acababa de descubrir.

Hipatia había introducido en la falucha de Viriato algunos de los mayores tesoros del archivo alejandrino. La relación de volúmenes recogidos en el *Catálogo General*

de la Biblioteca de la Abadía, redactado por el hermano Xavier, era deslumbrante.

Allí se guardaban ahora los tres tomos originales de la *Historia del Mundo*, del sacerdote e historiador babilónico Baroso. Su primer volumen recogía la historia de la humanidad desde la Creación hasta el Diluvio. Pero Baroso calculaba ese lapso de tiempo en cuatrocientos treinta y dos mil años. Cien veces más que la cronología que se cita en el Antiguo Testamento. En aquellos anaqueles descansaba el *Libro de Toth*, un volumen con más de doce mil años de antigüedad, que recogía toda la sabiduría del Antiguo Egipto, y de las civilizaciones que le antecedieron.

Se conservaban varias tragedias de Sófocles, Esquilo y Eurípides que se creían perdidas para siempre. Varios volúmenes del propio Aristóteles, el profesor de Alejandro Magno. La Geometría de Euclides, el Tratado de Trigonometría de Hiparco de Nicea, e incluso uno de los textos del padre de Hipatia, *Tratado de Matemáticas y Astrología* de Teón de Alejandría.

Le hubiera gustado darle un vistazo a la *Geographia* de Evatóstenes y al mapa de la Macaronesia que la bibliotecaria le había mostrado a Viriato. También había volúmenes llenos de misterios encriptados, como la *Esteganografía* de Triteno, con la que se podía hipnotizar a distancia o bilocar personas y objetos. O el *Necromicón*, que era un compendio de magias y poderes ocultos.

Había manuscritos de Pitágoras, Salomón, Hermes...

Hipatia había seleccionado para su amado textos fundamentales. Quizá lo más granado de las adquisiciones que la dinastía de los Tolomeos había ido coleccionando durante siglos en las mejores bibliotecas de Atenas, Persépolis, Babilonia, Bagdad o la India.

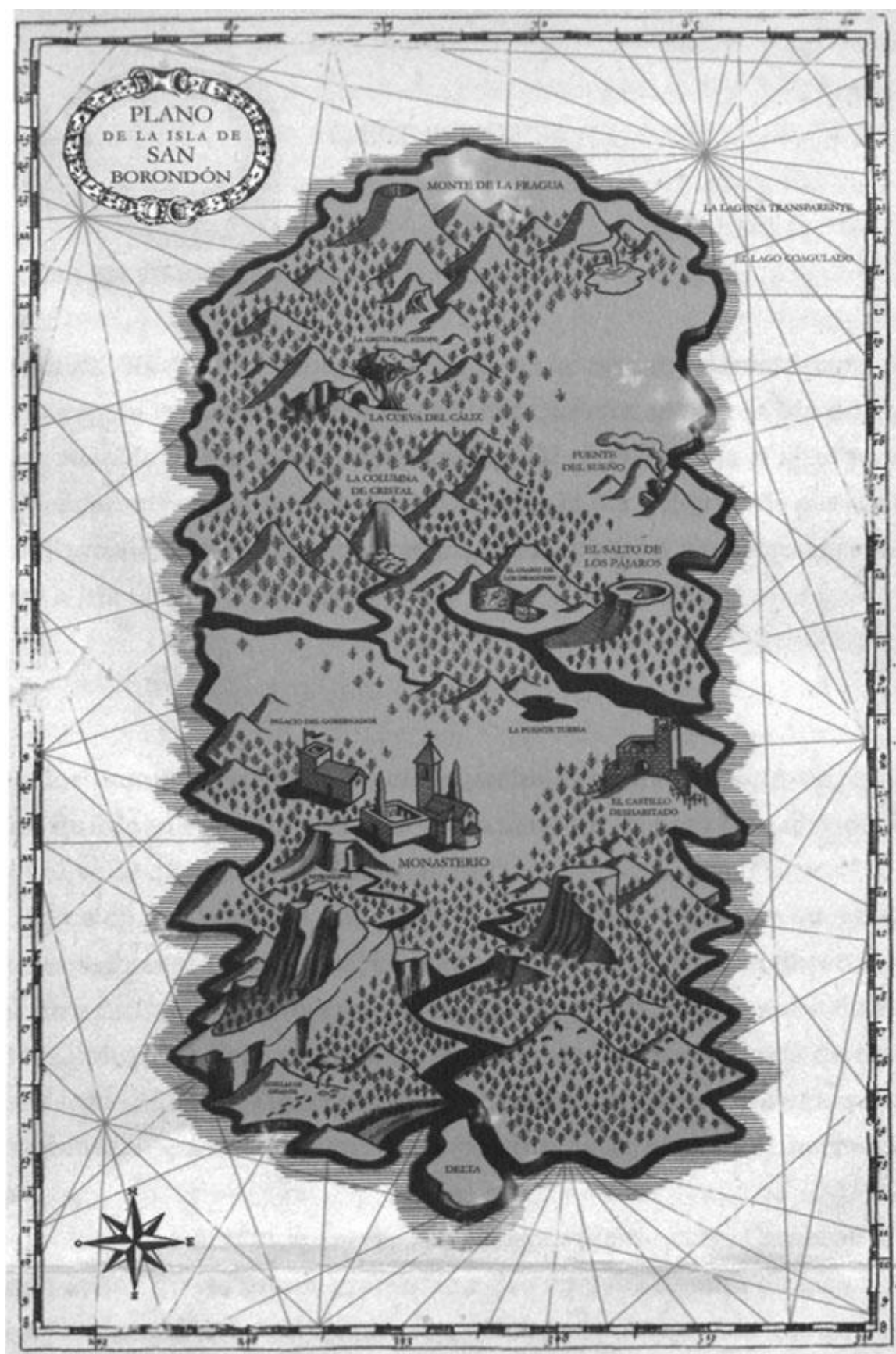
Cameron pensó que les quedaban jornadas excitantes entre aquellas cuatro paredes.

—El sueño de un historiador —admitió finalmente el americano, después de que Lola hubiera terminado con la descripción de los principales fondos de la biblioteca.

—Sí —reconoció Lola—. Mi sueño. —Sus ojos brillaban con un fulgor desconocido. Cameron confió en que la isla no la estuviera transformando demasiado.

La puerta del Archivo se abrió y entró el hermano Xavier sonriente. Parecía traer un grueso tomo bajo el brazo, le recordó vagamente por su estructura de gruesas tapas de piel y páginas de vitela al Navigatio.

—Finalmente está preparado el café en mi despacho. No quiero ser descortés con vos —se dirigió a Lola, a la que parecía pedir disculpas con la mirada—, pero necesito tener una conversación a solas con el profesor Cameron. Y aunque decirlo en esta isla parezca una paradoja, no tenemos ya mucho tiempo.



Capítulo XXVIII

EL LIBRO DEL TIEMPO

Capita XXVIII. N.S.B.a. Mernoc se embarca con los monjes y durante cuarenta días navegan rumbo al este. Finalmente, ante sus ojos aparece la isla del Paraíso, rodeada de una niebla impenetrable. Allí permanecerán el abad y sus monjes durante otros cuarenta días explorando la isla y el gran río que la divide. Aprovisionándose de frutos, carne, piedras preciosas y preparando el regreso a Irlanda.

Los dos hombres entraron en el despacho. Era una estancia amplia y bien iluminada por dos grandes ventanales en tronera que se asomaban al valle que rodeaba el monasterio.

La celda, en realidad dos piezas unidas, hacía también las veces de despacho del superior del convento. Tenía una hermosa librería de madera de castaño empotrada en la pared, y una amplia mesa de estilo español del siglo XVI donde reposaba un servicio de café de finísima loza del Perú. «Todo el mobiliario es un regalo de Hawkins, un hombre con excelente gusto para el pillaje», le explicó el hermano Xavier.

Mientras el monje le servía la primera taza de café, Cameron no pudo evitar fijarse en un gran mapa que colgaba de una de las paredes. Era un arrecife de dimensiones enormes, por la escala a la que estaba dibujado, «tan grande como La Palma», recordó el relato de Carrasco. Sus principales hitos estaban señalados y transcritos en latín. No le costó descubrir el perfil ya familiar de la playa negra donde siempre se producían las aperturas de la Puerta del Tiempo. Ni la ría, ni las dos montañas gemelas separadas por la «degollada». Sobre el mapa pudo rehacer el camino que habían seguido para llegar a la misión.

Empezó a leer con sorpresa la nomenclatura de otros accidentes naturales de la isla. La mayoría de ellos aparecían en los veintinueve capítulos del *Navigatio Sancti Brendani abattis*. El manuscrito que había «falsificado», redactado y cambiado Mernoc por el original de Brendanus, y que éste había aceptado finalmente como bueno. Toda la crónica del impostado viaje había estado inspirada en lugares que existían en la isla. Pensó en ese momento que el hermano Mernoc era el mayor escritor hermético que había conocido.

En el mapa aparecían señalados el Castillo Deshabitado, la Gruta del Etíope, el Aprisco de Ovejas Gigantes, el Roque del Pez, el Salto de los Pájaros, la Fuente Clara y la Fuente Turbia, la Fuente del Sueño, el Lago Coagulado, el Osario de los Dragones, el Valle de las Uvas, la Laguna Transparente, la Columna de Cristal, el Monte de la Fragua, la Montaña de Fuego, la Roca del Ermitaño, la Cueva del Cáliz de Oro, el Bosque de Judas... Todo estaba allí. Una isla de leyenda llena de leyendas.

Una nueva oleada de excitación le invadió, previendo todas las aventuras que aún le quedaban por vivir en la mágica ínsula. A sus espaldas, oyó el carraspear del hermano Xavier que demandaba de nuevo toda su atención.

El abad había dejado junto al café el grueso códice que portaba.

—Éste es el *Libro del Tiempo* del que supongo que os habrá hablado Viriato — quiso asegurarse el fraile—. Algunos episodios ya los conoceréis, pero estoy muy interesado en que leáis los últimos capítulos. Cuando terminéis vuestra lectura, me gustaría que compartierais conmigo vuestras conclusiones. —Y sin más le dejó solo en la celda.

El café que preparaba el hermano Kevin era excelente, y la lectura del *Libro del Tiempo* le atrapó desde la primera página.

Mernoc había transcrito todas sus experiencias y viajes en el tiempo en aquel volumen. Cameron sabía ahora, gracias a aquella indescriptible crónica, que el mundo era mucho más viejo de lo que podía comprender la mente humana. Mernoc y los monjes de la isla habían asistido a la formación primigenia del universo. Desde la playa de arena negra, en una apertura de la puerta, como espectadores privilegiados del primer acto de la Creación. Los escritos de Mernoc databan el comienzo de la existencia de nuestro planeta en más de cinco mil millones de años, cuando la Tierra comenzó a formarse en el Hadeico. Ciertamente el hombre era un recién llegado, pero llevaba hollando aquel planeta muchos miles de años antes de lo que suponía. Con un profundo escalofrío admitió que los escritos de Mernoc echaban por tierra todo lo que hasta ahora se sabía de la historia de la Evolución. A Darwin no le hubiera hecho mucha ilusión leer aquel texto.

Los primeros hombres llegaron a la Tierra entre finales del Cretáceo y principio del Paleoceno. Hacía más de cincuenta y cinco millones de años. Y la expresión correcta era «llegaron». Según el relato de Mernoc, él y los monjes pudieron contemplar ese momento desde su privilegiado anfiteatro. Vieron cómo el cielo se llenaba de luz y los seres celestiales bajaban entre sus brazos a los primeros humanos desnudos y dormidos, después de que la Gran Roca hubiese asolado la Tierra.

Aquellos primeros humanos rápidamente formaron pueblos orgullosos, soberbios y obstinados. Vivieron sus primeros balbuceos como civilizaciones, sus tiempos oscuros, sus renacimientos, su Edad de Oro y sus guerras totales. Aquellos primeros guerreros y caballeros llegaron a matar dragones a lomos de sus caballos, a golpes de lanza y espada. En realidad, aquellos paladines de leyenda, estaban matando a los últimos dinosaurios que habían sobrevivido al Cretáceo.

Cameron sintió un escalofrío al pensar que todas las leyendas tenían un trasfondo de verdad. Las leyendas no eran sino los relatos de supervivientes de otras épocas, de otros mundos extintos. Relatos deformados por una tradición oral que se extendía durante siglos. Pero todo había ocurrido como lo contaban los viejos alrededor de una hoguera, los juglares, o cualquier cronista que hubiera sido capaz de guardar la memoria de lo que había vivido, le habían contado o había leído grabado en piedra,

cera, barro, papiro o papel. Estaba allí escrito. El hombre había convivido con hadas, duendes, elfos, cíclopes y magos de inmenso poder. Porque en el mundo, durante siglos, hubo un lugar para la magia.

El hombre había creído dominar la Tierra desde hacía cincuenta y cinco millones de años.

Había levantado ciudades, creado imperios y civilizaciones que aniquilaban a sus vecinos más débiles, hasta que otro imperio y otra civilización, aún más brutal, les aniquilaba a ellos. Se creyeron dioses y se creyeron capaces de dominar toda la creación.

Y hasta cuatro diluvios estuvieron a punto de extinguirlo. Cuatro enormes cataclismos que le hicieron comenzar prácticamente desde cero.

Cameron sonrió con amargura. No habíamos cambiado mucho, no habíamos aprendido nada. Desde hacía millones de años, el hombre siempre empezaba su primera batalla de la misma manera: con piedras y palos.

No. La humanidad nunca había querido escuchar a sus leyendas. Los hijos de la luz llegaron libres de pecado, pero también vinieron libres para elegir entre el bien y el mal.

El relato de Mernoc acababa abruptamente en 2013.

El monje describía un gran cataclismo que asolaría el mundo. El Quinto Diluvio.

Incluso se había permitido dibujar en las dos últimas páginas una ilustración tenebrosa, donde del cielo parecían caer rocas ígneas sobre hombres y mujeres que corrían semidesnudos, buscando un refugio imposible. Mernoc parecía anunciar el Fin del Mundo, y daba una fecha, el año 2013.

Entonces lo vio. Las palabras estaban escritas esta vez en latín, en el ángulo inferior derecho del apocalíptico dibujo, como grabadas en una de las grandes rocas que habían caído del cielo. «El Fin del Mundo, en el Quinto Diluvio, desde La Cabeza del Diablo, dos veces mil y trece». Sintió un profundo desasosiego al recordar el mensaje tatuado en el brazo del monje.

La puerta de la celda se abrió repentinamente y no pudo evitar un respingo de sorpresa.

Era de nuevo el hermano Xavier.

—Espero hayáis encontrado interesante vuestra lectura —le dijo desde el umbral.

—¿Por qué teníais tanto interés en que leyera el libro? —Le pareció que era el momento de recortar circunloquios.

—Necesitabais comprender la esencia de vuestro viaje, sin ese conocimiento no podríais tomar una decisión.

«Así que era eso», pensó Cameron.

Se sintió de repente protagonista de un guión que había leído siempre en tercera persona.

Y no le gustó nada su nuevo papel.

Su vida había sido siempre una larga carrera huyendo de protagonismos y de

excesivas responsabilidades.

—¿Por qué yo? —Estaba recuperándose de su inicial desconcierto. Encontraría una salida, estaba bien entrenado para eso.

—Viriato sabía que erais vos y que lograríais llegar a la isla. Así me lo hizo saber en su última visita —le respondió.

—A la isla conseguimos llegar cinco personas —le rebatió.

—Sólo vos estáis descifrando los misterios desde el principio. Podíais haber renunciado en cualquier momento, ocasiones para ello no han faltado, pero habéis querido seguir hasta el final. Vuestros compañeros de viaje son circunstanciales, a alguno de ellos les aguarda un importante papel —pareció reflexionar—, pero sólo vos sois el elegido. En vos ha recaído la responsabilidad de ser el portador del mensaje de la esperanza. —Hizo una bien estudiada pausa—. Pero —continuó el monje, sabiendo que en aquellas circunstancias un «pero» era un clavo ardiendo al que Cameron no iba a renunciar con facilidad a agarrarse—, la decisión de aceptar esta responsabilidad es sólo vuestra. Nadie os coaccionará ni os obligará. Él nos hizo libres, con todas sus consecuencias.

En aquel momento, Cameron pensó que el abad era tan sincero como Hitler cuando le prometió a Stalin, meses antes de invadir Rusia, que serían amiguetes para toda la vida.

—¿Qué es lo que se espera de mí? —le preguntó con un punto de angustia, pero todavía gallardo y desafiante.

—Habéis leído el libro lo mismo que yo —le sonrió casi cómplice—. Un gran cataclismo sacudirá el mundo en el año 2013, según las visiones de Mernoc. Un desastre de proporciones incalculables, a tenor de sus aterradores dibujos. Esa catástrofe cambiará las formas de vida en el planeta quizá para siempre —concluyó el abad, que se había acercado a la ventana y parecía contemplar el hermoso paisaje que rodeaba el monasterio.

—¿Un Quinto Diluvio? —sonrió con gesto amargo—. No me veo con una campana y un cartel colgado del cuello anunciando «El Fin está cerca» en las calles de Boston, padre.

—Los Diluvios han sido consecuencias casi «literarias» de aquellos cataclismos que precedieron a este que está a punto de ocurrir. El hombre ha necesitado explicar sus terrores, sus miedos, las razones que les llevaron al borde de la extinción a las generaciones que les sucedieron. Los Diluvios han sido narrados por diferentes culturas a lo largo del tiempo. —Hizo una pausa y se volvió hacia él—. Pero supongo que necesitáis y os merecéis respuestas más concretas. —Se sirvió un vaso de agua de la jarrilla que estaba junto al servicio de café—. El desastre que se anuncia vendrá del cielo. La Tierra recibirá en el año 2013 el impacto de un gran cuerpo celeste. Ya ha ocurrido otras veces.

—No había ninguna alarma de meteorito hasta que llegamos a la isla. Tenemos decenas de telescopios y satélites vigilando el universo, padre. Si un cuerpo celeste

con esa capacidad destructiva se acercase en rumbo de colisión hacia la Tierra ya habría sido detectado. —Repentinamente Cameron recordó la crisis del Apophis, que tantas discusiones suscitó con sus colegas de la cátedra de Física de la Universidad de Boston—. En la Navidad de 2004 —quiso compartir sus conocimientos con el abad— hubo una alarma de colisión con el meteorito Apophis. Pero los nuevos cálculos de su trayectoria demostraron que era inocuo para nuestro planeta —le rebatió con seguridad.

—A veces hay verdades que se nos ocultan, profesor —le contestó. Su mirada estaba otra vez perdida en algún lugar del paisaje del exterior.

Entre los dos hombres se hizo de nuevo el silencio.

—Quiero quedarme en la isla. Quiero investigar en la biblioteca —le dijo casi desafiante. ¿Por qué razón debía él erigirse en salvador del mundo?

—Os repito que sois libre para hacerlo, si ése es realmente vuestro deseo —le contestó calmamente el abad—. No estáis obligado a cumplir con el libro. Pero probablemente eso significará que renunciéis para siempre el poder volver a vuestro tiempo, una vez que se cierre la Puerta. El *Libro del Tiempo* está terminado, a partir de ahora desconocemos la voluntad de la isla.

Cameron inclinó su cabeza confundido. Mil ideas y pensamientos contradictorios bullían en su cerebro. Acababa de descubrir el sueño que todo historiador buscaba en aquella biblioteca, en aquella isla que le permitiría viajar en el tiempo. Tendría la oportunidad de contemplar la campaña de César en las Galias, asistir a una clase de Aristóteles, o escuchar a Beethoven ejecutar su Novena Sinfonía. ¿Cómo podía renunciar a todo eso?

Sin quererlo, pensó en su hija Bárbara y en su última conversación telefónica, «sería capaz de hacer cualquier cosa por ti», le había dicho. Y, de repente, entre sus atormentados pensamientos comenzaron a aparecer los rostros de personas amigas, conocidas y queridas para él. Rostros como el de su hermano Madoc, con quien tenía tantas conversaciones pendientes, Nuria Rubio y el hijo que estaba en camino, sus alumnos llenos de vida y de proyectos, millones de personas en todo el planeta... Sus pensamientos se cerraron visualizando el rostro de Alejandra.

Levantó la cabeza pero el abad ya no estaba.

Miró la todavía humeante jarra de café. Siempre su postrer refugio antes de tomar sus grandes decisiones.

Se sirvió una última taza y el aroma del café se mezcló entonces con el olor de un delicioso asado que Kevin debía de estar finalizando en los hornos y cocina exterior del monasterio. Y en ese momento recordó que tenía hambre, mucha hambre.

El almuerzo, tal como estaba previsto, tuvo lugar en el refectorio.

Kevin les había preparado un «menú reparador, hasta cierto punto frugal, pero no exento de sabor», como lo describió antes de comenzar a servirlo.

El primer plato consistió en una deliciosa sopa de habas recién cogidas de la

huerta con caldo de carne. Como segundo, degustaron unas sabrosísimas chuletas de ternera con sal e hinojo, hechas a la parrilla y adornadas con tiras de bacon fresco.

Todo aquel menú medieval fue regado con un magnífico vino tinto del monasterio.

En el postre degustaron varias clases de queso de cabra, y con gran ceremonia Kevin descorchó una botella de uno de sus más preciados tesoros, un auténtico *hipocrás* elaborado en su alambique.

—Lo sirvo en su honor, el prior es muy estricto con el consumo de alcohol en el monasterio —les dijo con mucho regalo, aunque las venas varicosas que trufaban su regordeta nariz dejaban un poso de duda sobre la veracidad de la dieta alcohólica de la abadía.

—¿Lo elabora usted, hermano Kevin? —le preguntó Lola, cuya curiosidad era insaciable.

—No quiero pareceres petulante, señorita —le contestó con mal disimulado orgullo—, pero así es. Este *hipocrás* es una receta magistral de mi propiedad. El secreto está en una ponderada mezcla de vino blanco, vino tinto, canela, clavo, jengibre y azúcar. Su correcta cocción y maceración redondean el éxito de la fórmula. Mi *hipocrás* es ideal para acompañar todo tipo de quesos y hacer más placenteras las sobremesas y las digestiones.

En eso Kevin no les engañó. Cameron recordaría más tarde que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de una comida, de unos comensales y de una tertulia.

«Grandeza, sencillez y paz», serían las palabras que mejor definirían, por el momento, su estancia en la isla.

—Si vuelvo, ¿cree que tengo alguna posibilidad, hermano Xavier? —le preguntó de repente al abad, que estaba terminando de explicarle las tareas de labranza y de recolección que se llevaban a cabo en las tierras del monasterio.

—Como dijo Napoleón antes de aquella batalla, «Si luchas, tienes la posibilidad de perder, pero si no luchas, estás perdido».

—Y eso, ¿lo dijo antes de Austerlitz o de Waterloo?

El padre prior rió de buena gana. Él también. Pero necesitaba una respuesta.

—Sabe que no puedo responderle a esa pregunta, Cameron —le contestó mirándole a los ojos.

—Si... —Hizo una larga pausa—. Si finalmente decido marcharme e intentar salvar el mundo, ¿cuándo tendré que hacerlo? —volvió a preguntar mientras se servía una segunda copa de *hipocrás*.

—Deberá hacerlo antes de que se cierre la Puerta. Quizá dentro de unas horas... —pareció dudar— un par de días a lo sumo. El inicio de la tormenta nos marcará el momento de su partida —le contestó.

El profesor comprendió entonces el interés del abad por escudriñar el cielo.

—Hasta que llegue el momento de tomar mi decisión me gustaría conocer todos los lugares de la isla que me sea posible, si usted no tiene inconveniente en ello,

padre.

—Será para mí un placer ser su guía, profesor, aunque pensé que tal vez preferiría aprovechar ese tiempo en la biblioteca.

—Si me meto en esa biblioteca, hermano Xavier, nadie podrá sacarme de esta isla —le contestó apurando su última copa de *hipocrás*.

Aquella misma tarde, Alejandra, Cameron y el abad, ensillaron de nuevo sus monturas y salieron de descubierta por el arrecife, tal como era el deseo del historiador americano.

Lola prefirió quedarse estudiando en la biblioteca, y Sidi cerca de ella. Medina, que siempre llevaba una baraja encima, «con esto se puede empezar una vida de nuevo», se quedó en el monasterio enseñando al gobernador y al cocinero a jugar al póquer alrededor de otra botella de *hipocrás*.

El grupo de jinetes no tardó en llegar al primer punto de la ruta trazada por el abad. En un claro del bosque divisaron las ruinas de lo que parecía un antiguo fuerte romano, como pudo distinguir Cameron.

—¿Un campamento romano, aquí? —le preguntó sorprendido al monje.

—Mernoc lo llamaba El Castillo Deshabitado, si lo recuerda de la lectura de su crónica. —El profesor asintió con la cabeza. No había olvidado ni uno solo de aquellos nombres, ya mágicos, de cada uno de los veintinueve capítulos del *Navigatio*—. Y en efecto —continuó el monje—, estas ruinas son lo que queda de un antiguo asentamiento militar romano.

—¿Los romanos llegaron a la isla? —preguntó ahora Alejandra con extrañeza.

—En el 79 a. J.C., el general romano Quinto Sartorio tuvo que huir de Lusitania para preservarse de las purgas de Sila. Se refugió en Mauritania, en la corte de Juba, antiguo aliado suyo. El convoy romano sufrió una fuerte tormenta cerca de El Hierro, sus naves se dispersaron y una trirreme arribó a nuestras playas. Ocurrió casi seis siglos antes de que nuestra comunidad llegara a la isla, pero los romanos dejaron su huella.

—¿Cuántos hombres desembarcaron? —quiso saber Cameron.

—Nunca lo sabremos —reconoció el monje—, encontramos tres tumbas de legionarios y sabemos que algunos soldados dejaron su nombre grabado en el muro de piedra que hemos visto esta mañana. Probablemente fueron abandonando la isla en sucesivas aperturas de la Puerta del Tiempo.

Cameron contempló con sus ojos de historiador las ruinas del pequeño fuerte. Se admiró de sus todavía gallardas torres de vigilancia de piedra, los restos de la empalizada, sus terraplenes de tierra y del perfecto dibujo de su foso perimetral defensivo.

Aquellos náufragos nunca olvidaron lo que habían sido, y dejaron la impronta de su civilización en aquel puesto perdido.

De repente, pensó que le hubiera gustado conocer al jefe de aquel destacamento.

Al oficial que supo mantener la disciplina y el espíritu de sus hombres en circunstancias tan adversas. ¿Cuántas historias escondía la isla?

—Deberíamos seguir —sugirió el monje—, nos queda mucho por ver antes de que anochezca.

Los tres jinetes abandonaron El Castillo Deshabitado, restituyendo así el equilibrio y la paz de los fantasmas que lo habitaban.

No tardaron mucho en llegar a las inmediaciones de una gran charca oscura, del color y la consistencia de la pez.

—La Fuente Turbia —les aclaró Terrén—. En realidad, un afloramiento natural de petróleo. Dejamos de utilizarlo como combustible porque el hedor que desprendía al arder era insoportable para el gobernador, que prefiere las velas y las lámparas de aceite.

—Tiene usted una parroquia con un gran potencial de desarrollo, hermano Xavier —comentó Cameron, observando lo que en otras circunstancias sería auténtico oro líquido manando de la tierra.

—En la isla no ansiamos ese tipo de riquezas, profesor. En realidad, no deseamos nada que no poseamos —le contestó con gesto tranquilo.

Los jinetes siguieron su excursión por angostos senderos, rodeados por la naturaleza exuberante del arrecife.

A la salida de otro claro de la jungla se encontraron ante un gran farallón de piedra.

—Están ustedes ante uno de los parajes favoritos de nuestro hermano Mernoc, El Osario de los Dragones —les anunció el abad.

Cameron y Alejandra se miraron sin comprender.

—Acérquense a la pared de roca —les animó.

Desmontaron de sus cabalgaduras y se aproximaron al farallón, que se asemejaba a un gran lienzo cortado en la piedra viva. Entonces entendieron el significado del nombre con el que había sido bautizado el lugar.

En la gigantesca pared, y desde aquella distancia, comenzaron a distinguir las formas de los restos fósiles impresos en la roca. Eran las osamentas de los grandes reptiles que una vez dominaron la Tierra.

Cameron no era un experto en aquellos animales, pero pudo distinguir restos de tiranosaurios, diplodocus, triceratops y decenas de esqueletos de vertebrados y plantas que no supo identificar.

—¿De qué murieron, doctora forense? —le preguntó mientras observaba aquel descomunal e inquietante friso que les desvelaba parte de la historia del tiempo.

—*Don't push my legs*, Sebastian —le respondió rápida—. Esto no es mi especialidad pero apostaría que alguna vez, hace mucho tiempo, este lugar fue una gran ciénaga donde decenas de animales fueron quedando atrapados y nos dejaron

esta inmensa fotografía de su agonía.

—Coherente —le respondió casi con admiración—, supongo que estas pequeñas cosas y tus medidas, 95-60-90, podrían llegar a conseguir que me enamorase de ti.

Ella sonrió moviendo levemente la cabeza, pero no pudo apartar su vista del muro.

—Acamparemos aquí —escucharon la voz del monje a sus espaldas.

Cuando se volvieron, el abad estaba terminando de desensillar los caballos.

—¿No volveremos a dormir al monasterio? —preguntó Alejandra con un punto de inquietud.

—Es ya demasiado tarde —era cierto, la luz del día sin sol parecía ir apagándose rápidamente—; dormiremos aquí y mañana continuaremos visitando la isla.

—¿No se preocuparán por nosotros en la abadía? —insistió.

—Pierda cuidado, doctora —le contestó mientras desplegaba enérgicamente una de las tres mantas del ejército napoleónico que transportaban los caballos—. Ya le advertí al hermano Kevin que probablemente pasaríamos la noche fuera. No debe preocuparse por nada, las noches son cálidas en la isla y, como ya les comenté, aquí no hay grandes predadores. Mantendré una hoguera encendida toda la noche para que no nos pise un rebaño de vacas.

Cameron observó que el prior parecía estar de un humor excelente. No le extrañó, él mismo, a duras penas podía controlar su euforia.

Cenaron alrededor de un improvisado fuego de campamento. Sabrosos tasajos de carne seca y ahumada, tres clases de quesos de cabra y oveja, pan blanco todavía tierno y unas naranjas de un dulzor inigualable.

La charla que acompañó al refrigerio fue distendida y amable.

—Si me lo permiten —dijo el abad mientras se levantaba—, ahora me retiraré para hacer mis oraciones. Además —les sonrió con intención mientras se sacudía el hábito de algunas agujas de pino—, ustedes tendrán cosas de las que hablar en privado.

No les dio tiempo a responder porque se alejó a buen paso hacia una mancha de frondosos laureles.

—¿Qué contraste en la biblioteca, Sebastian? —La doctora no era una mujer muy dada a dar rodeos.

Y Cameron, a aquellas alturas de la partida, ya no estaba en disposición de ocultar ningún dato. Así que le contó todo, sin omitir detalle alguno, de lo que había leído en el *Libro del Tiempo*. Le contó lo que le esperaba al mundo, lo que el mundo, sin saberlo, esperaba de él y su postrer conversación con el abad.

—¿Y crees que todo ocurrirá tal como está escrito en el libro?

—Cariño, si no estuviera cenando contigo en una isla que no existe y de espaldas a la Capilla Sixtina del Jurásico no creería ni una sola palabra de lo que he leído. Pero dadas las circunstancias y recordando todo lo que llevamos pasado antes de reservar mesa en este restaurante permíteme que me ponga en lo peor.

Alejandra cruzó los brazos sobre sus rodillas y agachó la cabeza casi en un gesto de protección.

—¿Has tomado ya una decisión? —le preguntó sin abandonar su postura.

Cameron se levantó para ponerse a su lado, mientras pasaba el brazo derecho por encima de sus hombros.

—No —le contestó. Y no sabía si mentía—. Sé lo que debo hacer, pero no sé lo que voy hacer.

Alejandra levantó el rostro y apoyó la cabeza contra el hombro de Cameron.

—Hagas lo que hagas no me dejes sola.

Cameron apartó un mechón de la mejilla de la mujer y la besó. Fue un beso cálido y largo.

—Hacemos una pareja catastrófica, pero no te dejaré —le contestó finalmente mientras la abrazaba.

Alejandra miró al cielo estrellado.

—Es una noche preciosa —reconoció con admiración.

—Un dólar al que antes localice la Polar —dijo él, recordando de repente juegos infantiles de campamento.

Los dos permanecieron unos segundos escrutando el cielo en busca de la estrella que guiaba a los marinos. Los segundos se alargaron.

—No hay Polar —dijo finalmente ella.

Cameron recordó entonces su conversación con el abad. ¿En qué lugar del universo estaban pasando la noche?

—Joder, tampoco hay Luna, Cameron —parecía comenzar a inquietarse.

Un crujido de ramas a sus espaldas les hizo volverse sobresaltados. La silueta familiar del abad recortándose en la penumbra les tranquilizó.

—¿Un firmamento precioso, no les parece? —les dijo. Era obvio que les había estado observando.

—La doctora echa de menos algunos clásicos de la bóveda celeste, como la estrella Polar y la Luna.

—Eso es porque San Borondón duerme cada noche en un lugar distinto del universo, doctora, lo que viene a explicar, en parte, la capacidad de la isla para viajar en el tiempo —apuntó el prior con absoluta naturalidad.

—Estaba a punto de contártelo, querida —se excusó el historiador, lo que no le salvó de una mirada vitriólica de Alejandra.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esa pequeña luna azul? —preguntó con un punto de angustia señalando al diminuto globo de color celeste que colgaba del firmamento.

—Vaya, no me había fijado —contestó el monje fijando su atención en el cielo estrellado—. Es usted muy observadora, hoy no estamos muy lejos de casa, esa luna azul, como usted la llama, es la Tierra.

Cameron soñó con legiones romanas, yates luchando con tempestades en océanos

hirvientes de peces y vagones de metro que no paraban en ninguna estación mientras seguían viajando a ninguna parte.

Y hubiera seguido soñando toda la noche si en su sueño, o fuera de su sueño, la voz y los brazos de Alejandra no le hubieran despertado.

—¡Mira, el cielo se está iluminando! —le dijo.

El americano, todavía medio dormido, se incorporó sobre su manta militar y miró en la dirección que señalaba la mujer.

Cameron pensó que lo que iluminaba el cielo eran como los reflejos de los fuegos artificiales del 4 de julio, otra vez sus recuerdos infantiles.

El abad también se había despertado.

—¿Se encuentran bien? —les preguntó somnoliento.

—¿Es la tormenta? —inquirió Cameron, y había un punto de angustia en su voz.

Al anciano monje se le iluminó el rostro y no fue sólo por efecto del resplandor de las luminarias nocturnas.

—Por todos los santos del cielo... son ustedes realmente personas con suerte...

—No apartaba sus ojos de los resplandores que rompían la oscuridad de la noche—. Hacía tanto que no nos visitaban...

—Pero ¿quién, quién nos está visitando? —La doctora parecía a punto de perder los nervios.

—Los ángeles, claro —le contestó sonriente—. Vienen a veces a El Salto de los Pájaros para aprender a volar.

Ataron los caballos a unas retamas antes de llegar al paraje conocido como El Salto de los Pájaros. Al grupo no le fue difícil moverse en la estrellada y clara noche. Además, Terrén parecía conocer todos los caminos en aquellos intrincados bosques.

—Avancen detrás de mí —les dijo el monje situándose delante de ellos—, procuren no hacer ruido —bajó la voz—, son muy tímidos.

Avanzaron entre la espesa vegetación hasta el lugar indicado por el abad, que les hizo tumbarse en el suelo.

El Salto de los Pájaros era un inmenso cráter cubierto de vegetación.

—Un antiguo volcán —le susurró el monje a Cameron—, la montaña se hundió sobre sí misma formando el cráter que ahora vemos. Tan sólo una parte de la ladera resistió el hundimiento y quedó colgando sobre el vacío, como un inmenso gajo.

Al historiador no le pudo parecer una descripción más afortunada. En realidad, el «gajo», como lo llamaba el abad, era una especie de gigantesco trampolín sobre el cráter. Calculó que desde la punta de aquella atalaya hasta el fondo de la hondonada habría una caída de más de noventa metros.

—¿Y los ángeles?, ya no hay luces. —Alejandra parecía apesadumbrada.

—Tenga paciencia, volverán —le contestó el prior.

Pasaron los minutos, pero nada ocurría.

A Cameron no pareció preocuparle demasiado la ausencia de los supuestos seres

celestiales. El espectáculo que observaba desde el borde de aquella inmensa oquedad por sí solo ya le parecía fascinante.

Entonces ocurrió.

Comenzaron de nuevo los destellos de luz, esta vez ocultos por la base de la falda del farallón.

Alejandra se agarró con fuerza de la mano de Cameron.

Los reflejos eran claros y brillantes, teñidos de ligeras tonalidades, el historiador pudo distinguir azules, malvas, rosas, blancos...

Entonces, las luces se pusieron en movimiento, comenzaron a subir, siempre por la espalda del enorme risco.

—¿No lo escuchas? —le susurró Alejandra.

—¿El qué?

—La música, estoy oyendo música.

Cameron aguzó el oído. Y él también escuchó las lejanas notas que parecían provenir desde el otro lado del inmenso cráter.

Los destellos de luz seguían ascendiendo por los restos de la ladera, la intensidad de las notas musicales seguía su imparable *crescendo*.

Entonces, la primera luz coronó el risco y a pesar de la distancia que los separaba, Cameron pudo distinguir una figura humana dentro de la iridiscencia luminosa que la envolvía.

A la primera silueta de formas humanas, le siguieron otras que fueron agrupándose en la cumbre de la atalaya. El historiador pudo contar más de un centenar. Aquellas figuras se movían con levedad en la plataforma de piedra. Algunas se asomaban a la sima, como estudiándola.

La música, hermosa e indescriptible, seguía subiendo de intensidad.

Repentinamente, una de las figuras humanas se arrojó al vacío.

Alejandra no pudo reprimir un ahogado grito.

Debió caer más de cincuenta metros hasta que de repente extendió sus alas en un estallido de luz y música que pareció inundar las entrañas del cráter.

Sus compañeros entonces comenzaron a arrojarse al vacío, formando con sus cuerpos una irreal catarata de luz que caía desde lo alto del risco.

Las inmensas paredes de la caldera hueca del antiguo volcán se bañaron de una luz indescriptible.

Los ángeles pasaban veloces ante sus ojos, realizando piruetas y maniobras imposibles en el aire.

Ocurrió entonces que las notas musicales que parecían emanar del batido de las alas de cada uno de los ángeles se coordinaron repentinamente y el cráter estalló en un gigantesco haz de luz y de sonido sinfónico.

La música inundó el corazón de Cameron de una paz y de una alegría como no había sentido nunca.

Se incorporó lentamente. Alejandra y el abad siguieron su ejemplo.

La Novena Sinfonía retumbaba poderosa y magnífica en lo que había sido el corazón de la montaña.

«Eras sordo, cabrón, pero podías oírlos a ellos», pensó Cameron, que a duras penas podía aguantar las lágrimas que arrasaban sus ojos.

Los tres contemplaban hipnotizados aquel grandioso espectáculo cuando un ángel interrumpió bruscamente su vuelo y, flotando en el aire, se detuvo ante ellos.

El ser lleno de luz parecía tan sorprendido como el grupo que le observaba. Sin embargo, pareció centrar toda su atención en Alejandra. La miró fijamente y le dedicó una dulce sonrisa, achinando aún más sus rasgados ojos.

Se acercó entonces con un suave batido de sus alas hacia ella, puso las manos sobre sus hombros y la besó con delicadeza en la frente.

Y Alejandra se sintió tan llena de amor como no se había sentido nunca.

El ángel y la mujer todavía se miraron durante unos instantes. Él volvió a sonreírle y, con un rápido golpe de sus alas, se separó de ella para, a continuación, descender en picado por la pared del cráter hasta perderse entre los quiebros y barrenas del resto de sus compañeros.

Alejandra se volvió hacia Cameron, que la contemplaba maravillado.

—Ese ángel era el chico que recibió el disparo que hicieron contra mí en Estocolmo, Sebastian —le dijo con un hilo de voz—. Vi su rostro en la televisión del aeropuerto.

El historiador no podía dejar de mirarla, nunca la había visto tan hermosa, ni con aquel gesto de felicidad y paz en el rostro. Deseó estrecharla entre sus brazos para siempre. Y eso fue exactamente lo que hizo.

—Es usted muy afortunada, Alejandra —el hermano Xavier les hablaba a sus espaldas—, no todo el mundo tiene el privilegio de conocer a su ángel de la guarda.

Se despertaron con las primeras luces del alba. Los ángeles se habían marchado unas horas antes.

A pesar de haber dormido muy poco, el grupo parecía encontrarse en plena forma para continuar el reconocimiento de la isla.

El café de puchero que les preparó el abad y las deliciosas galletas de repostería del hermano Kevin terminaron de entonarles por completo.

—¿Qué conoceremos hoy de la isla, padre? —preguntó animosa Alejandra, terminando de devorar su sexta galleta.

El monje escudriñó el cielo antes de responder. Algo de lo que vio entre las nubes no debió de gustarle demasiado, porque chasqueó la lengua antes de contestar.

—Nos acercaremos ahora a La Fuente del Sueño, no está muy lejos de aquí. Allí decidiremos.

Cabalaron durante más de media hora y fue una cabalgada placentera. Atravesaron verdes valles y suaves colinas. En aquella parte del arrecife la orografía era menos abrupta.

Se detuvieron unos metros antes de llegar a una pared rocosa donde afloraba un

manantial.

—La Fuente del Sueño —les anunció el hermano Terrén—. No se acerquen demasiado, el hontanar despidе gases tóxicos —les advirtió a continuación.

Cameron olisqueó el aire.

—Dulce —diagnosticó.

—Sí. La fuente desprende gas metano —corroboró Alejandra—. Posiblemente lo faciliten las formaciones de rocas bituminosas que rodean el lugar —dijo mirando a un lado y a otro—. El sedimento del manantial se debe al anhídrido carbónico producido por la oxidación del metano en la superficie —sentenció finalmente.

—¿No eras médico forense? —Cameron la miraba sorprendido.

—Me encanta la química —le contestó sonriente y casi burlona.

—Una deducción brillante —reconoció el rector del monasterio—, lo confirmaré con los libros de la biblioteca.

—¿Venía mucho por aquí el hermano Mernoc? —preguntó Cameron.

—Sí. Acostumbraba a meditar en este lugar. Decía que aquí podía visualizar los momentos en los que se materializarían las Puertas del Tiempo e interpretarlas. Personalmente, no estaba muy conforme con este método, pero he de reconocer que daba resultados —contestó fray Terrén.

Juliette, la yegua, cabeceó nerviosa.

—Deberíamos irnos —sugirió Alejandra—, los animales parecen intranquilos en este lugar.

—Galopen detrás de mí —les dijo el abad mientras taloneaba a su montura—, les llevaré ahora a uno de mis lugares favoritos.

Los tres cruzaron un inmenso valle a galope tendido. Cameron pensó que no se había sentido tan libre en su vida, mientras respiraba el aire fresco y perfumado del valle y la luz de un sol invisible caldeaba su rostro. Miró con el rabillo del ojo a Alejandra, que cabalgaba a su lado, y estuvo seguro de que ella sentía lo mismo.

La veloz cabalgada apenas duró unos minutos, lo que tardaron en llegar al final de la vaguada.

Allí el valle se cerraba entre dos grandes montañas que parecían abrocharse entre medias de un tupido bosque.

Caballerías y jinetes avanzaron en fila india por un estrecho sendero, sombreados por frondosos árboles.

En un grandioso claro, frente a la falda de la montaña, descubrieron dos grandes lagunas, retranqueadas en bancada, una sobre otra.

La laguna superior, de aguas frescas y claras, era alimentada por una lámina de agua en forma de media luna, que no debía tener menos de veinte metros de línea por unos tres de altura.

La laguna inferior, de aguas más verdosas y mansas, debía de formarse por el filtrado de su vecina de arriba, separadas ambas por un muro de rocalla natural que les daba el aspecto de dos grandes y gigantescas piscinas abalconadas.

—La Laguna Transparente y El Lago Coagulado —dijo el monje a modo de presentación.

—Dios Santo, es un lugar bien hermoso. —Alejandra parecía fascinada por aquel paraje.

—La superficie del lago inferior no parece tener movimiento —observó Cameron—. ¿Es agua?

—Agua con una salinidad de casi 430 gramos por litro —le aclaró el prior—. La salinidad del agua de los océanos viene a ser de 35 gramos por litro. El mar Muerto llega a alcanzar los 370 gramos por litro en la época más calurosa del año. Un cuerpo humano flota como un corcho en El Lago Coagulado, señor profesor.

Cameron pensó que el abad había estudiado a fondo las particularidades de la asombrosa laguna.

—Las orillas de El Lago Coagulado son fangosas —advirtió Alejandra.

—Un auténtico cocktail de sales y minerales. He analizado los fangos en la botica del monasterio y hay cloruros de sodio, magnesio, calcio y potasio, mezclados con sulfato de calcio y bromuro de magnesio —dijo casi con orgullo. Él, en su infinita modestia, también era un hombre de ciencia.

—Eso es bueno para la piel, ¿no? —preguntó la doctora.

—Relajante, antialérgico, calmante e hidratante —le informó el monje—, acostumbremos a venir aquí a menudo a tomar baños de lodo.

Alejandra desmontó de su caballo y se dirigió hacia El Lago Coagulado mientras comenzaba a desabrocharse la blusa.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Cameron.

—¡Voy a darme un baño de lodo! —le respondió, alegre, mientras con las manos en la espalda buscaba el broche de su sujetador.

—Creo que me retiraré ahora a cumplimentar mis oraciones de la mañana —dijo el abad mientras tiraba de las riendas de su caballo para darle la vuelta.

Cameron quedó solo ante los lagos gemelos, y ante aquella mujer que ya comenzaba a embadurnar de barro su cuerpo desnudo y glorioso en la orilla de la laguna.

—Ha dicho que era hidratante. —A veces hablaba solo porque era una de esas personas que creen que las mejores conversaciones se tienen con uno mismo—. Yo siempre he tenido la piel muy seca —continuó razonándose mientras se bajaba de su montura.

Disfrutaron como niños en el lodazal terapéutico de la orilla y flotaron como corchos, tal como había predicho el abad, en la superficie del Lago Coagulado.

Más tarde se lavaron y deshicieron de los restos de fango en las límpidas y frescas aguas de La Laguna Transparente. Incluso dispusieron de una vigorizante ducha natural en la lámina de agua que caía sobre la poza.

Minutos después disfrutaron como adultos sobre la suave moqueta de hierba que

rodeaba la laguna.

Y Cameron pensó entonces que aquella isla era, sin ningún género de dudas, el Paraíso.

Cabalgaron hacia poniente, en busca de La Columna de Cristal y La Cueva del Cáliz de Oro, sus próximas visitas.

Dejaron a sus espaldas una gran montaña, con forma de cono volcánico, El Monte de la Fragua de la impostada crónica de Mernoc.

Repentinamente, cambió el paisaje cuando llegaron a las proximidades de lo que el prior les informó que era La Gruta del Etíope.

Desapareció todo rastro de vegetación, y el entorno se hizo yermo y pedregoso.

Ya no se oían cantos de pájaros ni había otras señales de vida animal.

El prior les señaló desde lejos la entrada de la gruta. Una hendidura oscura en la cara de una roca oscura.

Cameron recordó el capítulo del Navigatio donde Mernoc referenciaba la inquietante cueva y el ataque del diablo que sufrió en ella uno de sus monjes hasta ser poseído por el maligno.

—¡He visto una sombra en la entrada de la cueva! —gritó de repente Alejandra.

—Aquí no vive nadie, doctora —le respondió secamente el abad—, debemos continuar —y azuzó a su caballo para continuar la marcha.

—Te juro Sebastian que he visto moverse algo allí dentro —le dijo bajando la voz a su compañero.

—Quizá una cabra —aventuró el historiador—, vamos, continuemos, el hermano Terrén no parece muy cómodo en este lugar.

Sanem, desde el interior de la cueva, observó cómo los tres jinetes se alejaban. Con sus manos nervudas acarició el lomo del enorme macho cabrío que estaba a su lado. Sonrió para sí. Cada vez quedaba menos para que llegase su tiempo.

Finalmente llegaron a La Cueva del Cáliz de Oro. Ataron los caballos en el rugoso tronco de un drago y siguieron al monje hasta la entrada de la gruta. El prior apartó unas ramas que ocultaban la abertura entre las rocas y cogió de un atillo preparado en el umbral, tres antorchas. Con los pedernales con los que hacía los fuegos prendió las teas con presteza y las repartió entre sus acompañantes.

Iluminándose con la luz de las antorchas avanzaron decenas de metros por un estrecho y claustrofóbico túnel de piedra, que parecía dirigirse a las mismas entrañas de la Tierra. Cameron sospechó que aquel pasadizo natural debía de ser un antiguo tubo volcánico. Caminaron durante interminables minutos en la semioscuridad de aquel intestino de lava petrificada hasta que llegaron a una cámara de proporciones gigantescas, la apagada caldera del antiguo volcán.

El prior fue encendiendo una serie de antorchas que parecían dispuestas estratégicamente en las paredes de la cueva, y ésta comenzó a iluminarse y reverberar

sus paredes con reflejos dorados.

Ante los asombrados ojos de Alejandra y Cameron se extendía un tesoro de proporciones y valor incalculables.

Cofres y sacos abiertos llenos de monedas de oro y plata, barras y lingotes de esos preciosos metales descuidadamente amontonadas, baúles repletos de las piezas de joyería más inimaginables, grandes piezas de loza, como aguamaniles, rebosantes de perlas negras, brillantes, zafiros, esmeraldas y rubíes. De algunas paredes colgaban ricos tapices y los suelos de la caldera estaban cubiertos de bellísimas alfombras de nudo español. Una gran custodia de plata cuajada de pedrería, muebles de época, esculturas, grandes piezas de costosas y delicadas cerámicas se encontraban esparcidas por todos los rincones de la gran cámara.

—Nuestro pequeño secreto —dijo finalmente el abad cuando hubo prendido la última tea.

—Dios Santo... —musitó Alejandra, que a duras penas daba crédito a todo lo que veía.

—¿El tesoro de Hawkins? —preguntó Cameron, que ya había renunciado mentalmente a realizar una valoración en miles de millones de dólares de los activos que allí se almacenaban.

—Hawkins era ante todo un hombre de negocios —comenzó a relatarle el prior—. Podríamos decir que lo que hay en esta cueva es una «sindicación de tesoros», porque el inglés convenció a otros «hermanos del mar» de que la Non Trubada era el lugar más seguro para esconder sus riquezas.

—¿Por qué Mernoc le dio ese nombre, La Cueva del Cáliz de Oro? —Alejandra jugueteaba con un puñado de perlas negras de incalculable valor—. Aquí hay de todo, pero no veo ningún cáliz de oro.

—Es otra de las historias de la Isla —carraspeó Terrén antes de continuar—. Cuando Mernoc descubrió esta gruta, Hawkins todavía no había comenzado a acumular sus tesoros. En el interior descansaban los restos de un caballero cruzado.

—¿Un templario? —preguntó Alejandra, en un acto reflejo producido por el consumo masivo de *bestsellers*.

—No, doctora —sonrió—, las cruzadas no sólo las hicieron caballeros templarios. Por el documento que encontramos junto a su cuerpo, al parecer escrito por su puño y letra antes de morir, sabemos su historia, o al menos la parte de la historia que él quiso contar. Don Alberto de Pertejo y Barrena, que tal era su gracia y los apellidos que le dieron sus padres, era un caballero leonés de la orden de Santa María del Monte Gaudio. Al parecer, participó en la desgraciada jornada de los Cuernos de Hattin, donde el ejército cruzado fue despedazado por las tropas de Saladino. Debía de ser un notable cercano al rey de Jerusalén, Guy de Lusignan, porque éste, en su tienda roja, cuando la batalla ya estaba irremediablemente perdida, le hizo entrega de su más preciada reliquia, el cáliz de la Última Cena.

—Creí que ese cáliz, si alguna vez existió, nunca fue encontrado. Siempre fue una

leyenda —le interrumpió el historiador.

—Nosotros mismos somos una leyenda —le contestó con una sonrisa cargada de intención.

—Perdóneme, no tenía que haberle interrumpido. —Se sintió casi avergonzado.

—De la existencia del cáliz sabían muy pocos —continuó el monje—. Quizá tan sólo el propio rey y algunos caballeros escogidos. El caso es que el buen caballero leonés logró romper las líneas del cerco enemigo y cabalgó hacia Jerusalén buscando refugio y para poner a buen recaudo el cáliz de Nuestro Señor. Sin embargo, algunos jinetes sarracenos salieron en su persecución. Cuando estaban a punto de darle alcance, estalló una horrisona tormenta en el desierto. Una extraña nube pareció posarse en el suelo y el caballero cristiano lanzó a su caballería hacia ella con la intención de despistar en el interior el celaje a sus enemigos, a los que ya podía oír maldecirle a sus espaldas.

La doctora seguía, ensimismada, el relato del prior.

—El resto ya pueden imaginárselo —concluyó el monje.

—¿Dónde está ahora el cáliz? —quiso saber Alejandra.

En la sacristía de nuestro convento, por supuesto —le aclaró—; es un sencillito cuenco de cerámica desportillado. Lo utilizamos todos los días en la Comunión —apuntó con satisfacción y orgullo—, y puedo asegurarle que es una Comunión distinta.

Deshicieron el camino hecho y salieron de nuevo a la entrada de la cueva. Todos agradecieron volver a respirar el aire fresco del exterior. De repente, un golpe de viento intranquilizó a los caballos. El eco de un trueno lejano llegó reverberando por el cielo.

Cameron miró con gesto crispado al monje.

Éste asintió levemente con la cabeza.

—¿Es la tormenta? —preguntó Alejandra, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. Es la tormenta, está comenzando a formarse —les confirmó el abad—; voy a desatar a los caballos, debemos volver a la misión.

Alejandra se acercó a Cameron.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó sin más rodeos.

Cameron miró en rededor, como queriendo grabar en su retina y en su memoria cada piedra, cada árbol, cada montaña, cada rincón de la isla. Se le desgarraba el alma.

—No hace falta que me acompañes —le dijo—, quizá pueda volver cuando todo esté resuelto —le mintió en las dos oraciones.

Ella se abrazó a él.

—Llegué a la isla por ti, saldré de ella por ti —le dijo.

Permanecieron abrazados unos instantes que quisieron ser infinitos.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad? —le preguntó Alejandra sin dejar de

abrazarle.

—¿Sabes lo que dijo Napoleón antes de la batalla de Austerlitz?

Los jinetes llegaron al galope a la playa, mientras el terral arreciaba y el cielo se cubría de negras y amenazadoras nubes. En la orilla les esperaba la falucha del pirata Hawkins, que el hermano Kevin había sacado del refugio de una cueva cercana, preparada ya para su postrer viaje. El monje estaba aparejando su resistente vela latina. La Zodiac hubiera sido inútil, puesto que el combustible de su motor estaba prácticamente agotado. Todos desmontaron y se abrazaron con emoción, Alejandra, Cameron y Medina estaban a punto de dejar la isla, de atravesar por última vez la Puerta del Tiempo.

El americano, porque finalmente había aceptado su papel de mensajero de la esperanza. Y porque cualquiera que fuese el destino que le aguardase, quería afrontarlo en su tiempo, en su mundo al lado de los suyos y, para su fortuna, junto a la mujer que amaba.

Alejandra, porque había elegido a Cameron como ese compañero de viaje vital al que todos optamos alguna vez y no siempre se acaba consiguiendo.

Y Medina simplemente porque barruntaba que aquél no era su sitio.

Cameron se abrazó a Lola en silencio. Ella se quedaba porque la isla y la biblioteca eran su sueño. Sidi se quedaba con ella por razones que sólo el corazón entiende.

El historiador pensó que hacían una buena pareja, y que si algo salía mal, sus retoños podrían repoblar la isla, y más tarde, el mundo. No hubo reproches entre el capitán y su fiel segundo, porque los dos eran libres como el viento, y allí se separaban sus caminos.

El hermano Xavier le entregó una pequeña bolsa de piel a Medina.

—Los honorarios por vuestros servicios, señor capitán. Por el viaje de ida y el viaje de vuelta —le dijo el abad.

Medina vació el contenido de la bolsa en la palma de su mano. Le deslumbró el brillo de seis diamantes gordos como huevos de codorniz. Con el valor de aquellas piedras podría comprarse seis *Guadalupanos*. Antes de que el marino pudiera agradecérselo, Pedro Velo los abrazó a los tres emocionado, con sus sables cruzados, sus pistolones humeantes y sus cabellos desmesados, encarnando, como requería la situación, a la furia que vigilaba la playa.

—Volved cuando queráis a mi isla, siempre seréis bien recibidos —les dijo desde el fondo de su corazón, con los ojos húmedos y brillantes—. Decidle al rey de España —aquí bajó el tono de voz, como haciéndoles una confidencia— que le estoy guardando el diezmo, que pierda cuidado. Y que nunca se fíe de los franceses —añadió a modo de conclusión.

Cameron se abrazó con fuerza al gobernador y no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Nada iba a ser fácil de ahora en adelante, pero todo había

merecido la pena.

El abad también se acercó a él y le abrazó con fuerza.

—Cuidaos de Sanem, el escriba. Os estará esperando —le dijo cuando se separaron—. El Ángel Caído siempre ha estado siguiéndonos, desde el principio de los tiempos. Y ahora sabe que sois el mensajero. —El abad notó que el rostro de Cameron se descomponía levemente—. No os preocupéis, vuestro ángel es fuerte. Él y Viriato cuidarán de vos —añadió animoso.

—Lo sé, padre. —El recuerdo de Viriato le ensombreció el alma—. Aun así, rezad por nosotros, vamos a necesitarlo —le contestó, y él mismo se sorprendió con su petición. Dios debía de estar escribiendo muy de prisa.

Cameron miró a su pupila, que le observaba con los ojos arrasados en lágrimas, quiso decirle algo más, pero el estampido de los truenos que estalló sobre sus cabezas le enmudeció.

—¡Debéis marchar ahora! —gritó el abad por encima del fragor de la tormenta—. ¡No nos queda mucho tiempo!

Los dos hombres y la mujer corrieron hacia la embarcación. La arrastraron unos metros mar adentro venciendo las primeras olas, y saltaron a bordo al mismo tiempo. Medina se hizo cargo del timón mientras Cameron desplegaba la vela.

El historiador volvió la vista hacia la playa levantando una mano en señal de despedida, y entonces el muro de niebla les cubrió por completo.

Capítulo XXIX

VUELTA A CASA. 11 DE AGOSTO DE 2012. PALACIO DEL MAR DE LISBOA, SEDE DE LA CONFERENCIA DE PAZ PARA ORIENTE MEDIO

Capita XXIX. N.S.B.a. Brendanus y algunos monjes emprenden el camino de regreso; otros monjes deciden permanecer en la isla. Brendanus llega a Conflert y se da cuenta sorprendido de que han transcurrido siete años desde que dejó Irlanda. Relata su fantástico viaje, y se produce la conversión de cientos de fieles. Meses después el abad morirá, añorando siempre la isla del Paraíso.

Sanem Al Kassar, el delegado palestino, se deshizo del auricular que le facilitaba la traducción simultánea que en realidad no necesitaba, y volvió a conectar su ordenador personal con el boletín informativo de la CNN. La noticia estaba contrastada.

El carguero noruego *Mar Báltico* había confirmado la identidad de los tres naufragos encontrados milagrosamente a mil kilómetros de la costa del Sahara Occidental esa misma mañana a bordo de una patera.

La doctora Alejandra Recasens, desaparecida sin dejar rastro desde hacía tres años, después de sufrir un atentado terrorista en Estocolmo. Y el historiador americano Sebastian Cameron y el capitán Víctor Medina. Los dos habían desaparecido también hacía tres años en el naufragio de un yate de recreo. Sin rastro de los otros dos pasajeros del infortunado barco, una joven licenciada en historia y el segundo de a bordo que también viajaban con ellos. Una increíble noticia para los periodistas y un desenlace feliz e inesperado al menos para los tres reaparecidos.

No para él.

Los dos hombres y la mujer, aunque agotados, parecían gozar de buena salud. Un helicóptero de la Armada española los había recogido, y en ese momento volaban hacia la isla de La Palma, para un chequeo médico más en profundidad y para ser interrogados por las autoridades.

Sanem apagó su ordenador y llamó por el móvil a su secretario.

—Hamet, necesito un billete de avión para la isla de La Palma esta misma noche. Abierto. Sí, una reunión con un viejo amigo que me está esperando. La entrevista puede ser vital para las conclusiones de esta conferencia —le dijo y colgó.

No pudo evitar una sonrisa. La misma sonrisa que había regalado a aquel discípulo de Jesús para ganarse su confianza. Judas se llamaba, si no le fallaba la memoria, porque aquello había ocurrido exactamente hacía más de dos mil años. El tiempo pasaba volando, pensó, pero ahora que su victoria parecía más cerca que nunca no iba a permitir que nada ni nadie se la arrebatase.

El doctor Castello se situó en el centro de la plataforma de la cabina, en el interior del enorme anillo del acelerador de partículas.

El físico respiró profundamente varias veces, como le habían enseñado en sus clases de yoga, para que su corazón volviese a un ritmo de pulsaciones normales.

—¿Todo va bien, doctor? Su ritmo cardíaco es muy alto —escuchó la voz metálica del director O'Malley distorsionada por los altavoces de la cabina.

—Todo está bien —le respondió casi con sequedad.

Un poco de taquicardia era algo absolutamente normal antes de iniciar un viaje como aquél.

Lo había decidido apenas hacía cuarenta y ocho horas, cuando recibieron el mensaje de Langley en aquel correo de seguridad. La Central les comunicaba, sin demasiados rodeos, que «el proyecto Trinidad quedaba en suspenso hasta nueva orden por dificultades presupuestarias». Al demoledor comunicado le seguía un extenso protocolo para sellar y asegurar aquella sección de la planta de energía de Lacandona.

—Me temo que Iraq, Irán, Venezuela y Afganistán están consumiendo todo nuestro músculo financiero —aventuró como justificación O'Malley, fingiendo estar tan apesadumbrado por la noticia como el resto del equipo de científicos de la planta —. Ha ocurrido otras veces —concluyó.

En realidad, no lo sentía en absoluto.

Había tenido que alargar, durante tres interminables años, su interinidad como director del proyecto Lacandona. Todo por culpa del trágico accidente que había segado la vida del hombre que debía haberle sustituido, el legendario Madoc Cameron.

Pero ahora, gracias a un bendito ajuste presupuestario, su condena en aquella maldita selva había terminado.

Su bien entrenada corrección política le impedía gritar de alegría.

Estaba deseando hacer las maletas y estrenar su fabuloso apartamento de la playa de Varadero, en la recién democratizada Cuba.

Mojitos y culos de mulatas duros como piedras, eso era todo lo que le pedía a su jubilación.

Castello no pudo dormir esa noche.

No podían hacerle eso ahora. Estaba a punto de conseguirlo... Viajar en el tiempo no era una quimera. Él iba a demostrárselo al mundo.

—Voy a viajar —le dijo esa misma mañana a O'Malley.

—Es una locura, doctor. La máquina está en pruebas. No tenemos ninguna garantía de que esto funcione.

—Mis cálculos son correctos. La máquina funcionará. Asumo todas las responsabilidades.

Volvió a tomarse el pulso. Su ritmo cardíaco se había estabilizado. Las luces de la cabina bajaron de intensidad. El acelerador necesitaría toda su energía para unir los dos agujeros negros, las Puertas del Tiempo.

—Viajaré al pasado y conseguiré la financiación que necesitamos para continuar con el proyecto —le dijo con mirada febril al director.

Lo había estudiado con detenimiento en aquella noche de insomnio. Viajaría al año 1708. Había calibrado la máquina para abrir una puerta en el tiempo el 10 de junio de ese año, cerca de la ciudad de Portobello. Estaría allí dos días después del hundimiento del galeón español *San José*, en cuyas bodegas viajaba más de la mitad del Tesoro del Perú. Tomaría testimonio de los supervivientes de la batalla naval contra la flota anglo-holandesa para obtener las coordenadas reales de dónde descansaba el pecio. Y volvería.

Ahora había tecnología suficiente para sacar aquellos millones de dólares del fondo del mar. La verdadera dificultad de los modernos buscadores de tesoros era conocer la localización exacta del hundimiento siglos después de que éste se hubiera producido.

Y ésa sería su gran ventaja.

A O'Malley todo aquello le pareció un delirio. Pero le quedaban horas para su jubilación y lo último que deseaba era una monumental bronca con un tipo que podría acabar recogiendo un Premio Nobel de Física. El director se conformó haciéndole firmar toda clase de documentos que le exculpaban de aquella descabellada decisión. Además, Castello enmascaró oficialmente el quimérico viaje como una última prueba de mantenimiento de la máquina antes de su apagón definitivo. O'Malley respiró tranquilo cuando el físico firmó el último documento. Al fin y al cabo el que se jugaba la vida era el doctor, no él.

—Me gustaría que considerase los resultados de nuestros experimentos con monos antes de entrar en esa cabina —le dijo el director a modo de última advertencia.

Habían experimentado con seres vivos, con chimpancés. La deconstrucción molecular era la gran barrera para los viajes en el tiempo.

En la primera prueba, el simio simplemente se había volatilizado sin dejar rastro.

En el segundo intento, tuvieron la precaución de meter al animal en una jaula de hierro y lo enviaron durante cinco minutos, supuestamente, a algún lugar de África en el siglo XVI. Cuando abrieron la puerta de la cabina, la jaula del mono estaba intacta, pero *Arnold*, que así se llamaba el chimpancé, se había convertido en un amasijo de vísceras, carne despedazada y jirones de piel ensangrentados.

Y no se debía al ataque de ningún animal salvaje. Simplemente, su deconstrucción y posterior ensamblaje molecular se había desajustado en el viaje con resultados muy desagradables.

—He ajustado y revisado todos los cálculos. No volverá a ocurrir —le contestó

Castello con fría seguridad, mientras se ajustaba su hábito de monje benedictino.

Se sentía orgulloso de su disfraz. Un monje benedictino en la católica Portobello del siglo XVIII pasaría totalmente desapercibido.

No tenía dudas. Sabía que la máquina funcionaba. Lo había comprobado hacía tres meses en el primer experimento.

Habían mandado un bloque de piedra de cincuenta kilos de peso al siglo XVIII, al centro urbano de la ciudad española de Vitoria, en el año 1203. Castello sabía que en aquella época se estaba iniciando, por orden del rey castellano Alfonso VII, la construcción de la iglesia de Santa María, que con el transcurso del tiempo acabaría siendo la catedral de la ciudad.

El físico había viajado a España dos semanas después del experimento. Había visitado las obras de restauración de la catedral. Concretamente las excavaciones que dejaban ahora al descubierto alguno de los muros maestros del edificio, que durante siglos habían permanecido ocultos y enterrados.

Tembló de emoción al descubrir «su» piedra encastrada en uno de los muros. Su apellido, Castello, estaba esculpido en la piedra, tal como lo mandó grabar en todas las caras del cubo antes de introducir el bloque en el acelerador. El guía le explicaba que aquel lienzo de muro había sido desenterrado hacía escasos días.

—Un cantero italiano —le aclaró su cicerone al notar su profunda perturbación por descubrir la marca de la piedra—. Acostumbraban a firmar en algunos bloques con su nombre o alguna marca que les identificase. Usted se llama Castello, ¿verdad? Pues ya ve, quizá algún familiar lejano suyo estuvo aquí, construyendo la catedral, hace más de ochocientos años.

—Iniciamos la cuenta atrás en diez segundos, doctor. —De nuevo la voz con ecos metalizados de O'Malley en la cabina.

Castello apretó sus dientes hasta hacerlos rechinar y cerró los puños mientras el reloj digital luminoso de la cabina descontaba los segundos, las luces del habitáculo perdieron su escasa intensidad hasta dejarle sumido en la más absoluta oscuridad.

Cuando el reloj digital llegó a cero la puerta de la cabina que tenía frente a él se deslizó dejándole contemplar el interior del gigantesco tubo del acelerador.

Había visto muchas veces el interior de la máquina por las cámaras del circuito cerrado del laboratorio, pero ahora que se enfrentaba a las entrañas del interior de «La Bestia» el espectáculo le sobrecogió.

Una vaharada de aire cargado de estática le golpeó en el rostro e hizo que los pliegues de su hábito se movieran ondulantes.

Todo su cuerpo sintió el inmenso poder de la energía desencadenada dentro del LHC. Una vibración constante, un ligero hormigueo que le subía desde los talones hasta la base de la nuca.

Pudo ver, con sus asombrados ojos, cómo millones de neutrones se deslizaban pegados a las paredes de acero del acelerador a la velocidad de la luz. Era como un

inabarcable torrente de diminutas estrellas fugaces que fluían silenciosas hacia el interior de una oscuridad impenetrable e infinita.

Castello sintió un ligero mareo y una agradable sensación de vértigo provocado por aquel escenario irreal y lleno de fuerza. Le parecía estar asomado en el umbral de un cosmos infinito e ingrávito.

—La puerta se abrirá ahora, doctor —le pareció oír la voz lejana de O'Malley.

Del interior del oscuro tubo pareció surgir un débil destello de luz blanca. El halo luminoso ganó de repente intensidad y se desplazó por las paredes de la sección del acelerador hasta detenerse ante Castello como un espectro. Ante su mirada se formó una especie de membrana luminosa y ondulante con reflejos metálicos y líquidos. Su cerebro reprodujo algún recuerdo de su niñez, era como una inmensa película hecha con agua jabonosa.

O'Malley contemplaba la escena sobrecogido desde los monitores de la sala de control. Se inclinó sobre el micrófono que le comunicaba con la cabina.

—Se cerrará en ocho segundos, doctor —le informó.

La enorme membrana se agitaba armoniosamente ante él, reflejando los destellos luminosos de los protones.

Castello cerró los ojos, dio tres pasos hacia adelante con decisión y pasó al otro lado del espejo.

—Ya no está —dijo uno de los técnicos después de unos segundos de incómodo silencio, como queriendo corroborar lo que todos los demás estaban viendo en los monitores de la sala.

Entonces la gigantesca membrana centelleante se desvaneció.

El director ajustó su reloj.

—Activaremos la puerta dentro de dos horas, a las 16.45. Si Castello no regresa, procedan a desactivar el acelerador y a sellar esta sección de la planta tal como se nos ha ordenado —les comentó a sus técnicos en un tono absolutamente impersonal.

Lola paseaba por la playa. Se había arremangado y anudado la larga falda de su traje de rica seda y bordados para no mojarla ni ensuciarla de arena cada vez que se agachaba para recoger una de las bonitas conchas que salpicaban la oscura arena de la playa. Era un traje precioso. Y de su talla. Ventajas de no ser muy alta y menuda, como la rica dama española propietaria del vestido que Hawkins había incluido en el botín de alguna de sus correrías por el Caribe. Había renunciado al corpiño entre risas de Sidi, no lo necesitaba, el vestido se ajustaba a su delgado talle a la perfección. Se sentía hermosa dentro de aquel vestido. «Procura ser feliz, la felicidad hace que resplandezcas», recordaba las palabras de su madre. Era feliz en la isla. Si cada persona busca incansablemente su lugar en el mundo, ella sabía ahora que había

encontrado el suyo.

Había comenzado a trabajar en la biblioteca, y a tomar sus primeros apuntes. Pensaba en sus padres, en sus hermanos, y en su ángel, Carlitos. Los añoraba. Pero sabía que había tomado la decisión correcta. Los llevaría siempre en su corazón, como a Cameron, a Viriato e incluso al extraordinario capitán Medina, estuviesen donde estuviesen.

Aspiró profundamente el aroma del mar, y se dio la vuelta para regresar junto a *Juliette*, que ahora era su yegua. Quizá esa tarde cabalgaría junto a Sidi. Querían ir explorando la isla. Como se estaban explorando ellos. Y aquel pensamiento la llenó de un gratificante rubor. Sus pasos la llevaron junto a *Juliette* que piafaba nerviosa.

—Tranquila, tranquila, ya estoy aquí. —Le palmeó el cuello y comenzó a acariciarla—. Era sólo un paseo para estirar las piernas, belleza. Ahora volveremos a casa y te premiaré con un buen puñado de avena tierna.

Miró a la playa antes de montar, como una despedida hasta el día siguiente. Y entonces lo vio. Vio la figura de aquel monje que se aproximaba a ella.

A Castello todavía le zumbaba la cabeza y le latían dolorosamente las sienes. Pero la figura de aquella dama española paseando por la playa le devolvió todo su buen estado de ánimo hasta rozar la euforia.

¡Lo había conseguido! ¡Había logrado viajar en el tiempo y ahora estaba en 1708! Todos sus cálculos, todas sus mediciones, todas sus teorías eran correctas.

Aquella mujer vestida de época era la confirmación de su éxito. Todo sería tan sencillo como acercarse a ella y preguntarla por el camino que llevaba a Portobello.

«Si algún día el hombre llega a dominar el tiempo, dominará la Creación, lo dominará todo», recordó en ese momento aquella frase de su profesor de Física en Harvard. Una frase que había llevado grabada a fuego en su cerebro durante todos aquellos años. Ahora sabía que él, Charles Castello, había conseguido dominar el tiempo. «Realmente Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza. Por lo menos en mi caso», pensó. Y se sintió magnífico y soberbio, sin rubor alguno. Porque Castello nunca creyó que la soberbia fuese un pecado. Para él, durante toda su vida, había sido más bien una meta.

María Olmedo, la jefa de azafatas, era apenas unos años mayor que su nuevo y joven asistente. Llevaban tan sólo unas horas juntos formando tripulación y aquél era el primer vuelo del chico en su línea. Pero ella ya lo adoraba, tenía un magnetismo especial. «Carlitos da buen rollo, ya verás», le habían advertido otras compañeras que ya lo conocían.

—¿Le has ofrecido algo al pasajero de la clase *business* con aspecto de árabe? —le preguntó.

—Ha estado tomando notas durante prácticamente todo el vuelo. No he querido molestarle.

—Ofrécele un refresco —le sugirió María—. Nada de alcohol si él no te lo pide, ¿de acuerdo? —le advirtió como buena veterana.

—Nada de alcohol, de acuerdo —le contestó con una de sus maravillosas sonrisas.

Sanem Al Kassar cerró su cuaderno de notas y se rebulló satisfecho en su amplio asiento de primera clase, todo estaba saliendo a la perfección. Notaba, casi físicamente, cómo su cerco se iba cerrando sobre sus objetivos. La victoria final era suya.

Miró por la ventanilla del avión y contempló durante unos instantes cómo el disco solar se hundía en el océano. Un motivo más para sentirse dichoso. Le gustaba la noche. En media hora estarían aterrizando en el aeropuerto de La Palma. Ya quedaba muy poco para que el «mensajero» le conociese y de paso terminar un trabajo pendiente con aquella escurridiza doctora. Una relación fugaz en ambos casos. Un último trámite.

Cerró los ojos intentando disfrutar el momento.

Repentinamente sintió cómo el vello de sus brazos se erizaba y el aire parecía escapar de sus pulmones.

Cuando abrió los ojos vio con espanto a aquel sobrecargo inclinándose ligeramente sobre él.

—¿Desearía tomar un último refresco antes de que aterricemos? —le ofreció amablemente.

En el rostro del tripulante se dibujaban suavemente todos los rasgos de un joven con síndrome de Down.

Viriato contempló la escena desde la comodidad que le otorgaba su mullido asiento *business* en el otro costado del avión.

No pudo evitar sonreír de satisfacción al notar la angustia de Sanem ante la presencia de aquel ángel.

Pensó que Lola podría estar muy satisfecha y orgullosa de su hermano.

Aquello no iba a ser fácil para nadie. Pero los malos no tenían todavía ganada la partida.

Sí, señor, aquello iba a ser un buen combate.

Sin pretenderlo, le vino a la cabeza aquella frase que había escuchado al mismísimo Napoleón en aquella taberna junto al Beresina.

«Si lucháis, podéis perder, pero si no lucháis, estáis perdidos», le había susurrado a aquella camarera rusa, antes de llevársela a la cama, cuando la muchacha le había preguntado si normalmente luchaba tanto por conseguir una mujer.

Ellos lucharían por darle otra oportunidad a la humanidad.

Se sintió casi eufórico ante la perspectiva.

Pensó que lo bueno de viajar en diferentes momentos del tiempo es que uno acaba por tener una visión muy completa de toda la historia.

O casi.

Agradecimientos

A Ramón Conesa y a todos los que hacen de la agencia literaria de Carmen Balcells esa casa grande de escritores donde ahora, afortunadamente, tengo un cuarto.

A mi mujer, Alodia, por transcribir (y mucho más), como siempre, mi manuscrito.

A todo el equipo de Planeta que ha trabajado y derrochado entusiasmo en la «construcción» de este libro. Porque al final éste es un trabajo bastante menos solitario de lo que se supone, y mucho más de equipo de lo que se cree.

Mi agradecimiento a Ana D'Atri, Marc Rocamora y Sergi Álvarez. Y muy especialmente a Puri Plaza, mi editora de «cabecera» en Planeta, con la que he tenido mucha complicidad trabajando, y eso siempre está muy bien.

A todos los amigos que tuvieron la amabilidad de leerse mi primer borrador y que me dieron su opinión y su crítica, un «laboratorio» de lujo para cualquier escritor: Francisco Vicente Luque, César Macarrón, Zacarías Díaz y Alfonso Romero (dos auténticos ángeles de la guarda), Montse de Paúl, Quino Ayuso, Eric Gancedo, María Olmedo, Víctor Medina, Azucena Alonso, Marta Larripa, Nuria López, Rafael Maté, Miguel Zurita, Javier Terrén, Juan Luis Coghen, Juan Manuel de Simón, Pedro Méndez de Vigo, Antón González, Gabriel Castañón González y Antonio Serrano.

Nota: Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios y todos los hechos que en ella se describen son fruto de la imaginación del autor.

A la isla de San Borondón, que un día se me «apareció» y me permitió visitarla.

Y a todos los que en algún momento de su vida se atreven a pasar al otro lado de la niebla.

FIN

Notas

[1] Tengo un tesoro pirata y quiero enseñártelo. <<

[2] *Curragh*: embarcación tradicional irlandesa ya citada por Plinio y Julio César. Construida con un armazón de madera que se recubría con pieles de bovino y se calafateaba con brea o grasa animal. <<

[3] Andreu Nin, trotskista y dirigente del POUM detenido, torturado y asesinado por comunistas en uno de los capítulos más oscuros de «la guerra sucia interior» de la propia República. <<

[4] San Benito de Nursia (c. 480-543 d. J.C.) fundó la primera orden monástica reglada, los benedictinos. <<

[5] Pilum: arma básica, junto con la espada (gladius) del legionario romano. Había de dos clases, pilum pesado y pilum ligero. Las puntas de estas jabalinas tenían forma ovalada y plana, lo que permitía una profunda penetración en el cuerpo de sus enemigos y la rápida recuperación del arma. <<

[6] En 1898, con las pérdidas de Cuba y Filipinas, el Imperio Español de ultramar quedaba liquidado, después de más de cuatrocientos años de existencia. <<

[7] Felipe II llegó a poseer una colección de más de ochocientas reliquias, siendo en la actualidad la colección más importante del mundo. Juan de Arfe realizó veintidós esculturas de plata de cabezas de santos, o «bustos parlantes», muy del gusto de la época. Este tipo de pieza permite al observador descubrir, de un solo vistazo desde diversos ángulos, el tipo de reliquia que se conserva en el interior de la escultura. <<

[8] *Autenticae*: certificado de autenticidad que sólo puede emitir el Vaticano sobre una presunta reliquia. <<

[9] El cóndor de los Andes es el ave voladora más grande y pesada del mundo. Algunos ejemplares miden de cabeza a cola 1,2 metros, y la envergadura de sus alas puede alcanzar los 3,30 metros. Un macho adulto puede llegar a pesar 15 kilos. <<

[10] Glándula uropigial: glándula secretora de la grasa que las aves distribuyen con el pico entre sus plumas para hacerlas impermeables. <<

[11] La escalera-rampa en espiral de Giuseppe Momo fue construida en 1932. <<

[12] Bruschetta: rebanada de pan caliente con ajo, aceite de oliva y tomate natural. <<

[13] ¿Quién le atacó? <<

[14] Guardad el libro y la pluma del ángel. <<

[15] Yo debo volver al Paraíso. A la Isla del Final del Tiempo. <<

[16] Los que le atacaron, ¿están cerca de aquí? ¿Le han seguido? <<

[17] Isla de San Borondón: ínsula fantástica, que la leyenda sitúa al oeste de las islas de La Palma y de El Hierro. <<

[18] Muchos Tercios recibían un sobrenombre: «sacristanes» para el Tercio de Sicilia, «colmeneros» para el Tercio de Bobadilla, «cañutos» para el Tercio de Íñiguez, «papagayos» para el Tercio de Queralt, etc. <<

[19] Batalla de Jemmingen (21 de julio de 1568): donde los Tercios al mando del duque de Alba destrozaron al ejército de rebeldes holandeses al mando de Luis de Nassau. <<

[20] Tres picas: unos quince metros, era la distancia reglamentaria a la que había que estar del enemigo para que el Tercio entrara en combate. <<

[21] En los Tercios toda la tropa, fuese cual fuese su rango, recibía el tratamiento de «don» y «señor». <<

[22] Encamisada: táctica de ataque por sorpresa o golpe de mano. <<

[23] Capraria o isla de las cabras: Es como los romanos bautizaron la isla de El Hierro, convertida en penal para los reos más conflictivos de las colonias. <<

[24] Chenech o Achinet: nombre original de la isla de Tenerife. Sus vecinos aborígenes de La Palma, los beneharitas, la conocen como Tenelfe (montaña blanca). Los romanos la bautizaron como Nivaria o isla de las nieves, por las cumbres nevadas del Teide. <<

[25] Macaronesia: En la antigüedad, se denominaba al conjunto de islas formado por las Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde. Del griego *makaro*: afortunado, por islas de los Afortunados. <<

[26] «Tenían por costumbre los naturales de esta dicha isla de Tenerife cuando una criatura nacía, de echarle agua sobre la cabeza. Cuando los españoles preguntaron a los guanches la razón de esta ceremonia de echar agua a los niños, sólo les respondieron que era costumbre antigua desde sus antepasados. Que aquello tenían por cosa buena, por habérseles quedado esta ceremonia desde que San Brendanus estuvo en las islas». Crónica de la conquista de las Islas Canarias de Francisco Alonso de Espinosa. <<

[27] El acelerador de clase LEP (*Large Electrón-Positrón Clider*, Gran Colisionador Electrón-Positrón) está siendo sustituido por los de la clase LHC (*Large Hadron Collider*, Gran Colisionador de Hadrones). Un acelerador protón-protón que operaría a mayor energía y luminosidad. <<

[28] Paul Charles William Davies (1946): físico británico reconocido mundialmente y autor de varios ensayos científicos. Ha ocupado cargos académicos en las Universidades de Cambridge, Londres, New Castle y otras. Sus investigaciones se centran en el campo de la cosmología, teoría cuántica de tiempos y astrobiología. <<

[29] Optio: oficial de ejército romano bajo el mando de un centurión. <<

[30] El Rabí: el Maestro. <<

[31] En tiempos de Jesús se calculaba que la población estable de Jerusalén, según el censo romano, era de casi 30 000 habitantes. Durante las celebraciones de la Pascua judía, la Ciudad Santa podía superar los 180 000 habitantes. <<

[32] Cada cohorte de una legión estaba formada por seis centurias de ochenta hombres cada una, al mando de cada centuria había un centurión, oficial veterano y curtido en el combate. <<

[33] Tumbas de tipo Kokhim, excavadas en la piedra, a las que se les da forma de horno y cuya entrada queda sellada con una roca. <<

[34] José de Arimatea fue acusado por Caifas de haber sustraído el cuerpo de Jesús del sepulcro, por lo que fue encerrado en una de las torres de la muralla de Jerusalén. Fue liberado meses más tarde. Siguió siendo perseguido por pertenecer a la nueva religión cristiana, se exilió y llegó a vivir en Francia e Inglaterra. <<

[35] La estatua del Ángel Caído, obra de Ricardo Bellver, fue erigida el 23 de octubre de 1874 en el parque del Retiro de Madrid gracias al apoyo filantrópico del duque Fernán Núñez. Pasa por ser el único monumento dedicado al diablo en el mundo. <<

[36] FAI: Federación Anarquista Ibérica. <<

[37] Stephen W. Hawking: físico británico con extensos trabajos sobre la comprobación matemática del comienzo del tiempo y estudios sobre agujeros negros.

<<

[38] Lluvia de meteoritos que se reproduce anualmente entre el 17 de julio y el 24 de agosto. La fecha de máxima intensidad suele coincidir con el 10 de agosto, por eso también el fenómeno es conocido como «lágrimas de San Lorenzo», festividad de ese día. El cuerpo progenitor de las Perseidas es el cometa Swift-Tuttle. <<

[39] Los orígenes del aeródromo de Cuatro Vientos se remontan a principios de 1911, cuando una comisión militar propone al Ministerio de la Guerra la adquisición de unos terrenos en esa localidad madrileña para instalar una escuela de pilotos. <<

[40] Perihelio: punto de la órbita de un asteroide donde alcanza la mínima distancia del Sol. <<

[41] Escala de Turín: método internacional de clasificación del peligro de impacto de cuerpos celestes contra la Tierra. El nivel 1 es el nivel más bajo de alarma. <<

[42] Asteroides de Atón: asteroides con órbita alrededor del Sol. <<

[43] Misión Stereo: misión de observación solar lanzada por la NASA en octubre de 2006 con dos satélites gemelos que estudian fenómenos solares. <<

[44] Actualmente en el Museo del Prado de Madrid. <<

[45] El paso del Beresina fue la última gran maniobra táctica de Napoleón en la desafortunada campaña de Rusia. Con ella logró salvar de la aniquilación total los últimos restos de la Grande Armée. El mariscal Ney y las tropas a su mando se distinguieron cubriendo la retaguardia de la maniobra, ganándose el mariscal en aquella batalla el apelativo de «bravo entre los bravos». <<

[46] *Hetman*: jefe. <<

[47] El *San José* era la capitana de una Armada de ocho buques de guerra que escoltaba seis buques mercantes. A principios de junio de 1708 partió de Portobelo con destino a Cádiz. El tesoro del Perú y otras riquezas se habían repartido entre los barcos. <<

[48] *Brulottes*: barcos viejos, normalmente desprovistos de mástiles y velas, que las marinas utilizaban para incendiar y mandar contra sus enemigos. <<

[49] El *San José* fue hundido un día más tarde, pereciendo en el combate su almirante, don José Fernández de Santillán. <<

[50] El Bruchion era el barrio noble de la ciudad de Alejandría, donde se albergaba el gran edificio circular de la Biblioteca y su anexo, el Museo. <<

[51] Tolomeos: saga de reyes de Egipto. <<

[52] Hipatia murió linchada, veinticuatro años después de la destrucción de la Biblioteca y el Serapeum, por un grupo de fanáticos cristianos alentados por Cirilo, el nuevo obispo de Alejandría, que la había acusado varias veces públicamente de idólatra y hereje. <<